

ANDI ES  
HISTORIA

V

PN561

A67

v. 5

122010



1080018818

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E  
HEM



ORIGEN,

PROGRESOS

Y ESTADO ACTUAL

DE TODA LA LITERATURA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSO DE BORGIA UNIVERSITARIA  
4-21-73 MICROFILMADO R-54.



ORIGEN,  
PROGRESOS  
Y ESTADO ACTUAL  
DE TODA LA LITERATURA.

OBRA ESCRITA EN ITALIANO

POR EL ABATE

**D. JUAN ANDRES,**  
*individuo de las Reales Academias Florentina, y de las Ciencias y buenas Letras de Mantua:*

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

**D. CARLOS ANDRES,**  
*individuo de las Reales Academias Florentina, y del Derecho Español y Público Matritense.*

TOMO V.

EN MADRID

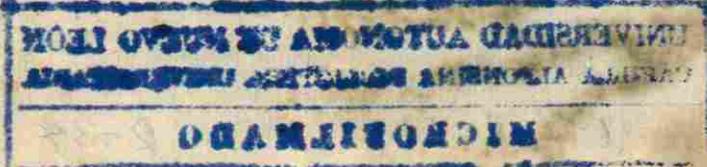
AÑO DE M. DCC. LXXXIX.

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

Se hallará en su libreria en la Aduana Vieja.

Con las Licencias necesarias.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

PN561

A67

v.5



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

132841

INDICE  
DE LOS CAPITULOS  
DE ESTE TOMO.

CAPITULO I.

<i>Eloquencia en general.</i>	Pag. 1
Origen de la eloquencia.	<i>Ibid.</i>
Primeros escritores de prosa.	5
Rapsodistas.	9
Sofistas.	13
Progresos y decadencia de la elo- quencia griega.	17
Causas de la decadencia.	21
Demetrio Falereo falsamente cul- pado del corrompimiento de la eloquencia griega.	26
Estilo afeminado de los sofistas.	28
Gorgias.	29
Isocrates.	32
Demetrio Falereo.	37
Estilo duro de algunos oradores.	38
Hegesias.	43
Algunos escritores griegos de de- pra-	

010221

pravada eloqüencia.	47
Otros Griegos posteriores maestros de los Romanos en la eloqüencia.	48
Eloqüencia romana.	51
Decadencia de la eloqüencia romana.	55
El uso de las declamaciones causa daño á la eloqüencia.	62
Seneca.	69
Otros escritores latinos.	75
Ultima decadencia de la eloqüen- cia griega.	80
Eloqüencia arabiga.	87
Restablecimiento de la eloqüencia.	92
Eloqüencia vulgar.	96
Eloqüencia italiana.	99
Española.	107
Francesa.	108
Inglesa.	110
Alemana.	111
Sueca.	113
Rusa.	115

## CAPITULO II.

<i>Eloqüencia forense.</i>	118
Principio de la eloqüencia forense. <i>Ibid.</i>	
Lisias.	122
Isocrates.	124
Hyperides.	128
Eschines y Demostenes.	<i>Ibid.</i>
Decadencia de la eloqüencia fo- rense entre los Griegos.	135
Eloqüencia forense entre los Ro- manos.	138
Ciceron.	140
Bruto.	149
Decadencia de la eloqüencia fo- rense entre los Romanos.	152
Eloqüencia forense en las lenguas vulgares.	157
Italiana.	<i>Ibid.</i>
Inglesa.	162
Francesa.	167
Le Maitre.	168
Patru.	169
Terrasson.	170
Cochin.	<i>Ibid.</i>

D' Aguesseau.	172
Linguet.	174

CAPITULO III.

<i>Eloquencia didascalica.</i>	177
Origen de la eloquencia didascalica.	<i>Ibid.</i>
Xenofonte.	179
Platon.	180
Aristoteles.	184
Teofrasto.	187
Plutarco.	194
Eloquencia didascalica entre los Romanos.	195
Varron.	196
Ciceron.	198
Vitruvio.	201
Celso.	<i>Ibid.</i>
Columela.	202
Seneca.	203
Plinio.	205
Quintiliano.	208
Eloquencia didascalica en las lenguas vulgares.	212

Ita-

Italiana en el siglo XVI.	<i>Ibid.</i>
Del XVII.	214
Del XVIII.	216
Espanola en el siglo XVI.	220
Del XVII.	225
Del XVIII.	227
Francesa.	230
Malebranche.	231
Pascal.	232
Bossuet.	234
Fenelon.	237
La Bruyere.	238
Rocheffoucault.	<i>Ibid.</i>
D' Aguesseau.	239
Fontenelle.	<i>Ibid.</i>
La Motte.	243
Montesquieu.	245
D' Alembert.	249
Rousseau.	251
Voltaire.	253
Buffon.	256
Bailly.	260
Linguet.	262
Inglesa.	265

Tom. V.

b

CA-



CAPITULO IV.

<i>Eloquencia dialogal.</i>	270
Origen de la eloquencia dialogal. <i>Ibid.</i>	
Xenofonte y Eschines.	272
Platon.	275
Ciceron.	288
Luciano.	298
Escritores modernos de dialogos latinos.	303
Escritores de dialogos en lengua vulgar.	306
Dialogos de los muertos.	308
Fenelon.	<i>Ibid.</i>
Fontenelle.	309
Lyttelton.	310
Dialogos didacticos.	311
Fontenelle.	312
Algarotti y Zanotti.	314

CAPITULO V.

<i>Eloquencia epistolar.</i>	317
Antigüedad de la eloquencia epis- tolar.	<i>Ibid.</i>

Car-

Cartas de Falaris.	319
Isocrates.	321
Platon.	322
Eschines.	323
Demostenes y otros Griegos.	325
Ciceron y otros Latinos.	327
Griegos posteriores.	331
Aristeneto.	335
Basilio.	337
Latinos posteriores.	340
Escritores españoles de cartas vul- gares.	346
Italianos.	349
Franceses.	353
Ingleses.	361

CAPITULO VI.

<i>Elogios.</i>	366
Griegos escritores de elogios.	367
Gorgias.	<i>Ibid.</i>
Pericles.	369
Isocrates.	370
Ciceron.	372
Plinio.	377

Jovio.	381
Escritores de elogios en lenguas vulgares.	384
Fontenelle.	386
D' Alembert.	391
Thomas.	393

### CAPITULO VII.

<i>Eloquencia sagrada.</i>	403
Eloquencia de los Apostoles.	<i>Ibid.</i>
Santos Padres.	405
Siglo de oro de la eloquencia sa- grada.	406
Santos Padres griegos.	407
Santos Padres latinos.	410
Decadencia de la eloquencia sagra- da.	412
Eloquencia sagrada en los tiem- pos baxos.	415
Eloquencia sagrada en las lenguas vulgares.	418
Eloquencia sagrada en el siglo XVI.	420
Eloquencia sagrada en el siglo XVII.	426

Res-

Restablecimiento de la eloquen- cia sagrada.	428
Bourdalous.	432
Bossuet.	436
Flechier.	438
La Columbiere.	440
Cheminais.	441
Massillon.	<i>Ibid.</i>
Neuville.	448
Cartas pastorales.	450
Eloquencia sagrada de los Ingle- ses.	453
Tillotson.	455
Burnet.	456
Clarke.	457
Dorrell.	458
Blair.	459
Eloquencia sagrada en Alemania.	462
Eloquencia sagrada en Italia.	466
Señeri.	467
Otros predicadores italianos.	471
Venini.	472
Trento.	474
Lecciones sagradas.	477
Eloquencia sagrada en España.	479

Con-

Conclusion. 485

CAPITULO VIII.

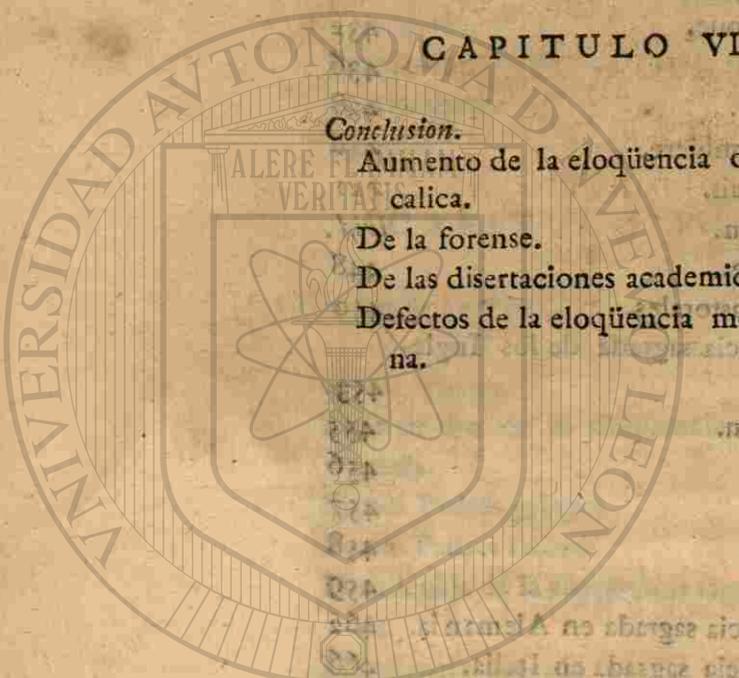
Conclusion. 502

Aumento de la eloquencia didascalica. 503

De la forense. 506

De las disertaciones academicas. 509

Defectos de la eloquencia moderna. 511



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SEGUNDO.

ORIGEN,  
PROGRESOS  
Y ESTADO ACTUAL

DE TODA LA ELOQUENCIA.

CAPITULO I.

*Eloquencia en general.*

SI queremos encontrar verdadera eloquencia, que realmente merezca este nombre, solo en la Grecia deberemos buscarla, donde las benignas Musas esparcieron con larga y liberal mano todas las gracias de la lengua. Cresollio quiere en mi concepto chancearse (a), quando, apoyado á los testimonios de Homero y de Platon, atribuye al mismo Júpiter el origen del arte retorica, haciendo de Minos, discipulo del supremo

Origen de la Eloquencia.

Tom. V. A nu-

(a) Theat. thet. lib. I, c. IV.



Conclusion. 485

CAPITULO VIII.

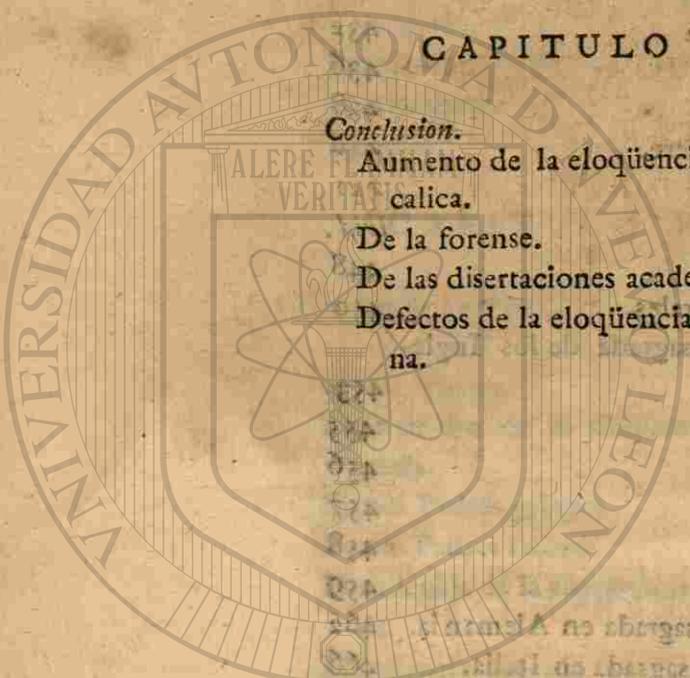
Conclusion. 502

Aumento de la eloquencia didascalica. 503

De la forense. 506

De las disertaciones academicas. 509

Defectos de la eloquencia moderna. 511



LIBRO SEGUNDO.

ORIGEN,

PROGRESOS

Y ESTADO ACTUAL

DE TODA LA ELOQUENCIA.

CAPITULO I.

*Eloquencia en general.*

SI queremos encontrar verdadera eloquencia, que realmente merezca este nombre, solo en la Grecia deberemos buscarla, donde las benignas Musas esparcieron con larga y liberal mano todas las gracias de la lengua. Cresollio quiere en mi concepto chancearse (a), quando, apoyado á los testimonios de Homero y de Platon, atribuye al mismo Jupiter el origen del arte retorica, haciendo de Minos, discipulo del supremo

Origen de la Eloquencia.

Tom. V. A nu-

(a) Theat. thet. lib. I, c. IV.

numen, un estudiante, de la gruta una escuela, y de Júpiter un sofista o maestro de aquel arte; y quando, con la autoridad de San Basilio y del Nazianzeno, asciende hasta la creacion del mundo, y la encuentra en la serpiente, que con su artificiosa eloqüencia seduxo á Eva, y causó tanto perjuicio á todo el género humano. El arte de la eloqüencia reconoce un principio harto mas reciente. Por mas que sea cierto como observa Ciceron (a), que los autores de la sociabilidad, los fundadores de las ciudades, y los establecedores de las leyes y de los gobiernos civiles debiesen recurrir á las armas de la eloqüencia para salir con felicidad en sus empresas; por mas que en los gobiernos civilizados hayan sido frecuentes las ocasiones de hablar al pueblo y al Monarca, de decir en los consejos públicos el propio dictamen, de desempeñar embaxadas, y de hacer de varios modos uso de la eloqüencia; por mas que en los libros sagrados y en los pro-

(a) De Orat. lib. I, VIII.

profanos se vean algunos antiguos personajes recomendados como beneméritos en el arte de hablar, y en las Sagradas Escrituras se encuentren algunos rasgos excelentes, dignos de que los tomen por modelo los mismos escritores gentiles; todo esto no basta para referir á tan antiguos principios el origen de la eloqüencia. Para poseer el arte de la eloqüencia no basta qualquier principio de la facultad de hablar, se requiere una atenta reflexion sobre los efectos de nuestros razonamientos, y de los de los otros, y es precisa una seria y repetida observacion. *Initium dicendi*, dice Quintiliano (a), *dedit natura, initium artis observatio*. Y este arte en vano se buscaria en las antiguas naciones, en la formacion de los pueblos, ni en los siglos barbaros é incultos, quando solo se vé en la Grecia, y aun en ella no se puede ascender á una muy remota antigüedad. Ciceron no la reconoce hasta en tiempos harto posteriores, y antes de Pericles no en-

(a) Lib. III, c. II.

encuentra escrito alguno, que esté adornado con el arte de la eloquencia, ó pueda parecer de un hombre eloquente, y de un verdadero orador. Nosotros ascenderemos á una antigüedad algo mas remota, y tomaremos desde mas lejos el origen de este arte. Ardion, en muchas disertaciones, que se hallan en las actas de la Academia de las inscripciones y buenas letras, examina eruditamente el origen y los progresos de la eloquencia entre los Griegos, y la hace ascender á tiempos antiquísimos, queriendo que antes de la guerra de Troya fuese no solo conocida, sino reducida á gran perfeccion. Pero como el mismo Ardion manifiesta (a) que aquella eloquencia era toda poética, y que el arte de hablar que los antiguos estudiaban, probablemente se reducía al arte de versificar, nosotros, que ahora restringimos el nombre de eloquencia á la prosa, no podemos dar á este arte tanta antigüedad. Al sexto siglo antes de la era christiana, y despues de la olim-

(a) Diss. III.

Diss. III. §. III. (a)

olimpiada L se puede referir el principio de esta eloquencia; y en efecto Estrabon, que parece haber precedido á Ardion en el exámen de esta materia, dice (a), que al principio salió á luz el aparato poético, pero que despues Cadmo, Ferecides y Ecateo se dedicaron á escribir, dexando el metro, y conservando las otras partes poéticas. Plinio, dando del mismo modo (b) un antiquísimo origen á los poemas, atribuye particularmente á Ferecides la gloria de haber tentado escribir en prosa, ó de haber establecido, como él dice, la oracion prosayca, asi como dá á Cadmo el mérito de la invencion de escribir la historia en el mismo estilo: *Prosam orationem condere Pherecydes Syrius instituit, Cyri Regis aetate; historian Cadmus milesius.* De Ferecides habla largamente Heino en la Academia de Berlin (c), y fixa su nacimiento en la Olimpiada XLV, que es decir 580 años antes de la era christiana. Este Ferecides habiendo corrido las

Primeros  
escritores de  
prosa.

(a) Lib. I. (b) Lib. VIII, cap. LVI. (c) Tom. III.

tierras de los Tirios y de los Fenicios; y visto sus libros, que sin sujetarse á metro, ni á medida de sílabas, con libre y suelto estilo trataban materias históricas y filosóficas, intentó seguir este camino, y rompiendo las trabas poéticas, con que hasta entonces habian andado los Griegos sus antecesores, se dedicó á exponer en estilo prosayco algunos argumentos filosóficos que quiso ilustrar, é introduxo en los escritos griegos la prosa que no conocian sus nacionales. Por aquellos tiempos Cadmo de Mileto, tal vez por la vecindad y exemplo de los Asiáticos, pensó en usar de la misma libertad para escribir la historia, y fué el primero de quien tenemos noticia que compusiese historias griegas, ó á lo menos el primero que las escribiese sin las trabas del metro. Al mismo tiempo Solon, inflamado por el celo del bien de la patria, en verso y en prosa hizo en Atenas uso de la eloqüencia para excitar al pueblo á que siguiese sus utilísimas ideas, y á que abrazase la propia felicidad; y fué de este modo el primero, en concepto de

Ci-

Ciceron (a), que obtuvo el honor de la eloqüencia oratoria. Entonces finalmente se ampliaron los límites de la eloqüencia, y separada ésta de la poesía, formandose un artificioso y agradable lenguaje sin el auxilio del metro, se vió en tiempo de Ciro, hácia la olimpiada L, nacer del filósofo Ferecides, del orador Solon y del historiador Cadmo la verdadera arte de la eloqüencia. Los historiadores Eugeon, Deioco, Eudemo, Democleo, Ecarteo, Acusilao y varios otros siguiendo el exemplo de Cadmo abandonaron el metro, y se valieron de una mas suelta y libre oracion. Despues de Solon se dedicó Pisistrato á arengar al pueblo ateniense, y segun el testimonio de Ciceron manifestó en este género mayor estudio y mayor fuerza. Clístenes, Temistocles, Cleon y quantos querian manejar los negocios de la república se valieron de las mismas armas para sujetar al pueblo á sus opiniones: y viniendo despues Pericles, animá-

do

(a) *De cl. or. X.*

do de una natural facundia, é instruido por Anaxágoras, y por los mejores profesores de filosofia y de todas las buenas artes, hizo oír por primera vez un orador casi perfecto, y estableció en Atenas el solio de la eloqüencia oratoria. Al mismo tiempo los filósofos, que habian sido mas tenaces en conservar el metro en sus escritos, lo abandonaron finalmente: los pitagóricos, segun el testimonio de Dionisio Halicarnaseo (a), adoptaron una oracion pomposa y magnífica que se acercaba á la poesía; y hasta el mismo Democrito y otros filósofos abrazaron la prosa, añadiendo siempre mayores adornos y riquezas á la eloqüencia. Cenon de Elea, contemporaneo de Pericles y amante de la disputa y de la contienda filosófica, pensó en tratar las questões por via de dialogos, introduciendo esta nueva especie de eloqüencia, que abrazada despues por Sócrates fue muy cultivada por los mas esclarecidos filósofos. De este modo

(a) De vet. script. cens.

la eloqüencia en las manos de los atentos y estudiosos Griegos se extendia continuamente en nuevos ramos, y de dia en dia iba recibiendo mayores aumentos. Al principio se aprendia solo con la meditacion y con el exercicio de decir, y no se contenia en ciertos y permanentes preceptos, ni se habia reducido á arte. Aristoteles, y despues de él Ciceron (a) y Quintiliano (b), hacen nacer el arte retorica en la Sicilia, quando arrojados los tiranos, queriendo los particulares pedir en juicio sus propiedades, se vieron precisados á recurrir á la eloqüencia; y dicen, que los primeros que escribieron preceptos de este arte fueron Coraces y Tisias. Estos dos sicilianos serán tal vez los primeros escritores de arte oratoria; pero antes de ellos habia ya en la Grecia no pocos que se empleaban en enseñarla.

La Grecia estaba llena de rapsodistas <sup>Rapsodistas</sup> y de sofistas, que dedicando todo su estudio á la elocucion, eran considerados como

Tom. V. B mo

(a) De cl. or. X. (b) Lib. II, tom. I.

mo maestros de la eloquencia. Ardion (a) cree que los rapsodistas y los sofistas fuesen una cosa misma, ó á lo menos muy semejantes entre sí, y que unos y otros se empleasen en exponer é ilustrar algunos pasages de los poëtas. Que fuese este el estudio y la ocupacion de los rapsodistas lo manifiesta con bastante claridad Platon en su *Yon*. Un rapsodista debia penetrar íntimamente los pensamientos de los poëtas, y, recitando, cantando, comentando y explicando de varios modos los versos, que el pueblo ó algun particular le pedía, hacer que los oyentes comprendiesen la mente y la doctrina del poëta, cuyos versos cantaba. Sócrates en Platon alaba ironicamente este arte, porque obligaba a los profesores á adornar su cuerpo y comparecer lindos, á estudiar con el mayor cuidado los poëtas y singularmente á Homero, y á aprender no solo los versos y las palabras, sino tambien los pensamientos y las opiniones; y como

(a) Diss. V. l. c. l. i. (b) X. no. de. c. l. i. (c)

mo para esto debian los rapsodistas tener llena la mente y la lengua de conceptos, de imagenes, de expresiones y de palabras de los poëtas, y explicar á los otros su fuerza y energía, de aqui es que podían dar lecciones de eloquencia, y quien deseaba aprender el arte de bien hablar, procuraba instruirse en las reflexiones, y en los preceptos de aquellos maestros, que se habian formado con el exemplo de los celebrados poëtas. Quienes fuesen los mas famosos rapsodistas parece indicarlo bastante Yon, quando alaba distintamente á Metrodoro Lampsaceno, á Stesimbrotos Thasio y á Glauco. En efecto no eran estos rapsodistas vulgares, ni comunes charlatanes, que solo entretenian al pueblo con agradables canciones y con vanas palabras; sino que eran personas eruditas, que podian dar luces a los filósofos, y dexar escritos capaces de prestar auxilio a la docta posteridad. De Metrodoro Lampsaceno nos dice Diogenes Laercio (a), apoyado al testimonio

(a) In *Anaxagora*.

de Favorino, que fue amigo y familiar de Anaxágoras, que estudió los poëmas de Homero singularmente por lo que mira á las cosas físicas y al conocimiento de la naturaleza, y que contribuyó mucho á que Anaxágoras creyese que dichos poëmas tenían por objeto la virtud y la justicia. Stesimbrot y Glaueo emplearian igualmente sus estudios en la perfecta inteligencia de Homero, toda vez que se hallan citados por Yon como los mas célebres en esta parte. Pero Stesimbrot á mas de esto parece haberse ocupado en ilustrar la historia, puesto que se vé citado varias veces por Plutarco y por Ate-  
neo en comprobacion de algunos hechos de Pericles y de Temistocles. De Glauco nos da tambien noticia Aristoteles (a), quando entre los que trataron del modo de recitar poëtico, nombra con particularidad á Glauco, como que se distinguió singularmente en este asunto. Todo lo qual hace ver con bastante claridad que

(a) Libr. III, c. I.

los rapsodistas, cantando y explicando los pasages de los poëtas, extendian su erudicion á otras materias, y que formando de las obras poëticas la base de sus estudios, se les presentaba campo para hacerse maestros de eloqüencia y de qualquier otra facultad. Mas noble habia sido en la Grecia el origen de los sofistas, que pocos años despues llegaron á ser viles y despreciables. Estos al principio, como refiere Plutarco (a), formaban de por sí una clase distinta de los oradores y de los filósofos, profesando la sabiduria, ó la ciencia política y del gobierno. Los Atenienses tenían en tanto aprecio y veneracion á los sofistas, que como nos dice Isócrates (b), llamaban felices á los que lograban la suerte de ser admitidos á sus conferencias. Solon, dice el mismo Isócrates, fue el primer ciudadano de Atenas que tuvo el nombre de sofista, y Solon fue elevado por los Atenienses á gobernador y cabeza de la Ciudad. A Solon

(a) In Themist. (b) De permut.

lon refiere igualmente Plutarco (a) el origen de los sofistas; pero añade que estos mezclaron despues la sabiduria con el arte del litigio, y sin tomar parte en los negocios politicos restringieron sus meditaciones á las contiendas judiciales. La principal ocupacion y el objeto primario de los sofistas era enseñar la eloquencia, como repetidas veces lo dice Platon en los *Dialogos*; y esta ocupacion acarrea grandes honores y riquezas á los sofistas, y los constituia en la mayor opulencia. ¿Quántas riquezas no adquirió en esta profesion el célebre Gorgias Leontino? Protágoras quiso asegurarse un estipendio superior á sus fatigas, y fue el primero que exigió paga por sus lecciones, pidiendo no menos de cien minas; y de este modo, ademas de la considerable ganancia de ricas sumas, lograba la ventaja de hacer mas respetable su doctrina. Isócrates en la oracion contra los sofistas ridiculiza la insolencia de aquellos hombres, que,

ha-

(a) *In Themist.*

haciendo oraciones peoras que las que de repente dicen muchos ignorantes, se jactaban de formar á sus discipulos oradores perfectos. La vanidad y petulancia de los sofistas, y su excesiva multitud los hicieron tan despreciables y odiosos, que muchos buscaban otros nombres con que ocultar su profesion; y querian parecer músicos, poetas, gimnasticos y qualquier otra cosa antes que sofistas. En efecto asi lo insinua Platon (a), y asi lo dice expresamente Plutarco (b) de Damón, maestro y amigo de Pericles, el qual siendo realmente sofista procuraba evitar bajo el nombre de músico la vergüenza de tal profesion. Gente extraña deben parecernos los sofistas viendolos ya honrados del pueblo, y respetados de algunos doctos, ya despreciados y ridiculizados de otros, y siempre oidos y buscados de todos. Quien lea en las historias antiguas, que el sofista Gorgias por su singular facundia fue nombrado embajador por los

Leon-

(a) *In Protagora.* (b) *In Pericle.*

Leontinos; que habiendo llegado á Grecia se llevó tras sí todos los pueblos que le habian oido una sola vez; que Pericles y los Griegos mas famosos procuraron con la mayor ansia su instruccion; que toda la Grecia le dispensó honores casi divinos, quales no obtuvieron jamas los mas célebres oradores, ni los mas ilustres capitanes; quien vea en Laercio y en otros antiguos alabado, honrado y enriquecido por los Griegos á Protágoras; quien observe que Prodicó, Trasimaco, Polo y algunos otros famosos sofistas por la fama de su eloquencia se llevaron tras sí á los mas estudiosos y sensatos Griegos, no podrá persuadirse, que estos sean realmente aquel Gorgias, aquel Protágoras y aquellos sofistas mismos tan mofados y ridiculizados por Platon, por Isócrates y por otros, y tan despreciados de la posteridad en cotejo de los verdaderos oradores. Yo no quiero entrar en odiosas comparaciones; pero creo que si examináramos con alguna atencion nuestra edad, si observáramos los honores pasajeros de que han

go-

gozado algunos escritores, poetas y oradores, si reflexionáramos sobre el genio del pueblo, comprendiendo tambien en este los grandes señores y no pocos literatos, no nos causaria gran maravilla esta aparente contradiccion.

Los honores y emolumentos concedidos con larga mano á los sofistas, y el concurso y la celebridad de sus escuelas <sup>Progreso y decadencia de la eloquencia griega.</sup> y de las lecciones de retorica, servian á muchos de no poco estimulo para abrazar el estudio de la eloquencia, y los excitaba vivamente á cultivar mas y mas aquella facultad. En efecto entonces florecieron los famosos oradores de la Grecia; entonces los historiadores adornaron sus narraciones con todas las gracias de una limada oracion; entonces los filósofos mas célebres hicieron agradable la seriedad de su doctrina con las suaves gracias del estilo; entonces los medicos, los arquitectos, los pintores, los musicos y todos los otros profesores supieron escribir de su arte con precision, claridad, elegancia y fuerza, y manifestarse verdaderamente eloquentes;

Tom. V.

C

en-

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

entonces salieron á luz muchos escritos de arte retórica; entonces en suma se vió reynar en todas sus provincias la eloqüencia griega. La afectada concinidad de los periodos, y los delicados adornos de las estudiadas oraciones de Gorgias y de los sofistas, habian quitado la aspereza é incultura de la prosa de los primeros escritores; los posteriores oradores, filósofos é historiadores, que pudieron aprovecharse del exemplo y de la doctrina de aquellos estimados maestros, tomaron de ellos el estudio de la selecta colocacion de las palabras, y de la armonía y sonoridad de los periodos; pero hicieron mejor uso, y teniendo verdaderas y solidas materias en que emplear su ingenio, no se cuidaron de imitar la afectada delicadez, y las falsas bellezas de los vanos discursos de los sofistas, y abandonando el afeminado y nimio atavío de sus oraciones, formaron un estilo gallardo y varonil, magistoso y adornado, sencillo y noble, natural y sublime. Y por consiguiente de los sofistas, tan despreciados por los pos-

teriores oradores y filósofos, de Protagoras, de Gorgias, de Prodicó y de otros maestros semejantes, ridiculizados por Platon, se puede de algun modo tomar el origen de aquella eloqüencia, que tanto honor acarreó á los oradores y á los filósofos, al mismo Platon y á toda la Grecia. La eloqüencia griega no tuvo tan permanente consistencia, ni pudo contar tan varios y diferentes periodos como la griega poesía. Nació, podemos decirlo así, quando habian pasado ya las tres edades mas gloriosas de la poesía, esparció desde luego su mas lucido esplendor, y comenzó despues á disminuirse antes que despuntase la *pleyade* griega, y antes de los bucolicos griegos, y de la ultima gloriosa y honrosa epoca de la poesía griega. Pero en aquel corto transcurso de tiempo, desde la guerra del Peloponeso hasta la muerte de Alexandro, en que floreció la eloqüencia griega, llegó á tanta perfeccion, que tal vez puede llamarse mas acabada y perfecta en su genero que la misma poesía. Baxemos pues la cabe-

za con suma veneracion ante el respetable padre Homero; pero si queremos reducir á la mayor perfeccion la poesia epica y la eloquencia oratoria, debemos apartarnos algo mas de los exemplos de Homero, que de los de Eschines y Demostenes. Alabense en hora buena Sofocles, y Euripides; pero Xenofonte y Platon tendran tal vez igual derecho á no inferiores elogios. Lisias, Isocrates, Aristoteles, Teofrasto y tantos otros oradores, filosofos é historiadores han dado tal variedad y finura á la eloquencia griega, que las prosas griegas pueden tomarse por exemplares de escritores prosaycos, tan justamente como se proponen las poesias griegas á los poetas. Pero la eloquencia griega no supo conservar por mucho tiempo su vigor, empezó á mudar de estilo, y perdiendo los solidos y magestuosos adornos, obscureció su esplendor, y vió disminuirse la fuerza de su poder: con el reyno de Alejandro cayó el reyno de la eloquencia.

• Quales, pues, hayan sido las causas de

es-

esta decadencia; qual el nuevo gusto que la ocasionó; y á quien deba atribuirse la introduccion, no lo veo bien examinado, ni por los antiguos ni por los modernos, y creo que pueda merecer muy bien nuestras diligentes pesquisas.

Para hacer mejor esta investigacion es preciso reflexionar, que aunque los poetas y los historiadores empezasen á escribir en las regiones del Asia, y aunque el arte retorica tuviese su origen en la Sicilia, sin embargo la verdadera eloquencia solo adquirió vigor en Atenas, y todos los celebrados oradores, todos los eloquentes filósofos ó nacieron ó se criaron en aquella afortunada ciudad. Ciceron observa (a), que en la Misia, en la Caria y en la Frigia, provincias nada pulidas y elegantes, se introduxo un estilo acomodado a sus oidos, y un genero de diction obesa y engrasada, por decirlo asi; y en otra parte (b) reprehende generalmente en los Asiaticos una excesi-

Causas de la decadencia.

(a) Orat. VIII. (b) LXIX.



va redundancia de vanas palabras, buscadas solo para llenar el numero de la oracion, seguido por ellos con mucho ardor, y en los Sicilianos un estilo humilde y baxo por la particion y el truncamiento de los periodos; de modo que en su concepto solo los Atenenses gozaban de un fino oido, justo y sincero juez de la verdadera elegancia. Quintiliano, recorriendo las varias clases de estilo, dice, que los Atenenses, pulidos y limados, nada podian sufrir que fuese superfluo y redundante, é impropio de la mas delicada exáctitud; pero al contrario los Asiaticos, por su propia jactancia y vanidad, gustaban de una locucion hueca é hinchada; y los Rodios, habiendo desde el principio logrado la instruccion del atico Eschines, y degenerando despues algun tanto por la vecindad del Asia, tenian un genero de estilo que participaba del gusto ateniense, y del peregrino y extranjero. Asi que es preciso confesar, que Atenas debia mirarse como el verdadero trono de la eloquencia, y que fal-

tan-

tando esta en aquella ciudad, mal podia sostenerse en los otros pueblos griegos. Ahora pues, en Atenas la constitucion del gobierno, y el fino gusto de los particulares habian hecho que reynase la oratoria, y la cultura y delicadez de la lengua, y de todas las artes liberales. De aqui provino que desde Solon hasta Demetrio Falereo no faltasen á los Atenenses excelentes oradores, que expusiesen al pueblo todas las gracias de su arte; y los filósofos, que se formaban en las escuelas de Atenas, unian á las especulaciones científicas los adornos de la eloquencia. Pero despues del reynado de Alexandro comenzó el pueblo ateniense á sufrir el yugo de los Príncipes extranjeros, y á perder su influencia en los negocios politicos, con lo que faltaban á los oradores argumentos que infamasen su entusiasmo, y los estimulasen á cultivar las gracias y los atractivos de la eloquencia. Alexandro, dice Seneca (a), quitó á las ciu-

(a) Epist. XCIV.



ciudades de la Grecia lo mejor que tenían, la libertad á los Lacedemonios, la eloqüencia á los Atenieses. *Quod cuique optimum est eripuit (Alexander). Lacedaemona servire jubet, Athenas tacere.* La extranjera dominacion, ora de los Macedonios, ora de los Acheos, y finalmente de los Romanos, introduxo no poca variacion en la lengua, en el gusto y en la delicadez de los Atenieses, quienes con el imperio de aquellas gentes, recibieron tambien parte de su barbarie. La doctrina de los Atenieses se fue extinguiendo enteramente, y solo quedó en Atenas el domicilio de los estudios, que abandonados de los ciudadanos eran frequentados por los extranjeros. *Athenis, dice Ciceron (a), jamdiu doctrina ipsorum Atheniensium interiit, domicilium tantum in illa urbe remanet studiorum, quibus vacant cives, peregrini fruuntur, capti quodam modo nomine urbis, et auctoritate.* Esta concurrencia de fo-

(a) De Orat. III, XI.

forasteros, y el descuido de los Atenieses, hizo que se perdiere mucha parte de la delicadez y pureza de la lengua, y perjudicó por lo mismo á la elegancia del estilo, y á la fuerza de la eloqüencia. Los mismos estudios filosoficos, que en aquellos tiempos se cultivaban, contribuyeron no poco á esta decadencia, puesto que entonces florecieron Zenon y Epicuro, y formaron las nuevas sectas de estoycos y epicureos; y estos nuevos filósofos, tanto estoycos, como epicureos, segun repetidas veces observa Ciceron, por su doctrina, y por su metodo y costumbres, podian prestar poco auxilio á la eloqüencia popular. Dionisio de Halicarnaseo se lamenta (a) de que los filósofos estoycos, y singularmente Crisipo, fuesen tan rusticos é incultos en la composicion de las palabras, que solo de decirlo se avergonzaba; y de que quanto mayor cuidado ponian en las artes dialecticas, tanto mayor descuido manifestaban.

Tom. V.

D

ta

(a) De nom. comp.

taban en la armonía de la oracion. De los epicureos dice Plutarco (a), que si alguna vez escribian de la retorica era unicamente para exhortar á los otros á no hacer uso de ella. Ahora pues, dominando en aquellos tiempos en Atenas la filosofia estoyca y la epicurea, ¿qué podia esperarse sino un miserable abandono de la eloqüencia griega?

Demetrio Falereo falsamente culpado del corrompimiento de la eloqüencia griega.

Pero ¿quál fue la depravacion que sufrió la eloqüencia griega? ¿y quién podrá llamarse el primer corrompedor? Ciceron atribuye á Demetrio Falereo la corrupcion de la oratoria por excesiva mollicie y suavidad. *Hic primus dice (b), inflexit orationem, et eam mollem teneramque reddidit; et suavis sicut fuit, videri maluit, quam gravis, sed suavitate ea qua perfunderet animos, non qua perfringeret; et tantum ut memoriam concinnitatis suae, non (quemadmodum de Pericle scripsit Eupolis) cum delectatione aculeos etiam relinqueret in animis eorum, á quibus*

(a) *Adu. Colot.* (b) *De ch. Orat. IX.*

*bus esset auditus.* Apoyados solo al dicho de Ciceron, atribuyen universalmente los criticos á Falereo el corrompimiento de toda eloqüencia, y lo hacen autor del pervertimiento del antiguo estilo de los escritores griegos, é introductor del nuevo. Pero yo dudo mucho de la verdad de esta opinion, por mas que esté apoyada con la gravísima autoridad del maestro de la eloqüencia romana; y me atrevo á proponer á los lectores eruditos algunas razones de mi duda, esperando que puedan acarrear alguna luz á la historia de los progresos de la eloqüencia griega. Me parece que se requieren tres circunstancias para poder atribuir á Demetrio la corrupcion de la eloqüencia por excesiva mollicie y suavidad, segun el juicio de Ciceron. Es preciso que en los tiempos anteriores á Demetrio, no se usase una locucion blanda y afeminada que debilitase y enflaqueciese la oracion; es preciso que Demetrio haya usado esta locucion, y que haya sido el primero que la pusiese en uso; y es preciso finalmente que la depravacion

que se siguió despues de Demetrio en la eloqüencia griega, deba atribuirse á dicha mollicie y floxedad. Exâminemos algun tanto estos puntos, que nos harán ver los pasos que siguió la eloqüencia en la erudita Grecia, y nos darán tal vez mas exâctas ideas de las vicisitudes de la eloqüencia griega, que las que se tienen comunmente. Los primeros escritores de prosa solo atendian á expresar de qualquier modo que fuese sus propios pensamientos, sin cuidarse de darles adorno alguno. Aristoteles en la *Retorica* (a), y Demetrio en el librito *De la elocucion* dicen, que los antiguos usaban de una oracion demasiado suelta y desencadenada, sin el giro y la rotundidad del periodo, sin adorno y sin armonía; y traen por exemplo un fragmento de la historia de Ecateo Milesio. Vinieron despues Gorgias, Trasimaco, Polo y otros sofistas, y cargaron de tal modo la diction de estudiados adornos, que no podia adquirir fuerza.

Estilo afeminado de los sofistas.

(a) Lib. III, cap. XI, y en otras partes.

fuerza alguna, ni gravedad oratoria, y antes bien parecia ridicula y pueril á las personas de fino gusto. Gorgias es tenido de los antiguos por el inventor de este estilo, y de la demasiadamente estudiada manera de decir; gorgianos se llamaban los excesivos adornos, las figuras melindrosas, y las afectadas expresiones; y por mas que mucho tiempo antes corriesen por la Grecia los sofistas, sin embargo Gorgias era llamado el verdadero padre de ellos, como lo era Eschilo de los tragicos. Ciceron (a) nos refiere el gran cuidado que manifestaba poner Gorgias en la eleccion del sonido y numero de las palabras, y quanto se complacia en las antitesis y en otras figuras. Aristoteles dice (b), que habiendo sido los poetas, como era natural, los primeros en adornar y animar el estilo, y habiendo por este medio adquirido no poca gloria, la diction poética fue la primera que obtuvo la aprobacion y los aplausos.

(a) Orat. XLIX, et L. (b) Lib. III, cap. II.

sos de los oyentes; y tal dice haber sido la oracion de Gorgias. Demetrio reprehende como vicioso el estilo de Gorgias, por haber sido excesivamente periodico, y cita por exemplo de prosa periodica, y nada menos numerosa que la poesia de Homero, los discursos de Gorgias y de Isocrates. Nosotros conservamos todavia algunos pedazos oratorios de Gorgias, que nos proporcionan la ocasion de formar por nosotros mismos juicio de la eloquencia de aquel celebrado padre de los sofistas; y podemos libremente asegurar, á pesar de la contraria y gravissima autoridad del respetable Ciceron; que con poco fundamento se querrá culpar á Demetrio de haber sido el primero que truncó y debilitó la oracion, quando tanto tiempo antes de él se oían con ruidosos aplausos las desencadenadas, débiles y pueriles oraciones de Gorgias. Los defectos de la eloquencia gorgiana no murieron con el autor, sino que reynaron con credito en las escuelas de los mas famosos sofistas. Dio-  
ni-

nio Halicarnaseo observa, que no solo Gorgias, sino tambien Polo, Licino y otros retóricos, hicieron desmedido uso de antitesis, de paranomasias y de otras figuras que él llama teatrales (a). Se evitaba el uso de palabras populares y comunes, y solo se buscaban las desusadas y poéticas y metáforas, hipóboles, figuras y juegos de ingenio formaban las delicias de los profesores de la eloquencia griega; y en vez de una sana dulzura, que deleytase y penetrase los ánimos de los doctos oyentes, se oía un estilo fastidioso que causaba tedio y hastío á los delicados paladares. Lisias, en concepto de su panegirista Dionisio Halicarnaseo (b), tuvo el mérito de corregir estos defectos de sus predecesores, y de introducir en las oraciones una locucion mas oportuna, mas solida y mas digna de la gravedad oratoria. Acaso Tulio puso solo la consideracion en Lisias y en los otros oradores; y no pensó en los

(a) De Thuc. Hist. Jud. (b) In Lyxia. (c)

los sofistas, quando siguiendo el curso de la eloqüencia griega atribuyó á Demetrio el origen de su decadencia, y creyó que fuese este el primero que corrompió y debilitó la fuerza oratoria. Pero por mas restricciones que se le quieran dar al dicho de Ciceron, nunca podrá reconocerlo por absolutamente verdadero: ni los mas celebrados oradores griegos pueden llamarse enteramente exentos de aquella delicadez y molicie, y de aquellos dulces defectos que reprehende Ciceron en Demetrio. Sea en buen hora cierto que ni Antifonte, ni Andocides, ni Lisias, ni otros oradores anteriores ocasionaron con estudiados melindres algun perjuicio á la fuerza y gravedad oratoria; ¿pero cómo podrá defenderse á Isócrates de semejante defecto? Mas adelante texerémos con gusto los bien merecidos elogios á la eloqüencia de Isócrates; pero ahora no podemos callar á nuestro proposito lo que ya insinuamos en otra parte (a), que por

Isócrates.

mas

(a) Tom. I, c. VI.

mas que quiera tenerse por elegante y culto orador al célebre Isócrates, él, con mas razon que Demetrio, puede decirse que fue el primero que debilitó la eloqüencia, y puede llamarse el autor de aquella dulzura y suavidad que se quiere considerar como la corrompedora de la eloqüencia. Por mas estudiado y repulido que se crea á Demetrio, me parece que no puede imaginarse oracion mas tierna y afeminada que la que usa repetidas veces Isócrates. Dionisio Halicarnaseo (a) nos presenta á este orador muy ocupado en escoger con estudiada atencion las mas suaves y armoniosas palabras, y colocarlas con arte en el lugar mas oportuno, y en buscar en sus oraciones la sonoridad música. Quintiliano le hace ir en busca de todas las gracias, y de todos los halagos de la locucion, y lo presenta como tan diligente en la composicion del estilo, que su excesivo cuidado no podia librarse de la reprehension de

Tom. V.

E

los

(a) In Isocrat.

los lectores doctos é imparciales. No quisiera parecer sobrado aspero y austero contra el suavísimo Isócrates, refiriendo el juicio que de su eloquencia nos dexó el crítico Hermógenes. Excesivamente cuidadoso, dice él (a), en la exactitud de los ornatos, y en la medida de la oracion, si quiere á veces usar de la vehemencia y de la acrimonia la trunca y debilita con su excesivo cuidado. No hay que buscar en él impetu y fuerza; mas tiene, siendo haberlo de decir, mas tiene de humilde, debil y abatido, y generalmente de viejo y escolastico: privado por su naturaleza de un cierto ayre de verdad, todo es afectacion, y haciendo pompa de sus estudiadas sentencias, se entrega á inútiles y ociosas palabras. El abate Auger, que recientemente ha dado una docta traduccion de muchas oraciones de Isócrates, comparandolas con otras de los mas eloquentes hombres de la Grecia, por mas que se haya dexado

lle-

(a) *De form. Or. lib. II.*

llevar del entusiasmo de traductor, de panegirista y de apologista de aquel orador, no puede purgar de toda mancha á su venerado héroe, ni ponerlo á cubierto de muchas acusaciones, ni aun se atreve á negar que por su excesivo cuidado en compasar las palabras, en evitar con pueril estudio la concurrencia de las vocales, y en terminar los periodos con armoniosa cadencia, no haya hecho lenta y pesada la oracion, y haya enflaquecido y enervado el estilo. Este vicio que nosotros encontramos todavía en Isócrates, lo reconocian los antiguos igualmente en sus discipulos, y formaba, por decirlo asi, el carácter de la eloquencia de la escuela isocrática. El crítico Halicarnaseo dice generalmente (a), que los imitadores de Isócrates, que procuraban expresar sus delineamientos, se hacian lánguidos y frios, sin fuerza de conmocion, y sin apariencia de verdad. Teopompo, el mas illustre discipulo de Isócrates, se halla notado por

E 2

De-

(a) *In Dinarco.*

Demetrio de incapaz de decir con fuerza las cosas fuertes ; y si este era el estilo de Teopompo, tan vehemente é impetuoso en concepto de Isócrates , que antes debia refrenarse que espolearse , ¿ qual habrá sido el de Eforo tan quieto y sosegado , que no necesitaba de brida y freno , sino de espuela y aguijon ? Pausado y lento , lánguido y falto de fuerza y energía nos lo presentan Dion Crisostomo (a) y Suidas. Plutarco (b) no duda dar el nombre de oracioncillas , y de artificiosos periodos á las oraciones de Eforo , de Teopompo y de Anaxímenes , y llamarlas frívolas é ineptas. Y finalmente Longino , como ya hemos dicho en otra parte (c) , juzga que los discípulos de Isócrates , por querer ser sobrado exáctos y ataviados en la oracion , perdian el ímpetu y la vehemencia. De donde se infiere que mucho antes de Demetrio se oyó en Atenas aquella molicie y suavidad de estilo que Ciceron cree haber él

(a) *Orac. acerca del exercicio del decir.* (b) *Præc. de gub. repub.* (c) *Tom. I, c. III.*

él introducido muchos años despues. <sup>Demetrio Falereo.</sup> Deberia ahora exâminarse si Demetrio realmente incurrió en este defecto , de que lo reprehende Ciceron ; pero no teniendo sus oraciones ni las otras obras suyas, mal podrémos formar juicio de la fuerza ó debilidad de su estilo. El librito *De la elocucion* , que corre baxo su nombre, se tiene comunmente por obra de otro Demetrio ; pero aunque con Pedro Victorio y con otros se quiera atribuir al Falereo , no veo qué argumento puede sacarse de él en comprobacion del dicho de Tulio ; y antes bien, encontrando que repetidas veces se enardece contra la estudiada dulzura de Isócrates , deberémos pensar que estuviese el autor muy lejos de caer en el vicio que tan frecuentemente reprehende en otros. Pero dexando aparte esta obra , que se cree ser de otro Demetrio , y sin entrar en el exâmen , que ahora no podemos hacer , de las del Falereo , solo diré que no veo griego alguno antigüo que le atribuya el principio del corrompimiento de la eloquencia



cia griega. Antes bien observo que los Griegos hablan con frecuencia de los estudios afeytes de Isócrates, pero jamas dicen palabra de los de Demetrio; y Laercio, lejos de tachar de debiles sus oraciones, alaba generalmente el estilo de todas sus obras como filosófico, y al mismo tiempo acompañado de la fuerza y valentia oratoria. Diré tambien que encuentro alabado á Demetrio por haber desterrado de Atenas á los sofistas; y es natural que un contrario tan acerrimo de los corrompedores de la eloquencia no entrase á la parte con ellos en el mismo corrompimiento. Y diré finalmente que la depravacion, que despues de Demóstenes, y en tiempo de Demetrio, se introduxo en la eloquencia, no provino de excesiva molicie y suavidad sino antes bien de dureza y falta de elegancia.

Estilo duro de algunos Oradores.

La eloquencia griega llegó á su mayor perfeccion en las manos de Iperides, de Eschines y de Demóstenes. Lisias é Isócrates la habian purgado de muchos defectos de que la llenaban los sofistas, y ha-

habianla puesto en mucho mayor decoro y gravedad de la que habia podido obtener hasta entonces; pero no habian llegado á darle la fuerza y el vigor, en que mejor que en ninguna otra prenda consiste la verdadera belleza y la magestad de la oratoria. Eschines y Demóstenes, sin olvidar los sólidos y magestuosos ornatos que requiere el arte, le dieron aquel vivo ardor, aquel irresistible ímpetu, aquel invencible poder que solo puede producirlo una excelente naturaleza, y supieron unir felizmente la suavidad con la fuerza. Entónces vinieron otros, que haciendo poco caso de la dulzura del estilo, y buscando solo la vehemencia, se dieron á una oracion aspera y dura, que hacia perder no poca parte del vigor y de la fuerza que corresponde á un orador: al mismo tiempo otros, huyendo las penosas fatigas, que para hablar bien requiere el arte oratoria, no querian tener consideracion alguna á dicho arte, y se abandonaban á la naturaleza y á una mera práctica é inerudito exercicio.

Her-

Hermógenes observa que Licurgo, contemporáneo y amigo de Demóstenes, era áspero y duro en el estilo, y no ponía cuidado ni diligencia en pulirlo (a); y por consiguiente tenía la apariencia de la fuerza oratoria, pero no la realidad. Dinarco, según dice el mismo Hermógenes y otros críticos antiguos, áspero en los pensamientos, poco vigoroso en las expresiones, y descuidado en el estilo, parecía tener más fuerza de la que realmente tenía, y era por ello llamado *e Demóstenes de cebada* ó *el rústico Demóstenes*. Aristogiton era otro orador de aquel tiempo, que no cuidándose mucho de la elegancia, todo el mérito de la elocuencia lo ponía en la aspereza y en la libertad de los pensamientos. Siriano (b) dice, que Piteas, Egemon y otros de los que entonces se celebraban, eran de aquellos que no querían reconocer arte alguna retórica, y sin estudio ni erudición subían á la tribuna, y se atrevían á llamarse oradores.

(a) De For. Or. lib. II. (b) Not. in Hermog.

dores. Dionisio Halicarnaseo se lamenta (1) del descuido de los escritores griegos en la colocación de las palabras, y en la justa armonía de la oración, y dice que en esta acertada colocación de las palabras se distingue singularmente el poeta del poeta, y el orador del orador; que los antiguos casi todos ponían en esto gran cuidado, y por ello eran bellos sus versos, sus poemas y sus oraciones, pero no los posteriores, exceptuando algunos pocos; y que finalmente los otros aun más modernos Filarco, Duris, Hegesías y otros muchos de aquel tiempo lo abandonaron enteramente, y ninguno pensaba que un cuidado semejante fuese necesario ni aun conveniente á la belleza de la oración. Por lo qual me parece que los oradores griegos, despreciando más de día en día la excesiva suavidad, y la demasiada delicadeza de los primeros sofistas, cayeron en el extremo contrario, y se dieron á un estilo duro é inculto, distante

Tom. V.

F

de

(a) De nom. comp.

de la suave pulidez, y de la limada elegancia, que tanto lustre y decoro habia acarreado á la eloqüencia griega. Vinien- do entónçes Demetrio, no solo seria acreedor al perdon, sino que mereceria elogios si hubiese procurado restituir á la eloqüencia griega la dulzura y suavidad del estilo, desterrada por la excesiva aspereza y dureza, aun en el caso de que se hubiese dexado llevar sobrado de la terneza y molicie. Si los escritores posteriores á Demetrio hubieran procurado formar una locucion tierna y dulce, suave y blanda, tal vez se hubiera puesto un dique al pervertimiento que entónçes nacia, y se hubiera conservado mas largo tiempo en pie el buen gusto que empezaba á decaer. Pero la ruina de la eloqüencia griega provino cabalmente de abandonar los escritores la elegancia y la suavidad, que, segun Ciceron, buscaba Demetrio con exceso, y de seguir un camino enteramente diverso en la dureza y negligencia del estilo descuidado é inculto. Por lo qual creo que malamente se atribuye á Deme-

trio

trio la culpa de haber introducido el corrompimiento en la eloqüencia griega, y que si á pesar de tanto transcurso de tiempo, y de tanta escasez de monumentos queremos encontrar el autor de tal depravacion, deberémos referir á otros la causa de este mal. Yo temo excederme queriendo nombrar señaladamente el escritor, que con mas justo motivo pueda ser culpado de este pervertimiento; pero sin embargo me animo á exponer con libertad mi opinion, mayormente pudiendo de algun modo apoyarla sobre la autoridad del mismo Tulio. Hegesías puede en mi concepto considerarse como caudillo y conductor de los seqüaces del nuevo y depravado gusto en la eloqüencia griega. Es verdad que ahora no tenemos ya monumentos del estilo que usó Hegesías; pero podemos formar el juicio por los testimonios que de su eloqüencia nos han dexado los antigüos. Y empezando por Ciceron, de quien se toma la opinion de referir á Demetrio este corrompimiento, son varios los pasages

F 2

en



en que nos habla de Hegesías, y todos le son ciertamente poco ventajosos. Una ridícula vanidad, segun dice Ciceron (a), hacia pensar á Hegesías tan altamente de su eloqüencia, que él solo se creía atico, y tenia á todos los otros por rústicos y agrestes. ¿Pero qual era este su tan maravilloso aticismo? Nada habia mas truncado y desmenuzado, dice el mismo Tulio, nada mas pueril en su misma concisidad. *At quid est tam fractum, tam minutum, tam in ipsa, quam tamen consequitur, concinnitate puerile?* Hegesías, dice en otra parte (b), evitando malamente el numeroso periodo, quando pretende imitar á Lisias salta rompiendo las particulas, y no peca menos en las sentencias que en las palabras; de modo que á él mejor que á ningun otro se le puede dar el nombre de inepto. Pasando despues el mismo Ciceron (c) á referir algunos estilos viciosos, dice que hay otros que por romper

(a) De d. Or. LXXXIII. (b) Or. LXVII. (c) LXIX.

per y truncar los numeros de la oracion, caen en un cierto genero humilde y bajo: muy semejante á los Sicilianos; vicio dice, que se *deriva principalmente de Hegesías*. Asi que, aun estando al testimonio de Ciceron, podremos atribuir á Hegesías antes que á Demetrio el pervertimiento de la eloqüencia griega. El crítico Dionisio Halicarnaseo, juez en esta materia no menos competente que Ciceron, aun decide con mas claridad á nuestro favor del merito de Hegesías, puesto que hablando (a) de un estilo desmenuzado, inmoble y languido lo llama estilo hegesiano, y dice que de tales ineptias Hegesías es como el sagrado moderador; y pasando despues á hablar del descuido en escribir, no dexa de nombrar singularmente á Hegesías entre los reos de este delito. Con mayor vehemencia reprehende mas adelante la negligencia del mismo Hegesías en la colocacion de las palabras, y en la armonía de

(a) De nom. comp.

de la oracion; en cuyo defecto le da el primero, el segundo y el ultimo lugar; jura por Júpiter y por todos los Dioses que no sabia decir, si por insensibilidad y estupidez dexa de ver Hegesías que numeros son nobles y quáles no, ó si por depravacion y corrompimiento de la mente, conociendo los buenos usa de los peores, y acusa de mil maneras diversas la negligencia de Hegesías. Y no solo Ciceron y Dionisio han dexado testimonios de su juicio contra Hegesías, sino que tambien otros muchos griegos lo traen por exemplo de depravado gusto, y nos dan mas y mas derecho para atribuirle el corrompimiento de la eloqüencia griega. Plutarco en la *Vida de Alexandro* cita un dicho suyo, como cosa la mas fria que pueda decirse. Longino lo reprehende (a), porque queriendo á veces mostrarse inspirado no manifiesta furor, sino delirio ridículo. Agatharchides, segun Focio (b), refiriendo un pa-

51-

(a) Cap. III. (b) Rod. CCL.

sage suyo sobre la destruicion de Tebas dice, que le parece que aquel sofista antes quiere chancearse y divertirse, que llorar la desolacion y la desgracia de aquella Ciudad. Teon sofista en los progimnasmós cita por exemplo de un genero de medida oracion desaprobado por él, muchas oraciones de Hegesías. Dexo de referir los testimonios de otros antiguos sobre el vicioso estilo de Hegesías, y concluyo diciendo, que parece mas regular que se atribuya á Hegesías antes que á Demetrio Falereo el origen del corrompimiento de la eloqüencia griega. Pero sea quien se fuese el primer corrompedor, lo cierto es, que la eloqüencia griega sufrió entónces un considerable menoscabo, y llegó á gran decadencia. Dionisio Halicarnaseo (a) nos presenta una larga série de malos escritores que en aquellos tiempos infestaron la Grecia, y nombra á Filarco, Duris, Saon, Demetrio, Calanciano, Girolamo, Antilogo, y otros mu-

Algunos escritores griegos de depravada eloqüencia.

(a) De nomin. compos.

muchos, de todos los quales, dice que si quisiese solo referir los nombres, no podria hacerlo en un dia entero. Estos negligentes escritores, historiadores y oradores no ponian cuidado alguno en la eleccion y colocacion de las palabras, y por consiguiente formaban una oracion dura y sin suavidad, insipida y falta de adornos. Pero en esta parte todavia se encontraban en peor estado los filósofos, quienes en sus disputas y en sus escritos, ya no buscaban el fuego divino de Democrito, la pomposa magestad de Platon, la tersa precision de Aristoteles, ni la aurea elegancia de Teofrasto, sino que se perdian por vanas sutilezas y por una composicion de palabras y de las clausulas, dialectica y cavilosa, mas no armoniosa y retorica. De este modo unos y otros acarreararon gravísimos perjuicios á la eloqüencia griega; pero sin embargo aún en aquellos tiempos de decadencia y depravacion tuvieron los Griegos algunos hombres célebres por la eloqüencia, y obtuvieron la gloria de instruir en el arte

Otros Griegos posteriores maestros de los Romanos en la eloqüencia.

ora-

oratoria á la facunda Roma. La primet centella que inflamó el corazon de los Romanos en el amor á la eloqüencia, se excitó al oír en aquella ciudad á los tres embaxadores de la Grecia Carneades, Crisolao y Diogenes. Singularmente á Carneades dan tantos elogios Ciceron y otros escritores griegos y latinos, que no solo quieren que sea superior á los oradores de aquellos tiempos, sino que les falta muy poco para igualarlo con Platon, y con los escritores mas eloqüentes de los felices tiempos de Atenas. Graco, uno de los primeros oradores de Roma, concurrió á la escuela de Diofanes de Mitilene, el mas facundo griego de aquella edad, y tuvo tambien por maestros á otros célebres Griegos (a). Craso y Antonio aprendieron mucho de Carmidas, de Clitomaco, de Mnesarco, de Menedemo y de otros griegos. Filon, Molon, Antioco, Demetrio, Menipo y varios otros griegos fueron los maestros de Ciceron; y

Tom. V.

G

las

(a) Cicero. De clar. Or. XXVII.

las alabanzas que les daba un juez tan autorizado, la frecuencia, diligencia y atención con que procuraba oír sus lecciones, las fatigas, expensas y viages que emprendía por Europa y por Asia, solo con el fin de aprovecharse mejor de su doctrina, prueban suficientemente, que aun en aquellos tiempos de decadencia no carecia de merito la eloquencia griega, y que tal vez podrá decirse en su alabanza, que no debe gloriarse menos de haber producido en sus felices dias los Demóstenes y los Eschines, que de haber formado en los tiempos de su decadencia los Crasos, los Antonios, los Hortensios y los Cicerones. En aquellos mismos tiempos florecia Dionisio Halicarnaseo, no menos célebre historiador y crítico, que maestro de eloquencia y diligente escritor. Escribia tambien Cecilio sobre la elevacion y sublimidad del estilo, aunque, segun la censura de Longino (a), no llegase con sus escritos á me-

(a) De subl. in princ.

merecer la alabanza de tener un estilo correspondiente á su asunto. Y en suma la Grecia ni aun entónces estaba enteramente falta de filósofos y oradores facundos, ni de agudos y juiciosos maestros de eloquencia.

En este tiempo supo Roma aprovecharse gloriosamente de los exemplos y de las instrucciones de los Griegos en la cultura de la eloquencia; de modo que segun dice Ciceron (a), apenas fueron oidos los oradores griegos, conocidas las letras griegas y recibidos los maestros griegos, quando se despertó entre los Romanos un maravilloso é increíble estudio de bien hablar. El mismo Tulio (b) nos nombra muchos antiguos y nobles Romanos, que lograron algun credito en la eloquencia, y se habian formado por el estudio de los Griegos. Alaba á Suplicio Gallo, y dice, que sobre todos los otros nobles se dedicó á las letras griegas (c). Graco era uno de los más célebres oradores de los

Eloquencia romana.

G 2

los

(a) De Or. I, IV. (b) De cl. Orat. (c) Ibid. XX.

los antiguos Romanos, y Graco desde sus mas tiernos años fue instruido en la lengua griega, y tuvo siempre por maestros á Diofanés de Mitilene y á otros griegos de exquisita doctrina. Despues, quando Craso y Antonio pusieron en aprecio el arte oratoria, se vieron salir por todas partes hombres eloqüentes, que con la lengua y con la pluma dieron mayor lustre á la eloqüencia, y confirieron á la historia, á la filosofia, al estilo didactico, al oratorio, al dialogal, al epistolar y á todas las clases de la eloqüencia, el honor de ciudadanas romanas, elevandolas á todas al mas sublime grado de nobleza. Quando la eloqüencia romana no tuviese mas que á Ciceron, este solo bastaria para coronarla de gloria, y para hacerla comparable con la griega su maestra. El solo podia competir en el estilo oratorio con Isocrates y con Demostenes, en el dialogal con Platon y con el socrático Eschines, en el didactico con Xenofonte y con Aristoteles, y en el epistolar aventajarse sin contradiccion alguna á todos los Griegos.

gos. Pero ademas de Tulio se oian en el foro romano muchos oradores que merecian los elogios, no solo del pueblo, sino del mismo gravisimo juez Ciceron. ¿Quántas epistolas no vemos de Lentulo, de Atico y de tantos otros juntas con las de Ciceron, que nada desdican de la tuliana eloqüencia? Escrofa Tremellio, Varron, Cesar, Celso, Vitruvio, Columela y otros muchos llevaban en triunfo la eloqüencia romana por la agricultura, por la gramatica, por la medicina, por la arquitectura y por casi todas las clases de las ciencias. Pero Roma que habia entrado en los campos de la eloqüencia harto mas tarde que la Grecia, fue mucho menos constante en cultivarlos; y el buen gusto en escribir y en hablar tuvo mas corta duracion entre los Latinos, que habia tenido entre los Griegos. Apenas Cesar, Ciceron y algunos otros entónces celebrados elevaron á la correspondiente dignidad la eloqüencia romana, quando se vieron nacer partidos contrarios, que empezaron

ron á obscurecer su verdadero esplendor. Quieren comunmente los modernos imputar á Seneca el corrompimiento de la eloqüencia romana; y aun en esto mismo no están del todo acordes los acusadores de Seneca, queriendo unos dar la culpa al filósofo, otros al retorico, y atribuyendo otros á ambos á dos este delito. Pero yo creo que deba tomarse de mas arriba el origen de este mal, y que algun tiempo antes de la celebridad literaria de aquella docta familia se hubiese ya propagado por Roma la epidemia del nuevo gusto, sin que pudiesen tener mucha parte ni uno ni otro Seneca. El docto y gracioso escritor Bianconi conoció ya en las cartas Celsianas (a) la falsedad de esta acusacion, é insinuando brevemente haber formado del merito de Seneca una idea mas ventajosa que la que tienen los que hablan mas por la opinion comun, que por el exâmen de sus obras, se lamenta del agravio que le hacen culpandolo

(a) Lett. II.

lo de un corrompimiento que era harto anterior á su literaria existencia.

En efecto en el tiempo mismo de Ciceron, quando parecia que estuviese en su auge la facundia romana, se veian ya las semillas del corrompimiento, que en poco tiempo produxeron su total ruina. Ciceron se lamentaba ya repetidas veces de una secta de frios y miserables oradores, que por querer parecer aticos se hacian débiles, flacos y oscuros, y de otros, que gloriandose de ser tucididistas se daban á una oracion inconexâ y suelta. Estos pretendidos aticos satirizaban la copia y facundia tuliana, y notaban al príncipe de la eloqüencia latina de hinchado y hueco, demasiado pomposo, poco conciso, y poco atico (a). Calvo menospreciaba á Ciceron como libre y enervado; y no contenian á Bruto los respetos de la amistad, para que dexase de llamar á su amigo, y casi puede decirse su maestro, debil y flaco; lo que prueba que ya entónces,

Cal-

(a) Dial. De Oratoribus. XVII.

Decadencia  
de la elo-  
qüencia ro-  
mana.

®

Calvo, Bruto y todos los contrarios de Ciceron, se apartaban algun tanto del verdadero gusto de la sana eloquencia. En efecto en el dialogo de los oradores (a) se dice de Calvo, que por mas que fuese antiguo y siguiese el gusto de la antigüedad, tenia sin embargo algunas oraciones sentenciosas y adornadas, acomodadas á la moderna cultura y sublimidad, que es decir á la afectacion é hinchazon. Y este Calvo, en quien empezaban á descubrirse algunas semillas del nuevo pervertimiento, este Calvo, contrario de la grandeza y magestad tuliana, fue tenido de los posteriores por maestro del buen modo del hablar. Plinio el joven, uno de los hombres mas eloquentes de los tiempos posteriores, iguala á Calvo con Demostenes; y escribiendo á Arriano (b) manifiesta el afecto que le profesaba llamandole siempre suyo, *Calvum semper meum*, y diciendo haber procurado imitar á Demostenes y á Calvo en las figuras de la oracion, sin in-

(a) XXI. (b) Lib. I, ep. II.

intentar por ello conseguir su fuerza. ¿Qual habrá sido el estilo de Corvino, quien se encuentra alabado (a) de mas suave y dulce, y mas limado en las palabras que el mismo Ciceron? Yo creo que esto basta para juzgar que su estilo seria débil y afeminado, lleno de estudio y de afectacion. Apro, perseguidor de los antiguos, no se atreve en el citado dialogo (b) á reprehender á Corvino aunque antiguo, porque realmente hizo quanto estaba de su parte para expresar en su estilo la creida tersura y los decantados brillos de los tiempos posteriores. En Celio coetáneo de Ciceron se veia tambien, en concepto del mismo Apro, la tersura y sublimidad usada posteriormente. Tulio (c) reprehende con razon á M. Antonio por el estudiado retoque y obscuridad de su oracion, diciendole, que era mejor ser mudo, que hablar de modo que no lo entendiesen los otros: y Augusto le daba el nombre

Tom. V. H bre

(a) Dial. De Orat. XVIII. (b) XXI. (c) Philip. III.

bre de necio (a), que no se dexaba entender por querer hacerse admirar. El mismo Augusto se burlaba con frecuencia de Mecenas por lo estudiado y afectado de su estilo; y Seneca el filósofo, que ciertamente no era muy apasionado al gusto sencillo y llano, no podía sufrir (b) la enredosa composición de Mecenas, las trasposiciones de palabras, los pensamientos á veces grandes, pero siempre enervados por las expresiones, ni una dicción debil y lánguida, que manifiesta el animo afeminado, y las disolutas costumbres del escritor. ¿Quanto no distaba de la verdadera eloqüencia Asinio Polion, quien por el ingenio, por el estudio y por la doctrina debia seguirla mas de cerca? Un Estilo aspero, seco, falto de armonía, antiqüado y obscuro era el estilo que en Polion reprehendian los buenos críticos de la antigüedad. Las ineptias, la falta de concinidad en las sentencias y la corrupcion de las palabras

(a) Suet. in Aug. LXXXVI. (b) Ep. CXIV.

antiqüadas eran tan comunes en tiempo de Augusto, que por haber él sabido evitarlas obtuvo las alabanzas de Suetonio, (a). Pero el mismo Augusto pudo por otra parte contribuir al corrompimiento de la verdadera eloqüencia, puesto que, como nos refiere el mismo Suetonio, por un excesivo amor á la claridad dexaba á veces las preposiciones, multiplicaba las conjunciones, y acarrea- ba algun perjuicio á la elegancia y á la gracia de la locucion latina. Mas sin embargo entónces todavía reynaba el gusto antiqüo, antiqüos se llamaban los oradores que entónces eran celebrados, y aunque en el estilo de Calvo, de Celio, de Asinio Polion, de Corvino y de otros se descubriese ya alguna novedad, en todos se reconocia aun lo sano y vigoroso de la antiqüa eloqüencia, y solo en Casio Severo, que floreció hácia fines del imperio de Augusto, se quería extinguir la antigüedad por lo que mira á

H 2 los

(a) LXXXVI.

los oradores. Este, se dice en el *Dialogo de los oradores*, que fue el primero que infectó y desvió la oracion del antiguo y recto camino de bien hablar; este fue el primero, que despreciado el orden de las cosas, omitida la modestia y el pudor de las palabras, descompuesto hasta en las mismas armas que usaba, y á veces sobrado descubierto su estudio de herir, no hacia verdadera batalla, sino solo riña. Pero haya ó no sido el primero, lo cierto es que en tiempo de Augusto se encontraba ya muy depravada la eloqüencia; y que sucedio á un estilo florido y copioso el truncado y conciso, y á una juiciosa y bien ordenada oracion los relumbrones de ingenio y las sentencias sueltas. A este defecto creo yo que haya contribuido aunque indirectamente la copia de Hortensio, así como la suavidad de Isócrates hizo de algun modo nacer el corrompido gusto de los Griegos posteriores; porque del mismo modo que estos, queriendo huir de la excesiva dulzura y suavidad de Isócrates, incurrieron

ron en la aspereza é incultura; así los Latinos por evitar la asiática redundancia, y la fluida pompa de Hortensio se dieron á una concisa, sentenciosa y seca oracion que los hiciese parecer aticos, y los libertase de la tacha de asiaticos. De Ciceron puede decirse, como de Demostenes, que evitó los defectos de los celebrados predecesores conservando sus buenas prendas, y que antes bien acrecentó las perfecciones sin caer en los vicios contrarios. Pero algunos otros coetáneos suyos, y mucho mas los posteriores, no sabiendo guardar una justa sobriedad en la abundante copia y compasada armonía de la oracion, y en las flores de las sentencias demasiado freqüentes en Hortensio, se dieron á un estilo arido y duro, confuso é indigesto. Del exemplo de Salustio deriva tambien Seneca (a) el uso que entónces se hacia de pensamientos sueltos, de clausulas truncadas y de obscura brevedad, buscando muchos con es-

(a) Ep. LXIV.

tudio, y poniendo continuamente en uso lo que solo alguna vez se le habia escapado á la pluma de Salustio.

Pero el mayor daño de la eloqüencia proviene en mi concepto de haber pasado su teatro de los tribunales á las escuelas, de los antiguos oradores á los posteriores retóricos. *Pace vestra*, diremos á estos con Petronio (a), *pace vestra liceat dixisse, primi omnium eloquentiam perdidistis*. A los oradores, como veremos mas adelante, ya no se les presentaba ocasion para hacer en el foro uso de su fuerza de razonar, y yacian mudos aquellos mismos que con tanto aplauso se habian hecho oír del senado y de todo el pueblo. El unico campo que quedaba abierto á los que querian ostentar eloqüencia, eran las escuelas, donde los retóricos se entregaban á ridículas y pueriles declamaciones. Aconsejar á Alexandro, muerto tantos años antes, ó surcar el océano, ó reposar sobre sus laureles;

ex-

(a) Sat. in princ.

exhortar á Agamenon á no sacrificar á su hija Ifigenia á la voz de Calcas; fingirse causas complicadas y confusas jamás reducidas ni capaces de reducirse á la práctica, para hacer ostentacion de ingenio y de eloqüencia, eran los ejercicios de aquellos retóricos, que tenian la fama de hombres eloqüentes. *Non est*, diremos con Casio Severo (a), *non est, quod oratorem in hac puerili exercitatione spectes*. No hay cosa mas contraria á la verdadera eloqüencia que el querer ser eloqüente solo con el fin de hacer ostentacion de eloqüencia: como nada hay entónces que hiera el corazon y que excite los afectos, nada que avive el entusiasmo y que inflame la fantasia, todo es forzado y violento, todo relumbrones de ingenio y juegos de espíritu, todo pasiones violentas y extraños delirios de loca imaginacion. De aqui provinieron los conceptos agudos, las frecuentes antitesis y las atrevidas sentencias que se encuentran en las declamaciones

(a) Sen. *Excerpt. contr.* 1. III. *caus. 102* (a)

nes ; de aqui aquella raza de declamadores , que los escolasticos llamaban *calidos* (a) , pero que eran sumamente frios por su intempestivo y mal dirigido calor ; de aqui el estudio de manifestar el arte que deberia ocultarse , y de alejarse de la naturaleza que es la unica que deberia seguirse ; de aqui en suma aquellos defectos que nos chocan en las declamaciones de los antiguos retóricos, y de que jamas se verán libres aquellos escritos que presentan una eloquencia ociosa , forzada, y, digamoslo así, de mandato. Las decantadas piezas de eloquencia de las academias modernas justifican suficientemente esta nuestra asercion, y nos hacen temer un corrompimiento de estilo que provenga en gran parte de sus exercitaciones, qual ahora lo observamos en los escritos de los antiguos derivado de las declamaciones de las escuelas retóricas. Seneca (b) texe la historia del uso de estas declamaciones introducido en Roma , y trae algu-

(a) Sen. Suas. III. (b) Contr. lib. I.

gunos exemplos en las suasorias y en las controversias , que nos pueden dar á conocer quanto se habia corrompido en las escuelas el sano gusto de la eloquencia. Tiraboschi , que confiesa haberse pervertido ya en tiempo de Augusto la romana eloquencia por Mecenas , Polion y algunos otros , no puede sin embargo resolverse á creer , que los pasages referidos por Seneca en las suasorias y en las controversias sean realmente de los autores á quienes los atribuye el mismo Seneca. Por „ mas extraordinaria , dice (a) , y por „ tentosa que fuese su memoria ; era po „ sible, que en una edad avanzada se acor „ dase de tantos pasages de las declama „ ciones de tantos y tan diversos autores „ como recogió en diez libros de contro „ versias ? Es posible que tantos oradores „ ó declamadores como él nos nombra „ todos tuviesen la misma manera de es „ cribir y de pensar ? “ Pero yo no veo porque deba parecer tan extraño y por-

Tom. V. I ten-

(a) Tom. II, lib. I, cap. III.

tentoso que un hombre, que oyendo una sola vez dos mil palabras diversas las repetía de seguida con el mismo orden con que las había oído; que un hombre, que apenas había acabado de oír ducientos versos á personas distintas, podía, no solo recitarlos, sino recitarlos en orden inverso comenzando por el último, y acabando por el primero; que un hombre semejante pudiese, meditando y pensando, recoger en la memoria algunos pasages sueltos é inconexos, y algunos planes de declamaciones de autores que él había oído en el tiempo de su mas feliz memoria. Basta leer las citadas suasorias y controversias; basta ver la sencilla y natural historia que el mismo Seneca tan ingenuamente nos presenta de estos escritos; basta reflexionar que á veces son bastante largos los pasages que se refieren, otras solo se cita una sentencia ó un breve pensamiento, otras no mas que la división ó el plan, y otras finalmente se refiere haber dicho el autor cosas bellísimas, sin expresarlas, y mayormente quando al-

algunos de los referidos pasages se hallan severamente reprehendidos por Seneca; basta observar la notable diversidad de estilo que facilmente se descubre entre los pasages propios de Seneca, y aquellos de los declamadores citados, para decidir sin dificultad, que se requieren fundamentos mas solidos para imputar á Seneca una tan inutil y desvergonzada ficcion. Y si los estilos de diversos declamadores son entre sí semejantes, esto hará ver la universal corrupcion que se había introducido en tales ejercicios, y solo probará, que podía aplicarse á aquellos retóricos lo que en el *Dialogo de los oradores* se dice de Ciceron, de Cesar, de Calvo, de Bruto y de otros coetáneos suyos, esto es, que *si omnium pariter libros in manum sumpseris, scias, quamvis in diversis ingeniis, esse quamdam iudicii ac voluntatis similitudinem et cognationem*. Pero aun quando fuesen fingidos los citados pasages de los declamadores romanos, lo que no tiene el mas mínimo fundamento, siempre será cierto que las suasorias

rias y las controversias, que estaban tan en uso en las escuelas, abundaban de conceptos fríos y ridículas ineptias. Quando hablo en el foro, decia Casio Severo (a), hago alguna cosa; pero quando me pongo á declamar, me parece que estoy soñando: *Cum in foro dico, aliquid ago: cum declamo, videor mihi in somnis laborare.* Estos sueños, estos enagenamientos, estas quimeras corrompian el gusto de los Romanos, y les hacian perder todo sabor de buen estilo. *Levibus enim atque inanibus sonis,* decia Petronio á los declamadores, *ludibria quaedam excitando effecistis, ut corpus orationis enervaretur et caderet.* Los niños y los jóvenes concurrían con frecuencia á estas escuelas; se aplaudían los mas ridículos declamadores, y los buenos oradores yacían abandonados. Cestio y Latron eran preferidos á los hombres mas eloquentes que entónces se oían en Roma; y mientras se aprendían de memoria las declamaciones de Cestio, de Ciceron so-

(a) Sen. *Excerpt. contr.* lib. III.

lo se leían aquellas oraciones á que habia respondido el mismo Cestio (a); y todos se creían superiores á Ciceron, al paso que confesaban quedar muy inferiores al retorico Sabiniano. Al abandono de los antiguos y verdaderos maestros del buen modo de escribir, y al aprecio del nuevo y corrompido estilo, se añadió la multitud de extrangeros que de todas naciones concurrían á Roma metropoli del universo, los quales, corrompiendo con sus bárbaras voces la elegante pureza de la lengua romana, acarrearón gran daño á la eloquencia latina.

En este estado encontró el retorico Seneca. Seneca la eloquencia latina quando pasó á Roma para cultivarla. Cestio, Silon, Arelio, Latron, Triario y otros tales fueron los oradores, á quienes vió que se tributaban los aplausos que antes se dispensaban á los Crasos, á los Antonios, á los Hortensios y á los Cicerones; y relumbros de ingenio, pensamientos atrevidos,

(a) Sen. *ibid.*

dos, nuevas é inusitadas expresiones, y diction truncada y falta de armonía, eran los adornos de las declamaciones que en las escuelas romanas se oían con admiracion. Así que creo, que quien quiera examinar con algun cuidado la decadencia de la eloqüencia romana no hallará razon para llamar reo al retorico Seneca, que la encontró ya reducida á un estado tan miserable; y antes bien, oyendo los elogios que dá á la facundia de Tulio y de los oradores coetáneos, que en realidad han sido los mas dignos de alabanza, y lo que se lamenta de la decadencia que sobrevino en los tiempos subsiguientes, viéndole investigar filosoficamente y con justo celo las causas de tal corrompimiento, y mostrar un gusto bastante fino en la crítica censura de los oradores que reprehende, y observando tambien, que su estilo, aunque algo distante del cicero-niano, parece mucho mas sencillo y natural, menos violento y menos corrompido que el de los retoricos que le precedieron, creo que no sin fundamento

po-

podrá decirse, que el retorico Seneca acar-reó á la eloqüencia romana mas ventajas que perjuicio. En efecto yo nunca lo encuentro acusado por los criticos antigüos de un pervertimiento semejante, ni al contrario lo veo alabado por los seqüaces del nuevo estilo, y ni tan solamente se halla nombrado en el famoso *Dialogo de las causas de la corrompida eloqüencia*, antes bien su nombre distaba tanto de aquella celebridad que se requiere para adquirir seqüaces, que muchos modernos han querido atribuir sus obras á Seneca el filósofo, por no saber quien fuese aquel Seneca retorico, ni encontrarlo jamas celebrado en los escritos de aquella edad; y de todo esto debe inferirse, que Seneca el retorico pudo tener muy poca parte en la mutacion que acaeció entonces en la eloqüencia romana. Mayor credito obtuvo en Roma, y se adquirió mayor número de seqüaces Seneca el filósofo. Suetonio dice (a), que ya en tiempo de Caligula

te-

(a) In Calig. LIII.



tenia mucho sequito en Roma su eloquencia. Quintiliano (a) habla con extension de Seneca, y nos hace ver el extraordinario entusiasmo de que estaban poseidos los Romanos por el estilo de aquel filósofo, que llegaba hasta no verse en las manos de los jóvenes otro libro que las obras de Seneca. Todos amaban á Seneca, todos se proponian á Seneca por modelo, todos se gloriaban de ser sequiaces é imitadores de Seneca, y Seneca ciertamente tenia mucho influxo en el gusto de la eloquencia de aquella edad. Yo estoy muy lejos de querer defender, y mucho menos alabar el estilo de Seneca; y solo digo, que no puedo resolverme á creerlo autor de tanto mal como se le quiere atribuir. De quanto hemos dicho hasta aqui puede inferirse, que los Romanos no necesitaban el exemplo de Seneca para seguir un estilo que tanto tiempo antes habian abrazado los oradores mas célebres, y que toda Roma habia oido con tanto aplau-

(a) Lib. X, cap. I.

aplausos. A mas de que si el exemplo de Seneca por su mayor celebridad, y por las singulares prendas de sus escritos, superiores, segun el testimonio del mismo Quintiliano, á los de sus coetáneos, pudo ocasionar algun perjuicio al buen gusto romano, su doctrina sobre este particular debia servir de algun modo para curar el mismo mal. Sus frecuentes declamaciones contra la truncada oracion, las clausulas interrumpidas, las sentencias sueltas, y generalmente contra el nuevo estilo que entónces estaba en aprecio; las alabanzas que da repetidas veces á Tulio, y las censuras contra Polion, Mecenas, Ovidio y otros escritores del nuevo gusto, pueden recompensar la debilidad que le induxo (ó movido de la agudeza del proprio ingenio demasiado sutil, ó de los aplausos de la multitud sobrado amante de los fuegos fatuos entónces tan en uso) á dexarse llevar de aquellos vicios que tan justamente habia sabido reprehender en otros, y llegar á superar á aquellos mismos que se proponia reprehender.

Dexemos pues descansar en paz á los manes de Seneca, y volvamos mas bien contra los pretendidos aticos y tucidistas del tiempo de Ciceron, contra Polion y otros poco amantes del estilo tuliano, contra Mecenas, Ovidio, Casio, Severo y los escritores del nuevo estilo, y singularmente contra las clamorosas escuelas retóricas de Roma, y contra la insana turba de los ineptos declamadores; volvamos, digo, contra todos estos una acusacion que injustamente se querria hacer á Seneca, que era tan posterior. Pero de todos modos lloremos la decadencia de la eloquencia romana, y el contagio del nuevo gusto, que se iba haciendo mas y mas universal, y llegaba á ser comun, no solo entre los oradores, sino tambien entre los poetas, historiadores y escritores de todas materias, y que con el exemplo de Seneca adquirió mayores aumentos. Seneca, uno de los mas grandes ingenios de que puede gloriarse la romana literatura, trató, como dice Quintiliano (a), casi todas

(a) Tom. X, cap. I.

das las materias, y en las oraciones, en los poëmas, en las epistolas y en los dialogos introduxo el estilo truncado, conceptuoso y afectado de los retóricos, y le dió una reputacion qual no habia obtenido hasta entónces. Despues de aquel tiempo no pueden los Romanos contar muchos escritores, y ninguno ciertamente de sano gusto. Contemporaneo de Seneca fue Patronio, no ya conceptuoso y estudiado, sino inelegante é inculto, y autor de un escrito de poco merito por lo que mira á la elegancia y cultura. De mejor gusto y de mayor pureza son Columela y Paladio en sus obras de agricultura. Algo despues escribió Plinio una vastísima obra qual no se ha escrito ni antes ni despues; pero la llenó de pensamientos atrevidos, de expresiones agigantadas, y de inútiles, y á veces falsos adornos. Tacito y Plinio el jóven ocupan despues de estos el primer lugar entre los escritores latinos; y Plinio el jóven, aunque en mi concepto queda inferior á Seneca y al otro Plinio en la agudeza del ingenio, y

Otros escritores latinos.

en la verdad y extension de la mente, los supera en la suavidad de la indole y en la dulzura del corazon que se descubre en su estilo; y si no llega á igualar ciertos rasgos grandes y sublimes de sus predecesores, tampoco cae en algunos defectos, en que aquellos se precipitaron por quererse elevar demasiado. Tacito en concepto de Plinio el jóven debe pasar por el mejor orador de su edad, y ciertamente estaba dotado de vasto entendimiento, de penetrante y agudo ingenio, y de fuerza y vivacidad de expresion, con que facilmente podia adquirir-se la primacia en la eloquencia. Pero nosotros no tenemos de él mas que las obras historicas, de las cuales hablaremos en otra parte; y estas ciertamente manifiestan que era capaz de salir con felicidad en qualquier genero de eloquencia, pero que se dexó llevar de los defectos del nuevo estilo. Mejor gusto manifestaria Tacito en el *Dialogo de los oradores*, si como algunos pretenden, fuese obra suya. Este *Dialogo* y las *Instituciones* de

Quin-

Quintiliano son los unicos monumentos de aquella edad, que se hallan exentos del estilo afectado, y de las sentencias estudiadas que entónces estaban tan en uso; y si estuviesen escritos con mas pureza y cultura de language, hubieran podido presentar de nuevo á los lectores el antiguo estilo de los felices tiempos de Roma. Plinio alaba á un tal Fronton Cacio como orador peritissimo en mover las lagrimas del auditorio, *vir lacrimarum movendarum peritissimus* (a), y este tal vez será el Fronton, á quien, según el testimonio de Macrobio (b), se atribuia el genero de hablar arido y seco. Julio Frontino, A. Gelio, Apuleyo, Censorino y otros pocos fueron los escritores latinos que se dedicaron á tratar materias diversas en idioma romano; pero lejos de darle con sus escritos nuevo esplendor, ni aun pudieron conservar-le el antiguo lustre, y lo fueron corrompiendo mas y mas. Con mayor decoro supieron soste-

ner

(a) Ep. XI, lib. II. (b) Sat. V, cap. I.

ner la magestad de la lengua romana los escritores de jurisprudencia; y Pomponio, Cayo, Papiniano y otros juriconsultos ilustraron su profesion, no menos con la elegancia y nobleza del estilo, que con la solidez de la doctrina. Tertuliano, Minucio Felix, Arnobio, los santos Cipriano, Ambrosio, Geronimo, Agustín y otros escritores eclesiasticos abrieron un nuevo campo á la eloqüencia romana, y aplicaron á las materias de religion las gracias del estilo; pero aun estos se dexaron llevar del gusto entónces dominante, y Lactancio Firmiano fue el único, en el transcurso de tantos siglos, que dexando el estilo conceptuoso y violento, se dedicase á la fluidez y naturalidad tulliana. Simaco obtuvo, no solo entre los gentiles, sino tambien entre los christianos, singular credito de eloqüente; pero las cartas que de él nos quedan son un testimonio muy evidente de la incultura y afectacion de su estilo, para que podamos dar algun credito á los elogios que se le dispensan. Mayores alabanzas mere-

ce

ce en mi concepto su elogiador y amigo Macrobio, aunque sus escritos no le sacan de la poco apreciable clase de gramatico. Es verdad que habiendo nacido en un suelo, donde no era nativa la lengua latina, y en un siglo barbaro é inculto, con un language rustico é inelegante distó mucho de la tersa y aurea latinidad de los buenos escritores; pero se apartó igualmente de la afectacion, y del corrompido estilo de sus coetáneos; y es mas digno de alabanza por haber sabido evitar los defectos, entónces celebrados, y abrazados de todos, que de reprehension por no haver podido imitar las prendas de los antiguos poco atendidas de otros, y solo conocidas por él. Sidonio Apolinar, Marciano Capela, Boecio, Casiodoro y algunos otros procuraron sostener la romana eloqüencia que iba descaeciendo; pero estaba ya muy adelantada su ruina para que pudiesen impedirla los inutiles esfuerzos de manos tan débiles. Con la venida de los bárbaros septentrionales, y con la destruicion del imperio romano

pue-

puede decirse tambien destruida la eloquencia romana, y extinguido enteramente su esplendor.

Ultima de-  
cadencia de  
la eloquen-  
cia griega.

No era mucho mas feliz el estado, en que al mismo tiempo se encontraba la lengua griega. En tiempo del citado *Dialogo de los oradores* se consolaban algunos Romanos observando, que mas se habian apartado de la eloquencia de Eschines y de Demostenes cierto sacerdote Nicetes (el qual se encuentra singularmente alabado por Filostrato (a)), y los otros famosos retoricos de Efeso y de Mitilene, que Domicio Afro y otros oradores romanos de la de Ciceron (b). Continuaban sin embargo los Romanos en reconocer por maestros á los sofistas griegos, y en alabar sus escolásticas declamaciones. Causan admiracion los desmedidos elogios que Plinio el jóven da (c) á la facundia del retorico griego Iseo, que no podrian darse mayores á la de Eschines

(a) *De Vitis Soph.* lib. I. (b) *Dial. de Orat.* XV.

(c) *Epist.* III, lib. II.

y Demostenes, y el empeño que toma en que su sobrino vaya á Roma solo con el fin de oír al celebrado Iseo, quien finalmente no parece mas que un charlatan escolástico, acostumbrado á hablar con algun orden y rapidez de palabras sobre qualquier asunto que se le propusiese. Juvenal se lamenta (a) de la amigable acogida que los grandes Señores de Roma daban á los Griegos, de quienes habia tal multitud, que no duda llamar á Roma *Ciudad griega*. Quien no sabe quanto ruido hiciesen en Roma los Griegos en tiempo de Adriano, el qual no encontraba diversion mas agradable que la de oír á los sofistas de aquella nacion. Este aprecio que los Romanos hacian de los Griegos nacia en parte de la mayor antigüedad de su saber, y de la posesion en que estaban de ser maestros de los Romanos, y en parte tambien del mayor merito que algunos Griegos supieron conservar en su nativa eloquencia. El nombre de Galeno será

Tom. II. obs. III. ad L. nono ag. siem.

(a) Sat. III.

III

siempre respetado de los medicos por la vastedad y solidez de la doctrina; pero los amantes de la eloquencia griega lo leerán estudiosamente por la elegancia y pureza de su estilo. Podian los Griegos gloriarse de un Plutarco, el qual, aunque tuviese un language algo aspero é inculto, era sin embargo el hombre mas docto, de mas agudo ingenio, buen juicio y sólido racionio que entónces tenia la república literaria, y ha sido siempre mirado como uno de los autores mas respetables de la antigüedad. Florecia Luciano, escritor de una gracia y gallardía, que podia dar honor á los mas felices tiempos de Atenas. Longino trataba del sublime con un estilo propio de la materia que tan completamente supo ilustrar; y Hermógenes enseñaba igualmente el verdadero y seguro camino que debía seguirse para encontrar la sólida eloquencia, y abandonar la falsa entónces dominante. Entre la inmensa turba de sofistas charlatanes se distinguieron Dion, llamado *Chrysostomo* por la elegancia de su estilo, Aristides es-

tu-

tudioso imitador de los antiguos contra el uso de aquellos tiempos, Máximo Tiro, Temistio y algunos otros leidos aún en nuestros dias con gusto y utilidad de los eruditos. Alcinoo, Plotino y otros filósofos como versados en la filosofia de Platon, lo fueron tambien alguna tanto en su eloquencia. La religion christiana, aunque nació en la Palestina en medio de los Hebreos, usó desde luego la lengua de los Griegos, y produjo un nuevo ramo de eloquencia griega. Dexando á parte la opinion poco fundada de algunos, que quieren que el mismo autor de la Religion, Jesu-Christo, haya hablado la lengua griega, es cierto que casi todos los libros del nuevo Testamento fueron escritos en griego, y en griego hablaron los Apóstoles y los primeros maestros de la Iglesia; y pasando despues á tiempos mas recientes, los santos Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, Chrysostomo y otros hermanaron la elegancia griega con la christiana severidad, y fueron superiores en la eloquencia á Libanio y á otros

L 2

so-

sofistas gentiles, que hacian profesion de enseñarla. Pero todos estos escritores no fueron en tanto numero, que pudiesen contrapesar la inmensa multitud de vanos escritores y de petulantes sofistas, ni fue tal su merito, que bastase para restablecer el buen gusto, y sacar la eloquencia griega del abatimiento en que habia caido; de modo que la elegancia y pureza del antiguo estilo siempre se fue perdiendo, y desapareció enteramente todo gusto de vigorosa y sólida eloquencia. Luciano en el dialogo intitulado *El maestro de los retóricos*, con la acostumbrada extrañeza de sus graciosas invenciones, nos hace ver en quan poco aprecio estaban tenidos en aquellos tiempos Isócrates, Demostenes y Platon, y que solo eran estimados los pueriles declamadores y los escritores modernos; que ningun estudio se hacia para ordenar y ligar las oraciones, sino que ciegamente se seguia el ímpetu de la desordenada y caprichosa fantasía; que solo se deseaba decir y volver á decir algunas palabras aticas, y algunas

voces antiquadas; y en suma que el buen gusto de la sincera eloquencia se habia corrompido enteramente. Longino jamás cita con elogio á los oradores de su edad, y solo habla de ellos para traerlos por exemplo de dos vicios en que singularmente pecaban, á saber, el excesivo cuidado en buscar pensamientos nuevos, tras los quales corrian desatinados (a), y el furor de introducir imagenes sobrado vivas y poéticas, que como otros tantos poetas tragicos parecia que tuviesen delante de sus ojos las furias (b). Hermógenes acusa igualmente el corrompido gusto de su edad (c) por las alabanzas que se daban á ciertos juegos de vocablos, que los antiguos apenas los hubieran sufrido en las comedias; y en otra parte (d), por exemplo de falsa y adulterina eloquencia, que á primera vista parece tener fuerza, pero exáminada con mas atencion se encuentra falta de ella, trae las oraciones

(a) V. (b) XV. (c) *De Elog. meth. c. XIII.*

(d) *De formor. t. II, c. IX.*

de muchos de aquellos tiempos por no decir de todos. La eloquencia puede decirse, que estaba toda en manos de los sofistas, y que su reyno se reducía á los confines de sus escuelas; y los sofistas, que no tenían campo donde hacer triunfar la fuerza de la eloquencia, hacían solo ostentacion de sus afeytes. Herodes Atico y Alexandro son los mas famosos y celebrados sofistas que vivieron en tiempo de Adriano; y estos, segun dice Filostrato, solo buscaban la novedad y maravilla en los conceptos, y amaban locamente los pensamientos atrevidos y las figuras agradables. Eunapio dice del célebre Libanio, que quando podia encontrar palabras envueltas entre las tinieblas de la antigüedad, desde luego las ponía á la vista como regalos de tiempos antiguos, y hacia ostentacion de ellas en las oraciones. De aquí provenia que el estilo de los sofistas fuese lánguido y débil, lleno de una fastidiosa dulzura, y de una afectacion enfadosa. Y encontrandose la eloquencia en manos de tales oradores; qué frutos podían espe-

perarse sino insipidos y malos? Tales fueron en efecto, y la facundia griega cayó en la misma desolacion en que yacia la romana, y quedó enteramente extinguido el esplendor que con las obras de tantos ilustres escritores griegos y romanos se habia adquirido la eloquencia.

En este infeliz estado de la Grecia y de Roma debía la eloquencia prometerse un dichoso asilo en la Arabia, que parecia buscar no menos las luces de las letras que el esplendor de las armas, y que tan buena acogida daba á todas las ciencias. En efecto los Arabes compusieron muchas artes retóricas, y escribieron muchos libros sobre la eloquencia; pero sin embargo no supieron encontrar el verdadero gusto en los preceptos ni en la practica de aquel arte. El gobierno despotico, á que estaban sujetos, no sufría en la defensa de las causas politicas y judiciales los artificios y la grav edad de la facundia oratoria, ni daba lugar en los estudios arabigos á la eloquencia forense: su eloquencia no tenia por teatro un areopago, un senado ni

Eloquencia  
arabiga.

un foro; no el estímulo de materias capaces por su importancia de excitar los afectos del orador y de los oyentes: sus Alhariri, Hamadani, Malek, Scoraif y los otros celebrados oradores jamas tenian que perorar contra Filipo, ni defenderse de un Eschines: los argumentos de sus oraciones eran mas placidos, y versaban sobre puntos academicos, sin tener parte la felicidad del estado, ni la fortuna de los particulares; solo se procuraba lisonjear la imaginacion de los oyentes, no mover y herir sus corazones, ni excitar y conmover sus afectos. No son, pues, las arengas de los oradores arabigos oraciones judiciales, fuertes y vehementes al modo de las de Demostenes y de Ciceron, sino solo declamaciones estudiadas como las de los sofistas griegos, y de los retóricos romanos. Ahora pues, si los mismos Griegos y Romanos, que en las oraciones forenses, y en otros eloquentes escritos gustaron por tanto tiempo de la solida y verdadera eloquencia, no supieron despues seguirla en las declamaciones escolásticas, que podria

es-

esperarse de los Arabes, quienes no conocian otros adornos oratorios que los de la poësia, y de una poësia excesivamente cargada y llena de afectos? Clausulas compasadas, y, por decirlo asi, hechas á toro, expresiones atrevidas, inverosimiles, exágeraciones, frecuentes comparaciones, metáforas, alegorias, antitesis y otras figuras casi continuas, diction sobrado adornada y florida, equívocos y juegos de vocablos, y los vicios de los sofistas y de los declamadores griegos y romanos usados con mas exceso, forman el estilo de los escritores arabigos, que quieren parecer eloquentes. Cincuenta oraciones ó declamaciones tenemos del Ciceron y Demostenes arabigo Alhariri, publicadas por él con el titulo de *Mecamat*, que es decir *lugares comunes*, segun la expresion de nuestros retóricos. Estas oraciones versan sobre varios asuntos morales, y cada una de ellas lleva el nombre del sitio donde ha sido recitada. *El congreso de Senam* se llama la primera, que tiene por objeto huir los vicios, y

Tom. V.

M

exer-

exercitar las virtudes; y del mismo modo las otras. No solo los Arabes dan excesivos elogios á estas oraciones, sino que todos los europeos, que gustan de los estudios arabigos, las recomiendan con las mayores alabanzas; y Golio, Schultens y Reiske se han tomado el laudable trabajo de presentarlas á la comun inteligencia, traduciendo las en lengua latina. Estas, pues, nos pueden dar alguna idea de la eloqüencia arabiga; y qualquiera que se dedique á examinarlas facilmente encontrará en ellas gracia y elegancia en los pensamientos y en las expresiones, pero acompañadas de los defectos referidos. Sin embargo es una falsa preocupacion contra el estilo de los Arabes el pensar, que estos no adoptan imagen que no sea agigantada, ni expresion que sea sencilla y natural. No solo están escritos sin la pretendida hinchazon y fausto sus libros historicos y filosoficos, sino que tambien saben seguir la naturalidad y sencillez muchos de aquellos que unicamente se componen para amenizar el ingenio y

exercitar la eloqüencia. No veo cosa alguna que pudiese desechar un escritor griego en la descripcion de un bosquecillo de Al Keleb, y en otros muchos pasages de otros escritores. En sus historias se leen muchos razonamientos, que ciertamente no son comparables con los de Salustio y de T. Libio; pero sin embargo bastan para hacer ver que los Arabes no siempre hablaban un lenguaje enfatico é hinchado, y enteramente diverso del europeo, sino que sabian valerse con frecuencia de frases comunes, y de sencillas y naturales expresiones. El inglés Porter en un discurso sobre la religion de los Mahometanos &c. trae un sermon hecho sobre el *Monte del perdon*, pequeña montaña distante quince millas de la Meca; y en esta pieza de eloqüencia arabiga seguramente no se encuentran las reprehendidas expresiones de la afectacion oriental. En suma la eloqüencia arabiga no siempre es, por decirlo así, tan arabiga como se cree comunmente. Con la decadencia de los estudios arabigos se perdió enteramente la eloqüencia en

aquella nacion ; y los Arabes modernos, segun nos refiere Niebuhr (a), no tienen mas que los cafés, donde pueden los Mullas esparcir su facundia para entretener al pueblo con fabulas y con otros discursos. Nosotros dexaremos á los Arabes y á los otros orientales, como poco importantes para los progresos de la eloqüencia, y pasaremos á examinar el restablecimiento de ésta en Europa, donde por tantos siglos estaba miseramente extinguida.

Restablecimiento de la eloqüencia.

Sea qual se fuese el merito de algunos escritores los mas elegantes de los siglos duodecimo y decimo tercio, ciertamente no podrá encontrarse en ninguno de ellos el mas pequeño pasage, ni aún imperfecto, de eloqüencia romana, y el primer ensayo del restablecimiento de ésta solo deberá buscarse en las obras del Petrarca. Este, dotado de agudo y profundo ingenio, de natural facundia, y de una erudicion muy superior á quanto podia esperarse en aquella edad, y versado en la

(a) Desc. de P. Arab.

supra

M.

lectura de quantos libros antiguos le venian á las manos, escribió epístolas, dialogos y varios tratados con una fuerza de eloqüencia, que aunque distaban mucho de los del siglo de oro, admiraron entonces á toda Europa, y excitaron en los estudiosos la primera centella del verdadero amor á las buenas letras, que tan vivamente se encendió en los eruditos de los tiempos posteriores. Ahora ya no pueden leerse algunas clausulas duras, algunas voces barbaras, y algunas razones poco convincentes del Petrarca, nos ofenden los importunos pasages de erudicion, el estilo freqüentemente declamatorio, y alguna vez tambien vano y lleno de batologias, que el Petrarca, en medio de las muchas prendas de su eloqüencia, todavía no supo evitar; pero aun en el dia son dignas de alabanza la agudeza y gravedad de las sentencias, la copia y la variedad, y á veces tambien el selecto de las cosas y de las palabras, el fuego y calor del estilo, el ímpetu y la fuerza de la persuasiva; y aun por lo que toca á la

ele-

elegancia y cultura del lenguaje, quien quiera reflexionar sobre la depravacion á que habia llegado la lengua latina, y el gusto de escribir y de pensar en los siglos precedentes, ciertamente deberá mirar con mayor maravilla el estilo del Petrarca, que el de los Muratos, Sadoletos, Manucios y Perpiñanes, tan estimados por su latina eloquencia, pero que vivieron en tiempo en que eran mucho mayores los auxilios para cultivarla con felicidad. Por ocho y mas siglos no hubo un escritor latino que fuese digno de ponerse al lado del Petrarca; y despues de la decadencia de las letras griegas y romanas el Petrarca ha sido ciertamente el primero, que ha hecho oír alguna fuerza de eloquencia, y á él se debe el restablecimiento del antiguo gusto romano, y puede tambien decirse que el nacimiento del nuevo, que ha reynado despues en toda Europa. A exemplo del Petrarca cultivó Boccaccio la latina eloquencia; Coluccio Salutato, Leonardo Bruni y algunos otros siguieron en aquel siglo los mismos estudios;

y

y en el siguiente los Guarinos, los Filetios, los Biondios, los Decembrios y tantos otros amantes de la antigüedad, estudiando noche y dia los exemplares griegos y latinos, fueron promoviendo mas y mas la eloquencia romana. Vinieron despues Policiano, Pontano y Bembo, é hicieron oír una elegancia de lenguaje, y un gusto de sana eloquencia, que aun no se conocia en los escritos modernos; y Agricola, Erasmo, Nebrixa, Vives, Budeo y algunos otros hicieron resonar por todas las naciones la lengua latina, y no quisieron que quedase confinado en Italia el honor de la eloquencia romana. Entónces vino el famoso siglo decimo sexto, y en las cartas, en los dialogos, en las oraciones, en los tratados didacticos y en todo genero de escritos se renovaron los mas felices tiempos de la literatura romana. Los Sigonios, los Muratos, los Perpiñanes, los Manucios, los Sadoletos, los Maffeis, los Canos, los Osorios y otros infinitos escritores latinos presentaron en nuestra edad los Cicerones, los

Ati-

Aticos, los Livios, los Celsos, los Columelas y los otros maestros del lenguaje latino, y formaron del siglo decimo sexto el siglo de oro de la moderna latinidad. Pero ni estos, ni otros célebres escritores, que en el siglo pasado, y aún mas en el presente han manejado con felicidad el idioma latino, han podido dar nuevo lustre á la eloqüencia romana, y aquellos son tenidos por mas excelentes, que mejor han sabido copiar las prendas de los antiguos que querian imitar.

Eloqüencia vulgar.

La eloqüencia moderna debe considerarse en las lenguas vulgares como en su propio terreno. En otra parte (a) hemos hablado de los primeros principios de las lenguas modernas, y hemos conjeturado con alguna probabilidad, que la española fue la primera, que se vió en públicos y bien trabajados escritos, y recibió alguna estudiada cultura. Pero aquellos primeros esfuerzos no bastaron para darle alguna celebridad entre las naciones extranjeras.

(a) Tom. II, cap. XI.

geras; y podemos decir con mayor fundamento, que la primera lengua, que ha logrado consideracion y gloria entre los nacionales y entre los extranjeros, ha sido realmente la francesa. Esta en el siglo decimo tercio pasaba por la lengua mas agradable, y ciertamente era la mas comun para la universal inteligencia. Hemos visto en otra parte quan llenas estuvieron algunas provincias de España de Franceses eclesiasticos y seculares, y lo mismo acaecia comunmente en otras naciones. Bruneto Latino dice, que escribió en frances su *Tesoro* por hallarse entonces en Francia, y ser el lenguaje francés el mas agradable y el mas comun de todos los lenguages. El Abate Mehus (a) cita á este proposito un antiguo comentador de Dante, el qual dice que *para utilidad de la comun gente lo hizo en lengua francesa, porque es mas entendida que la literal*. Sobre lo qual añadé el mismo Mehus, que el lenguaje francés era muy

Tom. V. N usa-

(a) Vit. Ambr. Com.

usado de los Florentines en los discursos y en los escritos, y trae para prueba al dominicano maestro Guillermo, quien, despues de haber escrito en latin un *Tratado de los vicios y de las virtudes*, lo traduxo él mismo en frances.

Y no estaba reducido á los Florentines este amor á la lengua francesa, sino que se extendia á otras provincias de la Italia. Mehus trae por exemplo á un cierto maestro Canale, que escribió en frances una *Historia de Venecia*: *parceque*, como él dice, *lengue franteise cort parmi le monde, et est la plus delitable á lire, et á oir, que nulle autre*. Asi que la lengua francesa estaba tenuta en aprecio, no solo en Francia, sino tambien en las otras naciones, y la usaban los Franceses y los extrangeros en varias especies de escritos. Pero sin embargo no era Francia la nacion, en que la eloqüencia vulgar debía encontrar su feliz cuna. ¿Que escrito de lengua francesa ha sido considerado como eloqüente, y tenido por los posteriores como clasico y magistral? Apenas se han conservado

las

las historias de Villehardouin y de Joinville, y otros pocos monumentos franceses de aquella edad; y estos, si merecen la atencion de los eruditos por las noticias históricas que traen, ofenden á los delicados lectores por la incultura y rusticidad del estilo con que las exponen.

La primer patria de la eloqüencia moderna ciertamente no fue otra que la Italia, aunque por ventura haya sido esta de las ultimas en cultivar el nativo idioma. A principios del siglo decimo quarto Fr. Jordan de Ribalto hizo oir desde los sagrados pulpitos el language italiano; y el Dante, aunque en latin, escribió sobre la eloqüencia vulgar, y la usó él mismo en su *Convite* no sin alguna elegancia. Pero los primeros escritos vulgares, en que se sintió el verdadero gusto de la eloqüencia, fueron el *Decameron*, y otras obras de Boccaccio. Los Villanis escribieron entonces la historia con una eloqüencia, de que no se veian exemplares en las historias de aquella edad. Passavanti y algunos otros comunicaron la eloqüencia vulgar

Eloqüencia Italiana.

N 2

á

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á materias sagradas y á argumentos didácalicos. Pero el amor á la docta antigüedad, el estudio de las lenguas griega y latina, y el continuo uso de esta, no solo en los escritos, sino tambien en los razonamientos y en las arengas públicas, hizo que por todo aquel siglo y el siguiente estuviese en poco aprecio la lengua vulgar. Bembo y Sanazzaro puede decirse que fueron los primeros, que á principios del siglo decimo sexto la pusieron en aprecio; y entónces Castiglione, Caro, Casa, Varchi y otros muchos procuraron cultivarla de todos modos, y formaron de aquella edad una memorable epoca para la eloqüencia italiana. Los Italianos generalmente alaban el siglo decimo sexto como siglo el mas feliz de su eloqüencia, desprecian el decimo septimo como siglo de pervertimiento y corrupcion, y miran el presente como el tiempo de la reforma y del restablecimiento de su decaido gusto; y no negaré que puedan tener algun fundamento para formar este juicio. „ Por lo que mira á los del siglo de-

„ ci-

„ cimo sexto, dice Algarotti (a), es preciso perdonar á los Italianos alguna excessiva passion que por ventura tienen „ á aquel siglo. „ Es cierto que la singular gloria de que se coronó la Italia en aquel siglo, por el feliz cultivo de las ciencias y de las buenas artes, puede justamente deslumbrar á los doctos nacionales, de modo que no vean las manchas, que en parte obscurecen su esplendor. Pero examinando con filosófica indiferencia el estado de la eloqüencia vulgar en aquella edad, aunque encontraremos en ella correccion, pureza y elegancia de palabras y de frases, mas tambien reconoceremos vana extension y prolixidad de periodos, dura confusion de voces y de clausulas, pesado y molesto orden de toda la oracion, y sobrada escasez y falta de sentencias; y exhortando á los nacionales á que se complazgan en las gracias de la lengua, y en los cultos modos de hablar de los escritores de aquel siglo, y á que los tomen por ver-

(a) *lett. al sig. Barone N. N.*

verdaderos maestros en esta parte, les pediremos que nos perdonen si encontramos demasiado lenta, languida y hueca su eloquencia, para proponerla por modelo de buenos escritores, y si nos lamentamos de tener que leer en sus escritos muchas y buenas palabras con pocas y frias sentencias. „ Quanta paja! exclama „ no sin razon Algarotti. Que aridez de „ pensamientos en tan gran rio de pala- „ bras! Dar á uno, que es aficionado á „ pensar, un libro del siglo decimo sex- „ to, es casi lo mismo que darle á uno, „ que tiene gana de comer, un frasquito „ de agua de olor de la fonda del gran „ Duque para aplicarselo á las narices. “ Alabemos, pues, en los decantados escritores del siglo decimo sexto el gusto de la lengua; pero confesemos al mismo tiempo la lentitud y languidez de su estilo, y no esperemos encontrar en sus escritos perfectos modelos de eloquencia. Mas motivo tienen los Italianos para lamentarse de la depravacion que en el siglo pasado sufrió su eloquencia. Pensamientos falsos, hin-

hinchazon, afectacion, metáforas y alegorías sobrado atrevidas, y usadas con excesivo estudio, antitesis, juegos de vocablos y otros vicios semejantes, son tan comunes en aquella edad, que forman, por decirlo asi, el caracter de los escritores del siglo decimo septimo. Pero sin embargo Galileo y otros Toscanos escribieron en aquel siglo con estilo mas perfecto que los escritores precedentes; y si no los aventajaron en lo correcto de las frases y en el gusto del lenguaje, los superaron mucho en la naturalidad, facilidad, precision y claridad. A fines de aquel siglo floreció tambien Señeri, el orador y el escritor mas eloquente de toda Italia, aunque alguna vez llegue á resentirse del gusto entónces dominante. Su lustroso exemplo llevó tras sí á muchos oradores sagrados, y apartó tambien á otros escritores del depravado gusto de aquella edad; y viniendo á principios de este siglo Gravina, Muratori, Cocchi, Zeno, Maffei y algunos otros á disipar con su doctrina ó con su exemplo la densa niebla, que obs-  
cul-  
cu-

curecia la italiana eloquencia, se vió renacer el antiguo esplendor, y se introduxo en los escritos un estilo mas sano, mas propio y mas sincero que el del siglo pasado, y algo mas vivo, mas rapido y energetico que el del antecedente. Sin embargo quien quiera considerar con animo imparcial la eloquencia italiana de este siglo, temo que no quedará enteramente satisfecho; encontrará algunos escritores dignos de mucha alabanza, pero no tales que deban los Italianos tomarlos por perfectos modelos, y buscarlos las otras naciones como escritores verdaderamente eloquentes: y luego se verán estos escritores confundidos con tantos otros duros, difíciles, oscuros, llenos de afectacion de espíritu y de filosofia, y de otros vicios de esta edad, que no se podrá definir si es mayor el daño ó el provecho que el siglo decimo octavo ha acarreado á la eloquencia italiana. Esta se encuentra ahora en una especie de crisis: algunos amantes de la pureza aurea del siglo decimo sexto no pueden sufrir el menor desvio de las

hue-

huellas, que nos han dexado los escritores de aquella edad, y levantan el grito contra el atrevimiento de muchos modernos, que quieren introducir novedad en la lengua italiana: otros al contrario, ciegamente enamorados del fuego y vivacidad de algunos modernos ultramontanos, desprecian sobremanera los maestros del lenguaje italiano; y gloriandose de espíritu y filosofia, y de deseo de cosas y no de palabras, creen que solo debe atenderse á las sentencias y á los pensamientos, y buscan un estilo fuerte y vehemente, sin cuidarse de la eleccion y colocacion de las palabras, ni del enlace y fluidez de la oracion. La gran turba de estos amantes del nuevo estilo, y la avilantez de sus pedantescas decisiones seducen sobrado la incauta multitud, y hacen temer justamente, que por querer dar demasiado vigor á la eloquencia italiana, y cargarla inoportunamente de espíritu y de filosofia, se haga arida y dura, obscura y afectada, y sufra una corrupcion peor que la del siglo pasado. Quiera el Cielo que se cum-

Tom. V.

O

plan

plan los deseos de otros mas inteligentes y mas justos , que , detestando la moderna tropa de pretendidos filósofos y escritores ingeniosos , conocen el merito de los antiguos Italianos , la propiedad de sus voces , la exactitud de sus frases y la nobleza de su language ; pero creen que pueda y deba abandonarse no poco de su frondosidad , y quitarse mucho de la transposicion y dificultad de sus periodos ; y quisieran ver en Italia escritores eloqüentes , que siguiendo la indole y el genio de la lengua italiana , le diesen mas brio y rapidez , y uniendo la fuerza y vivacidad de las expresiones , y la copia y sublimidad de las sentencias , que no sin razon desean los modernos , con la elegancia y propiedad de las palabras , con la fluidez del estilo y con la ordenada conexiõn de todo el discurso , que tanto y tan justamente estudiaban los antiguos , pudieran fixar las verdaderas leyes de la eloqüencia italiana , y sacar á los escritores de la incertidumbre , en que se ven con frecuencia , sobre el partido que deben seguir.

No-

Nosotros ahora mirando generalmente los progresos que hasta el día de hoy ha hecho en Italia la eloqüencia , los reconoceremos harto inferiores á los de la poësia ; y quando esta se gloria de tener Petrarca , Ariosto , Tasso y tantos otros ingenios sublimes , apenas encontraremos en aquella un hombre verdaderamente eloqüente fuera de Señeri , y aun en este descubriremos varios defectos.

La eloqüencia española tuvo la misma suerte , y sufrió las mismas vicisitudes á que hemos visto sujeta la italiana. Pero sin embargo comparando libremente , y sin preocupacion alguna el estado de la eloqüencia en una y otra nacion , creo poder asegurar , que los autores españoles del siglo decimo sexto , criados igualmente que los italianos con la leche de los latinos , procuraron adquirir el nervio y el espiritu de sus exemplares los antiguos , sin ser sus serviles imitadores como los italianos , ni buscar tanto como estos la transposicion de las palabras , y el giro de los periodos , que hace languida y ex-

Española.

O 2

te-

tenuada la eloqüencia italiana, y que la buena prosa española de aquella edad corre mas fluida, mas dulce y armoniosa que la italiana de la misma. Pero pasando al siglo subsiguiente, los defectos del estilo, aunque sobre el mismo gusto que entonces dominaba en ambas naciones, fueron mas grandes en los Españoles que en los Italianos sus unicos rivales; y la eloqüencia española no puede tener el consuelo de haber producido un genio original en tiempo de su corrompimiento, como justamente puede gloriarse la italiana de haber dado á luz un *Senari* en tiempo de su depravacion.

Francesa.

A la decadencia de la eloqüencia italiana y de la española se siguió el honor de la francesa, que con notable superioridad obtuvo el principado en todas las clases. Antes se hacian leer con gusto *Amiot*, *Montagne*, *Charron*, *d' Ossat* y algun otro escritor frances; pero las cosas dichas, mas que el modo de decirlas, era lo que agradaba en sus obras, y no se alababa en ellas la gracia de un culto

estilo, sino una candida pureza y una nativa sencillez: su lengua, falta de correccion, de armonía y de nobleza, se hizo luego antiqüada, y sus escritos no pudieron poner en aprecio alguno la eloqüencia francesa. Vino despues *Balzac*, y acarreo á la prosa las mismas ventajas que *Malherbe* habia proporcionado á la poesía; y poniendo mucho cuidado en la elección y colocacion de las palabras, en la disposicion de las frases, y en la cadencia y sonoridad de los periodos, dió á la prosa francesa aquella suavidad y armonía, que antes le era desconocida. Pero *Balzac* no supo contenerse en los justos terminos: por querer evitar la negligencia y barbarie de sus predecesores cayó en el estudio y afectacion, y buscando con lo magnifico de las expresiones, y con la copia de las figuras la elevacion, nobleza y elegancia del estilo, se hizo hinchado, violento y melindroso, y causó tedio y fastidio á los lectores sabios, á quienes excesivamente deseaba agradar; de modo que con razon puede ser llamado el *Gorgias*

gias

gías de la eloquencia francesa, que no supo sacar la prosa de la desnudez de los escritores precedentes, sin llenarla de excesivos é impropios adornos. Sin embargo Balzac con su exemplo dió principio al culto y pulido modo de escribir; y los felices ingenios, que le siguieron, elevaron la eloquencia francesa á tal esplendor, que pudo sufrir el parangon con la griega y con la romana. Un Bourdaloue, un Bossuet, un Fenelon, un Pascál, un Massillon, un Buffon y tantos otros compiten con los Platones, con los Xenofontes, con los Demostenes, con los Cicerones y con toda la docta y facunda antigüedad; y la Francia se ha adquirido pleno derecho para ser la maestra universal de toda la cultura Europa en todo genero de eloquencia.

Inglesa.

La Inglaterra, rival en todo de la Francia, debe cederle la palma en la eloquencia; pero aun en esta parte procura hacer los mayores esfuerzos para acercarse. Tillotson, Sherlok y otros predicadores ingleses son muy diferentes de Bourdaloue y de Massillon, para que pueda ha-

hacerse entre ellos algun cotejo, en el que ciertamente deberian quedar muy inferiores; pero sin embargo logran la aprobacion de los mismos Franceses. La eloquencia forense no ha encontrado en toda Europa tan digno teatro como en Inglaterra, y á nadie mas justamente que al célebre inglés Pitt puede darsele el glorioso nombre de Demostenes moderno: la didascalica es muy conforme á la precision y profundidad de los Ingleses; y á Bolingbroke, Addison, Chesterfields y á varios otros los leen con gusto todas las personas cultas, no solo de Inglaterra, sino tambien de las otras naciones; y generalmente todos los ramos de la eloquencia han sido cultivados con bastante felicidad por aquella docta é ingeniosa nacion. Los imparciales é ilustrados Alemanes se lamentan de que su lengua todavia no está limada, ni suavizada de modo que puedan hacerse laudables progresos en la eloquencia. Una cierta transposicion embarazosa y obscura de las preposiciones y de las palabras, un pesado amontonamiento de pa-

Alemana.

rentesis, y una molesta difusion de todo el estilo, hacen que la mayor parte de los escritos alemanes sean dificiles y desagradables á los mismos nacionales; por lo qual de algunos años á esta parte procuran los doctos Alemanes adornar las materias que tratan con las gracias de una sana eloquencia. El gran Federico en su obra *De la literatura alemana*, cita á Quant de Koenigsberga como el unico que poseyese el raro talento de hacer armonioso su idioma; pero Jerusalem dice en su respuesta, que en los escritos filosoficos de Mendelson se encuentra toda la penetracion de Platon con mayor fuerza y solidez, y en los de Engel se ve el tono sencillo y popular de Socrates. Yo no puedo juzgar ni de Quant, ni de Mendelson ni de Engel, cuyas obras me son desconocidas; pero si diré, que el mismo Jerusalem muestra en aquella carta un estilo rapido, preciso y adornado, que puede acarrear no poco honor á la eloquencia alemana. Las obras de Sultzér nos presentan en su autor un hombre de gusto y un escritor eloquente: Rabener y la Deeling

ling escriben cartas alemanas, que de algun modo pueden compararse con las francesas. Sonnefelds, Denis y otros alemanes modernos saben dar á su lengua aquella gracia y amenidad que antes no conocia; y la eloquencia alemana, si todavia no ha hecho progresos capaces de adquirirlle celebridad entre las naciones extrangeras, los promete ciertamente muy considerables. No es mayor el crédito que se han ganado las otras lenguas septentrionales. La Sueca toma el principio de su cultura del tiempo de Gustavo I, de quien se conservan cartas á varios obispos escritas sin afectacion, y con una noble simplicidad. El célebre Oxenstierna ilustró igualmente la lengua nacional, exponiendo en ella sus sólidos y profundos pensamientos, aunque la corrompió con el desmedido uso que hizo en los escritos suecos, no solo de voces y de frases latinas, sino de periodos enteros. El Rey Carlos IX cultivó el proprio idioma en prosa y en verso; y Messenio, Stiernhielm, Lagtrlog, Dalstierna y algunos otros procuraron dar algun

Tom. V. P nue-

nuevo lustre á la lengua sueca. La famosa Reyna Christiana, amante de toda clase de estudios, no dexó de promover el del idioma vulgar; y otra célebre muger, la señora Edwige Carlota Nordenflycht, proporcionó mayores ventajas á la eloqüencia patria estableciendo en su casa una selecta academia, que ha dado á luz una obra con el titulo de *Opusculos de literatura*, esto es, una colección de prosas y de poesías todas alabadas de buen gusto é ingenio. A la Reyna Luisa Ulrica se debe la fundacion de la academia de buenas letras de Stokolmo, la qual, ademas de varias poesías, y de disertaciones sobre puntos historicos, y argumentos filosóficos, ha producido prosas escritas unicamente para cultivar la eloqüencia nacional. Igualmente se encuentran no pocas piezas eloqüentes en la obra periodica intitulada *Los placeres de la literatura*; y en medio de un gran numero de *Elogios* de los hombres ilustres de Suecia, se distingue por su particular merito el del conde de Tessin, compuesto por el conde de Hopken, y

traducido despues por los Franceses en su idioma. En las asambleas nacionales se hizo célebre por la eloqüencia politica el conde de Fersen, el qual hablaba con grande exáctitud, y se explicaba con varonil eloqüencia, y con noble sencillez. Fehroden obispo de Carlstad, Wingand obispo de Gothemburgo, Murray, Flo-din y algunos otros han obtenido singular crédito en la eloqüencia sagrada. Al presente algunas personas celosas del adelantamiento de la eloqüencia sagrada se han unido para ofrecer un premio á los mejores sermones; y de tan loable establecimiento, anunciado en los diarios literarios, con razon podemos esperar en breve los debidos efectos. Actualmente son alabados en varios generos de escritos suecos el conde de Scheffer, Melander y algunos otros; y de este modo van los Suecos cultivando con algun fruto todos los ramos de la eloqüencia.

Los Rusos, segun el juicio de Levec-<sup>Russ.</sup> que, tienen la ventaja de poseer una lengua tal vez la mas bella y la mas antigua, que

que se habla al presente en Europa; pero una lengua tal no ha tenido hasta este siglo quien la haya usado dignamente. El célebre arzobispo Teofanes Prokopovitch ha sido el primero, que ha dexado laudables monumentos de eloqüencia rusa, y ha escrito sermones, panegiricos, elogios, codigos canonicos, catecismos, historias, poesias y toda especie de composiciones eloqüentes. El poëta Lomonosoff contribuyó no menos que Prokopovitch al adelantamiento de la eloqüencia rusa; él escribió una *Gramatica* y una *Retorica* rusa; él usó la eloqüencia panegirica componiendo un *Elogio* de Pedro el grande; él se valió de las gracias de la didascalica en muchas disertaciones fisicas y quimicas; él en suma llevó en triunfo la lengua rusa por todas las clases de la eloqüencia. El arzobispo de Moskou Platon es celebrado como excelente orador; sus sermones, que forman nueve tomos en quarto, gozan la aprobacion de los inteligentes en aquella lengua; y su *Catecismo* escrito para la instraccion del ac-

sup

s

tual

tual Gran Duque de Moscovia, no manifiesta menos prendas de eloqüencia didascalica; que las que se descubren de oratoria en sus sermones. La gran Catalina ha contribuido al honor de la eloqüencia rusa, igualmente que á todas las otras glorias de aquella nacion; ella ha ennoblecido la lengua rusa uniendola con la francesa, y escribiendo en una y otra el eterno monumento de su inmortal instruccion en el codigo de las leyes; ella ha querido enriquecerla mas y mas, y para conseguirlo no se ha desdenado de emplear sus reales manos en la traduccion de libros extranjeros; ella finalmente le ha proporcionado en estos dias mayores ventajas, estableciendo para ilustracion de la lengua vulgar una nueva academia rusa; y despues ha echado el colmo á sus beneficencias, nombrando por presidenta de la misma á la célebre princesa de Aschof, y poniendo las hermosas flores de la eloqüencia nacional en sus delicadas y seguras manos, á las que habia confiado antes los sólidos frutos de las severas ciencias, ha

haciendo de este modo á aquella famosa muger directora y arbitra de toda la literatura rusa. De dos heroínas tan ilustres; quanto no debe prometerse la eloquencia rusa! Nosotros entre tanto, esperando que esta y las otras lenguas septentrionales vayan adquiriendo nuevo esplendor, y produciendo excelentes escritores que las naciones extranjeras puedan tomarlos por modelos en algun genero de escritos, entratemos á examinar la eloquencia separadamente en todos sus ramos, y á seguir por partes en cada uno de ellos sus laudables adelantamientos.

## CAPITULO II.

## Eloquencia Forense.

Principio  
de la elo-  
quencia fo-  
rense.

LA grandeza de las materias, sobre que versaba la eloquencia forense, y la sublimidad de los honores, con que solia coronar las fatigas de los que dedicaban á ella su estudio, estimularon á muchos hombres de merito á cultivar el arte oratoria.

No

No se habia hecho uso de esta ni en Asia ni Egypto, que son las primeras naciones en donde se empezaron á fomentar los otros estudios; solo se vió florecer en la Grecia, y aún en ella nació bastante tarde. Solon y Pisistrato fueron los primeros, que pusieron en uso el artificio de la eloquencia forense, y en efecto estos son los primeros que Ciceron nombra entre los oradores. Su exemplo fue despues seguido constantemente en Atenas, y por mucho tiempo no dexó de haber facundos oradores, que expusiesen al pueblo y á los tribunales las riquezas de la eloquencia. Esta al principio unicamente versaba sobre negocios politicos, y estaba siempre en boca de los mas nobles ciudadanos, quienes procuraban servir al público, no menos con la lengua que con las manos, y la eloquencia era uno de los medios mas oportuno para gobernar la república, como se vé en los consejos que da Plutarco sobre este particular (a). Pero despues comenzaron los

(a) Reip. ger. prae.

haciendo de este modo á aquella famosa muger directora y arbitra de toda la literatura rusa. De dos heroínas tan ilustres; quanto no debe prometerse la eloquencia rusa! Nosotros entre tanto, esperando que esta y las otras lenguas septentrionales vayan adquiriendo nuevo esplendor, y produciendo excelentes escritores que las naciones extranjeras puedan tomarlos por modelos en algun genero de escritos, entratemos á examinar la eloquencia separadamente en todos sus ramos, y á seguir por partes en cada uno de ellos sus laudables adelantamientos.

## CAPITULO II.

## Eloquencia Forense.

Principio  
de la elo-  
quencia fo-  
rense.

LA grandeza de las materias, sobre que versaba la eloquencia forense, y la sublimidad de los honores, con que solia coronar las fatigas de los que dedicaban á ella su estudio, estimularon á muchos hombres de merito á cultivar el arte oratoria.

No

No se habia hecho uso de esta ni en Asia ni Egypto, que son las primeras naciones en donde se empezaron á fomentar los otros estudios; solo se vió florecer en la Grecia, y aún en ella nació bastante tarde. Solon y Pisistrato fueron los primeros, que pusieron en uso el artificio de la eloquencia forense, y en efecto estos son los primeros que Ciceron nombra entre los oradores. Su exemplo fue despues seguido constantemente en Atenas, y por mucho tiempo no dexó de haber facundos oradores, que expusiesen al pueblo y á los tribunales las riquezas de la eloquencia. Esta al principio unicamente versaba sobre negocios politicos, y estaba siempre en boca de los mas nobles ciudadanos, quienes procuraban servir al público, no menos con la lengua que con las manos, y la eloquencia era uno de los medios mas oportuno para gobernar la república, como se vé en los consejos que da Plutarco sobre este particular (a). Pero despues comenzaron los

(a) Reip. ger. prae.

los sofistas á dar algunos preceptos sobre el arte de bien hablar, y de este modo se fue formando de la retorica un estudio diverso del de la politica; aunque los hombres verdaderamente eloqüentes, los que obtuvieron entre los posteriores el nombre de oradores, continuaron en unir aquellos dos estudios, y en cultivar uno y otro. Pericles dió un ilustre exemplo de verdadera arte oratoria, y, segun el testimonio de Platon (a), fué el mas perfecto de quantos oradores se habian oido hasta entónces. Instruido en la filosofia por Anaxágoras, y en las otras artes por los otros profesores mas célebres, y acostumbrado á contemplar profundamente las materias abstrusas y sutiles, pudo transferir el exercicio de meditar de las qués tiones filosóficas á las causas forenses y populares; y con la penetracion de su ingenio, mirando las cosas en su verdadero aspecto, sin hacer grande estudio del artificio de las palabras y de las invenciones retoricas, supo hacer-

(a) In Phaedro.

árbitro y dueño del pueblo ateniense. Atenas sintió regocijarse con la suavidad de las oraciones de Pericles, y, admirando su copia y abundancia, llegó á temer la fuerza y el encanto de su eloqüencia (a). Siguieron el estilo de Pericles Alcibiades, Cricias y Teramenes, y fixaron en aquella docta ciudad el verdadero trono de la eloqüencia. Pero estos, ó realmente no escribieron sus oraciones, ó no tuvieron la suerte de hacer que llegasen á la docta posteridad, queriendo la mayor parte de los antiguos que fuesen supuestas aquellas oraciones, que con el nombre de algunos de ellos se leían entónces, y no habiendo ni aún estas llegado á nuestras manos. Plutarco, ó quien sea el autor de las *Vidas de los diez Oradores*, que se leen en sus obras, y que nosotros continuaremos en citar baxo el nombre de Plutarco, quiere que Antifon, contemporaneo de Pericles, y poco mas jóven que Gorgias, haya sido el primero que escribiese oraciones,

Tom. V.

Q

com-

(a) Tull. *De clar. Or.* XI.

componiendolas tambien por otros , para que pudiesen defender en juicio sus causas. Hermógenes (a) cree que hayan sido dos los Antifones oradores , de quienes corrian en su tiempo las oraciones ; y atribuye á Antifon Rhamnusio la gloria de haber sido el primero en cultivar la oratoria politica. Nosotros pasaremos por alto estas disputas de primacia de tiempo en tan remota antigüedad , y no hablaremos de Antifon , de Andocides y de algunos oradores de aquella edad , porque Lisias é Isócrates son los unicos, que justamente ocupan la primera atencion de quien quiere contemplar la oratoria griega. Ciceron nos alaba repetidas veces la sutileza de Lisias , y la suavidad de Isócrates. Quintiliano presenta á Lisias como sutil y elegante, y como perfecto orador en el modo de exponer y de enseñar (b). Favorino , comparando á Lisias con Platon , decia , que á este no se le podia quitar una palabra sin disminuir su

(a) *De form. lib. II.* (b) *Lib. X, cap. I.*

su elegancia , ni á Lisias sin perjudicar al sentido (a). Pero ninguno se manifiesta mas empeñado que Dionisio Halicarnaseo en dar elogios á la eloquencia de Lisias : pureza de palabras, propiedad de diction, decoro y gravedad de expresiones , sencillez , claridad y brevedad son prendas que Dionisio reconoce en Lisias sobre todos los otros : él en otra parte no duda afirmar que Lisias fué el primero en tornear bien los pensamientos, y en dar á los periodos una justa rotundidad, y no quiere adherir al juicio de Teofrasto , que atribuye este merito á Trasimaco : él observa en recomendacion de Lisias, que era sobrado figurada y poética la prosa de los primeros retoricos hasta que Lisias la reduxo á la decencia de sus justos adornos : él en suma da á Lisias la superioridad sobre todos los oradores anteriores y coetáneos ; y Lisias en su concepto , ó ya se quiera atribuir á felicidad de la naturaleza , ó á trabajo del arte , ó finalmente á fuerza y

(a) *A. Gell. lib. II, c. V.*

poder dimanado de la naturaleza y del arte, sobrepaja en las prendas de la eloquencia á todos los otros oradores. Pero sin embargo Isócrates ha obtenido mas universales elogios de los antiguos y de los modernos, y su nombre ha logrado mayor celebridad. El mismo Platon, que manifiesta alguna repugnancia en consentir los elogios que oia dar á la eloquencia de Lisias, texe al jóven Isócrates un largo encomio; y lo reputa tan superior en el ingenio, que no deba ni aún entrar en cortejo con Lisias. Los críticos latinos Quintiliano y Ciceron manifiestan en cada página de sus obras quanto respetaban la eloquencia de Isócrates. El mismo Dionisio, que abiertamente prefiere las oraciones de Lisias á las de Isócrates, pasando á hacer el parangon entre estos dos oradores (a), reconoce en Isócrates tantas prendas superiores á las de Lisias, que pueden contrapesar las otras en que nos lo quiere mostrar inferior; y despues de haber leído aten-

(a) In Isocr.

atentamente aquel paralelo no se sabe resolver á quien deba darse la preferencia. Actualmente el abate Auger en su celebrada *Traducion de Isócrates* no halla palabras para alabar á su venerado heroe: lo llama orador excelente, que por todas partes ofrece las ideas mas grandes y los preceptos mas sublimes adornados con todas las gracias de las expresiones, escritor distinguido, padre de la eloquencia, inventor de las mas hermosas formas del discurso, y de la grande arte de disponer felizmente todas las partes, y usar con ventaja las figuras mas nobles y mas admirables; filósofo amable por la finura y solidez de su ingenio, por la sutileza de su logica, por la elegancia de la diction, y por la gallardia de las ideas y de los pensamientos; autor en suma de discursos llenos de gracia y de elegancia, donde todo está conducido sin violencia, todo encaadenado y ligado por medio de transiciones ingeniosas y siempre naturales, y donde todos los colores mezclados con arte ofrecen un quadro acabado y perfec-

to

to en todas sus partes. Nosotros tenemos aún oraciones de Lisias y de Isócrates, para exâminar por nosotros mismos sus decantadas perfecciones, y formar segun nuestra inteligencia, qualquiera que sea, el parangon de aquellos dos célebres oradores. Y si he de decir libremente mi juicio, ni Lisias ni Isócrates me ofrecen todavía una justa idea de la verdadera eloqüencia. Lisias ténue y puro, culto y sutil tiene mas ayre didactico que oratorio; y, como observa justamente Quintiliano (a), sería un orador perfecto, si para serlo bastase enseñar. Tal vez el deseo de poner en claro todos los hechos perjudica á la gravedad de su oracion, haciendola descender á sobrado individuales y particulares circunstancias; tal vez el excesivo amor á la exâctitud y precision le corta las alas, y no dexa volar libremente su eloqüencia. Isócrates es mas adornado, mas armonioso y mas suave, sabe deleitar al auditorio mejor que conmoerlo,

(a) Lib. X. c. I.

y su excesivo atavio y pulidez disminuyen el impetu y la fuerza de la facundia oratoria. Uno y otro manifiestan el animo quieto y sossegado de uno, que escribe en su gabinete falto de aquel calor que inspira la grandeza del foro, y la presencia del pueblo que le oye. Pero sin embargo en Lisias descubro mas al orador, el estilo mas sencillo y natural va mas directamente á su fin, fortifica y esfuerza mas los argumentos, y es mas propio para convencer y persuadir; mientras que Isócrates perdiendose tras las gracias y los adornos de la diction, entra con sobrada lentitud en materia, y no se cuida mucho de probar su intento, ni de persuadir y convencer al auditorio. Isócrates, en mi juicio, ha contribuido mas á la elegancia y á la perfeccion de la lengua griega y del numero de la oracion: Lisias ha acarreado mayores ventajas al artificio y fuerza oratoria; y á ambos debe ciertamente mucho la eloqüencia. Despues de Lisias y de Isócrates no deberemos detenernos en hablar á la larga de Iseo, Dinarco, Licurgo y otros

ora-

oradores de aquellos tiempos, aunque muy celebrados de los Griegos. Hyperides, distinguido por los antiguos con más singulares elogios, merecería tal vez mayor exâmen si pudiésemos encontrar monumentos de su eloqüencia; pero de todas las oraciones de Hyperides, que pasaban de cincuenta, no nos ha quedado ninguna. Solo la oración contra Aristogiton, que se lee entre las de Demostenes, quieren algunos que sea de Hyperides; y ni aún para atribuirle esta hay tanto fundamento que pueda con alguna razon tomarse por prueba de su eloqüencia.

Eschines  
y Demostenes.

Solo Eschines y Demostenes llaman toda nuestra atencion. Los grandes maestros, que elevaron al mas alto grado de gloria la eloqüencia griega, y los verdaderos modelos para formar oradores famosos, no son otros que Eschines y Demostenes. Ciceron, justo apreciador de las obras de eloqüencia, siempre habla con admiracion de las oraciones de Demostenes; y Ciceron que habia formado una idea tan sublime de las prendas de un ora-

orador, no duda llamar (a) á Demostenes orador perfecto, á quien no falta parte alguna de tal. Quintiliano lo llama príncipe de los oradores, y casi ley del buen modo de petorar (b). Los griegos Longino, Hermógenes, y todos los maestros del arte oratoria, y singularmente Dionisio de Halicarnaso no cesan de ensalzar con sumos elogios el ímpetu, la fuerza, el ardor y el invencible poder de la eloqüencia de Demostenes, y continuamente citan sus oraciones como verdaderos exemplos de todas las prendas oratorias. Todos en suma Griegos y Romanos, antiguos y modernos han dado tales encomios á Demostenes, que su nombre solo, como ya decia Valerio Máximo, hace nacer en el animo de quien lo oye la idea de una perfecta y acabada eloqüencia. Y si de este modo hablan de Demostenes los buenos críticos griegos y romanos, no están menos acordes en conceder á Eschines el segundo lugar en la profesion oratoria.

Tom. V.

R

ría.

(a) De cl. Or. IX. (b) Lib. X, cap. I.

ria. Las tres oraciones, que de él nos quedan, son justamente consideradas por Focio como las tres Gracias; y estas tres solas bastan para darnos una idea muy relevante de su eloqüencia, y de algún modo pueden servir para que forme el parangón con la de Demostenes quien no quiera sujetarse ciegamente al dictamen de los antiguos. Nosotros propoñdremos un ligero bosquejo de las oraciones de uno y otro *sobre la Corona*, para dar alguna idea de su arte oratoria, y sin contentarnos con vagas, generales y á veces inconcluyentes expresiones, haremos un exâmen algo mas individual. Empezando ante todas cosas por el exórdio me parece algo enmendado el de Eschines; puesto que saltando de uno en otro pensamiento no se abre un buen camino para entrar en la causa; ni prepara bien el animo del juez para que tome parte en su oracion. Mas bellas razones, y mas propias para su intento dice Demostenes; y su exórdio harto mejor que el de Eschines tiene las prendas que requiere un exórdio, conciliando al

ora-

orador la benevolencia, la atencion y la docilidad de los oyentes. Eschines quando ha entrado en la causa desenvuelve perfectamente el espíritu de la ley sobre que se apoyan sus razones, combate todas las respuestas que se le pueden dar, y fundadamente concluye haber Ctesifon quebrantado las leyes, tanto en decretar una corona á Demostenes, como en quererla proclamar sobre el teatro. Para conciliar en esta segunda parte dos leyes, que parecen contrarias entre sí, ¿ con quanta sutileza, y con quanto arte no discurre? Demostenes no se para á dar una convincente respuesta á este discurso de Eschines; sino que contentandose con el exemplo contrario de muchos hechos, diestramente se defiende motejando con aspereza, y haciendo burla de su contrario. Si aqui se acabase la causa, como todos creerán que debia acabarse, la victoria ciertamente quedaria por el ingenio y la eloqüencia de Eschines; pero como el intento de este no era quitar á Demostenes la corona de la cabeza, sino hacer que

perdiese la estimacion de los ciudadanos, sus mas vivos esfuerzos se dirigen á acusar la vida y conducta de Demostenes. Este al contrario, perdiendo de vista la corona y el decreto de Ctesifon, emplea toda la fuerza y nervio de la eloqüencia en su defensa propia, y en la justificacion de su persona. Eschines da vigor á su acusacion con la exposicion de muchas circunstancias particulares, y con la distinta é individual descripcion de los hechos, que la hacen harto probable y verosimil. Demostenes atrevidamente lo niega todo, refiriendo hechos contrarios, interesando la gloria de la misma Atenas, cubriendo de ignominia á su adversario Eschines, y repitiendo protestas, que hacen impresion en el animo de los oyentes, no tanto por sí mismas, quanto por la gallarda expresion, y por el animado estilo del orador. Eschines acumula hechos, de que sin bastante fundamento quiere hacer comparecer autor ó complice á Demostenes. Este pagandole con la misma moneda le atribuye otros, y sabe dar ta-

les

les visos á las acusaciones que le hace Eschines, que las convierte en no poca alabanza suya. Uno y otro observan poco la buena fe, alterando ambos los hechos, disimulando las circunstancias, y valiendose de artificios impropios de hombres graves y honestos, lo que enfria no poco los animos de los prudentes lectores, y disminuye mucho la persuasion; y no puede comprehenderse como uno ú otro, ó ambos á dos tuviesen valor para inventar, y decir en público cosas, que tan facilmente podian desmentirlas los oyentes. Eschines forma un plan bien ordenado, pone á buena luz sus razones, y presenta las narraciones de los hechos con evidente claridad, y con individual distincion de circunstancias importantes, y en esta parte creo, que tanto en la oracion contra Ctesifon, como en la de la falsa legacion, no cede en cosa alguna al gran Demostenes. Pero este sabe convertir mejor todos los hechos en favor suyo, y presentar todas las cosas en el aspecto que le conviene, y supera mucho

á

á su rival en la fuerza del raciocinio , en la energía de las expresiones , en la vehemencia de los afectos , y en la noble y generosa sublimidad de los pensamientos. Eschines pone mas á la vista los hechos que refiere , y hace mas probable y mas digna de fe su oracion. Pero Demostenes habla con tal ayre de verdad , y con tal peso de convencimiento , introduce tanto calor y fuego en quanto dice , y mueve las pasiones con tal ímpetu , que no dexa lugar á que se consulte la tranquila y justa razon: su imperioso y seductor estilo sujeta , arrastra y arrebatá á donde él quiere ; y posee mejor que Eschines y que todos los oradores griegos aquel dominio sobre los oyentes , en que consiste la fuerza y el poder de la eloqüencia. Las prendas de la oracion sobre la corona no se encuentran en igual grado en todas las otras de Demostenes ; pero sin embargo todas se ven adornadas con aquellas calidades , que son mas correspondientes á las materias que trata. Que peso de autoridad , y que gravedad de consejo en las

Fi-

*Filipicas* ! Qué sutileza en la *Oracion contra Leptines* ! y quantos adornos oratorios no resplandecen en todas las otras ! Demostenes se ha hecho el modelo de los oradores , y para hablar con Quintiliano , la ley del modo de perorar.

En Demostenes llegó la eloqüencia griega á su mayor esplendor ; pero habiendo llegado á tan alto punto , no pudo sostenerse por mucho tiempo , y bien pronto empezó á decaer. Hemos insinuado arriba quanto perjuicio acarrease á la eloqüencia griega la mutacion de gobierno acaecida en Atenas ; pero este daño lo sufrió particularmente la eloqüencia forense. Baxó la dominacion de los Macedonios y de los Mesenios tuvo el pueblo ateniense poca influencia en los negocios politicos , y baxo el dominio romano la perdió enteramente. Los grandes negocios , y los extraordinarios intereses , que movian la lengua de Pericles y de Demostenes , no podian ya inflamar el animo de los posteriores Griegos , ni excitar su eloqüencia. La oratoria politica , que ha formado los gran-

Decadencia de la eloqüencia forense entre los Griegos.

®

grandes oradores, y ha dado las obras magistrales de eloqüencia, no teniendo ya materia para sus discursos, vino á extinguirse, y en vez de conmover al pueblo, y hacer temblar á toda la Grecia se perdió por frias y pueriles declamaciones en los estrechos limites de una escuela; y faltando la eloqüencia política, puede considerarse enteramente arruinada la verdadera oratoria. La judicial ó litigiosa, por decirlo así, que los Griegos llaman *dica-nica*, jamas habia levantado tanto el vuelo, como la deliberativa y política; y antes bien quiere Hermógenes (a), que la mas excelente forma de oracion judicial sea aquella, que es mas contraria á la política. De aqui provino que la judicial no abrazase la pompa ó magestad de la oratoria, y se contentase con oraciones sencillas y faltas de todo adorno, como insinua Isócrates en el *Panatenáico*. Aristofanes en las *Avispas* hace ver, que en la misma Atenas, donde tanto reynaba la elo-

(a) *De form. lib. II, c. X.*

eloqüencia, estaban tenidos en tan poco aprecio los abogados y defensores de pleitos que solo hacian profesion de la eloqüencia judicial, que los jueces se servian de ellos para los ministerios mas viles y baxos, hasta para hacerse limpiar el calzado. Isócrates despreciaba este genero de eloqüencia, y escribiendo oraciones por otros, jamas pudo reducirse á emplear su estilo en materias judiciales; y si tenemos en este genero algunas oraciones de Demostenes, no son ciertamente de las mas celebradas de aquel grande orador. Pero despues del imperio de Alexandro no tenían los oradores otro campo para hacer ostencion de su facundia, que los pleitos privados y los reducidos limites de los tribunales, ó las sofisticas declamaciones y los entretenimientos de las escuelas. Los adornos, que antes eran correspondientes á la magnitud de las materias, aplicados á la pequenez de los informes judiciales ó de las charlatanerias escolásticas, aparecian frios é ineptos, y en vez de hermosear y ennoblecer la oracion la hacian

Tom. V. S afec-

afectada y pueril: la oratoria, no teniendo causas estrepitosas y materias importantes, que llamasen la atención del público, perdía su nervio y vigor, y en vez de producir oradores fuertes y robustos, no daba mas que vanos sofistas, é importunos declamadores.

Eloquencia forense entre los Romanos.

De mas glorioso esplendor gozaba aquel arte en Roma, donde se sentaba en magestuoso trono para gobernar el universo. Quando la eloquencia griega estaba en su mayor auge en Atenas, y producía los Hiperides, los Eschines y los Demostenes, los rusticos y guerreros Romanos, dedicados enteramente al arte militar, no pensaban que pudiese haber un arte, que enseñase el modo de bien hablar, y pudiese con esto contribuir al gobierno del universo. Pero aumentandose mas y mas la grandeza del imperio romano empezó tambien á adquirir algun lustre la eloquencia, adelantandose esta casi á los mismos pasos que las armas romanas. Nosotros tenemos en Ciceron una exácta é individual historia del origen y progresos de la orato-

toría romana; pero no vemos competir esta con la griega hasta que comparecen en el foro Craso y Antonio, emulos de las alabanzas de los Eschines y de los Demostenes. La gloria de estos dos ilustres oradores eclipsó el esplendor de Filipo, de Scevola, de Cota y de otros coetáneos, quienes ciertamente hubieran adquirido no poca fama en el foro, si no hubiesen tenido unos competidores de esta naturaleza. Q. Hortensio fue el unico que obtuvo singular credito despues de Craso y de Antonio, y de algun modo hizo poner en olvido sus celebrados nombres. Su ingenio, como un luciente rayo deslumbró desde luego los ojos de todos, y, como dice Ciceron (a), al modo de una estatua de Fidias apenas fue visto quando fue admirado y alabado; pero su merito ciertamente no era igual á los elogios con que se veía honrado. La oratoria, segun dice Ciceron (b), debe á Hortensio dos cosas bastante utiles, introducidas

S 2 por

(a) De cl. Or. LXIV. (b) LXXXVIII.

por él antes que por otro alguno, á saber el dividir en ciertos puntos la materia que debia tratar, y el hacer al fin un epilogo de quanto habia tratado. Pero la mayor ventaja que Hortensio acarreó á la eloqüencia, fue haber con el eco de sus aplausos despertado el animo de Ciceron, y empeñadolo con dulces estímulos de viva emulacion á entrar en tan gloriosa carrera.

Ciceron. Jamas se ha visto tan triunfante la eloqüencia como quando hablaba por boca de Ciceron. Nombrar y deponer generales, absolver á los reos, castigarlos con las justas penas, defender los inocentes oprimidos, libertar de las vexaciones á las agravadas provincias, confirmar á uno en el mando, quitarselo á otro, y en suma manejar á su arbitrio, y conducir donde mejor le pareciese los animos de los jueces, del senado y del pueblo eran efectos seguros de la, estoy por decir, omnipotente eloqüencia de Ciceron. Y á la verdad qué corazón será tan insensible, que al leer sus oraciones no se sienta pe-  
ne-

netrado de aquellos afectos que pretende inspirar el orador? Si quiere él adornar con palabras las alabanzas de Cesar, de Pompeyo, de Murena ó de qualquier otro, nos vemos obligados á estimar y venerar estas personas, aunque jamas las hemos conocido. Y al contrario qué desprecio no nos hace concebir de Vatinio, de Cecilio y de otros que él quiere deprimir? Qué odio no nos inspira contra Verres, Catilina y Antonio? En fin la gravedad de Caton, la severa secta de los estoycos y la respetable jurisprudencia comparecen ridículas quando él quiere presentarlas tales. Quien puede contener las lagrimas al leer la oracion en defensa de Milon? Quien no se llena de gozo por la vuelta de Ciceron á la ciudad, y tambien por la de Marcelo? No hay oracion alguna, aún de las mas tenues, en que el orador no manifieste el gran poderio de su eloqüente voz. La evidencia para convencer el entendimiento de todo lo que quiere probar, no es inferior á la fuerza para conmover la voluntad. Con tal claridad re-  
fie-

fiere los hechos, y los pone delante de los ojos, que no parece que se oye la relacion de ellos, sino que realmente se ven executar. Que sutileza en buscar los mas oportunos efugios! que agudeza en hacer las mas importantes reflexiones! que precision en insinuar las mas fuertes razones! La diosa de la persuasiva podia mejor fixar su noble trono en los labios de Ciceron, que en los de Pericles, donde queria Eupolis que tuviese su asiento: y si á la eloqüencia de Cetego dió Enio el nombre de medula de la persuasiva *sua-daeque medulla*, que elogios no hubiera dispensado á la facundia de Tulio, quien mas que el meollo era el alma y la vida de la mas eficaz manera de persuadir? Ya en los tiempos inmediatos á Ciceron quiso el griego Cecilio hacer un cotejo de Demostenes con Tulio, y se burla de él Plutarco (a), porque con poca inteligencia del lenguaje latino se metía á formar un juicio, que era superior á su conoci-

(a) In Demosth.

miento. El mismo Plutarco se excusa (a) de entrar en tal parangon, por no haber adquirido la inteligencia y erudicion en la lengua latina que requería un trabajo semejante; aunque despues, tal vez llevado del amor patrio, habla de modo que da á su Demostenes una manifiesta preferencia. Quintiliano (b) y Longino (c) se portaron con mayor equidad en su juicio, y los bosquejos que aquellos dos maestros nos han dexado de la eloqüencia del orador ateniense y del romano, nos dan tal vez mas justa idea de su merito, que quantos quadros han formado despues estudiosamente varios autores. Infinitos son los modernos, que se han propuesto hacer el paralelo de aquellos dos principes de la eloqüencia: Fenelon (d), Swift (e), Hume (f) y varios otros dan abiertamente la preferencia á Demostenes; Rapin (g),

Ti-

(a) Ibid. (b) Lib. X, c. I. (c) XII. (d) Lett. sur l' Elog. (e) Lett. X à Young clergyman. (f) Essai XIII. of Elog. (g) Paral.

Tiraboschi (a) y otros en no menor número se manifiestan al contrario mas apasionados á Ciceron. Después de las eruditas fatigas de tantos hombres doctos me animaré á exponer libremente mi juicio, dexando con libertad á los lectores para que le den aquel peso que mejor les parezca. Yo ciertamente encuentro en Demostenes dos ventajas respecto de Ciceron, que no creo que se le puedan contrastar; y son el apretar y concluir mas fuertemente al adversario, que le concede Quintiliano *concludit adstrictius*; y el emplearse unicamente en el intento propuesto, sin procurar poner á la vista su eloqüencia, que le atribuye Fenelon. Es cierto que en Tulio, por mas que todo agrade en extremo, podrá tal vez un severo censor querer quitar algunos adornos, que le parecerán mas ambiciosos que necesarios, y restringir á veces algun tanto la copia de su abundancia facundia. La florida belleza, la rica abundancia y la

(a) Tom. I, par. III, lib. III, c. II.

colorida variedad de las oraciones de Ciceron pueden ciertamente formar las delicias de todas las edades; pero singularmente arrebatarán á la vivaz y alegre juventud: la fuerza y vehemencia de Demostenes no pueden hacerse gustar de todos; sino que requieren edad madura, agudeza de ingenio, solidéz y valentia de espíritu. Ademas de las dos ventajas con que Quintiliano corona á Ciceron, esto es, de las sales y de la conmisericordia, en las quales ciertamente dexa muy atras á Demostenes y á todos los otros, ademas del merito de la variedad en el estilo, que es mucho mayor en Ciceron, sabiendo usar de la fuerza y dulzura, de la concision y copia segun lo requieren las circunstancias; quando Demostenes no es mas que fuerte y conciso, y no sabe acomodarse á las diversas circunstancias de las materias: pasando al particular, encuentro en Ciceron mas variedad y mas propiedad en los exórdios, los quales no repiten las mismas ideas, sino que son siempre diversas, no dicen cosas adaptables á muchas oraciones, sino

Tom. V.

T

que

que siempre estan sacados de la naturaleza misma de la causa, y maravillosamente le abren el camino para internarse en la oracion: quando Demostenes en sus exórdios vuelve repetidas veces á los mismos pensamientos, y se entretiene en cosas que podrian igualmente aplicarse á qualquier otra materia. Las narraciones de Ciceron son muy superiores á quantas bellas narraciones han escrito Demostenes, Eschines y todos los Griegos. La destreza en evitar el odio, y ganarse el afecto y la benevolencia de los oyentes, la maestría en manejar los animos, la finura en convertir á su intento todas las cosas, y todo lo que es artificio oratorio, se encuentra con notable ventaja en Ciceron mas que en Demostenes y en todos los oradores de la Grecia. Sea enhorabuena Demostenes generalmente superior en la fuerza y en el calor del estilo, aunque Ciceron en algunas oraciones puede igualarle aun en ésta prenda oratoria; pero la finura y delicadéz de los pensamientos, que Ciceron sabe usar en ciertas alabanzas,

banzas, la grandeza y noble magnificencia de las expresiones, de que oportunamente se vale en otras, las gentiles y graciosas maneras, con que ridiculiza lo que quiere, la variedad y vivacidad de los colores, de que se sirve para presentar á uno odioso, y á otro despreciable, el arte de excitar los afectos, sujetar los corazones y disponer á su arbitrio del animo de los oyentes, son prendas no comunes al griego orador, sino privativas del romano, y recompensan con ventaja aquella poca superioridad que da á Demostenes la fuerza y el ardor de su fogoso estilo. Asi que no puedo perdonar al eloquente Rouseau el enfático juicio que quiere formar de la eloquencia tuliana en cotejo de la demostenica. Dice él (a), que su discipulo arrebatado del varonil y vigoroso estilo de Demostenes dirá *este es un orador*; pero leyendo á Ciceron dirá *este es un abogado*. Yo no sé que quiere decir Rouseau con esta distincion de *orador* y

T 2

abo.

(a) Emil. tom. III, suit. du liv. IV.

*abogado*, y aún creo que ni él mismo lo sabe: tal vez con mas razon podria decirse todo lo contrario, que Ciceron es un verdadero orador, y que Demostenes no es mas que un abogado; porque si tomamos el abogado como contrapuesto al orador, aquel parece que deberá llamarse abogado, que sencillamente y sin pompa de palabras produce con concision y fuerza las razones á favor de su clientulo, ó contra su adversario, quando el orador no contento con exponer sus fundamentos los amplifica, los hermosea y con el ornato y la magnificencia de la oracion los anima y esfuerza. Y en este sentido; quien negará que el titulo de *abogado* pertenezca á la precision y parsimonia de Demostenes, y el de *orador* á la pompa y magnificencia de Ciceron? Pero si se entiende por abogado valerse de sutiles y sofisticas razones, emplearse en la explicacion de algunas palabras de la ley, ó entregarse á otras cavilaciones, entonces ni Ciceron ni Demostenes podran llamarse abogados, y ambos, diga lo que quiera Rousseau, debe-

berán ser tenidos por oradores, y oradores excelentes. La eloquencia romana habiendo llegado á tan alto punto en las oraciones de Tulio, lejos de elevarse mas, no pudo sostenerse en aquel estado, á que tan gloriosamente la habia sublimado Ciceron. Despues de él no hay orador alguno, que haya merecido la memoria de los posteriores; y entre aquellos pocos, que se hallan recomendados por los antigüos, observo que se habla de Calvo, de Asinio Polion, de Celio y de Bruto con mayor elogio que de otro alguno. Pero nosotros particularmente de la facundia de Bruto podremos con razon formar un favorable juicio. Ciceron le da con frecuencia sobre todos los otros los mas lisonjeros elogios, sin embargo de que él tuvo valor para no conformarse con su dictamen sobre el optimo genero de oradores; y Tulio, acostumbrado á verse respetado de todos, singularmente en esta materia, no puede sin embargo dexar de alabar la eloquencia de un jóven, que se oponia á su juicio. No tenemos la oracion que Bru-

Bruto.

to

to dixo en el Capitolio , despues de la muerte de Cesar ; pero sabemos que Ciceron , escribiendo á Atico con amigable confianza , la alaba como escrita con la mayor elegancia en las sentencias y en las palabras: *est autem oratio scripta elegantissime sententiis, verbis, ut nihil supra (a)*.

Y aunque la hubiera querido mas ardiente y fogosa , no puede negar que sea la mas elegante que pueda darse en aquel genero , que Bruto creía ser el mas perfecto: *Quo enim in genere Brutus noster esse vult, et quod iudicium habet de optimo genere dicendi, id ita consecutus est in ea oratione, ut elegantius esse nihil possit.*

Este genero de eloqüencia , tan estimado de Bruto, era un cierto aticismo, que á Ciceron le parecia arido y seco , y del qual no podemos nosotros formar ahora acertado juicio. Pero sin embargo del estilo de Bruto nos queda todavia algun monumento , que nos hace formar harto mas favorable concepto de su merito oratorio,

(a) *Ep. ad Att. lib. XV, ep. I.*

y nos da motivo para creer que el aticismo de Bruto fuese diferente del que acusa Ciceron de frio y arido. Fenelon alaba (a) como uno de los rasgos mas singulares de eloqüencia un pedazo de carta de Bruto á Ciceron (b) , que se encuentra junto con las epistolas de este , en el qual con nobleza romana lo reprehende por haberse humillado á pedir perdon á Augusto. Y en realidad toda aquella carta , aunque dirigida privadamente á un amigo , está escrita con tal nervio y vigor de eloqüencia , que nos hace creer que en su oracion , dicha al pueblo en tan relevantes circunstancias , no faltarian aquellos rayos demostenicos , aquel ardor de estilo , aquella vehemencia y aquella gravedad , que correspondian á la persona del orador y á las circunstancias de la oracion , y que parece desear en él Ciceron. Yo , leyendo las pocas epistolas que nos quedan de Bruto , no puedo dexar de lamentarme con el mismo Ciceron , de que

(a) Carta arriba citada. (b) *Ep. ad Brutum XVI.*

á su maravillosa naturaleza, exquisita doctrina y singular aplicacion le hubiese desde el principio faltado el foro, y se le hubiese cerrado el campo en el punto mismo de empezar la carrera.

Decadencia de la eloquencia forense entre los Romanos.

En efecto entónces aconteció la grande mutacion en la republica, que poniendo en manos de un hombre solo todo el gobierno, quitó al pueblo el influxo en los negocios, é hizo que los oradores no pudiesen tratar causas importantes, capaces de inflamar su entusiasmo. El derecho á una herencia, la exención de una deuda, las querellas de privado á privado y negocios de poca importancia ocupaban el foro romano dominado por el poder de los Cesares, y no ofrecian campo á la facundia oratoria para exponer sus riquezas. El autor del *Dialogo de los oradores* pone á buena luz la diversidad de las causas, y de las formulas judiciales, que despues de los tiempos de Ciceron y de la republica se vieron en el foro, y que contribuyeron mucho á la depravacion de la eloquencia. Con la grandeza de las mate-

rias

rias toma creces la fuerza del ingenio, y no hay quien pueda formar una brillante y noble oracion, sino encuentra una causa que lo exija. Hay una gran diferencia entre tratar de un hurto, de una formula, de un interdicto, ó de la ambicion de los comicios, del saqueo de los aliados, de la muerte de los ciudadanos. Ni Demostenes, ni Ciceron ni otro orador alguno griego ó romano hubiera llegado á adquirir gran nombre, si se hubiese visto precisado á sujetar su facundia á los reducidos confines de causas poco importantes. Verdad es que aún en tiempos posteriores se trataban á veces causas de la mayor entidad, y que hubieran podido prestar campo á una viva eloquencia. Plinio refiere algunas tratadas por él (a), en las cuales se proponian las acusaciones del Africa, de la Betica y de la Bitinia contra los robos, violencias y tiranias de los proconsules Prisco, Clasico y Vareno cometidas en sus empleos; y singular-

Tom. V. V men

(a) Lib. II, ep. XI, lib. III, ep. IX, lib. V, ep. XX.

mente en la primera se veía todo el aparato, y toda la pompa judicial que exigía la gravedad de la materia. Pero semejantes causas y formalidades eran tan raras y poco frecuentes, que al mismo Plinio parece que le tiene fuera de sí el contento y la maravilla de haberlas visto, y solo sabe llamarlas bellas y antiguas (a). A mas de que todo aquel extraordinario aparato, de que habla Plinio (b), se reducía á la presencia del Cesar, y al mayor concurso de senadores: no se veía la publicidad de una plaza, no la multitud del pueblo, no aquella pompa y aquellas extrinsecas circunstancias, que hacían que se elevasen sobre sí mismos Ciceron y los otros antiguos oradores. Por lo demas el mismo Plinio nos hace ver repetidas veces quan reducida se hallaba la autoridad del Senado en juzgar las causas, hasta las mas privadas, quanta era la dependencia á los Cesares, quanta la corrupcion y venalidad de los jue-

(a) Lib. II, ep. XC. (b) Lib. II, ep. XI.

jueces, quanta finalmente la audacia y desvergüenza mas que libertad de los desbarbados oradores y de los aturdidos oyentes (a). Tacito nos presenta en los *Anales* (b) exemplos de la servil sujecion en que estaban los jueces baxo el dominio de los Cesares, y de la abominable depravacion de los juicios. Juvenal ridiculiza con acrimonia el gran cuidado que se ponía en las sortijas, en los vestidos y en la rica apariencia de los oradores, y el poco aprecio en que estaban tenidas las verdaderas prendas oratorias; y todo prueba el abatimiento del foro romano, todo manifiesta el menoscabo de su eloquencia. En Cacio Severo, alabado por Quintiliano (c), se acaba el antiguo gusto de la eloquencia romana, y empieza el nuevo como hemos dicho antes. Despues de él nos habla Quintiliano de Domicio Afro, de Julio Africano, de Tracalo, de Vibio Crispo y de Julio Secundo, como de

V 2 ora-  
(a) Lib. II, ep. XIV, et LV; lib. VII. CVI.  
et al. (b) Lib. II. (c) Lib. X, c. I.

oradores los mas ilustres de aquella edad. En el *Dialogo de los oradores* se cita á Eprio Marcelo , Aufidio Baso , Servilio Noniano , y á algunos de los recomendados por Quintiliano. Plinio el jóven alaba á Pompeyo Saturnino (a) , á Cornelio Tacito, á Fronton Cacio (b) y á pocos otros. El mismo Plinio es tal vez el orador mas eloquente de su tiempo , y de quantos despues de Cacio Severo florecieron en el nuevo estilo de eloquencia forense. La lengua romana , que se habia hecho oír con tanto decoro y magestad en los ultimos tiempos de la república , guardó un vergonzoso silencio baxo el dominio de los Emperadores ; y las unicas oraciones que obtenian aprecio público , y que llamaban la atencion universal, eran los panegiricos de los Emperadores reynantes, que mas estaban dictados por la vil adulacion, que por la verdadera eloquencia. Las posteriores vicisitudes políticas del imperio romano y de todo el mundo , las irrupcio-

(a) Lib. I, ep. XVI. (b) Lib. II, ep. XI.

ciones de los pueblos septentrionales y de los orientales, y la universal barbarie de toda Europa llegaron á apagar enteramente todas las luces del arte oratoria, é hicieron olvidar todos los ejercicios, y hasta el nombre mismo de la eloquencia forense.

Al restablecerse los buenos estudios en Europa la eloquencia forense fue la que mas tardó á despertar del letargo, en que yacia por tantos siglos ; y apenas en el decimosexto empezó á hacer oír su voz, quando ya todas las otras artes habian manifestado su esplendor. Los primeros ensayos de eloquencia forense, que han llegado á mi noticia, fueron las oraciones políticas de Casa, y las judiciales de Ba-

Eloquencia forense en las lenguas vulgares.

Italia.

doaro. La *Liga* y los otros argumentos tratados por Casa, merecian el fuego de Demostenes y la magestad de Ciceron; pero en la pluma de Casa, por la floxedad y debilidad de las razones, y por la frialdad en el modo de exponerlas, por la inutil repeticion del mismo pensamiento baxo expresiones diversas, por la embarazosa colocacion de las palabras, por el

el largo y afectado período, y por la enfadosa lentitud en todo el curso de la oración pierden todo el vigor, y en vez de herir y excitar los animos de los lectores, solo los hacen emperezar y dormir. ¿Podia ni aún esperarse que Carlos V tuviese paciencia para oír toda la enfadosa oración de Casa, quanto menos que quedase convencido de sus razones para restituir á Plasencia? ¿Quantas gracias no hubieran dado Filipo y M. Antonio á Demostenes y á Ciceron si en sus oraciones hubiesen usado una eloqüencia semejante á la que siguió Casa? No tenia Badoaro argumentos tan importantes en sus oraciones forenses; pero la presencia de los jueces, el empeño de las partes interesadas, la realidad de las causas verdaderas, y no fingidas con el fin de declamar, podian espolearlo mucho mas, sino se hubiera dexado arrastrar del gusto entonces dominante en los escritores italianos de un largo y estudiado período, y de una fastidiosa y pesada oración, ni hubiese con el estilo prolixo y declamatorio debi-

li-

litado algunas sólidas razones, que hacer oír á las veces en medio de una inmensa multitud de palabras. Los ensayos de eloqüencia forense, que en el siglo decimo sexto nos dexaron Casa y Badoaro, no excitaron los ingenios á producir otros mejores. Todas las demas artes han encontrado en los modernos muchos y felices seqüaces, que pueden compararse con los antiguos; y solo la eloqüencia forense debe darse desde luego por vencida, sin atreverse tan solamente á entrar en competencia. La Italia mas que las otras naciones debia haber hecho florecer aquella eloqüencia en alguno de sus estados. En los estados monarquicos, manejandose por lo regular ocultamente los negocios políticos, y hablandose de tales puntos en los gabinetes privados, sin concurrencia de oyentes, ni publicidad que anime á los oradores, faltan las ocasiones de hacer uso de la fuerza de la oratoria; pero en las republicas, donde todo se resuelve á pluralidad de votos, varias veces se presenta anchuroso campo para ha-

ha-

hacer triunfar la eloquencia. Y la Italia dividida parte de ella en repúblicas, gozando una lengua enteramente formada, limada, armoniosa y rica, encontrándose en la flor de su cultura, y en medio de sus mas celebrados escritores, parecia muy propia para cultivar la eloquencia forense, y podia prometerse los mas gloriosos adelantamientos. Pero sin embargo la Italia no ha adquirido en esta parte credito alguno; y habiendo producido un Senari, un Ariosto, un Tasso y otros escritores clasicos y magistrales en otras especies de eloquencia en verso y en prosa, no ha dado á la forense autor alguno excelente, y se ha contentado con un Casa y un Badoaro. Sea enhorabuena disculpable el silencio de otras repúblicas, que por lo reducido de sus estados, por la pequeñez de sus propios negocios, y por la poca influencia en los de las otras naciones, no presentaban espacioso campo á los oradores para manifestar las riquezas de su facundia; pero Venecia, república tan poderosa, que ha manejado los

los negocios mas graves, y que ha tenido parte en las vicisitudes mas importantes de la Europa, como es que no ha promovido un arte tan util á su gobierno, ni ha formado ilustres oradores; y madre fecunda de Temistocles y de Aristides, no ha producido Eschines y Demostenes? Su gobierno aristocratico ofrece un digno teatro á la eloquencia política, y el estilo de su foro en el modo de tratar las causas conserva á la judicial toda la amplitud que le daba el foro romano: ¿por qué, pues, no se encuentran en Venecia Demostenes y Cicerones? Tal vez el uso de su peculiar lenguaje disminuye mucho la fuerza y magestad de los discursos de aquellos eloquentes republicanos. Por mas sonora y suave que sea una lengua, hasta que no esté ennoblecida con escritos célebres, no puede dar á la oracion la correspondiente grandeza y magestad, ni la llaneza y familiaridad del discurso puede inspirar sublimes pensamientos y nobles afectos. Tal vez el zelo del secreto en las deliberaciones del Se-

nado impide los adelantamientos de la eloquencia forense; porque las oraciones mas eloquentes, que no dudo habrán sido varias, quedan sepultadas en la estrechez de aquellas salas, y no pueden ver la luz pública, ni proponerse por modelo á la estudiosa juventud. Dexo á los eruditos nacionales esta curiosa investigación, porque yo, poco instruido en la constitucion de aquel gobierno, no puedo lisonjearme de examinarla con la debida exactitud.

Inglesa.

Las sesiones parlamentarias de Inglaterra, aún mas que las asambleas del Senado de Venecia, presentan á los oradores un digno teatro para hacer ostentacion de sus talentos oratorios. Entre todas las cultas y doctas naciones, dice Hume (a) solo la inglesa tiene un gobierno popular, y admite en su legislacion tan numerosas asambleas, quales puede creerse las exija el dominio de la eloquencia. Pero el propio Hume se lamenta de la misma Inglaterra, porque no tiene de que gloriarse

(a) *Essai XIII. of. elog.*

se en este punto, y porque contando con gran honor suyo muchos ilustres poetas y filósofos, no tiene oradores célebres que alabar. Sin embargo yo no me atrevo á acusar en esta parte el estudio de la Inglaterra, y me parece que ha hecho en la eloquencia aquellos progresos, que de sus circunstancias podían esperarse. Apenas ha pasado poco mas de un siglo desde que los parlamentos manejan los negocios políticos de Inglaterra. Al principio en aquellas asambleas solo reynaba el furor, el espíritu de partido, la anarquía, la insolencia, el atrevimiento y la temeridad. Causan enfado antes que risa, los discursos que en tiempo del impostor Cromwel proferian muchos en los parlamentos, llenos de textos y de frases de la Escritura, cubriendo con un pasage de los libros sagrados la malignidad de sus empresas, y dando fuerza el espíritu de partido á tan ridículos razonamientos. La lengua inglesa se hallaba todavía rustica é inculta, sin gramaticas ni diccionarios; y la elegancia y pureza del estilo aún no era

buscada, ni estaba tenida en aprecio alguno. La primera prosa limada que nosotros tenemos, dice en otra parte el mismo Hume (a), está escrita por un hombre que casi vive todavía, esto es por el célebre Swift. Sprat, Locke y aún Temple conocieron muy poco las reglas del arte para que sean tenidos por escritores elegantes. La prosa de Bacon, de Harington y de Milton, es en un todo miserable y pedantesca, por mas que su sentido sea excelente. „ Los hombres de esta nación continúa el mismo Hume, se han ocupado tanto en las grandes disputas de religion, de política y de filosofía, que no han podido aficionarse á las menudas observaciones de gramática y crítica. „ Que maravilla, pues, que siendo aún tan imperfecta la cultura del lenguaje, quedase rustico é inculto el arte de hablar, y fuesen lentos y oscuros los progresos de la eloquencia? Pero apenas comenzó á pulirse el lenguaje baxo el rey-

(a) *Essai XII. of civil liberty.*

nado de Jacob II, como quiere Driden, y mas en tiempo de la Reyna Ana á fines del siglo pasado, y principios de este, apenas empezaron á verse las prosas de Swift, de Addisson, de Bolingbroke, y otros elegantes escritos prosáicos, quando la eloquencia forense se introduxo á largos pasos en los parlamentos de Inglaterra, y produjo en poco tiempo sus Pisistratos, Clitones y Temistocles en Walpole, Campbell, Mansfield y otros oradores ingleses, llegando en pocos años á dar un Pericles en el facundo Pitt, de cuya boca, como de la del griego, salian rayos y truenos, que aterraban y sujetaban toda la nacion, y la hacian estar pendiente de los labios del orador. North, Burkes, Fox, Shelburne y tantos otros pueden considerarse al presente como los Andocides, los Antifontes y los Iseos de los ingleses; y la gravedad y claridad de algunos razonamientos del jóven Pitt, qual los vemos impresos (a), hacen que me pro-

(a) *The speech etc.*

prometa hallar en él el Lisias de Inglaterra. Si esta nación no ha llegado todavía á la perfeccion de la eloqüencia, si aún no ha producido un Eschines y un Demostenes, no debe causar maravilla á quien reflexione con Cicerón, que la eloqüencia es la mas difícil de todas las artes: que introducida en Atenas desde Solon, no obtuvo antes de Pericles adorno alguno, ni prenda que fuese verdaderamente propia de un orador; y que de Pericles á Demostenes pasaron aún muchos años, y hubieron de nacer millares de oradores para llegar á mejorar y perfeccionar su arte. Si la Inglaterra abraza-se como la Grecia el uso de limar en los escritos sus oraciones, y formase de la eloqüencia política un ramo de sus glorias literarias, no dudo que aquella singular y benemerita nacion llegaría en poco tiempo á igualarse con la Grecia, tendría Demostenes ingleses para ponerlos al lado de los ingleses Archimedes é Iparcos, y se gloriaría de poseer excelentes oradores, no inferiores á sus fisicos y matematicos,

y

y comparables con los mas celebrados oradores de la antigüedad.

La Francia, aunque sujeta á un go- <sup>Francesa.</sup>bierno monarquico, puede tal vez gloriarse de tener en este genero mas escritos eloqüentes que las otras naciones auxiliadas de circunstancias mas favorables. Se oyen de quando en quando en el parlamento de Paris algunas representaciones y discursos de los fiscales en materias políticas, que manifiestan un sano gusto de eloqüencia; pero no pudiendo avivarse, y tomar calor con el debate, como en los gobiernos populares, quedan frios, y jamas pueden llegar á adquirir la fuerza que se admira en los antiguos, y que se puede esperar de los ingleses. Los parlamentos franceses son en gran parte, como los tribunales de Atenas y de Roma, teatros oratorios, donde las decisiones de las causas privadas, y de los negocios judiciales penden de la eloqüencia de los abogados: y aunque esta oratoria judicial sea harto inferior á la política, cuenta sin embargo entre los Franceses muchos mas

se-

seqüaces, que la han cultivado con algun fruto. El primero, que con algun dreecho mereció el titulo de orador, fue, despues de principios del siglo pasado, Antonio Le Maitre. le Maitre, cuyos discursos deben tenerse por los primeros ensayos de una sólida eloqüencia. Habiendose formado con el atento estudio de los oradores griegos y romanos, abrió el verdadero camino á los otros abogados para llegar á la eloqüencia, que es propia de su profesion. Contra el uso entónces dominante desechó las antitesis, los conceptos y los pensamientos estudiados; y con razones á veces bastante sólidas, con estilo superior al de su tiempo, y con palabras y frases, que todavía no son antiqüadas, compuso los primeros discursos judiciales, que tuvieron algun gusto de arte oratoria, y que hubieran tenido mucho mas si se hubiesen escrito con mas orden, con las narraciones mas claras y precisas, y sin las continuas citas de tantos historiadores, oradores, filósofos y santos padres que él se complace de ir esparciendo con vana pro-

di-

digalidad. Mas orden en las materias, mejor disposicion en las pruebas, mas moderacion en las citas, y mas concision y elegancia en el estilo manifiesta Patru en sus discursos. Lo puro del language, lo correcto de la diction y el gusto en el estilo hicieron que fuese tenido en la academia por el oráculo de la lengua francesa, y en los tribunales por el orador mas eloqüente. Pero Patru, aunque algo menos que le Maitre, cae en el vicio de amontonar erudicion y doctrina; manifiesta sobrado el cuidado de escribir con elegancia, y aparece todavía árido, seco y falto de la justa delicadez: y tanto Patru como le Maitre carecen de las partes mas esenciales á un orador de convencer y mover. Fourcroy dió á la Francia un ligero bosquejo de la grandeza oratoria en una memoria escrita en el año 1663 sobre el derecho de la Reyna á la corona de España. Se conserva en el foro frances la memoria de Nivelles, de Dumont y de algunos otros; y las piezas oratorias de Erard, aunque mas adornadas y cor-

Tom. V.

Y

rec-

rectas que fuertes y nerviosas , prueban los esfuerzos que ya entonces hacía la eloquencia para llegar á la perfeccion. Pero los discursos de todos estos famosos abogados franceses ya no se leen , y unicamente sirven para manifestar los progresos que en la Francia ha hecho la eloquencia forense. A principios de este siglo solo Terrasson hizo oír algunos rasgos eloquentes con aquellos adornos , y con aquellas reflexiones , que dan mas alma al discurso , y sin aquellas menudas individuaciones , que enfadan al auditorio ; bien que alguna vez aún él mismo se entrega á expresiones sobrado prolixas de doctrinas sobre los derechos de señoría , sobre el estado de inocencia , sobre el estado presente y sobre otros puntos semejantes. En aquellos tiempos tuvo tambien el foro frances al respetado le Normand , que de algun modo puede llamarse el Hortensio frances , porque con el eco de sus aplausos atraxo á la eloquencia forense al célebre Cochin , tenido de muchos por el moderno Ciceron. Al oír los elogios con que se ve celebra-

Cochin.

do

do Cochin , parece que la eloquencia forense haya adquirido en sus manos una nueva forma , y que sus discursos hayan llegado á aquel grado de perfeccion , que es compatible con el foro moderno. Pero si he de decir lo que siento , no descubro tal superioridad en las oraciones de Cochin , que deban formar un nuevo gusto de eloquencia , ni puedan elevar á su autor al grado de los Tulios y de los Demostenes. Son estas sobrado sencillas y fúas ; suelen perderse en antitesis y juegos de ingenio ; muchas veces mas parecen tratados legales ó exposiciones de algun punto doctrinal , que discursos oratorios , y casi siempre comparecen desnudas de los oportunos adornos , y faltas de aquel interés , que hace leer con gusto las oraciones de los antiguos griegos y romanos. Sin embargo diré que una cierta exáctitud de raciocinio , y una cierta gravedad y solidez de estilo dan no poco peso de autoridad á los discursos de Cochin , y no me causa gran maravilla que ayudados de la viva voz , y de otras circunstancias ex-

trín-

Y 2

trin-

®

trinsecas del autor, que justamente estaba tenido en aprecio, hiciesen mucha impresion en el animo de los oyentes, que lo escuchaban con el debido respeto. Semejante á la eloquencia de Cochín era la de

D<sup>r</sup> Agues-  
seau.

d' Aguesseau: sus discursos de abogado general no siendo mas que relaciones de la causa que se trata, para presentar á los ojos de los jueces el quadro de la quèstion que debian decidir, y proponerles las reflexiones mas propias para determinar su juicio, tienen aquellas prendas de claridad, exáctitud, orden y fuerza de raciocinio, que no se habian visto en sus antecesores, y que hacen comparecer á d' Aguesseau como el Lisias de la Francia. Pero d' Aguesseau y Cochín, aunque superiores á quantos abogados habian hecho hasta entónces uso de la eloquencia, carecian sin embargo de mocion y de calor, y no conocian el secreto de conover y herir el corazon, tan necesario á los buenos oradores. Y así mientras se ven en las manos, no solo de las personas devotas y de los predicadores, sino tam-

bien

bien de los hombres del siglo, y de los mismos libertinos, sermones de Bourdaloue y de Masillon; mientras todos leen con gusto cartas, que versan sobre casos de conciencia, y sobre puntos de Teología y de moral, se dexan abandonados entre el polvo los discursos forenses de Cochín y de los abogados mas famosos, y mientras tomamos tanta parte en las antigüas causas de los Griegos y de los Romanos tratadas por Demostenes y Ciceron, no podemos interesarnos mucho en las de nuestros dias, que nos tocan mas de cerca. Pero sin embargo d' Aguesseau y Cochín son los mas ilustres ornamentos del foro frances, y sus discursos pueden mirarse como los mas preciosos monumentos de la eloquencia forense, y casi como las ultimas reliquias del buen estilo del siglo de Luis XIV. Despues de ellos no hizo grandes progresos la eloquencia forense. Largas y enfaticas narraciones, reflexiones violentas, metáforas y alusiones sobrado frequentes, y muchas veces sobrado remotas, frases y ex-

pre-

presiones mal colocadas, excesivo uso de la ironía y varios otros defectos oscurecen la eloquencia del foro frances, y se hacen oír en los discursos de los mas estimados oradores. Linguet, escritor de tanta viveza de imaginacion, de tanta copia de pensamientos y de palabras, de tanta fuerza de racionio, y de tanta vehemencia y ardor de estilo, parecia que debiese introducir en el foro aquel fuego y calor, que animaba al griego y al romano, y que todavía no habia centelleado sobre el frances; pero el mismo Linguet se dexó llevar del gusto dominante en la mayor parte de sus concoligas. Sobrado difuso en las narraciones llega á hacerse algo frio y enfadoso, suele poner reflexiones, que parecen importunas é inútiles, va á veces en busca de antitesis, de alusiones remotas, de expresiones matematicas y de rasgos, que pueden decirse epigramaticos, y carece de aquella gravedad, y de aquella poderosa y convincente fuerza, que caracteriza á los verdaderos oradores; pero con el tiempo, y con el uso de perorar iba ad-

qui-

quiriendo Linguet mas sólida y robusta eloquencia. ¿Con quanta sutileza y prudencia no se vale en el informe por el conde de Morangies de todos los medios para probar su asunto? Con quanta claridad y fuerza no presenta todas las pruebas? Sin embargo la excesiva menudencia en desenvolver algunos argumentos disminuye algun tanto la fuerza del convencimiento, y causa alguna molestia á los lectores; y el tono ironico usado con sobrada frecuencia perjudica no poco al peso y gravedad de la oracion. En su *Apelacion á la posteridad* es donde mas largamente manifiesta la vivacidad y energía de su estilo, y singularmente para reforzar los argumentos, y para estrechar á los contrarios, tiene pasages tan fuertes y vehementes, que no serian impropios del ímpetu y de la fogosidad del griego Demostenes. Oxalá hubiese sido mas breve y mas metodico, hubiese hecho mas importantes las narraciones, y no se hubiese dexado llevar á veces de metáforas y alusiones poco oportunas, que enfrian

el

el calor de la oracion y disminuyen su fuerza y gravedad. Pero sin embargo Linguet puede llamarse el orador del foro moderno, aunque en un grado muy inferior á los célebres oradores del antiguo, y en un estilo muy diverso, no solo del usado por los Demostenes y Cicerones, sino tambien por Bourdaloue y por Bossuet. Ahora pues, mirando en general por toda la Europa la eloqüencia forense, apenas encontraremos que pueda gloriarse de tener entre los modernos algunos seqüaces, que le den verdadero honor, y solo podrá presentarnos con algun decoro al inglés Pitt en las materias políticas, y al frances Linguet en las judiciales. Si naciesen otros oradores, que abandonando los juegos de ingenio y los defectos del estilo moderno, diesen mayor energía y magestad á la oracion, é introduxesen en sus discursos aquel tono patetico, que puede convenir á nuestro foro, podriamos con razon esperar que volviesen los Eschines, los Demostenes y los Cicerones, y que se hic-

ciesen nuevos progresos en la eloqüencia forense. Y ahora, dexando esta á un lado, pasaremos á dar una ojeada á la didascalica, que es mas importante en nuestros dias.

## CAPITULO III.

*Eloqüencia didascalica.*

Los primeros escritores prosaicos, que vió la Grecia, pertenecen á la eloqüencia didascalica; y si bien los Griegos no tuvieron despues esta en aquel aprecio en que tenian la forense, sin embargo no faltaron entre ellos sugetos ilustres, que se dedicasen á cultivarla, y le diesen un esplendor, que pudo igualar al de la forense tan estimada. El filósofo Ferecides, como hemos dicho arriba (a), fue el primero, que, abandonando los grillos del verso, introduxo entre los Griegos el uso de escribir en prosa, y Ferecides tratán-

Origen de  
la eloqüen-  
cia didasca-  
lica.

Tom. V.

Z

do

(a) Cap. I.

el calor de la oracion y disminuyen su fuerza y gravedad. Pero sin embargo Linguet puede llamarse el orador del foro moderno, aunque en un grado muy inferior á los célebres oradores del antigüo, y en un estilo muy diverso, no solo del usado por los Demostenes y Cicerones, sino tambien por Bourdaloue y por Bossuet. Ahora pues, mirando en general por toda la Europa la eloqüencia forense, apenas encontraremos que pueda gloriarse de tener entre los modernos algunos seqüaces, que le den verdadero honor, y solo podrá presentarnos con algun decoro al inglés Pitt en las materias políticas, y al frances Linguet en las judiciales. Si naciesen otros oradores, que abandonando los juegos de ingenio y los defectos del estilo moderno, diesen mayor energía y magestad á la oracion, é introduxesen en sus discursos aquel tono patetico, que puede convenir á nuestro foro, podriamos con razon esperar que volviesen los Eschines, los Demostenes y los Cicerones, y que se hic-

ciesen nuevos progresos en la eloqüencia forense. Y ahora, dexando esta á un lado, pasaremos á dar una ojeada á la didascalica, que es mas importante en nuestros dias.

## CAPITULO III.

*Eloqüencia didascalica.*

Los primeros escritores prosaicos, que vió la Grecia, pertenecen á la eloqüencia didascalica; y si bien los Griegos no tuvieron despues esta en aquel aprecio en que tenian la forense, sin embargo no faltaron entre ellos sugetos ilustres, que se dedicasen á cultivarla, y le diesen un esplendor, que pudo igualar al de la forense tan estimada. El filósofo Ferecides, como hemos dicho arriba (a), fue el primero, que, abandonando los grillos del verso, introduxo entre los Griegos el uso de escribir en prosa, y Ferecides tratan-

Origen de  
la eloqüen-  
cia didasca-  
lica.

Tom. V.

Z

do

(a) Cap. I.

do en sus escritos argumentos filosoficos, dió principio á la eloquencia prosaica con la introducion de la didascalica. Pero esta, nacida apenas en las manos de Ferecides, no podía hacer oír mas que su tiena balbucencia: el lleno de su voz no pudo oírse hasta que con el cuidado y fatiga de muchos nobles ingenios llegó á mayor grandeza, y tomó mejor forma. Los pitagóricos empezaron á darle mayor sublimidad; puesto que, como dice Dionisio de Halicarnaso (a), usaron una magnífica y copiosa oracion, que de algun modo se acercaba á la poesia. Democrito, aunque no fuese de la secta pitagorica, era sin embargo imitador de los pitagóricos, como dice Trasillo citado por Laercio (b); pero singularmente parece que los imitase en el estilo, usando como ellos una dicion sublime y poética. Ciceron (c) pone á Democrito al lado de Platon, y dice de la locucion de ambos, que por ar-

(a) De vet. Script. cens. (b) Democr. VI.

(c) Orat. XX.

arrojarse con ímpetu y ardor; y por usar de un clarísimo resplandor de palabras, aunque distase del verso, era tenuta de muchos por poética. Timon, segun Laercio (a), nos describe tambien á Democrito como autor ameno y gracioso; pero ni de los pitagóricos ni de Democrito nos ha quedado monumento alguno para poder juzgar de las gracias de su estilo. A Xenofonte y á Platon debemos recurrir para encontrar los primeros exemplares de eloquencia didascalica. ¿Quantos elogios no dan todos los antiguos, tanto griegos como romanos, á la dulzura y suavidad de Xenofonte, llamado gene-<sup>Xenofonte.</sup>ralmente *Abeja atica* por sus melifluos y delicados escritos? Xenofonte puede ser tenido por el Isócrates de la eloquencia didascalica, aunque la suavidad de Xenofonte me parece mas sólida, y de un sabor mas grato y sano que la de Isócrates, la qual, como hemos dicho arriba, puede á veces parecer sobrado dulce y fastidioso.

(a) VIII.

sa. Isócrates se ocupa demasiado en la pulidéz de los periodos , en la cadencia de las clausulas , en buscar las comparaciones y las contraposiciones , y en otros adornos , que pueden parecer pueriles. Xenofonte saca su dulzura de la eleccion, propiedad y claridad de las palabras, de la pureza de las frases , de la justa colocacion y del buen orden de todas las partes de la oracion , con lo que forma una diction tan dulce y delicada , que quien tenga el paladar algo griego no puede leerlo sin percibir una muy agradable suavidad. Ademas de la dulzura de Xenofonte encuentro en sus escritos didascalicos orden y metodo, precision y claridad, y una verdadera y sólida doctrina, un discreto y justo modo de pensar, y una cierta facilidad y gracia en exponer sus pensamientos , que sin la fuerza y el convencimiento de una vehemente eloqüencia se insinúa en el animo de los lectores, y dulcemente les persuade todo lo que les dice. Platon tiene una fama mas universal, y mas merito en este genero de elo-

Platon.

qüen-

qüencia; y si Xenofonte es el Isócrates de los filósofos , Platon será con igual derecho su Demostenes. La elevacion y sublimidad de los pensamientos , la nobleza y energía de las expresiones , la sonoridad y armonía de los periodos , y la pompa, ornato y magestad de toda la oracion , han hecho que Platon sea el oráculo de los filósofos, y el modelo de los oradores y de todos los escritores eloqüentes. Pero pasando á exâminar separadamente la parte didascalica de su eloqüencia , la facundia platonica parece un rio lleno é impetuoso , que arrebatá y arrastra quanto se le pone delante ; él enagena y lleva el animo de los lectores donde gusta llevarlos , y si no siempre convence su entendimiento, ni le persuade quanto quiere , sin embargo seduce y encanta su imaginacion, y les hace leer con gusto hasta aquellas sus originales extrañezas , que no creen , y que tal vez ni aún entienden. Un lector de imaginacion viva y sensible , facilmente se desará de lumbrar del esplendor platonico , y complacien-

ciendose con aquellos luminosos pensamientos, y con tantos preciosos y ricos adornos de su diction, sufrirá de buena gana su deslumbramiento, sin ir á examinar con individualidad la solidez y realidad de todas las partes de la eloquencia. Pero un frio y reflexivo filósofo no siempre quedará satisfecho de su seductora facundia, le desagradarán muchos ejemplos de sus inducciones sobrado largas, que hacen lento el curso del tratado, cortará los excesivos adornos de algunas figuras, que á veces obscurecen la oracion, y deseará en muchos de sus discursos mas claridad y precision en las ideas, mas cuerpo y substancia en la doctrina, y mejor orden y metodo en su exposicion. La sublimidad del espíritu arrebatá á Platon fuera de sí y sobre las cosas materiales, y haciendole perder de vista los objetos sensibles, no le dexa gustar mas que de ideas abstractas, y á veces vanas é ininteligibles. Además de esto muchos de sus dialogos, con titulos los mas pomposos, contienen muy poca doctrina sobre la materia propues-

puesta, y se pierden en sutiles cavilaciones. ¿ Quien no se promete los mas profundos tratados sobre la virtud en el *Menon*, sobre la amistad en el *Lisias*, sobre la santidad en el *Eutifron*, sobre el sumo bien del hombre en el *Filebo*, y sobre tantas otras sublimes y dignas materias en otros muchos dialogos de Platon? ¿ Y qué encuentra después en ellos sino definiciones de nombres no siempre justas, algunas preguntas fraudulentas y muchas importunas, respuestas á veces insipidas y fingidas caprichosamente, digresiones por lo comun bellisimas, pero poco gratas al impaciente lector, que siempre quiere adelantar en el asunto, sin divertirse á otros objetos, y poco ó nada de sólido é instructivo en las materias que desea conocer? Quando Platon en el *Timeo*, en la *Republica*, en las *Leyes* y en otros dialogos semejantes dexa correr su generosa y libre facundia esparce tesoros de sublime doctrina; pero quando quiere sujetarse al método ostetricio, y á la ironía é induccion de So-

cra-

crates, se pierde tras pequñeces y sutiles vanidades. Quando trataremos de la eloquencia dialogal deberemos hablar nuevamente del método socratico y del estilo de Platon: y asi ahora recomendandolo, como es en realidad, por principe y cabeza de los escritores didascalicos, lo dexaremos á un lado; y siguiendo el curso de la eloquencia didactica nos dedicaremos á exâminarla en Aristoteles y en Teofrasto. En el dia miramos á Aristoteles como filósofo, y no como escritor eloquente; pero los antiguos no alababan menos su eloquencia que su filosofía. Dionisio de Halicarnaso propone á Aristoteles como exemplar digno de ser imitado por la suma gravedad y claridad de la locucion, y por la suavidad y varia erudicion (a). Ciceron en varios lugares de sus escritos recomienda el nervio y fuerza, y, lo que causa mas admiracion, la increíble copia y la suavidad de la oracion de Aristoteles, quien es para él,

(a) *De vet. Script. cens.*

exceptuando siempre á su adorado Platon, el príncipe de los filósofos, y el mas ingenioso, el mas agudo, el mas nervioso y robusto de los escritores (a). Quintiliano reconoce tantas prendas en Aristoteles, que no sabe si debe respetarlo y llamarlo esclarecido é ilustre mas por la inmensa doctrina de las cosas, que por la copia de los escritos, por la suavidad del estilo, por la agudeza de las invenciones, ó por la variedad de las obras (b). Se han perdido enteramente muchas obras de Aristoteles, y sabemos á quantas vicisitudes han estado sujetas aún aquellas mismas que se han conservado, asi que no podremos formar un seguro juicio de todas las prendas de su estilo. Dexemos á un lado sus escritos dialecticos y fisicos, ó antes bien metafisicos, que cabalmente han sido los que en los tiempos de ignorancia le han adquirido el antonomastico nombre de filósofo, pero que están muy alterados y oscuros para que nos puedan

Tom. V. Aa pre-

(a) Brut. *De Orat. Top.* et alibi. (b) Lib. X, c. I.

presentar una verdadera idea de las prendas de Aristoteles: y pongamos la atencion en los morales, en los políticos, en el arte retorica, en la poetica, y en la historia de los animales, donde puede mejor reconocerse su eloquencia, tan celebrada por los Griegos y por los Romanos. Algunos tal vez no podrán encontrar la increíble copia que en los escritos de Aristoteles recomienda Ciceron (a), ni percibirán aquella suavidad celebrada no solo por Tulio, sino por Dionisio y por Quintiliano; pero la doctrina, la erudicion, la agudeza de las invenciones, la gravedad, la precision y exactitud, el vigor y nervio de la elocucion se echan de ver con bastante claridad en dichos escritos, para que aún sobre las otras prendas podamos con razon dar plena fe á los respetables testimonios de aquellos gravísimos autores. Buffon admira el grande ingenio de Aristoteles, que en la *Historia de los animales* ha sabido unir una increíble precision

(a) In *Top. I.*

con un sumo orden y una singular claridad; y no encuentra palabras para alabar el plan de toda la obra y su distribucion, la eleccion de los exemplos, lo justo de las comparaciones, y un cierto orden en las ideas, que él quiere llamar caracter filosofico (a); y nosotros podemos con igual maravilla reconocer el mismo genio en las otras obras ya citadas, tal es el orden, metodo, precision y exactitud, y la solidez y verdad de la doctrina y de su exposicion. Para elogio de la eloquencia de Teofrasto basta solo su nombre, pues llamandose antes Tirtamo, Aristoteles, juez no menos severo que inteligente, embelesado de su eloquencia y dulzura, y de su divino modo de hablar, le puso el honorifico nombre de Teofrasto (b); y por la misma dulzura y suavidad lo eligió por sucesor en el magisterio de su escuela, como largamente lo refiere A. Gelio, quien llama á Teofrasto hom-

Aa 2 bre

(a) Tom. I. *Maniere de trait. l' Hist. nat.*

(b) Laert. in *Teophy.* VI.

bre de insigne suavidad de lengua y de costumbres (a). Ciceron no puede encontrar un escritor mas dulce que Teofrasto (b); y por ello nombrandole en una carta á Atico (c) lo llama su *amigo*, y segun el testimonio de Plutarco (d), acostumbraba honrar el estilo de Teofrasto, diciendo que formaba sus *singulares delicias*. A la tersura de los escritos del mismo daba Quintiliano el elogio de *divina* (e); y generalmente todos los antiguos alababan con particularidad la eloquencia de Teofrasto. Nosotros no tenemos mas de aquel filósofo que la *Historia natural de las plantas*, y una buena parte de sus *Caracteres*. La *Historia de las plantas*, estando llena de menudas é individuales descripciones botánicas, no parece capaz de la dulzura y divinidad de la eloquencia que se alaba en Teofrasto; pero el orden y metodo, la exácta disposicion de las materias, la claridad y precision en la ma-

(a) Lib. XIII, c. V. (b) *De clar. Or.* XXXI.

(c) Lib. II, ep. XVI. (d) In Cic. (e) Lib. X, c. I.

manera de exponerlas, y la eleccion y propiedad de las notas caracteristicas de las plantas, y de las palabras mas oportunas para expresarlas, un cierto manejo de las particulas griegas, que sirven para exórnar la oracion, alguna espontanea y justa reflexion, y una armoniosa y conveniente colocacion de todas las partes, hacen morbidas y pastosas las descripciones, que en otras manos hubieran sido áridas y secas, y forman una diction armoniosa y suave digna del nombre de Teofrasto. Los *Caracteres*, aunque por lo comun reducidos tambien á descripciones y á pequeñas narraciones, dan campo para exercitar mas la eloquencia; y en efecto la agudeza y solidéz de los pensamientos, y la pulidez y finura de la diction hicieron que Estefano los mirase como la cosa mas elegante que se puede desear ó imaginar, y Casaubon como dignisimos de su divino autor, y hacen que todos los lean con sumo gusto, aunque la alteracion de los codices disminuya mucho el placer de la lectura. En aquellos

tiem-

tiempos era tan comun entre los Griegos la eloqüencia que no solo los filósofos, sino que hasta los mismos artistas, ocupados en el estudio de su arte, sabian usarla con felicidad. Ciceron dice de un célebre arquitecto llamado Filon, que con la misma maestria con que hizo á los Atenienses una armería, la qual, segun dice Plinio (a), podia servir para armar mil naves, dió al pueblo con mucha eloqüencia una exâcta y clara razon de su grande obra. El pintor Euforanor no era menos diestro en tomar la pluma, que en manejar el pincel, y con igual elegancia escribió volumenes sobre la simetria y qualidad de los colores, que pintó el *Teseo* y otros celebrados quadros (b). El mismo dios de la pintura, el grande Apeles, no contento con divinizar el arte pictorica con sus maravillosas obras, la ilustra tambien con sus escritos (c). Y de este modo todos los Griegos hacian digno uso del

(a) Lib. VIII, c. XXXVII. (b) Plin. lib. XXXV, c. XI. (c) Ibid. c. X.

apreciable don que recibian de las Musas de un ingenio sutil y agudo, y de un modo de hablar rotundo y lleno, armonioso y sonoro. Despues de Teofrasto no se encuentra otro escritor alguno eloqüente sino Demetrio Falereo, alabado y reprehendido por Ciceron, y por otros antiguos. Nosotros carecemos de las muchas obras que él escribió, y de que nos da noticia Laercio, y solo tenemos el librito *De la elocucion*, que corre baxo su nombre, aunque los criticos lo atribuyen á otro Demetrio, y que no puede dexar de acarrear gloria á quien quiera que sea su verdadero autor. En tiempo de Demetrio empezó á decaer entre los Griegos el amor á las buenas artes: un nuevo gusto en la filosofía hizo variar el bello estilo de los escritos filosóficos, y se disminuyó en todos sus ramos el amor á la eloqüencia. Epicuro instituyó una nueva y numerosa secta de filósofos, la qual lejos de buscar con el antiguo ardor los adornos de la oracion, los miraba con desprecio (a). Aris-

(a) Cice. *De fin.* l. V.

tofanés el gramático reprehendía á Epicuro porque usaba un lenguaje sobrado familiar; y Timocrates, que habia sido discípulo suyo, lo tachaba de ignorante en lo que mira á la elocucion (a). Al mismo tiempo formaba Cenon otra secta filosófica, que distaba tanto de la molición de la epicurea, quanto se le asemejaba en despreciar las gracias del lenguaje. Ciceron dice de los estoycos, que aunque todos eran sutilisimos en disputar, de modo que podian llamarse arquitectos de las palabras, pasando despues de las disputas escolasticas á una oracion mas libre y suelta, se encontraban enteramente pobres y desnudos (b); y empleando todo el estudio en las sutilezas dialecticas, no sabian usar una amena y fluida dición. Quintiliano dice igualmente, que los estoycos pensaron poco en cultivar la eloquencia (c). Hemos referido antes los lamentos de Dionisio de Halicarnaso sobre el aban-

(a) Diog. Laert. in *Epic.* VIII. et III. (b) *De clar. Orat.* XXXI. (c) Lib. X, c. I.

abandono de los filósofos, singularmente de los estoycos, y entre estos de Crisipo, acerca de la composicion de las palabras, y del adorno y elegancia de la oracion; y mirando en general todos los filósofos griegos podemos decir con verdad, que los antiguos no alaban de eloquentes otros escritos filosóficos, que los de Xenofonte y de Platon, de Aristoteles y de Teofrasto. Ciceron recomienda muchas veces la eloquencia de Carneades, habla de Carmadas, de Melancio Rodio, de Estasea, y generalmente de los academicos y de los peripateticos, como de filósofos algo mas diligentes que los otros, y mas adornados y suaves en el lenguaje; pero ni estos, ni otro griego alguno de aquella edad, se han adquirido nombre glorioso en la eloquencia didascalica. Vino despues, en tiempo de Pompeyo y de Ciceron, Dionisio de Halicarnaso, no solo crítico juicioso, sino tambien escritor elegante. Galeno, que floreció algo despues, es famoso por su ciencia medica; pero merece tambien honroso lugar en la

eloquencia didascalica por su clara, elegante y graciosa dición. El hebreo Filon llegó á escribir en griego con tal erudición y elegancia, que fue tenido en mucho aprecio de los Griegos mismos. Pero de todos los escritores, que florecieron despues del siglo de oro de la Grecia, ninguno merece la estimacion que se le debe

Plutarco. á Plutarco. Es verdad que los críticos notan su dición de aspera y dura; pero la solidez y profundidad de la doctrina, lo vasto y selecto de la erudición, el orden y disposicion de las materias, la copia y fuerza de las razones, la propiedad y exáctitud de las comparaciones, la oportunidad de los exemplos, la variedad y sabiduria de las sentencias, el juicio, el buen gusto, la prudencia y el ingenio en todo el discurso de sus tratados hacen á Plutarco uno de los filósofos mas eloquentes, y de los mejores escritores de la antigüedad. Luciano ha escrito poco de didascalico; pero en esto poco manifiesta siempre la amenidad de su ingenio, y la pureza y elegancia de su oracion. Aureo es en su

ge-

genero el librito manual de Epitecto, tan substancioso en su sencillez, y tan lleno de sanísima filosofía. El tratado del *Sublime*, que tenemos de Longino, hace ver que el autor no era menos escritor eloquente, que crítico juicioso. No hablaré de Máximo Tirio, de Plotino, de Proclo, ni de otros filósofos platonicos y aristotelicos, pues aunque fuesen mas correctos en el estilo que los otros coetaneos suyos, eran sin embargo mas imitadores y colectores de los pensamientos y de las frases de sus maestros y caudillos, que escritores originales; y pasará á los autores latinos, que pueden competir con los Platonnes, con los Xenofontes y con los Griegos mas famosos, y que han sido, y merecerán siempre ser tenidos por exemplares y maestros de la eloquencia didascalica.

Los primeros escritos didascalicos que tenemos de los Romanos, son las obras de agricultura de Caton y de Varron. Caton escribió del arte militar y de otras materias, y los antiguos lo estudiaban para adquirir copia de palabras, y por el amor

Eloquencia  
didascalica  
entre los  
Romanos.

Bb 2

á

á una eloqüencia solida , aunque falta de adornos; pero todos reconocian su estilo como aspero y duro : y su diction antiqüada y rancia en los libros de agricultura , que son los únicos que nos han quedado , es para nosotros sobrado obscura, y casi ininteligible, de modo que no podemos sacar ventaja alguna de su eloqüencia, y ni tan solamente nos dexa gozar de su doctrina. Columela (a) , despues de haber citado á Caton como el primero que hizo hablar en latin á la agricultura, nombra á los dos Sasernas padre é hijo, que mas diligentemente la instruyeron, á Scrofa Tremelio , que la hizo eloqüente, y á M. Terencio Varron, que la pulió. Nosotros no podemos hablar mas que de este último, por haberse perdido las obras de todos los otros. Varron ha sido tal vez el hombre mas erudito de toda la antigüedad ; y filósofo , historiador , gramatico, orador, poëta y antiqüario , cultivó todos los campos de la literatura , y en todos

(a) *De Re rust.* lib. I, I.

dos cogió copiosos frutos de vastísima erudicion. Tenemos algunos fragmentos de muchos libros que escribió Varron acerca de la lengua latina , y tres libros sobre la agricultura , en los quales hubiera podido campear mejor su eloqüencia ; pero el continuo estudio de las cosas no le dexó tiempo para atender á las palabras , y el amor á la erudicion y á la antigüedad, como sucede con sobrada frecuencia á muchos de nuestros antiqüarios y eruditos , hizo que gustase de algunas palabras y frases antiqüadas , y se cuidase poco de las flores y adornos de la oracion , y de las gracias de un estilo culto. Ademas de los nombrados hasta aqui , quisieron algunos otros , citados por Columela , exponer las cosas rusticas en idioma latino: Ciceron nombra á Amafanio y á Rabirio como escritores de materias filosóficas ; pero poco elegantes y pulidos. Vitruvio habla de algunos escritores de arquitectura , y otros citan algunos otros sobre diversas materias ; pero han perecido todos los escritos de estos autores. Por mas

sensible tenemos la pérdida de algunas obras de Julio Cesar, que deben referirse á esta clase, porque es muy notoria la elegancia y delicadéz de su estilo, para que podamos dudar que quanto salió de sus delicadas manos no tuviese una extrema gracia y la mayor perfeccion. Igualmente habrán sido apreciables los libros que sobre la virtud, la paciencia, y otras materias filosóficas escribió Bruto, y que se igualaban, segun el testimonio de Ciceron (a), con los mejores libros de los Griegos. Pero para gloria de la eloqüencia didascalica de los Romanos bas-

Ciceron. tan las obras de Ciceron. El dice repetidas veces de sí mismo, que estimulado del amor de la patria, y de su honor literario se habia resuelto á ilustrar varios asuntos filosóficos, y á emular las alabanzas de los Griegos en la eloqüencia didascalica; y su fecundo ingenio auxilió tan felizmente á su laudable celo, que llegó á superar la gloria de los mismos Gri-

(a) *Ac. lib I, III.*

Griegos, que procuraba imitar. En efecto él ha adquirido la magestad y pompa de Platon, sin seguir la fantastica vanidad, y la ditirambica hinchazon, reprehendidas por los antiguos en su modelo. El tiene el nervio y vigor de Aristoteles sin su restriccion y concision, que á veces lo hacen obscuro y dificil. El respira por todas partes la dulzura y suavidad de Xenofonte y de Teofrasto, pero con mayor fuerza y energía, y con mas riqueza y copia de sentencias y de palabras. De modo que si su doctrina está comunmente tomada de los filósofos griegos, el orden y el metodo de tratarla, la distribucion de las materias, la claridad y la fuerza en exponerlas, la gracia en adornarlas, y todo lo que pertenece á la eloqüencia, no debe atribuirse á otro que al soberano ingenio del maestro de la filosofía y de la eloqüencia de los Romanos. No pueden leerse sus libros filosóficos y retóricos sin encontrar sumo deleyte al ver aquel sabio plan, aquel oportuno orden en todo el tratado, aquel gusto y juicio en las

sen-

sentencias y opiniones que abraza, a quella claridad y evidencia con que están puestas hasta las razones mas obscuras, aquella gracia y hermosura, aquella luz y esplendor, que se da hasta á las materias mas abstrusas, aquella copia y variedad de erudicion, aquella sublimidad y grandeza de pensamientos, aquella elegancia y pureza de expresiones, y aquella dignidad y nobleza, copia y fluidez, suavidad y armonía de toda su adornada y magestuosa oracion. Platon tiene la copia y riqueza de la diction, y la sublimidad de los pensamientos; pero carece de un correspondiente orden en tratar las materias, y se abandona con frecuencia á extrañezas fantasticas. Aristoteles, mas prudente en sus tratados, puede parecer algo falto de las flores, y de los adornos de la oracion: Xenofonte suave y dulce no sabe dar á sus escritos gran fuerza de convencimiento, y peso de autoridad; y solo Ciceron ha podido juntar todas las dotes de la eloquencia, que corresponden á un maestro del universo. Asi que

no

no dudaré decir, que con razon pretenderán conservar su primacia Demostenes en la eloquencia oratoria, y Platon en la dialogal; pero que Platon y Xenofonte, Aristoteles y Teofrasto y todos los Griegos deberán sin disputa alguna ceder el campo á Ciceron en la didascalica.

Despues de haberse saboreado con la eloquencia de Tulio, no se puede encontrar particular gusto en contemplar la de los otros escritores latinos. Vitruvio en la prefacion habla de algunos escritores, que quisieron ilustrar la arquitectura, pero no obtuvieron muy feliz suceso; y el mismo Vitruvio aunque trató la materia con toda la erudicion y maestría del arte, no fué con la elegancia y gracias de estilo, que podian esperarse de un escritor de aquella edad. Celso fue un hombre encyclopedico, que dirigió su atencion á las cosas rústicas y á las militares, al derecho civil, á la filosofia, á la medicina y á todas las materias; y lo que mas distingue su universal saber, á todo aplicó las gracias y los adornos de un terso y li-

Tom. V.

Cc

ma-

mado estilo. Leanse las graciosas cartas de Bianconi sobre Celso, y leanse muchas las obras de medicina del mismo Celso, que casi son las unicas que de él nos han quedado, y sin dificultad se colocará al aureo Celso entre los escritores romanos del siglo de oro. La pureza y tersura de su dición le dan mucho derecho á esta literaria nobleza, para que se le pueda disputar; pero no por esto deberá concedersele tan de lleno, como algunos quieren, el glorioso nombre de Ciceron medico. ¿Quan frios y debiles no parecen el modesto ornato y la elegante tenuidad de Celso, á vista de la noble y magestuosa copia de Ciceron? Si acaso no llegó Columela á la pulidéz y tersura de la dición de Celso, no le cede ciertamente en las otras prendas de la eloqüencia didascalica; y Columela y Celso son los dos escritores, que despues de Tulio pueden mejor servir de exemplares en este genero. Pero Seneca y Plinio son otros dos escritores de aquellos tiempos, que con gusto menos sano, y con estilo menos

Columela.

correcto, se han adquirido harto mayor celebrad. Sería una temeraria ignorancia querer disputar á Seneca un sutilísimo ingenio, una vasta y profunda doctrina y un espíritu perspicaz y sublime: tantos bellos pensamientos amontonados en sus obras, la copia y la agudeza de las razones que sabe hallar para probar lo que quiere, las muchas, profundas y justas reflexiones, y varios conceptos originales, sublimes é intrepidos, manifiestan un ingenio superior á la mayor parte de los mas celebrados filósofos, y nos hacen sentir que un ingenio tan grande no naciese en un siglo mas feliz, y no hubiese sido regulado por un gusto mas sano, y un juicio mas sólido. Que dulzura, que suavidad y que encanto no causarían los nobles y sublimes pensamientos, las sólidas y profundas sentencias, y las imagenes luminosas y grandes, si el autor hubiese sabido exponerlas con el orden y metodo, con la naturalidad y perspicuidad, con la madurez y gravedad, pompa y magestad de Ciceron, que él tantas veces

Seneca.

alaba y propone por modelo! Pero Seneca se dexó llevar del amor entónces dominante á un estilo truncado y desunido, conciso y vibrado, conceptuoso y obscuro, que hace que muchos de sus mas nobles pensamientos aparezcan pequeños, secos y débiles: y su ferviente fantasía, y facunda imaginacion le hacen caer á veces en pensamientos sobrado sutiles, atrevidos y aún falsos, le presentan una exorbitante copia de exemplos, de comparaciones y de razones, que en vez de acarrear esplendor y amenidad á la oracion la hacen fastidiosa y desagradable, y le obligan á correr de uno en otro pensamiento, sin dexarle tratar con orden y exáctitud las materias, ni dar al estilo aquel enlace de imagenes, aquella fluidez y espontáneo descenso de una en otra sentencia, y aquel armonico complexó de todo el cuerpo del discurso, que hacen mas suave y profunda impresion en el animo de los lectores, que las imagenes brillantes, las agudas sentencias, las enfaticas expresiones y los adelgazados

con-

conceptos, sin la conexi6n y el orden que requieren las materias. Por grande que fuese el ingenio de Seneca, conocido y alabado, y casi hecho proverbio en todos los siglos hasta el nuestro, el de Plinio debe en mi juicio ser tenido por mas prodigioso, y su obra puede llamarse el mas rico y precioso tesoro de toda la literatura. ¡Que vasto pielago de erudicion, y que inmensidad de noticias curiosas é importantes no se encuentran en cada pagina de aquel singular y unico libro! La naturaleza toda en su infinita extension de cielos y tierra no llenó el vasto ingenio de Plinio, y quiso éste con incomprehensible animosidad abrazar tambien toda el arte, y en una y otra se manifestó igualmente grande y sublime; pero mirando separadamente su eloquencia, la sublimidad de las ideas, y la nobleza del estilo, dirémos con Buff6n (a), dan mas y mas realce á su profunda erudicion: no solo sabía quanto podia

Plinio.

(a) Tom. I. premier Disc.

„saber en su tiempo, sino que estaba familiarizado con la sublimidad de pensar, que multiplica la ciencia, y con aquella delicadez de reflexion, de que depende la elegancia y el gusto, por cuyos medios comunica á sus lectores una cierta libertad de espíritu, y cierta osadía en el discurrir, que son la sementera de la filosofía“. En efecto, ¿será posible encontrar pensamientos más sublimes, y que mas arrebatan y lleven fuera de sí el animo de los lectores, y les presenten ideas mas vastas y mas importantes? A veces una reflexion, una clausula, una expresion, un epíteto dicen mucho mas que los largos discursos, y los regulares tratados de otros escritores. Pero cabalmente de esta su breve y concisa copia nace no poca dificultad y obscuridad en el estilo; y las palabras preñadas de cosas, y las expresiones demasiado cargadas de sentencias envuelven un pensamiento con otro, y no manifiestan bastante sus bellezas, las cuales quedan sobrado obscuras y confusas, y en gran parte se ocu-

tan

tan aún á aquellos mismos que las miran con ojos muy atentos y curiosos; la osadía y sublimidad de sus pensamientos le hacen incurrir á veces en imágenes falsas, y en expresiones hinchadas; y su brevedad y concision hacen la oracion truncada, vibrada, interrumpida y poco suave. Además de estos dos famosísimos escritores hay algunos otros, que merecen ser alabados. Pomponio Mela, nombre respetable en la romana literatura, comunicó á la geografia el esplendor de las letras latinas: con brevedad y claridad, nos pone delante de los ojos los sitios que describe, y junta á la exáctitud científica la energía de la eloquencia. Paladio (\*) escribió de agricultura en estilo sencillo y elegante; y florecieron otros muchos en aquellos tiempos, quando aún no se habia extinguido enteramente el esplendor de la buena latinidad. Pero entre todos

(\*) Es incierto el tiempo en que floreció Paladio; pero lo referimos aqui dexando para los criticos el disputar sobre su verdadera época.

dos los autores didascalicos merece distinguido lugar el maestro de la eloquencia romana Quintiliano. Su locucion no es tan tersa y pura como la de Celso y Ciceron: el corte, por decirlo asi, de su periodo no tiene aquella rotundidad y elegancia, que tanto agrada en los escritores del siglo de oro, y que parece propia del language romano; y aunque él, como perfecto conocedor de la verdadera belleza, procura evitar el truncado, conciso y conceptuoso estilo, que tanto reynaba en los escritos de los autores de aquella edad, con todo eso se resiente á veces de este gusto, y peca algo en duro, sin saber dar á su oracion la fluidéz, dulzura y pompa, que tanto recomienda en su maestro Ciceron. Pero sin embargo Quintiliano puede llamarse el escritor mas romano de su tiempo, y el mas amante y seqüaz de la aurea antigüedad. El ha conservado la copia y abundancia de palabras y de sentencias, la union y enlace de los pensamientos, la fuerza y solidéz de las razones, la variedad de las imagenes, la propiedad y

COM-

conveniencia de las comparaciones, el buen orden, y la correspondiente trabazon de todo el discurso. Y singularmente por lo que mira á la parte didascalica, será siempre la maravilla de los doctos la copia y perfeccion de la doctrina, que nada dexa que desear en la materia que trata á los criticos mas delicados, la exáctitud y utilidad de los preceptos, la viveza, perspicuidad y fuerza de las razones, y el orden y metodo en todo; y la obra de las *Instituciones oratorias* de Quintiliano será venerada en todas las edades, como el mas perfecto código de las leyes del buen gusto y de la sana eloquencia. Aquies de observar la diversidad que se halla en la misma clase entre la eloquencia de Ciceron y Quintiliano, y la de Celso y Columela, como tambien de Seneca y Plinio, y ruego á los lectores que reflexionen quanto mas interesa y agrada la natural y libre copia y abundancia de Tulio y de Quintiliano, que la desnuda elegancia de Celso y de Columela, y la estudiada elevacion y buscado retoque de

Tom. V.

Dd

Se-



Seneca y de Plinio, observacion que podría hacerse igualmente en los celebrados escritores modernos. Harto semejante al estilo latino de Quintiliano parece el *Dialogo de los oradores*, que falsamente atribuyen algunos al mismo Quintiliano, y otros á Tacito, y que ciertamente debe referirse á un hombre docto y elegante. No podremos hablar así del estilo de Frontino, aunque á veces bastante elegante, pero vario y desigual; y mucho menos del de Apuleyo, afectado, hinchado é inculto. Mejor conservaron el decoro romano los escritores de jurisprudencia. Algunos fragmentos, y tambien algun tratado que tenemos de Pomponio, de Cayo, de Papiniano, de Ulpiano, de Paulo, de Modestino y de otros juriscultos se han adquirido la veneracion y el estudio de la docta posteridad, no menos por la gravedad y cultura del estilo, que por la solidéz de la doctrina. Censorino, Julio Obsequente y Vegetio son escritores didascalicos, que por su estilo deben distinguirse del comun

de

de los escritores de aquella edad. Dexamos á parte á A. Gelio, Firmico Materno, Macrobio, Casiodoro, Boécio, Marciano Capela y algunos otros latinos, conocidos y leídos de la posteridad por algun mérito de doctrina y de eloquencia, aunque rustica é imperfecta, y pasando á tiempos posteriores aplaudamos entre muchos escritores latinos didascalicos á Yives y á Cano, cuyas obras *De Disciplinis*, y de *Locis Theologicis* se adquirieron gran credito en el siglo decimosexto, quando tanto se apreciaban las gracias de una buena latinidad, y de una sana eloquencia, y se alaban y leen todavía en el nuestro, quando mas se buscan las prendas de la doctrina, y de la sólida filosofia: alabemos á Alciato, Cujacio, Agustín y otros escritores, que entre las tinieblas de las ciencias legales hicieron ver la luz de la romana jurisprudencia: recomendemos á Mariana, Petavio, Huet y otros teólogos, que en medio de la barbarie escolastica han sabido agradar á los cultos oídos: honremos á Sadoletto, Sigonio,

Dd 2

nio,

ño, Vavassor y tantos otros filólogos, que emplearon su latina elegancia en varios tratados didascalicos; pero pasemos á examinar con mas atencion los laudables progresos que en estos tiempos ha hecho la eloqüencia didascalica en las lenguas vulgares.

Eloqüencia didascalica en las lenguas vulgares.

La vastedad y extension de la materia no nos permite seguir individualmente todas las cosas, aunque cada una de ellas mereceria ser diligentemente ilustrada; asi que omitiendo los primeros escritores, que trataron argumentos didascalicos en las lenguas francesa, española, italiana y otras vulgares, descenderémos á tiempos mas cultos y fecundos, y empezaremos á examinar en ellos los progresos de la eloqüencia italiana, que fue entónces la primera en dar esplendor. Bembo puede decirse que fue el primero, que trató materias didascalicas en lengua italiana con alguna fuerte y adornada eloqüencia, aunque un largo y estudiado periodo, un confuso amontonamiento de palabras, y todo el curso de la oracion fastidioso y

Italiana en el siglo XVI.

pesado, hacen que los escritos de Bembo se les caigan de las manos á los lectores de nuestro siglo, que con razon buscan en los libros fluidéz y dulzura, facilidad y rapidez. El exemplo de Bembo fue seguido de muchos doctos italianos, y en poco tiempo las gracias de la lengua nacional se comunicaron á toda suerte de argumentos filologicos y filosóficos. Entre los primeros escritores didascalicos goza Casa de particular celebridad por lo justo de los preceptos, y por la elegancia y pureza del language; pero sin embargo gusta de aquel giro de periodos, y de aquella transposicion de palabras, que entónces tal vez se creia propia para dar mayor gravedad á la oracion, y ahora nos parece que le da sobrada lentitud. Mirando la parte de la doctrina, Machiavelo es un escritor, que por la sutileza de los pensamientos, por la vastedad de las ideas, por la profundidad de muchas reflexiones, y no menos por el atrevimiento, y aún impiedad de algunas otras, y por sus máximas y opiniones, unas

veces útiles, y otras perjudiciales, se ha hecho singularmente célebre, y, más que los otros escritores coetáneos suyos, obtiene una fama universal entre las demas naciones, y se ha adquirido un distinguido y eterno nombre. Su estilo, natural y preciso, varonil y robusto, lo distingue también de los débiles y huecos escritores, que entonces llenaban muchas páginas de elegantes palabras sin sentencia alguna. Pero en mi concepto, de todos los escritores didascalicos de aquella edad, ninguno como Castiglione ha sabido encontrar la verdadera eloquencia, y dar armonía, ornato y elegancia á la locucion, sin enervar ni debilitar el discurso: poseido del gusto Ciceroniano ilustra con justas razones, con oportunos exemplos, y con comparaciones propias la materia que trata; y aunque amante y seqüaz del genio latino, procuró tomar mas los pensamientos y el espíritu, que la colocacion de las palabras. A fines de aquel siglo, y á principios del siguiente empezó á introducirse mayor exáctitud y precision en los escri-

Del XVII.

critos didascalicos, y Sarpí y Galileo trataron materias abstractas y sublimes, teologicas y políticas, físicas y geométricas, con toda la exáctitud, nobleza y claridad que requieren los asuntos; pero Sarpí no supo hermosearlas con las gracias y con la elegancia del estilo, al paso que Galileo las adornó singularmente con los primores de la lengua, y con las gracias de la eloquencia, que hacen que muchos sabios críticos italianos tengan el *Saggiatore* y otros escritos suyos por exemplares en su genero de eloquencia vulgar. A imitacion de Galileo escribieron Castelli, Torricelli, Redi, Magalotti, y otros academicos del *Cimento*, discipulos ó seqüaces de aquel gran maestro de Italia y de toda Europa; y abandonando el modo de escribir frondoso y hueco de los autores del siglo precedente, se introduxo un estilo mas lleno y xugoso. Hacia fines de aquel siglo floreció Señeri, que es tal vez el mejor escritor que ha tenido Italia en la eloquencia didascalica; y aunque su mayor celebridad la haya obtenido por la oratoria,

216 *Historia de toda la*  
ria, los sabios críticos, no menos en  
aquella que en esta, le estiman y repu-  
tan digno de que lo tomen por modelo  
los escritores de nuestros días. Pero es  
preciso fixar la vista en estos y en algu-  
nos otros pocos hombres facundos del  
siglo pasado, para no tener que llorar  
el tan deplorable menoscabo que entón-  
ces sufrió la verdadera y sólida eloqüen-  
cia. Contribuyeron á reparar este da-  
Del XVIII. ño las luces filosóficas de nuestro siglo, y  
desde el principio Gravina, Zeno, Maf-  
fei y algunos otros abandonaron la afec-  
tacion, la hinchazon y los otros vicios  
sobrado comunes á los escritores del siglo  
decimoseptimo; y estudiando la elegan-  
cia y cultura, la copia y rotundidad de  
los del antecedente, sin quererlos seguir  
en la pesadez y lentitud, se formaron una  
mas fluida y natural eloqüencia. Pero al-  
gunos tal vez no querrán aprobar entera-  
mente en tales escritos todo el orden de  
la oracion, y encontrarán en ellos algo  
de transposicion y prolixidad, harto mas  
sufrible que la usada en el siglo decimo-

sex-

*Eloqüencia. Cap. III.* 217

sexto, aunque no bastante grata á sus deli-  
cados y filosóficos oídos. Entre los escri-  
tores didascalicos de este siglo celebra la  
Italia singularmente dos gentiles y gra-  
ciosos autores, que son Algarotti y Za-  
notti. Estos no contentos con aplicar las  
gracias de la eloqüencia á materias filosó-  
ficas y críticas, mas capaces de adorno y  
de hermosura, las emplearon tambien en  
otras mas aridas y secas; y no satisfechos  
de tratar con elegancia y claridad argu-  
mentos abstrusos y dificiles, quisieron  
ennoblecerclos con las gracias de un bello  
estilo. Zanotti, mas ciceroniano ó casti-  
glionesco, conserva mas la gravedad y  
circunspeccion italiana; Algarotti, mas  
viváz y ameno, se acerca mas á la facili-  
dad y al ayre frances; uno y otro tal vez  
manifiestan sobrado el estudio, y presen-  
tan un estilo poco desembarazado y fran-  
co; y Algarotti alguna vez, por querer  
ostentar amenidad y gracia de estilo, des-  
ciende á excesiva familiaridad y confian-  
za; pero sin embargo son dos escritores  
dignos de ser recomendados y estudiados

Tom. V.

Ee

por

por quien quiera seguir la eloqüencia didascalica. El amor á la filosófica exactitud y precision, y á la fluida naturalidad y brevedad, ha tomado mas aumento entre los escritores modernos; y se ven algunos pocos, que sin malear la indole del idioma italiano, saben dar á los escritos mayor fuerza y rapidéz. Denina en sus escritos didascalicos guarda prudentemente el orden y enlace de las ideas, el natural y espontaneo descenso de una en otra sentencia, y la fluidéz y claridad de todo el discurso, de que tampoco se cuidan la mayor parte de los escritores modernos. Cesarotti escribe con agudeza de ingenio, con estilo rapido y vibrado, y con filosófica libertad. Se alaba en Bettinelli un modo de escribir franco y suelto, lleno de fuego y de vivacidad. Leen muchos con gusto las elegantes obras del florido Roberti. ¡Mattei quantos argumentos no ha tratado con novedad y amenidad de ideas, con copia de erudicion, y con facil y familiar eloqüencia! Brilla con singular esplendor Carli por la sa-

ga-

gacidad de su ingenio, agudeza de su mente, vastedad de erudicion, profundidad de saber, y precision y exáctitud de estilo. ¡Que estrepito no ha causado en toda Europa la obra filosófica y política de Beccaria! Actualmente trata Filangieri la legislacion con estilo claro y con exáctitud filosófica. Tiraboschi y Serassi escriben, en sus discusiones didacticas, con pureza, elegancia y correccion. Spalanzani, Fortis y Rosa saben dar á la aridez de las cosas naturales, y de las materias fisiologicas, no solo exáctitud y precision de raciocinio, sino tersura y nobleza, y á veces tambien calor de expresion. Los españoles Exímeneo, Arteaga, Lampillas y algunos otros, empleando su ingenio en argumentos criticos y didascalicos, hacen uso del idioma italiano, y algunos pocos y ligeros defectos de language los recompensan tan felizmente con otras verdaderas prendas de buen estilo, que pueden compararse en la gloria de la verdadera eloqüencia con los mas célebres italianos de su edad. Pero el juzgar con mas indi-

Ee 2

vi-

vidualidad del justo merito de la eloqüencia de estos, y de algunos otros pocos autores, que viven en el día, y gozan una fama universal, lo dexamos para la docta posteridad; y abandonando la Italia, pasamos á ver los progresos que al mismo tiempo ha hecho en España la eloqüencia didascalica.

Española  
en el siglo  
XVI.

La lengua española, como ya hemos dicho, habia hecho desde el siglo XIII grandes adelantamientos hácia la culta y verdadera eloqüencia, singularmente en la parte didascalica; pero no llegó á coger los deseados frutos hasta principios del siglo XVI. Alabese enhorabuena el celo y cuidado del Rey Alfonso X en enriquecer y pulir el nativo lenguaje con obras legales, astronomicas, filosóficas y de todas materias: busquen é illustren los doctos nacionales algunos escritos didascalicos del Infante Don Manuel, de Pedro Lopez de Ayala, de Don Enrique de Villena, de Diego de San Pedro y de otros antiguos é illustres españoles; pero nosotros empezaremos á exâminar la eloqüencia didas-

dascalica española en las obras mas universalmente conocidas, y estimadas de todas las naciones como verdaderamente eloqüentes. Para gloria de los Españoles el primer autor de semejantes obras se elevó tanto, que obtuvo el credito de eloqüente sobre todos los de su tiempo de todas las naciones, y se ha adquirido las alabanzas y el estudio de los posteriores. Este fue el célebre Antonio de Guevara, cuyas obras lograron desde luego tanta fama, que fueron buscadas, no solo de los Españoles, sino tambien de toda la culta Europa; y hablando particularmente de su *Marco Aurelio* dice Casaubon (a), que „ apenas se encontrará otro libro, fuera „ de la Biblia, que se haya traducido una „ y muchas veces en tantas lenguas, francesa, italiana, inglesa, alemana, y tal „ vez en todas las otras de Europa, y que „ se haya reimpresso tantas veces en tan „ repetidas ediciones“. Y en efecto el eloqüente Guevara, tanto en esta, como en

(a) *Prol. ad M. Ant. lib. XII.*

en las otras obras didascalicas, tiene tal pureza y cultura, tanta propiedad y elegancia en las frases y en las palabras, y tanta verdad y peso en las sentencias, que sino tuviese algunas transposiciones, aunque muy ligeras, y en menor numero que las usadas generalmente por los mejores italianos de aquella edad; sino conservase aún algunas palabras ahora ya antiqüadas; sino gustase á veces de ciertas metáforas, y de ciertos consonantes, que no agradan mucho á nuestros oídos, lo propondríamos aún ahora como modelo de eloqüencia didascalica; y de qualquier modo debemos mirarlo como uno de los escritores mas eloqüentes de aquella edad. Hernan Perez de Oliva hubiera superado á Guevara si huviese cultivado mas este genero de eloqüencia; y el pequeño ensayo que nos ha dado en su *Dialogo de la dignidad del hombre*, aunque lo dexó imperfecto, es una clara prueba de su elegante, culta, armoniosa, grave y robusta facundia. Dexo á parte al célebre maestro de mística Juan de Avila,, en cuyos es-

,, cri-

critos, como dice Andres Escoto (a), hay tanta energía, fuerza y eficacia, que persuade quanto quiere, arrebatara los sentidos, lleva fuera de sí á los lectores, y no solo los instruye, sino que los deleyta, y dulcemente los conduce á do quiera que los guie el ímpetu de su eloqüencia: dexo á Santa Teresa de Jesus, en cuyo estilo, como dice oportunamente Mayans (b), hablarían los Angeles si hubiesen de hablar en idioma español: dexo á La Puente, Rodriguez y otros muchos misticos, cultos y elegantes escritores, porque tal vez muchos lectores, poco dados á estas materias, no querran reconocer por obras de eloqüencia didascalica los libros de devocion; y paso á Fray Luis de Granada, quien no sin fundamento es llamado de muchos el Tullio español. Aunque sus sermones fuesen tales, que, como dice el cardenal Federico Borromeo (c), causasen sumo gusto y

(a) *Bibl. Hisp.* (b) *Orac. en alabanza de las obras de Don Diego Saaavedra Faxardo.* (c) *D' Sagri Oratori.*

y consuelo á las pias y doctas personas que los leian , sin embargo la verdadera gloria de su eloqüencia no consiste , en mi juicio , en la oratoria , sino en la didascalica. Un aureo rio de graves sentencias y de selectas palabras , una purisima y correctisima frase, y una dulcisima fluidez en toda la oracion hacen verdaderamente tuliana la eloqüencia didascalica de Granada, y sus apreciables escritos formaron desde el principio la agradable lectura de toda la culta Europa. En nada es inferior á Granada Fray Luis de Leon en sus obras teologicas y filosóficas *De los nombres de Christo*, y de la *Perfecta casada*. No me atrevo á decir si debe alabarse mas en estas obras la copia y nobleza de las sentencias, ó la pureza y elegancia de las palabras, si la suavidad y armonía, ó la energía, claridad, magestad y fuerza de su estilo. ¿ Que dire pues de la eloqüencia de Ribadeneyra en sus tratados filosóficos de la *Tribulacion*, y del *Principe christiano*? Obras mas verdaderamente tulianas no será facil encontrarlas en la eloqüen-

qüencia moderna. Son tambien adornados, magestuosos, fluidos y dulces Medina, Marquez y otros muchos españoles de aquella edad. Leyendo los elegantes y limados escritos de estos eloqüentes autores, el animo de un atento y culto lector se siente dulcemente conmovido ; y goza de una indecible suavidad. Si les falta aquel brio, y aquella gallardía y amenidad, que hacen que se lean con gusto los modernos franceses, lo recompensan muy bien con la florida pompa, y con los dignos ornamentos de los antiguos latinos que se han propuesto imitar : y si en sus tratados se hubieran dedicado á ilustrar argumentos, que mas universalmente excitasen la comun curiosidad, y en su modo de pensar hubiesen seguido mas una sabia y filosófica libertad, sin los grillos de una tímida sujecion, formarían aún en nuestros dias las delicias de los cultos lectores, como las formaron en el celebrado siglo XVI. Algo despues, esto es á principios del XVII, florecieron dos insignes españoles, Quevedo y Saavedra,

Tom. V.                      Ff                      cu-

cuya eloqüencia es recomendada por sus nacionales con muchos elogios. Yo concederé sin repugnancia á Quevedo sutileza, viveza y amenidad de ingenio, y agudeza y gracia de expresion; y dexando á un lado sus obras jocosas, en las quales los pensamientos falsos, los juegos de vocablos, y algunas baxezas disminuyen mucho la verdadera y sólida gracia, en las serias, que mejor pueden llamarse didascalicas, alabaré la pureza de las palabras y la tersura de las frases; pero la vibracion y concision del estilo conceptuoso, no libre enteramente de falsos pensamientos y de importunos juegos de vocablos, no me dexan contar á Quevedo entre los célebres maestros de la eloqüencia española. De harto mejor gusto debe reputarse Saavedra, quien dice haber puesto particular cuidado en formarse un estilo sublime sin afectacion, y breve sin obscuridad (a); y aunque se resiente á veces del gusto dominante ya entónces, de un estilo conciso

(a) Pref. á la idea de un Princ. pol. christ.

ciso y vibrado, metafórico, conceptuoso y agudo, el qual no está siempre tan exento como él quisiera de toda vislumbre de afectacion, sin embargo es generalmente tan armonioso y suave, puro y elegante, claro y energético, que su libro de la *Idea de un Principe christiano* puede muy bien tomarse por modelo de estilo didascalico; y ha tenido razon Mayans en su *Retórica*, para recurrir con frecuencia á este libro por exemplos de casi todas las prendas de la eloqüencia. El estilo de Saavedra parecerá á muchos, y es en realidad, mas brillante, y de mas vehemencia y calor que el de los autores del siglo antecedente; pero yo confesaré con libertad, que me embelesa mas la sencilla y natural magestad, y la espontánea y fluida copia de los escritores precedentes, que la estudiada elevacion y brevedad de que se gloria Saavedra. El universal pervertimiento de aquella edad no nos presenta despues de Saavedra escritor alguno didascalico, que merezca particular alabanza. Gracian logró una fama uni-

Del XVIII.

versal; y ciertamente estuvo dotado de mucha agudeza de ingenio y de una viva imaginacion; pero cayó tambien en todos los defectos de su tiempo, y siguió los juegos de vocablos, los pensamientos falsos y los conceptos sobrado sutiles y frios; y generalmente los escritores, que se adquirieron algun nombre de elegantes, fueron los que mas incurrieron en los vicios de aquella edad. En este siglo Nassarre, Luzan, Montiano y algunos otros doctos españoles abandonaron el depravado gusto de sus predecesores; pero no obtuvieron particular credito de eloquentes; y el erudito Mayans, aunque no haya encontrado general aprobacion en todas las prendas de un buen estilo, es sin embargo aplaudido de todos por la pureza y exâctitud, por la tersa simplicidad y correcta naturalidad de su diction, y debe serlo mucho mas por el celo, y por las luces con que ha promovido el estudio y los progresos de la eloquencia nacional. Pero de todos los escritores didascâlicos de España ninguno ha obtenido en este

si-

siglo aplauso mas universal, que el doctor benedictino Feijoo. La variedad y amenidad de las materias, la erudicion, crítica y agudeza de ingenio con que las trata, y la novedad que entónces causaban tales argumentos á la mayor parte de los Españoles, debian acarrear maravilla y gusto á los lectores de su obra. Pero pasando á su eloquencia, creo, que el orden en exponer las materias, la fuerza y vehemencia en proponer sus razones, y apoyarlas con oportunas comparaciones y exemplos propios, la sagacidad en prevenir las objeciones, y la destreza en satisfacerlas enteramente, el arte de hacer algunas cosas gratas y amables, otras ridiculas y otras odiosas, dan derecho á Feijoo para obtener sin disputa alguna las alabanzas en la eloquencia didascâlica; ademas de que su locucion resplandece con las luces de las figuras, y fluida y armoniosa corre con maravillosa rapidéz. Pero la continua lectura de libros franceses, lo nuevo de las materias poco manejadas de los escritores españoles, y su

po-

poco ó ningun estudio de la lengua nativa, y de sus autores clásicos, dan á su elocucion una forma algo nueva, y un cierto ayre de peregrina, y la privan de aquella fuerza, y de aquel gusto de language, que hacen tan suaves y sabrosos, sólidos y vigorosos los escritos de los autores antes celebrados. Posteriormente en estos últimos años algunos discursos didascálicos de Clavijo, de Ríos, de Campmany, de Ayala, de Sempère y probablemente los de otros muchos, que no han llegado á mis manos, pero que veo muy alabados, prueban que no solo se ha desterrado de España el corrompido estilo del siglo pasado, sino que el buen gusto en escribir se hace bastante familiar y comun entre aquellos nacionales.

Francesa. Pero sin embargo es preciso confesar, que en esta parte todas las lenguas deben ceder la gloria á la francesa, y reconocerla por maestra. ¿Donde pueden encontrarse tantos autores clásicos en este género de eloquencia, y tantos y tan diversos exemplares de estilo didascálico? No habla-

ré

ré de Montagne, aunque autor original, lleno de vivacidad y de imaginacion, ni de Charron, ni de otro alguno escritor frances de aquel siglo, ni de principios del siguiente, porque su language es ya antiquado, y porque el glorioso siglo de Luis XIV se lleva toda la atencion del que quiere exáminar los progresos de la eloquencia francesa. En esta clase de escritores eloquentes debe colocarse Malebranche, aunque solo sea conocido como filósofo, puesto que su estilo, como dice justamente d'Alambert (a), ofrece el mejor modelo para escribir las obras filosóficas: él hace hablar á la filosofia en el language que le corresponde, y en aquel solo que es digno de ella; enseña á ser metódico sin aridez, individual sin verbosidad, afectuoso y sensible sin falso calor, grande sin violencia y noble sin hinchazon. A la misma clase tienen igual derecho que este filósofo dos teólogos, el puro y delicado Nicole, y su compañero el tan celebrado Arnaud, en

Malebranche.

(a) *Elog. pref.*

en quien , sin entrar en la verdad y exâctitud de la doctrina , y de las cosas que dice , podemos sin disputa alguna alabar el metodo y el orden de las materias , la union y el enlace de las pruebas , y la variedad y belleza de las imagenes y de las expresiones. Harto mayor credito se adquirió otro compañero suyo , el famoso Pascal. Pascal. Nadie mas que yo conoce y confiesa , no diré la malignidad , pero si la preocupacion que dirigió su pluma en las cartas provinciales , y la insubsistencia y falsedad de las doctrinas , de los hechos y de las interpretaciones que alli se refieren ; pero conozco tambien que la nativa elegancia , amenidad y claridad , la artificiosa simplicidad , la fuerza y energía en las cartas , que la requiêren , la destreza en dar á todas las cosas aquel aspecto que mas conviene á su intento , y el ayre picante de escarnecer y ridiculizar todo lo que quiere , forman un estilo encantador , capaz de seducir á los lectores mas ilustrados. Pero sin embargo diré , que leyendo con animo tranquilo é imparcial aque-

aquellas cartas , encuentro una cierta monotonia , que llega á enfriarme en la lectura , y á causarme algun fastidio : cada una de las diez primeras cartas es una visita y un dialogo ; las explicaciones y las objeciones se hacen siempre con demasiada uniformidad ; y en las subsiguientes se repiten varios puntos tocados antes. Y ademas de esto es preciso confesar , que se ve con sobrada claridad la pasion del escritor , para que pueda agradar plenamente á ún lector imparcial. Dexando aparte muchas falsedades y alteraciones , que solo pueden conocerlas las personas versadas en tales materias , observa con otros muchos Voltaire , que todo el libro está apoyado sobre un fundamento falso , atribuyendo á todo un cuerpo las opiniones de algunos particulares , que igualmente hubiera podido atribuir á qualquier otro cuerpo , y queriendo culpar á una sociedad de hombres cultos y religiosos de un premeditado designio de corromper el genero humano , lo que no es creible en ninguna secta ó sociedad la mas

Tom. V. Gg mal-

malvada y barbara. De otro gusto son los pensamientos del mismo Pascal, los quales lejos del amable y ameno estilo de las cartas provinciales pecan tal vez en bilihosa melancolia. Estos no tienen aquella union y enlace, que forma un todo bien ligado, y una obra verdaderamente didascalica é instructiva; pero presentan una sublimidad, una exâctitud, una fuerza y una verdad, que dexan harto profunda impresion, y bastante clara persuasion en el animo de los lectores. No es poca gloria para la eloqüencia francesa el poder contar escritores didascalicos del merito de los nombrados hasta aqui, y singularmente de Pascal. Però á que alto grado no se eleva su honor al presentarnos el Platon y el Tulio frances, el gran Bossuet! *Cedite romani scriptores, cedite Graeci,* podrá exclamar con razon la Francia. Ni los Bambos, ni los Castigliones, ni los Granadas, ni los Leones, ni los Ribadneiras pueden estar al lado de un Bossuet. El mismo Pascal, con todos sus sublimes y grandes pensamientos, quan pequeño

Bossuet.

no parece en comparacion de Bossuet! Los Griegos mismos y los Romanos no pueden gloriarse de una alma mas sublime, un ingenio mas vasto y un espiritu mas penetrante que el de el gran Bossuet. Solo el *Discurso sobre la Historia universal*, presenta una obra muy superior al *Timeo*, á la *República de Platon*, y á todos los tratados didascalicos de Platon y de Tulio, para que pueda hacerse comparacion entre ellos. Donde se encontrará un argumento tan vasto y tan grande? donde un plan tan inmenso? donde una execucion tan acabada y perfecta? Seguir los pasos de la divina sabiduria en la creacion, y en el gobierno del universo, presentar un quadro del genero humano en su nacimiento, en sus progresos, en sus luces, en sus errores, en la formacion, y en la revolucion de los imperios, en el establecimiento de las leyes, en la reforma de las costumbres, manifestar la Religion en su verdad y en su espiritu, poner claros y casi visibles sus misterios, justos y amables sus preceptos, y en suma presentarlos en su

Gg 2

di

divinidad, es una empresa á que no podian llegar los mas generosos y sublimes ingenios de los antiguos, de que no era capaz la debilidad de los modernos, y que solo era digna de la superior alma de Bossuet. El, siempre igual á su atrevido asunto, adorna y engrandece los mismos objetos, que por su grandeza y hermosura parecian superiores á todo ornato y engrandecimiento; él pinta el genero humano con colores no conocidos todavia del arte humana; él explica los consejos y secretos de Dios con expresiones correspondientes á la divinidad; él en suma se eleva tanto sobre el espiritu de los otros hombres, que parece tener algo de sobre humano y divino. ¡Que orden en las ideas! que exactitud y profundidad en las reflexiones! que extension y elevacion en las miras! que nobleza y grandeza en las expresiones! que fuerza, que energía, que rapidez, que belleza, que magestad, que decoro en todo el curso de la oracion!, Este discurso, dice justamente Voltaire (a), no

(a) *Siecle de Louis XIV.*

„ no ha tenido ni modelos ni imitadores; y „ su estilo solo ha encontrado admirado- „ res.“ Si este discurso de Bossuet debe con razon ser tenido por la obra magistral de la eloquencia didascalica, las otras obras del mismo autor no desdizen de este discurso, y en todas se descubre la mano del gran Bossuet. El orden, la claridad, la precision y la evidencia que introduce en la *Exposicion de la doctrina catolica*, hacen comparecer á nuestra fé razonable y digna de veneracion en sus sagrados dogmas. Salen de su pluma rayos de luz, que hacen mas que bastantemente creibles, y aún evidentes los testimonios del Señor. ¡Que profundidad y plenitud de saber, que sólido y seguro juicio, que agudeza de ingenio, y que fuerza de raciocinio en sus *Advertencias á los Protestantes sobre las cartas de Jurieu*! Que exactitud y precision, que vigor y que energía de estilo en todos sus escritos didascalicos! Con mas tranquilidad y placida luz resplandece Fenelon, el Fenelon, qual sino tiene el ímpetu y la fuerza de Bossuet, manifiesta mayor fervor y mas

penetrante suavidad. En sus obras filosóficas y filológicas junta con el método, precisión y pureza, la claridad, amenidad y elegancia. En las ascéticas y teológicas sabe introducir tanta dulzura, y tales gracias y atractivos, que hace amable la piedad á aquellos mismos que no quieren seguirla: su dición siempre elegante se eleva sin esfuerzo, y se acalora sin afectación y sin violencia: el sentimiento y el afecto salen del alma del autor, y se introducen en nuestro corazón; y por todas partes se siente una eloquencia persuasiva, que irresistiblemente se insinúa en el ánimo de los lectores. Además de estos escritores, singularmente ilustres y esclarecidos, es

La Bruyere. famoso el célebre la Bruyere, cuyos *Caracteres* inimitables hacen ver en él un ingenio verdaderamente original, y un es-

Rochefoucault. critor eloquente; famoso Rochefoucault, autor lleno de observaciones profundas, y de pensamientos, no solo nuevos, sino expuestos de un modo todavía mas nuevo; famosos otros muchos escritores de aquella edad, los cuales tienen una tan

sa-

sana y vigorosa eloquencia, que podrian ellos solos formar el esplendor de una nación. Viene despues de estos el canciller d' Aguesseau, y puede ser reputado como el último residuo del feliz siglo de Luis XIV, á quien su eloquencia forma digna y brillante corona. Una fecunda imaginación, un sólido y seguro juicio, una selecta erudición, un justo y profundo raciocinio, una noble y grave dición forman de los escritos de Aguesseau obras no menos agradables que útiles é instructivas, y hacen que su eloquencia sea digna de Pascal, de Bossuet, de Fenelon y de los felices y gloriosos tiempos de la eloquencia y de la literatura. Al mismo tiempo que de Aguesseau florecía con mas universal crédito Fontenelle, quien puede considerarse como autor de un nuevo estilo, y como dice des Fontaines, como *cabeza de una secta de la que no es él.*, La mayor parte de sus pensamientos, continúa diciendo el mismo des Fontaines, son bastante justos é ingeniosos, por mas que algunos sean abstractos y algo

d' Aguesseau.

Fontanelle.

50-

„ sofisticos , y otros sepan á la sutileza de  
 „ Seneca , á la simetria de Plinio , ó á la  
 „ obscuridad de Tacito , tres autores cé-  
 „ lebres , aptos para enriquecer un inge-  
 „ nio maduro , y para perficionar un gus-  
 „ to formado ; pero capaces igualmente  
 „ de formar espíritus falsos , y escritores  
 „ intolerables. Vemos que los escritos  
 „ de Fontenelle han producido estos ma-  
 „ los efectos : ellos jamas se leen sobrado ;  
 „ pero quien los lea y los admire , antes  
 „ de haberse formado sobre el estudio de  
 „ la naturaleza , de la buena antigüedad y  
 „ de los buenos modelos del siglo de Luis  
 „ XIV, no será mas que un extraño escri-  
 „ tor. “ A la verdad la grande reputacion,  
 que por muchos titulos se habia adquirido  
 Fontenelle , hizo que procurasen imitar-  
 lo muchos de sus nacionales , que faltos  
 del ingenio y de la doctrina , que anima  
 y ennoblece el estilo de su modelo , no  
 lo imitaron mas que con daño suyo , y  
 con deshonor de Fontenelle , quien pu-  
 do despues ser tenido por maestro de tan  
 malos discipulos. Pero si el exemplo de  
 Fon-

Fontenelle ha producido tan malas copias,  
 sin embargo ha hecho nacer otras muchas  
 no menos bellas : y si Fontenelle puede  
 ser tenido por el modelo que se propo-  
 nen imitar los que desean hacer ostenta-  
 cion de ingenio , y por ello son frivolos  
 y pueriles escritores , debe no menos ser  
 reputado como caudillo de tantos respecta-  
 bles autores , que han hermoseado y hecho  
 faciles las abstrusas y aridas ciencias con  
 los adornos de la eloquencia. Entre sus mu-  
 chas obras , llenas todas de vivacidad , de  
 ingenio , y de amenidad de imaginacion,  
 pertenecen mas á nuestro asunto de la elo-  
 quencia didascalica la *Historia de la Aca-*  
*demia* , y los *Dialogos sobre la pluralidad*  
*de los mundos*. En la *Historia de la acade-*  
*mia* con quanta claridad y precision no  
 presenta á la inteligencia de todos las mas  
 abstrusas y dificiles materias ? Con quantas  
 gracias de estilo no viste los objetos que  
 parecen menos capaces de ello ? Las mas  
 sublimes discusiones expuestas por los mas  
 esclarecidos ingenios , reciben nueva luz  
 de la pluma de Fontenelle ; y los autores  
 Tom. V. Hh mis-

mismos se miran con mas complacencia en la Historia de la academia , que en sus propias disertaciones. La facilidad de su ingenio, y la vastedad de sus conocimientos lo hacen dueño de todos los asuntos que le vienen á las manos ; y los vuelve y revuelve como quiere , y los presenta en aquella forma que mas le agrada , y que es mas propia para hacer que todos los conozcan y gusten de ellos. ¿ Quien hubiera creído jamas que los sublimes puntos de la astronomía pudieran sujetarse á imagenes tan comunes y familiares , y hacerse tan claros y palpables hasta á las mugeres mismas , sino los hubiese visto tratados así en los dialogos sobre la pluralidad de los mundos de Fontenelle? Tantas excelentes prendas de eloquencia didascalica pueden muy bien recompensar un poco de afectacion de ingenio , algunos rasgos sobrado estudiados para causar novedad y admiracion á los lectores , algunas relaciones ingeniosamente buscadas donde menos parecia que pudiesen encontrarse , y otros pocos defectos de

su estilo ; y Fontenelle con razon deberá ser siempre respetado como un escritor muy digno de alabanza. Amigo de Fontenelle , y de algun modo semejante á él en el gusto de escribir era la Motte , escritor suelto , vario , florido , agradable y lleno de armonía , dulzura y suavidad. D' Alembert (a) forma un paralelo entre estos dos escritores , que referiré aqui en gran parte , porque nos puede dar una suficiente idea de su caracter. „ Ambos á „ dos, dice , llenos de exáctitud, de luces „ y de razon , se manifiestan por todas „ partes superiores á las preocupaciones „ filosóficas y literarias. Ambos á dos han „ abrazado en sus escritos aquel método „ que tanto satisface á los ingenios justos „ y exáctos , y aquella agudeza tan pican- „ te para los jueces delicados ; pero la „ agudeza de la Motte está mas clara , la „ de Fontenelle dexa mas que adivinar „ á sus lectores. Fontenelle y la Motte „ han escrito en prosa con mucha claridad,

Hh 2

(a) Eleg. de la Motte.

,, dad, elegancia y aún sencillez; pero la  
 ,, Motte con una sencillez mas natural, y  
 ,, Fontenelle mas estudiada. Fontenelle  
 ,, fue superior por una extension de co-  
 ,, nocimientos, que él ha tenido el arte de  
 ,, hacerlos servir para adornar sus escri-  
 ,, tos, y que dan á su filosofia mayor in-  
 ,, teres, y la hacen mas instructiva, mas  
 ,, digna de que se tenga en la memoria, y  
 ,, que se cite; pero la Motte hace cono-  
 ,, cer á su lector, que para ser tan rico y  
 ,, capaz de citas como su amigo no le  
 ,, ha faltado mas, como decia el mismo  
 ,, Fontenelle, que *ojos y estudio*. Uno y  
 ,, otro recibieron de la naturaleza un in-  
 ,, genio versatil, que los hacia aptos para  
 ,, muchos generos de escritos; pero tu-  
 ,, vieron ó la imprudencia, ó la secreta va-  
 ,, nidad de probarse en un excesivo nume-  
 ,, ro de ellos, y de persuadirse, que el es-  
 ,, píritu puede recompensar el talento ó  
 ,, el ingenio. Finalmente Fontenelle y la  
 ,, Motte son ambos á dos escritores peli-  
 ,, grosos para la juventud: la Motte por  
 ,, sus paradoxas, y Fontenelle por los se-  
 ,, duc-

,, ductores defectos de su estilo; pero  
 ,, ambos deben colocarse entre los escri-  
 ,, tores filosóficos por las ideas siempre  
 ,, ingeniosas, y algunas veces utiles, que  
 ,, han esparcido sobre diferentes objetos  
 ,, de la literatura. De un temple diver-  
 ,, so de estos dos es Montesquieu, autor pro-  
 ,, fundo y severo, en quien la gravedad de

Montes-  
quieu.

las materias comunica al estilo seriedad y  
 circunspeccion. Tal vez no habrá habido  
 en este siglo obra, que haya causado mas  
 estrepito que el *Espíritu de las leyes* de  
 Montesquieu: toda asercion suya era oida  
 como la decision de un oráculo; y nadie  
 se atrevia á oponerse á su quasi infalible  
 autoridad. Ahora empiezan algunos á  
 apostatar de su culto, y llegan hasta po-  
 ner en ridículo, y despreciar su adorada  
 obra. No entraré á exâminar la exâctitud,  
 ni la utilidad de sus sistemas y teorías,  
 que á muchos no parecen de la mas sólida  
 subsistencia; no pesaré sus reflexiones ni  
 sus razones, que encuentro por la mayor  
 parte graves y sólidas, aunque de quando  
 en quando se hallen algunas frivolas y lí-

geras; pero mirando solo aquella obra como un libro de eloqüencia didascalica, ciertamente no puedo negarle muchas reflexiones profundas, y sutiles observaciones, algunas grandiosas imagenes, y energicas expresiones, y una vasta y oportuna erudicion; aunque sin embargo diré, que no puedo alabar el orden y el enlace de las materias, y de las sentencias, que quanto mas las leo, y las vuelvo á leer con atencion, tanto mas me parecen en muchas partes sueltas é inconexas; que no encuentro justa y debidamente tratados los argumentos que se propone, y muchas veces titulos grandiosos é importantes se dan por explicados en pocas lineas, con una reflexion, ó con un pequeño rasgo de erudicion, sin internarse en el fondo y en la substancia de los puntos, que excitan la curiosidad de los lectores sin satisfacerla; que no puede defenderse aquel tono enigmático, y aquella reticencia que d' Alembert (a) cree efecto de una prudencia.

(a) Elog. de Montesquieu.

dente cautela, pero que ciertamente causa obscuridad; que no se observa un fluido y espontaneo descenso de ideas, y un sonoro y armonioso periodo, que hacen dulce y suave el curso de la oracion; que las clausulas truncadas, y los pensamientos sueltos, que en él se hallan frecuentemente, forman un estilo algo duro y pesado; y diré finalmente que no encuentro aquella obra tan deleytable y tan instructiva como la hubiera podido hacer el sublime ingenio, la facunda imaginacion y la vasta erudicion de Montesquieu, sino se hubiese abandonado á la profundidad de sus pensamientos, y hubiese buscado el metodo, el orden, la diction y el estilo que requieren la eloqüencia didascalica, el buen gusto y el exemplo de los buenos maestros antiguos y modernos. Asi que el *Espiritu de las leyes* será siempre una obra digna de que la estudien con atencion los filósofos y los políticos, quienes ciertamente podrán sacar de ella copiosas luces y útiles ideas; pero no de que se proponga por modelo á los escritores, que

que quieran adquirir buen nombre en la eloquencia didascalica. Antes bien soy de dictamen, que el exemplo de Montesquieu mal entendido haya seducido á muchos espiritus débiles, que sin tener sus talentos y su doctrina, han querido afectar su reflexion y filosofia, é intempestivamente van buscando pensamientos, reflexiones y sentencias, y atormentando la paciéncia de los sabios lectores; y Montesquieu podrá llamarse, en un gusto diverso del de Fontenelle, caudillo de una secta de la que no es él. Pero dexando aparte los vicios de estos célebres autores, y sus malos efectos, es cierto, que el exemplo de tan ilustres escritores ha producido la ventaja de excitar á muchos ingenios á adornar las materias arduas y abstrusas con las gracias de la eloquencia. Maupertuis, Pluche, Nollet y otros muchos han procurado presentar asuntos filosóficos y matematicos adornados con un culto estilo. Condillac, no satisfecho de pensar con sutileza en materias metafísicas, políticas y de todas clases, ha pro-

cup

cu-

curado explicarse con las gracias de la eloquencia. Pero dexo á estos y á otros muchos escritores semejantes, y solo tomo por verdadero exemplar en esta parte á d' Alembert. ¿Quién no queda embelesado de aquel orden, de aquella precision, y de aquella perspicuidad con que él ve, y hace ver á sus lectores todas las cosas que trata? Su espíritu geometrico, qué tanta admiración ha causado á toda Europa en las especulaciones cosmologicas, en las hidrostáticas y en las analíticas, ha dirigido tambien su pluma en las filosóficas y filológicas, para tratarlas con aquella exáctitud, claridad y método, de que solo parecian capaces los escritos geometricos. ¿Como presenta en su verdadero aspecto el asunto que se propone, desenvuelve sus mas secretos pliegues, y forma las mas sutiles deducciones! Con quanta sagacidad y delicadez no toca quanto conviene para su explicacion, sin tomarse la libertad de hacer digresion alguna á otros puntos, que directamente no le pertenezcan! Con quantas bellas y filosó-

D. Alembert.

Tom. V.

li

fi-

ficas luces esparcidas con naturalidad y oportunidad, con quantas comparaciones é imagenes propias y expresivas, con quantos ingeniosos rasgos, con quantas finas, pero sencillas y naturales expresiones no viste y hermosea sus escritos! Su filosofía no se toma la libertad, como con exceso lo hacen tantos de nuestros pretendidos filósofos, de omitir las gracias de una pura y elegante diction, y la armonía y sonoridad de los periodos, sino que antes bien su estilo corre terso y claro, fluido y rápido, armonioso y suave con una sencilla nobleza, y natural cultura. En suma los escritos de d' Alembert pueden en mi concepto servir de modelo de la eloqüencia que requiere la mediocridad didascalica, en la qual no se desean tanto los rayos de la fogosa fantasía, quanto las claras luces de la tranquila razon; y deben llenar de confusion á tantos escritores, que con las convulsiones de un enfático estilo, con los devaneos de una ininteligible metafísica, con un amontonamiento de sentencias y de conceptos, con una

una xerga de palabras y de frases, y con una diction falta de armonía y de elegancia, quieren ser tenidos por exemplares de eloqüencia filosófica. Entre todos los escritores de este siglo, y aún tal vez de los pasados, ninguno se ha adquirido fama tan universal como la que han gozado en nuestros dias Rousseau y Voltaire, Rousseau. conocidos y celebrados, no solo de las doctas y cultas personas, sino hasta de las mas baxa é infima plebe. Y en efecto si la eloqüencia no es otra cosa que el arte de hacer pasar con rapidéz, é imprimir con fuerza en el ánimo de los lectores el profundo sentimiento de que está penetrado el escritor, quien podrá alegar tanto derecho á la gloria de eloqüente, como el que manifiesta Rousseau en sus escritos? El asienta proposiciones nuevas y extrañas, que chocan al principio; pero acumula luego tanta multitud de razones, y las profiere con tal ímpetu y fuerza, que es preciso ceder á la violencia de su irresistible facundia, y sentir la fuerza de la persuasion de aquellas cosas mismas que

no se creen, y que no consiente la razon. Tanta novedad y vigor de pensamientos, tanta vivacidad de imagenes, tanta gallardía de expresiones, tanta copia y riqueza de palabras y de sentencias, tanta fuerza, energía y rapidéz en todo el discurso, arrastra y arrebatá con violencia la mente de los lectores, donde su extraño ingenio gusta de conducirla. De su ardiente pluma salen rayos y relampagos en vez de frases y palabras. No, no puede ponerse la vista en sus escritos sin que luego se sienta inflamar el pecho, herir el corazon, arrebatá el animo, y experimentar una universal conmocion de todos los sentidos. Pero si para juzgar de su eloqüencia, dexando sosegar los internos movimientos, se da lugar á la tranquila y fria razon, se verá sí, por todas partes energética y ardiente, colorida y brillante, pero se encontrará en la parte didascalica sujeta á algunos defectos. Aquel continuo amor á las paradoxas no puede agradar á un juicioso lector, que en las obras serias é instructivas desea la regularidad y la

ver-

verdad. Ofende aquel tono siempre decisivo y de superioridad. Cansan sus frecuentes y siempre estrechos y recalcados razonamientos, que tienen en continua agitacion el ánimo del lector, sin dexarlo descansar un instante. Las largas digresiones, los rasgos declamatorios, las reflexiones amontonadas como se le presentan á la imaginacion, y no ordenadamente distribuidas como lo requiere la materia, no pueden formar un libro, que verdaderamente produzca la debida instruccion, y sirva de modelo para la eloqüencia didascalica. De un gusto enteramente diverso del de Rousseau es su contemporaneo Voltaire. Parece que la naturaleza se haya complacido en producir á un mismo tiempo dos singulares modelos en dos generos del todo opuestos. Rousseau melancolico y bilioso, alegre é indulgente Voltaire; el uno profundo y grave, el otro superficial y ligero; el uno preocupa con la fuerza y energía de las razones, el otro con las gracias y con las burlas; el uno y el otro persuaden lo que quie-

Voltaire.

quieren, pero Rousseau con el peso del convencimiento, Voltaire con la suavidad del placer. Una dición sencilla, clara, armoniosa y correcta, un orden de pensamientos artificialmente natural y espontaneo, pero siempre nuevo y gracioso, una manera de expresarse facil, varia, ingeniosa y agradable, rasgos vivos y animados, sales finas y picantes, y mil dotes de imaginacion y de ingenio, forman de las obras de Voltaire el dulce entretenimiento de toda clase de lectores. Qualquier materia que él se propone tratar, se presenta en sus manos libre de todas las embarazosas y dificiles investigaciones, y adornada solo con amenas noticias, con graciosas imagenes con faciles y perspicuas razones, se quitan todas las espinas, y se dexan solo las flores; nada se encuentra obscuro y dificil, todo es claro y facil de entender: su estudio se reduce unicamente á evitar el enfado, y á procurar la diversion de los lectores; y en efecto sin fatigar jamas la mente, deleyta siempre la imaginacion: el ánimo

can-

cansado de las serias ocupaciones, ó de los trabajos literarios encuentra un dulce solaz en su lectura, y las obras de Voltaire son de aquellas obras á que sin pensar echa mano el que busca en la lectura un agradable entretenimiento. Pero los severos lectores, que en los libros desean la instruccion ademas del divertimiento, no pueden ver con paciencia en los de Voltaire abandonada la verdad, la religion, la honestidad y la justicia, por usar un dicho agradable, ó una brillante expresion, y terminados con una historieta, ó con un rasgo de epigrama los puntos mas graves é importantes. El estilo ironico y burlesco, el amor á la satira y á la befa los puede entretener por un rato; pero usado con exceso, y esparcido por todas partes, hasta en materias que no lo sufren, les causa fastidio, y se lamentan de que Voltaire no nos haya dado en libros proporcionados y completos sus reflexiones sobre varias clases de literatura, que son por lo regular justas y verdaderas, sino que las haya esparcido acá y allá, y repetidolas con

fre-

frecuencia, y alguna vez contradicholas en cartas, en prefaciones, en ensayos y en epusculos, y que en tantos volumenes no se encuentre una obra, que sea capaz de instruir al lector solidamente en alguna parte de literatura y de doctrina; y quieren en suma que Voltaire deba ser alabado como un ameno y gentil ingenio, y como un escritor elegante, delicioso y agradable, pero que no pueda tomarse por exemplar de eloquencia didascalica. En nuestros dias se ha visto un portento de eloquencia, que con razon es la maravilla de los doctos, forma las delicias de todas las almas sensibles y cultas, y ¿quien sabe si en algun tiempo será mirado por la remota posteridad como un Mercurio, ó un Apolo de las ciencias naturales? Este es el gran pintor del universo, el digno intérprete de la naturaleza, el nunca bastante-mente alabado y admirado Buffon. Dexo á los fisicos y naturalistas el cuidado de examinar los fundamentos de sus sistemas, y de seguirlo en los vuelos de su imaginacion; y ahora solo oigo en él las voces de

de la facundia, y no lo considero mas que como un ingenio sublime, y un dios de la eloquencia. Su mente vasta no puede sujetarse á los límites que se han fixado á las mentes humanas, y quiere elevarse sobre los cielos para entrar á la parte con Dios en la creacion del universo. La naturaleza se ensoberbece al verse contemplada por el divino espíritu de Buffon, se desenvuelve y se pavonea á la vista de un tan digno observador, y hace vanidad de manifestarle sus mas ricos y agradables colores, y sus mas reconditas é importantes bellezas. Su vivaz y fecunda imaginacion, enardecida á vista de tal espectáculo, recibe todas las formas, que se le presentan en la inmensidad del universo, y trasladandolas graciosamente al papel, forma los infinitos é inefables quadros, que lo manifiestan pintor valido de la naturaleza. Pero aquel soberano pintor no se contenta, como hacen otros, con expresar fielmente todos los semblantes, y con copiar friamente las actitudes y los colores; su seguro y energico pincel quiere de algun

modo ser superior á la naturaleza misma, y dar á todas sus partes mayor realce y nobleza. El ánima aquellos entes, á quienes la naturaleza no ha dado alma, él da razón á aquellos vivientes, á quienes no la concedió la naturaleza; él realza el mérito y da nobleza á los animales menos estimados y mas innobles; él nos presenta relaciones de sentimiento y de utilidad, que los unen todos estrechamente con la especie humana; y en su pluma todo es vivo y animado, todo noble y grande, todo bello é importante. Leyendo su historia sentimos que se dilatan las fibras del corazón, nos hallamos movidos de afectos de compasión, de complacencia, de amor y de respeto hácia los brutos; y contemplamos con interés, y con amigable afición á los que antes mirábamos con indiferencia, ó con desdeñosa superioridad. Por mas maravillosa que sea su sagacidad en observar las formas y las qualidades, las inclinaciones y los hábitos, y las relaciones todas de todos los seres de la naturaleza, es sin embargo superior

su eloquencia, que á todo sabe dar tan delicado y vivo colorido, todo sabe expresarlo con tanta grandeza, y con tan agradable variedad, y todo sabe animarlo con tan dulce y puro interés. Las mas pequeñas particularidades se encuentran dignamente adornadas por su pluma, sin otro luxo que el luxo mismo de la naturaleza vivamente sentida, é íntimamente observada. Su generosa y noble alma no gusta de enredarse en obscuras xergas de ininteligibles frases, ni de sujetarse á truncados incisos, y á angustiadas clausulas, sino que se expresa con una pura y elegante dición, y se recrea con fluidos, dilatados y armoniosos periodos: su estilo sencillo y claro, sublime y magestuoso da á todo perspicuidad y belleza, magnificencia y nobleza; á todo comunica el encanto y la magia, y siempre tiene dulcemente embelesados y enamorados á los lectores. Los naturalistas y los físicos encontrarán que objetar á sus sistemas, y á las libres correrías de su imaginación; pero todos reconocerán en él un gran filó-

sofo, y un hombre singularmente eloquente; y la *Historia natural* de Buffon, no solo es un precioso deposito de todos los hechos, que forman el espectáculo de la naturaleza, sino que es tambien el único libro, que pueda proponerse como obra magistral á los filósofos y á los naturalistas, igualmente que á los escritores, á los oradores y á los poetas. Despues de haber tributado nuestro culto al interprete de la naturaleza, el divino Buffon, apenas se encuentra escritor alguno, que particularmente merezca nuestra atencion, fuera del historiador de los Cielos Bailly; su *Historia de la astronomía*, y sus *Cartas sobre el origen de las ciencias*, y sobre la *Atlántida* son los únicos libros, que pueden ponerse en un mismo estante al lado de la *Historia natural*, y de los *Suplementos* de Buffon. El toma de su maestro, no solo la fuerza de la eloquencia, sino tambien la libertad de la imaginacion; y si el espíritu sistemático hace equivocar á Buffon en algun hecho de la naturaleza, el mismo espíritu arrebatata tambien á Bailly,

y

y le hace pesar con sobrada ligereza los testimonios que cita, y abrazar á veces algunos poco firmes y seguros. Una inmensa vastedad de imaginacion, que de un golpe abraza toda la extension de los espacios y de los siglos, una maravillosa perspicacia de ingenio, que con una ojeada ve los mas secretos enlaces, y las mas imperceptibles relaciones, una suma destreza para aproximar los mas distantes extremos, para combinar los mas repugnantes, y para traer todas las cosas á su intento, son singularmente dotes de aquellas obras suyas, en que campea su talento sistemático; pero la sublimidad de sus pensamientos, la novedad y exactitud de las reflexiones, la belleza y vivacidad de las imagenes, la energia y colorido de las expresiones, la armonía, magnificencia y nobleza del estilo resplandecen en todos los escritos de aquel excelente autor. Un sublime ingenio, una brillante imaginacion, una oportuna erudicion, y una vigorosa eloquencia hacen que Bailly sea un escritor capaz de agradar siempre á las per-

50-

sonas doctas, y de lograr sin contradiccion la inmortalidad. Yo no exâminaré tantos escritores, que florecen al presente, y que en las descripciones de los monumentos antigüos y de las cosas naturales, en los tratados de fisica, y en todas materias, han querido imitar estos tan laudables exemplares; y pondre la atencion solo en un escritor, no imitador, sino verdaderamente original, el célebre y desgraciado Linguet. Es ciertamente Linguet uno de los talentos mas singulares que ha producido la Francia. Un ingenio profundo y penetrante, versatil y facil, una vigorosa y fecunda imaginacion, un espíritu perspicaz y agudo, una robusta y victoriosa facundia son dones que no esparce con mucha liberalidad la naturaleza; pero que á Linguet se los ha dispensado con larga mano, y con la mas amigable prodigalidad. A estos dones de la naturaleza ha añadido él con su estudio un rico y abundante fondo de doctrina y de erudicion, y adornado con tales auxilios, ha podido entrar valerosamente en toda suerte

te

te de empresas literarias. Si quiere hacer mudar de aspecto la historia romana, escrita, creida y transmitida por tantos siglos en papeles y en monumentos, su sutileza y erudicion le subministran razones desconocidas á otros para dar alguna, aunque ligera apariencia á los nuevos colores con que la quiere pintar. Si le disgustan las triviales y comunes ideas sobre las leyes y sobre los gobiernos, su fecunda imaginacion le sugiere otros planes, y le presenta otros medios para crear y establecer otros á su gusto. Las materias políticas, las criminales, las económicas, las medicas, las literarias, y varias otras las mas heterogeneas y diferentes entre sí, se ven manejadas con igual facilidad, y todas reciben de su pluma nuevas luces. Pero cabalmente la facundia, y la maravillosa flexibilidad de su ingenio, lo llevan facilmente á paradojas, y á singulares y extrañas opiniones, que no son compatibles con la severidad de un exâcto juicio: la vivacidad de su fantasia le presenta á veces relaciones sobrado remotas, meta-

fo-

foras algo atrevidas, y expresiones poco correctas: el calor de su facundia se exaltando con frecuencia á pequeñas y frívolas discusiones, que están muy lejos de merecerlo; y sus obras se hacen leer con gusto, y aún con provecho por la fuerza, energía, fuego, vivacidad y varias otras prendas de ingenio, de imaginacion y de eloqüencia, pero se echa menos en ellas mayor gravedad y severidad de juicio, para que se las pueda tener por obras magistrales, y por modelos de sólida y verdadera eloqüencia. Al mismo tiempo que Linguet escribe Mably con mucho acierto de política, de moral y también de literatura (a). Escribe Marmontel con penetracion y sutileza varios artículos pertenecientes á las buenas letras, y escriben algunos otros Franceses no sin gloria de su eloqüencia didascalica; y la Europa toda parece que reconozca en esta parte, como en casi todas las otras, por su maestra de

(a) Ha muerto posteriormente con sentimiento de los amantes de la política, de la literatura y del buen gusto.

eloqüencia á la Francia.

A vista de tantos célebres escritores franceses, ¡quan obscurecidos no quedan los mas illustres autores de las otras naciones, apenas conocidos de sus propios nacionales! Solo Inglaterra cuenta escritores, <sup>Inglesa.</sup> que no han quedado sepultados en su nativo país, sino que viven, digamoslo así, en toda la república literaria, y pertenecen á todo el mundo. Hemos citado antes la opinion del juicioso Hume, quien apreciando poco la prosa de Bacon, de Harrington, de Milton, de Sprat, de Locke, de Temple y de otros coetáneos suyos, no encuentra en el idioma inglés una buena prosa anterior á las obras de Swift. Este gracioso y ameno escritor ha tratado argumentos políticos, eclesiasticos y literarios; algunos con seriedad, y la mayor parte con gracejo y jocosidad, pero todos con señorío y maestría; é intimo conocedor de la pureza, precision y extension de su lengua, es uno de los mejores modelos para quien quiera formarse en ella un estilo puro y correcto. La sencilla y positiva ma-

nera de expresarse hacen que sus escritos serios sean algo aridos y duros; pero en los jocosos y festivos, la misma simplicidad da mayor delicadez á sus graciosos pensamientos: sin estudio, sin afectacion y sin superfluidad, corre libremente su estilo con espontánea facilidad y fluidez; y Swift es uno de los pocos escritores, que han unido la amabilidad con la profundidad, y la facilidad con la correccion; y en mi juicio debe ser tenido por el mas fino, el mas picante, y el mas solidamente agradable en el estilo jocosos de quantos en Inglaterra, y en otras naciones han querido seguir aquel genero de escritos. Pero escritor verdaderamente didascalico y serio es el docto y profundo Br olingbroke: lleno de ingenio y de erudicion no se contenta con tocar ligeramente las materias, sino que entra á exâminarlas á fondo, busca su verdadero aspecto, y lo presenta con exactitud y precision; y con sólidas y originales reflexiones, con nuevas ideas, con razones, testimonios y exemplos da nuevas luces y ma-

con

II

N. mayor

yor perfeccion á sus tratados. A las muchas prendas de ingenio y de erudicion añade la de un estilo vivo y animado, que aumenta la fuerza y energia á sus vigorosos, y á veces sobrado atrevidos pensamientos. Pero el faego y calor de su fantasia le presenta tan al vivo los objetos que trata, que no sabe contentarse con el justo ardor y dulce rapidez, que corresponde á la eloquencia didascalica, sino que se dexa llevar con vehemencia é ímpetu, presenta un mismo pensamiento baxo diversos aspectos, pinta con sobrada fuerza algunos objetos que no la merecen, y su estilo puede parecer mas de un declamador apasionado, que de un moderado escritor. Pomposo y elegante, rico y armonioso es el estilo de Shaftsbury; pero á veces, hinchado y cargado de circunloquios y de elegancia artificial, manifiesta sobrado estudio y afectacion. Addison es sin disputa, en concepto de los mismos nacionales, el mas perfecto modelo de pureza, correccion y belleza de language inglés; pero en el *Espectador*,

Ll 2

que

que es su obra mas aplaudida , no puede llamarse exemplar igualmente bueno de eloqüencia didascalica , no habiendo querido darnos obras acabadas sobre los varios puntos que toca , y habiendolos tratado mas con gracejo , que con seriedad. Cherstelfield y Hume , son verdaderamente didascalicos , y á las prendas de un lenguaje correcto , y de un culto y gracioso estilo han juntado el buen orden , la sutileza , precision y claridad , que los argumentos requieren. Gibbon , Blair y otros muchos escritores , que al presente florecen en Inglaterra , buscan en las materias literarias , en las politicas y en las económicas los moderados adornos de la eloqüencia didascalica ; y podemos decir con verdad , que ésta en nacion alguna , fuera de Francia , ha sido tan ventajosamente cultivada , como lo ha estado en este siglo en Inglaterra. Y aún pienso que el mejor adelantamiento que se le pueda proporcionar á esta eloqüencia , sea una mezcla de la profundidad y precision inglesa , con las gracias , gentileza , rapidez

y

y claridad francesa ; dexando sin embargo libertad á los ingenios originales para que se abran los nuevos y gloriosos caminos , á que con dulce fuerza los conduzca el propio genio. A la eloqüencia didascalica deben referirse las disertaciones , y los discursos academicos , aunque comunmente puedan recibir alguna mayor fuerza oratoria ; y esta especie de eloqüencia academica es un campo que todavia puede mirarse como esteril é inculto , pero que trabajado por manos diestras , podrá dar copiosos frutos de sazónada eloqüencia. Baste lo dicho de la eloqüencia didascalica , la que tal vez mas que ninguna otra nos ha dado excelentes exemplares que examinar , y es en nuestros dias mas universal ; y pasemos ahora á otras menos abundantes de tales modelos , y menos comunes é importantes.

CA-

## CAPITULO IV.

*Eloquencia dialogal.*

Origen de la eloquencia dialogal.

Algo posterior á la didascalica y á la oratoria fue la eloquencia dialogal. Quando los pitagoricos y Democrito habian ya tratado las materias filosóficas con las gracias de la eloquencia; quando Solon, Clístenes y Pericles habian hecho oír la fuerza de su facundia, vino Cenón de Elea á producir una nueva manera de tratar los argumentos filosóficos, é hizo nacer una nueva clase de eloquencia con el arte del dialogo, que con singular gloria suya introduxo en Atenas. El dialogo tuvo la feliz suerte de que Sócrates lo mirase con particular afición; y habiendolo él adaptado para tratar las cuestiones filosóficas, siguieron sus discipulos el mismo estilo, y acarrearón mucho crédito y esplendor á la eloquencia dialogal. El primero que escribió tales dialogos fué, segun el testimonio de Aristoteles citado

por

por Atheneo (a), Alexámenes Teyo, el qual dio á sus dialogos el título de socraticos. Entónces casi todos los filósofos se dedicaron á exponer en dialogos su doctrina; pero singularmente los discipulos de Sócrates parecia que no supiesen hacer otra cosa que dar al público los dialogos que habia tenido su maestro, ó á lo menos que procurasen dar autoridad á sus opiniones presentandolas en boca del venerado Sócrates. Laercio nos nombra los dialogos de Simon, de Criton, de Fedon de Aristipo y de otros muchos; pero Pannecio citado por el mismo Laercio, de todos los dialogos socraticos, que entónces se esparcian en gran numero, solo reconocia por legitimos y verdaderos los de Platon, de Eschines, de Xenofonte y de Antistenes. De este último no nos queda ya monumento alguno, y por consiguiente todo lo que pertenece á los dialogos de los antiguos socraticos, se reduce á Platon, Eschines y Xenofonte, Dionisio Ha-

li-

(a) Lib. XI, c. XXI.

licarnaseo dice, que en el estilo de Platon se ve junto el sublime y el tenue, y que su oracion está atemperada á uno y á otro.

Xenofonte, y Eschines.

La pureza y tersura, la claridad y sencillez son las prendas singulares de Eschines y de Xenofonte. Hermógenes quiere que Xenofonte supere en su simplicidad á la simplicidad de Platon; pero que sea otro tanto superado por Eschines en su tenuidad. En efecto la tenuidad de Eschines llega á tanto grado, que causa maravilla el que pueda agradar, y que lejos de ser enfadosa se haga sumamente amable y dulce á los lectores. Ni la lengua latina ni las modernas nos pueden dar idea de un tal modo de escribir, y solo entre los Griegos encontramos escritos, que en una suma simplicidad, y en una extrema tenuidad hagan comparecer la gracia y la suavidad de una adornada y armoniosa oracion; y Eschines sabe ademas añadir el gusto de las fabulas oportunamente traídas. En efecto, ¿que dulce placer no causa en el *Axioco* la fabula del infierno puesta en boca del mago Gobrias? Y ¿quanto mas no deleytan

tan el *Erisias* y el *Axioco* condimentados con tales fabulas, que el *Dialogo de la virtud* falto de semejantes adornos? Yo encuentro en Xenofonte simplicidad y facilidad; pero por lo que mira al modo de escribir los diologos, lo reputaré siempre inferior á Eschines. Basta leer el *Economico* de Xenofonte, y el *Erisias* de Eschines para hacer un verdadero cotejo. Xenofonte habla de las riquezas y de la economía moviendo quëstiones, y dando preceptos, sin entretener al lector en aquellas pequeñas digresiones, que son tan comunes en los discursos familiares, y que forman la verdadera ilusion de los dialogos. Eschines se pone á hablar en el *Erisias* de las riquezas con razonamientos tan naturales y propios, que le parece á uno estar presente á la conversacion en que lo introduce; oir las noticias de la Sicilia que le quiere dar; ver al embajador de Siracusa; é intervenir en un todo en los discursos que refiere. Hermógenes hace un ligero paralelo del *Convite* de Xenofonte con el de Platon, dando á este

toda la preferencia; pero lo toma solo por la parte de la moralidad, porque Xenofonte introduce baylarinas y bayles, y pinta imagenes voluptuosas con un cierto ayre de complacencia, y Platon al contrario dexa estas imagenes á las mugeres, y aplica á otras materias su simplicidad. Pero yo no creo que este sea el verdadero aspecto en que deban mirarse aquellos dos *Convites*, para formar con alguna exâctitud el parangon. Son ciertamente muy diferentes el uno del otro: el *Convite* de Xenofonte, todo placentero y alegre, lleno de agradables accidentes, y sazonado con graciosa variedad, contiene muchos discursos, pero tratados con ciertas sales y gentiles gracejos, que entretienen dulcemente al lector: el de Platon, todo grave y sério, habiendo tocado brevemente lo que pertenece al convite, entra á texer algunos razonamientos acerca del amor, explicandolo con ciertas fabulas extrañas, y de un modo enteramente nuevo. Si Xenofonte con las imagenes voluptuosas ofendia la modestia de algunos Griegos,

no podía Platon causarles mucho placer con sus ideas sobre la pederastia. Pero nosotros debemos formar por otro camino la verdadera idea de los dialogos de Platon, que merecen mas atento y mas largo exâmen.

Y ante todas cosas el estilo socratico <sup>Platon.</sup> es ciertamente comun á Eschines y á Xenofonte; pero singularmente se descubre en los *Dialogos* de Platon. Aquella induccion continúa, tomada de las artes triviales, y de los ejercicios mas comunes, la usa de tal modo Platon, que á veces llega á ocasionar fastidio á los lectores, como con frecuencia lo causaba Sócrates en sus argumentos á los interlocutores que combatia. La agradable y elegante ironía, de que dice Ciceron (a) que usa Sócrates en los libros de Platon, de Eschines y de Xenofonte, rara vez ó ninguna la veo en estos dos, quando apenas se encontrará un dialogo de Platon, de que no puedan sacarse frecuentes exemplos. En

Mm 2

efec-

(a) *De cl. Or. LXXXV.*

efecto quantos cita el mismo Tulio , todos son de Platon. El *Arte obstetricia* de Sócrates , para ayudar á los filósofos á producir los pensamientos , toda es platónica. Pero dexando aparte lo que es socrático , y pasando á considerar las dotes propias del dialogo , encuentro singularmente digno de alabanza en Platon aquella energía y evidencia , por la que se ve conducido el lector á los lugares que él describe , y aquella ilusion dramatica, que hace parecer que realmente se oyen los razonamientos referidos. ¿ Quien no vé , leyendo el *Protagoras* , al eunuco portero cansado de tantos sofistas, que abre de mala gana la puerta á Sócrates y á Hippias; á Protagoras, que se pasea por el portico acompañado de una multitud de oyentes, que religiosamente le siguen, quedandose un poco atras por reverencia, y dando las vueltas con atencion y respeto ; á Hippias de Elea puesto magestuosamente sobre el sofístico trono, y sentados al rededor en sillas mas baxas Erisimaco y los otros ; á Prodicio Chio echa-

do

do en un ángulo de la despensa , cubierto de mantas , hablando con voz ronca y obscura , y en suma á todos quantos tan divinamente pinta Platon ? Nosotros sin tener noticias topograficas de Atenas, seguimos á Sócrates en el *Lysis* , acompañandolo de la academia al liceo por el arrabal junto á los muros; y á la puerta, donde está la fuente de Panope , encontramos á Hippotales, á Ctesippo y á una multitud de jóvenes : salimos de Atenas en el *Fedro*, paseamos por las orillas del Iliso, nos sentamos sobre la blanda yerba baxo aquel alto plátano, tan famoso entre los antiguos y entre los modernos , gozamos de la clara y agradable agua que corre de la fuente , y fuera de nosotros mismos somos arrebatados á donde quiere conducirnos la magia y el encanto del estilo platónico. No están pintados con menor exáctitud los caracteres de los interlocutores, que componen las escenas de los dialogos de Platon. Las costumbres y el genio de los sofistas, de los políticos, de los viejos, de los jóvenes, y de quantos introduce en sus dialogos,

se

se ven expresados con la mas sincera verdad. El Abate Masciu en su *Paralelo de Homero con Platon* (a) observa, que como la antigüedad ha dicho de Homero, que era el mas dramático de los poetas, del mismo modo puede decirse, que de todos los escritores prosaycos Platon es sin disputa alguna el mas dramático. Grou en la prefacion á su traduccion de los *Dialogos de la República*, compara á Platon con Aristofanes, pero dando á aquel la preferencia, porque sus pinturas son menos libres, y sus rasgos menos cinicos, y mas delicados, y porque no lleva hasta lo sumo lo ridículo para hacerlo mas picante, ni desfigura sus personajes, como con frecuencia lo hace Aristofanes. Pero Platon, aunque no padece este último defecto tanto como Aristofanes, sin embargo no está enteramente exento de toda acusacion. Dionisio Halicarnaseo y otros antiguos, creían que á Platon le causaban celos los honores que tan de lleno se dispen-

(a) *Ac. des Inser. tom. II.*

pensaban á Gorgias, Protagoras y otros sofistas, y que por esto los zaheria frecuentemente, y los pintaba tan ridículos como aparecen en sus dialogos. En efecto, Gorgias decia que no se conocia en el dialogo que le atribuia Platon. Pero debe observarse, que aunque es cierto que Platon ridiculiza á los Protagoras, á los Prodicos, á los Hippias y á otros vanos y petulantes sofistas, lo es igualmente, que da los debidos elogios á Pericles y á Isócrates, que podian causarle mas celos literarios. Y si Gorgias no se conocia á sí mismo en el citado dialogo, la posteridad ve en él la arrogancia y la necia vanidad de los celebrados sofistas. Pero sin embargo tal vez entre las prendas casi infinitas, que se hacen admirar en los dialogos de Platon, podrán reputarse como defectos ciertas respuestas impropias que pone en boca de algunos, como si quisiese fingirse un enemigo á quien herir á su satisfaccion con mayor facilidad. El mayor cuidado de Platon fue el de expresar el carácter de Sócrates con la mas individual exáctitud

y

y verdad. Su facilidad en acomodarse á la índole de las personas con quienes hablaba se viene á los ojos á cada página, ya viendolo viejo con el viejo Cefalo, ya muchacho con los muchachos Lysidas y Meseno, ya animando al sabio y modesto jóven Teeteto, ya condescendiendo con la altanería de los sofistas, dando alabanzas á su vano saber, y confesando con ingenua serenidad su ignorancia, ya de otros modos siguiendo la índole varia de cada uno de los interlocutores. La ironía de Sócrates se ve, como hemos dicho antes, en todos los dialogos de Platon. El amor á una disputa filosófica, y el deseo de buscar las verdades desconocidas, de que tan poseido estaba Sócrates, se encuentra admirablemente pintado en las obras de este discípulo suyo. Pero yo quisiera que no hubiese imitado tanto á Sócrates en las freqüentes y muchas veces inútiles inducciones, en algunas poco sólidas y algo sofisticas razones, y en otras cavilaciones, que á veces hacen menos agradable la lectura de sus dialogos.

logos. Sea qual fuese el genio de Sócrates, sino puede agradar á los oyentes puesto en la escena al natural, debia el autor presentarlo algo correcto. Clerc observa (a), que Platon y Xenofonte dieron elegancia y ornato á los dialogos que Sócrates tenia con voces é imagenes tan baxas, que á primer vista parecian enteramente ridiculos. Ahora pues si Platon tuvo por conveniente no seguir en esta parte el caracter socratico, ¿por qué no podía abandonar igualmente su estilo en las excesivas é inútiles inducciones, en las demasiado continuas interrogaciones, y en algunas poco sólidas y algo sofisticas razones, que disminuyen algun tanto el esplendor y magestad de sus dialogos? Pero que esto no haya sido tanto defecto de Sócrates quanto del mismo Platon, se hace creíble viendo que no solo á Sócrates, sino que tambien al huesped en el *Civil*, y á otros en otros dialogos los hace filosofar con el mismo método; y que Xenofonte y Es-

Tom. V.

Nn

chi-

(a) *Silv. Philolog. cap. III.*

chines, que tambien quieren manifestar el carácter de su Sócrates, no le hacen hablar de aquel modo. Otro defecto podrá tal vez encontrarse en los dialogos de Platon, que hubiera sido mas facil de evitar, y es el que sean indirectos y no directos. ¿Quanto mas oportuno y expedito no hubiera sido presentar sobre la escena. *El Convite*, mayormente habiendo de hacer tan largos razonamientos sobre el amor, que ponerlo en boca de Apolodoro, y hacerselo referir, y repetir todos aquellos nuevos y largos discursos con poca apariencia de verdad? ¿Porque obligar á Euclides, affigido por la mortal enfermedad de Teeteto, á leer en sus mamotretos el docto y filosófico razonamiento que este aún jovencito tuvo con el viejo Sócrates, y no presentar sencillamente á los lectores aquella conversacion importante y agradable? A estos leves defectos, si acaso llegan á serlo, que solo tocan á la parte del dialogo, añadian los antiguos otros pertenecientes á la diction y al estilo. Dionisio Halicarnaseo, elogia-

dor

dor de Lisias, no puede perdonar á Platon el atrevimiento de haber criticado á su celebrado orador, y procura con sobrado empeño manifestar sus defectos, y aunque le da muchos elogios en el estilo humilde y tenue, le acusa severamente en su pretendida sublimidad. Entónces, dice, no sabe hablar con pureza la lengua griega; es grosero y aspero, y oscurece la claridad; prolixo en las clausulas y en los circunloquios ostenta una vana pompa y riqueza de oracion; desechando las palabras propias y de uso comun, se vale de otras nuevas y peregrinas, ó ya antiquadas; siempre usa un modo de hablar figurado, y muchas veces nombres compuestos segun su capricho; inepto en las apelaciones, duro y desproporcionado en las translaciones; sobradas inversiones, y sobrado remotas; figuras poéticas capaces de cansar, y una vana y pueril ostentacion de adornos tomados de Gorgias. Muy dura parecerá á los doctos la censura de Dionisio, y él mismo, acaso reconociendola tal, procura atribuirse la

Demetrio Falereo y á otros , y quiere de este modo no hacerse odioso. Dionisio Longino habla con mas respeto del merito de Platon , aunque no dexa de reprehenderlo con sana critica quando lo encuentra defectuoso. Sus perifrasis no siempre le agradan (a) , y las metáforas muchas veces le parecen duras é hinchadas (b) ; pero sin embargo reconoce en Platon una tal elevacion y sublimidad, que lo eleva sobre la naturaleza de los otros hombres , y le da un no sé que de divino. Hermógenes lo propone tambien como verdadero modelo para estilo de escritos panegiricos, y tan perfecto en su genero como lo son Homero y Demostenes en el poético y en el oratorio. Yo no diré que Platon esté exento de todo defecto ; y si Homero dormita alguna vez, si Demostenes no siempre satisface los oídos de los atenienses , ¿por qué ha de gozar solo Platon la preeminencia de ser perfecto en todas sus partes? Concederé á Dionisio Ha-

(a) XXIX. (b) XXXII.

licarnaseo que la oracion de Sócrates en el *Fedro* sea sobrado poética , y aún dítirambica , como lo confiesa el mismo Platon; y diré que no puedo perdonar á este un excesivo deseo de ser tenido por orador , que se descubre en sus dialogos, quando parece que en esta parte no podía esperar muy feliz éxito. Confesaré tambien que á veces parecen sobrado remotas sus alegorías , con lo que se hacen obscuras , é interrumpen el tranquilo y suave curso de la filosófica y familiar conversacion. No negaré que alguna vez pueda Platon parecer pueril en la afectacion de algunas palabras sobrado estudiadas , ó compuestas por él cuidadosamente ; pero diré sin embargo, que aquella su copiosa riqueza y abundancia de oracion, aquella sublimidad y elevacion de pensamientos, aquella nobleza de afectos , aquella energía y fuerza, y al mismo tiempo gracia y belleza de expresion , aquel magestuoso y rapido curso del estilo tienen una cierta magia , que encantan al lector , y arrebatandolo no le dexan fixar la vista en los pequeños

de-

defectos notados por los criticos, sino que lo llenan de maravilloso placer. El abate Fraguier, en la disertacion sobre el uso que Platon hace de los poetas (a), quiere investigar las fuentes de donde saca la suave dulzura de sus escritos, con que hace leer las materias serias y abstrusas con mas placer y gusto, que el que causan otros con las de deleyte y diversion; y finalmente no puede encontrar mas que el uso que Platon hace de los poetas. Yo no niego que el oportuno uso de los poetas pueda hermohear y enriquecer el estilo, y hacer agradable y suave la oracion; pero creo que el verdadero merito de Platon no consista tanto en hacer uso de los pasages de los poetas, quanto en ser él mismo poeta, y en esparcir en todos sus escritos el fuego poético. Pensaban muy bien aquellos antiguos que, como dice Ciceron (b), tenían por poemas los dialogos de Platon por la vehemencia y rapidez del estilo, y por el clarísimo resplandor de las palabras.

Y

(a) *Acad. des. Inscr. tom. II.* (b) *Orat.*

Y con razon Panecio, no contento con llamar al mismo Platon divino, sapientísimo y santísimo, le da tambien el nombre de Homero de los filósofos (a). Este cotejo del filósofo Platon con el poeta Homero lo han hecho muchos antiguos, y lo han renovado aún con mas extension los modernos. Amonio citado por Longino (b), notó varios pasages en que Platon se habia propuesto imitar á Homero; y el mismo Longino (c), habiendo hecho imitadores de Homero á Stesichoro y á Archiloco, y despues de ellos á Herodoto, dice, que mas que todos estos lo imitó Platon, cabando en este poeta como en un manantial de donde ha sacado un numero infinito de arroyos. Pero en nuestros tiempos el abate Masieu ha formado con mas extension un erudito paralelo entre Platon y Homero en la doctrina, en el modo de enseñarla, en el estilo, y en la diction (d). Despues de Platon no tenemos

en-

(a) *Tusc. I.* (b) *XIII.* (c) *Ibid.* (d) *Acad. des. Inscr. tom. II.*

entre los filósofos griegos mas dialogos que exâminar , y podemos ya pasar â los romanos , que siguieron el mismo estilo.

Varron y otros escritores romanos de aquellos tiempos adoptaron en sus tratados didascalicos el uso del dialogo ; pero ninguno se adquirió distinguido credito en este genero de escritos , sino el fecun-

Ciceron. do Ciceron , el qual quiso adornar este , como todos los otros ramos de la eloquencia , con las gracias de su incomparable y divino estilo. Por mas que Tulio se haya propuesto por modelo â Platon , y haya enriquecido mucho sus dialogos con los tesoros platonicos, es sin embargo enteramente diverso el uno del otro en el arte del dialogo. Castillon , traductor de Tulio , atribuye la causa de esta diversidad , â los diferentes fines que ambos se propusieron en sus escritos. Platon deseaba convencer â los sofistas , y para ello se valia de discursos ceñidos : Ciceron queria instruir â sus romanos en los sistemas de los filósofos griegos , y se dilatava en mas larga y copiosa oracion. Esta razon de Castillon , aunque ciertamente

te es verdadera en muchos dialogos de Platon y de Tulio ; pero sin embargo no es adaptable â todos en ninguno de los dos. No todos ni aún los mas de los dialogos de Platon tienen por objeto el confundir los sofistas : los mejores de Ciceron están muy lejos de contener la exposicion de los sistemas de los filósofos griegos , y sin embargo casi todos los platonicos se valen de las continuas y restrictas preguntas y respuestas socraticas , y todos los ciceronianos se dilatan en espaciosos discursos. Yo creo que esta notable diversidad pueda mejor atribuirse â la naturaleza misma de dichos dialogos , y â las costumbres y circunstancias de los interlocutores que uno y otro introducen en ellos. Platon escribia en un tiempo en que estaba en el mayor vigor el método dialectico para aclarar ó para obscurecer las materias propuestas , y el genio eristico habia hecho de moda las cavilaciones sofisticas, las dolosas preguntas y las artificiosas respuestas para ligar â su contrario , y no ser cogido por él en sus lazos. Sócrates y otros interlocutores

platonicos estaban animados de este espíritu contencioso, y se manifiestan educados entre el polvo de las escuelas. Las materias que tratan frecuentemente se reducen á la definicion de una palabra, ó á la confutacion de una opinion, y casi todos los dialogos vienen á terminar en una escolastica, y á veces frivola y pedantesca cuestión. Ciceron al contrario escribía para sus Romanos, entre quienes no eran conocidas las filosóficas disputas, y aquellos pocos que las habian frecuentado en la Grecia, seguian comunmente la costumbre de los academicos hechos á usar una mas libre y suelta oracion: sus interlocutores son Lelios y Catones, Antonios y Crasos, Aticos y Brutos y otros consules y senadores gravísimos, que aborrecian hasta la mas mínima sombra de pedanteria escolástica: allí se discurre sobre puntos importantes, que no pertenecen nada menos que á la historia y á las instituciones del arte oratoria, á la sana y justa doctrina sobre la amistad, y sobre el modo de portarse en la vejez, y otros

otros argumentos gravísimos, y no se trata de definir sutilmente una palabra, ó de agitar agudamente una cuestión, sino de instruir profundamente, y de dar una util é inteligible enseñanza. Los dialogos de Platon son conversaciones de sofistas ó de ociosos escolásticos, que procuran entretenerse en disputas filosóficas; los de Ciceron son lecciones dadas por maestros graves y respetables, á quien desea solidamente instruirse, ó conferencias academicas tenidas entre doctos filósofos, y oradores eloquentes. A esto debe en mi concepto atribuirse la diversidad que se encuentra entre los dialogos de Tulio y los de Platon. En efecto quando Platon en el *Timeo* y en el *Cricias* quiere dar noticias filosóficas é historicas, abraza un metodo muy diverso del que usa comunmente en los otros; y en la *República* y en las *Leyes* forma un discurso mas seguido y menos interrumpido que en los otros dialogos; y si aún en estos conserva á veces algo de su acostumbrado estilo, esto hace ver quan importuno y

pesado sea donde se busca verdadera instrucción. Ciceron en las tusculanas quiere adoptar la manera socratica, y en efecto empieza desde luego á enredar al discípulo con sutiles preguntas; pero aquel modo sofisticado no se compadece con su gravedad oratoria, y bien pronto lo abandona dexando correr libremente su facundia. Grou para dar la preferencia á Platon, quiere defraudar á Tulio de sus bien merecidas alabanzas, y dice que sus dialogos, aunque están escritos con elegancia, y muy bien hablados, no son muy naturales. El no cree natural que en una conversacion se tengan tan largos y eruditos discursos, que se citen tan exáctamente tantas opiniones y tan largos pasages de autores, que se tengan en la memoria, y se confuten con tanto metodo las objeciones contrarias, y en suma que puedan realmente tenerse los dialogos que nos presenta Ciceron. Pero yo, considerando la condicion de los interlocutores, nada encuentro de inverisimil ni de extraño en tales dialogos. ¿A quien

quien causará maravilla que el docto y facundo Ciceron haga á un discípulo, á quien quiere instruir en la filosofia, los razonamientos de las tusculanas; á Atico, á Bruto, á su hermano Quinto y á otros semejantes los discursos que leemos en el *Bruto*, en los libros de las *Leyes*, de la *Adivinacion* y en otros dialogos? El mismo parece haber querido responder anticipadamente á la objecion de Grou, quando en el libro quarto *De los fines*, escusandose de responder á todo, ó pidiendo tiempo para pensar en ello antes de entrar en la cuestión, hace decir á Caton, que eran vanas sus excusas, puesto que con frecuencia se le veia tratar en el foro causas mas importantes y mas nuevas, y responder por espacio de tres horas sin preparacion alguna, y con toda felicidad. Varro y Caton son bien conocidos de todos para que nadie pueda extrañar que tengan tan doctos y eruditos razonamientos. Y si Cota, Vellejo, Torquato y Luculo no gozan de una fama tan universal, qual parece que corresponde á la doctri-

na que manifiestan en sus discursos, Ciceron tiene la prudente cautela de preveniros, que estos eran mas eruditos de lo que se creia comunmente, y que habian hecho singular estudio de la doctrina de la secta filosófica, cuyos dogmas se ponen á ilustrar. Y no veo porque se han de reprehender en Ciceron los largos y continuos razonamientos, ni porque se han de desear mas las freqüentes y muchas veces importunas interrupciones de Platon. El que quiere exponer é ilustrar un punto de doctrina no gusta de distraerse en preguntas poco precisas; y poseido de la materia que trata piensa en conducirla á su termino, y no en dirigirse á quien le oye con vanas demandas, ni creo que los oyentes puedan gustar mucho de ver interrumpida la explicacion que oyen con placer. Yo leyendo los libros de la *República* de Platon, ciertamente no puedo encontrar gran gusto en aquel *si* y *no*, en aquellas frivolas reflexiones, y en aquellas vanas palabras de Glauco y de Adimantes, que solo sirven

para interrumpir el discurso de Sócrates, y me parece estar oyendo á aquellos charlatanes, azotes de las sólidas conversaciones, que no pueden escuchar dos clausulas de otro, sin mezclar alguna palabra suya, y hacer oír su importuna voz. Pero no por esto me atreveré á decir que el arte del dialogo se vea manejado con igual felicidad en Tulio que en Platon. Los dialogos de éste son mas dramaticos, manifiestan mas los caracteres de los interlocutores, y se acercan mas á los regulares y comunes coloquios: los de Ciceron tienen mas ayre de conferencias academicas, que de discursos familiares, pero sin embargo no desdican de aquellos personajes graves y doctos, que aún en el ocio del campo procuraban entretenerse con utilidad y con placer. Los tres libros *De Oratore* son mas dialogales, y nos presentan mejor una conversacion de doctos Romanos. Aquellos gravísimos senadores, despues de haber hablado con la mayor prudencia y con el mas fino juicio de los negocios de la República, pasan á di-

vertimientos honestos, y yendo otro dia al paseo la vista de un plátano les excita la memoria de aquel del *Fedro* de Platon, y gozando de la sombra, empieza Craso con la mas natural verisimilitud los discursos sobre la eloqüencia. Estos discursos interrumpidos, y emprendidos de nuevo con muy graciosos cumplimientos, presentan una verdadera imagen de la culta y grave urbanidad de las conversaciones y de las recreaciones campestres de los senadores romanos; y singularmente el principio del segundo libro está adornado con escenas tan naturales y verisimiles, y ofrece una pintura tan viva del modo de pensar y de vivir de los Romanos, que en nada cede á las escenas pintorescas de Platon; y antes, presentando ideas mas sublimes, y personajes mas nobles que los platonicos, interesa mucho mas, y no puede leerse sin que produzca en el ánimo los mas dulces y delicados afectos. Dexemos pues á Platon la gloria del principado entre los escritores de dialogos; pero no se le quiera negar á Ciceron el glo-

glorioso nombre de Platon romano. Este metodo de tratar algunas materias en forma de dialogo no fue despues de Ciceron abandonado de los latinos; y antes bien parece que estuvo muy en uso, no solo el componer dialogos, sino tambien el recitarlos. Suetonio dice de Augusto (a), que acostumbraba oír con atención á los que recitaban, no solo versos é historias, sino tambien oraciones y dialogos; lo que tal vez puede probar haber sido mas comunes y triviales las oraciones y los dialogos, que los versos y las historias. Dexando aparte tantos dialogos, que ya no existen, tenemos todavia algunos del filósofo Seneca, y singularmente el famoso *Dialogo de los oradores* tantas veces citado, donde aquellos doctos interlocutores tratan de la decadencia de la eloqüencia, y de las causas que habian contribuido á ella. Macrobio en tiempos posteriores, San Agustin y otros muchos trataron en dialogos muchas materias per-

Tom. V.

Pp

te-

(a) LX, XXIX.

tenecientes á las ciencias; pero todos atendieron mas á los argumentos que se proponian , que á las formalidades del dialogo ; y los latinos antiguos no tienen otros dialogos de que gloriarse sino los del eloqüentísimo Ciceron.

Mas fecunda ha sido la Grecia, la qual, aun despues de haber producido tantos escritores socraticos de dialogos , ha tenido en los tiempos posteriores un Luciano inventor de nuevas especies de dialogos, que de algun modo se ha llevado la palma con preferencia á sus predecesores. Los filósofos habian usado los dialogos para exponer algunos puntos de su doctrina. Platon se valió tambien de ellos para confutar y ridiculizar á los sofistas ; pero proponiendose siempre hacer ver alguna verdad particular, que fuese parte de su retórico y filosófico magisterio. Luciano quiso crear una nueva manera de dialogos, que participasen , como él dice , de la comedia , y por haber introducido una obra enteramente nueva, sin tomar por modelo á ningun otro , fue llamado *Prometeo* , como

mo él mismo lo refiere graciosamente (a). En efecto él de un modo comico introduxo en sus dialogos á los hombres y á los dioses, y con agradables chanzas , y graciosas y comicas sales enseñó tal vez mas verdades filosóficas que quantos filósofos dialoguistas le habian precedido. El hizo dialogos de los dioses , de los muertos , de las meretrices y de otros muchos. El trató en los dialogos materias filosóficas y científicas , formó romances , y usó los dialogos de muchos modos nuevos. Pero no basta, dice el mismo Luciano (b) , haber inventado una cosa nueva , sino que es preciso hacerla elegante y bella , y que pueda gustar mas por la hermosura que por la novedad : y en efecto él ademas de la novedad de la invencion , hermoseó sus dialogos con todas las gracias del estilo, y con todos los adornos de la composicion. De su estilo solo diré lo que tantos siglos antes dixo Focio , juez mucho mas com-

Pp 2 pe-

(a) *Dial. contra eum qui dixerat. Prometh. ec.*

(b) *Prometh.*

petente, esto es, que no puede ser mejor; expresiva y propia la dición, suma la pureza y claridad, y una correspondiente magnificencia, y á mas de esto la composición tan adornada y armoniosa, que no parece que se lea una prosa, sino que se oiga un suave y delicioso poema (a). La mayor celebridad de Luciano ha nacido generalmente de los *Dialogos de los muertos*; y los muchos dialogos que á su imitación han dado á luz los modernos, le han adquirido una justa y honrosa fama. Verdaderamente brillan en todos los dialogos de Luciano la pureza y la elegancia de la dición, la felicidad y extrañeza de la invención, la naturalidad y amenidad de las narraciones, la gracia y el donayre de las chanzas, y singularmente la verdad y la energía de las pinturas; pero los que en mi juicio son mas perfectos, y cuya lectura me causa mayor gusto, son los mas dramaticos, por decirlo así, y los mas historiados. En los *Dialogos de los*  
muer-

(a) *Bibl. cod. 128.*

*muertos, de los dioses, de las meretrices* y en los *marinos*, no suele haber mas que una escena, la relacion de un pequeño hecho mitologico ó histórico, una chanza, una burla, una moralidad, y á veces aún con alguna monotonia y repetición; pero en el *Timon*, en el *Prometeo*, y en otros semejantes se encuentra mas invención y mas variedad de situaciones, y se excita mas la curiosidad de los lectores. ¡Quanta verdad y evidencia en el *Filopseudas*, que no puede expresarse mejor una conversacion familiar! ¡Y quantas tan bien unidas y tan naturales narraciones no se entretexen allí, en que parece que se ven las cosas referidas, lo que igualmente sucede en el *Tosari*, ó sea *De la amistad*, y en algunos otros! ¡Que graciosa y caprichosa invención en el *Juicio de las vocales*! ¡Con que arte no forma en las *Imagenes* el elogio de la muger, ó bien sea la amiga del Emperador entonces reynante! ¡Quanta eloquencia, quantas gracias de estilo, quantas oportunas y eruditas alusiones, y quantas prendas dialogales

les de todas especies no se encuentran en todos! El verdadero elogio de Luciano lo forman los doctos y elegantes escritores que han procurado imitarlo. Luciano floreció en un tiempo en que entre los Griegos y entre los Latinos había decaído el buen gusto; pero apenas en el restablecimiento de las letras empieza este á revivir, quando desde luego el holandés Herasmo, ingenio superior á su tiempo, toma por modelo de sus dialogos al filósofo Luciano. Los ingenios españoles Méxía y Quevedo siguieron el mismo exemplar en muchos graciosos y filosóficos escritos. Fenelon, Fontenelle, Lyttelton y quantos han querido escribir dialogos de los muertos, todos se han formado por el exemplo de Luciano. Me parece reconocer en su *Minos y Sostrato* el bosquejo del famoso *Cartouche* tan celebrado en las disputas teológicas de la Francia. En las *Historias verdaderas* de nuestro filósofo se ven bastante expresados los delineamientos del *Micromegas* de Voltayre; y varios pensamientos esparcidos en las obras

obras del Luciano frances se encuentran muchas veces mejor expresados, y mas oportunamente colocados en los escritos del griego. Despues de Luciano no tenemos un escritor de dialogos, ni griego ni latino, que se haya adquirido particular credito; y la decadencia de las buenas letras en ambas naciones, no era compatible con la finura de gusto que requiere esta especie de eloquencia.

Quando empezó el restablecimiento de las letras el Petrarca y algunos otros escribieron en dialogos algunos tratados; pero todavía eran sobrado incultos y poco elegantes en la lengua y en el gusto, para poder introducir aquellas gracias, que forman la belleza de tales escritos, y todo su empeño se reducía á seguir, aunque desde muy lejos, los pasos de Ciceron. Platon y los socraticos fueron poco imitados por los posteriores; y Ciceron y Luciano son los modelos sobre que se han formado los dialoguistas modernos. Pontano, Herasmo y Vives fueron los primeros, que restablecieron algun tanto la elo-

Escritores  
modernos  
de dialogos  
latinos.

eloquencia dialogal. Pontano escribió con una elegancia latina, y con un gusto de language, qual no parecía poderse esperar en su siglo, y se acerca mas á la limada cultura de los mejores latinos del decimosexto. Pero sus dialogos no están hechos segun las verdaderas leyes del arte; van saltando de aqui para allí sin objeto determinado; dicen quanto el autor sabe decir sobre las materias que toca; no están adornados con graciosas pinturas y con narraciones naturales; tienen ocupado el ánimo del lector sin instruirlo; no deleytan mucho, y parece que tienen mas erudita loquacidad que verdadera eloquencia. Vives, animado por el celo del provecho de la juventud, formó dialogos, que pudiesen facilitar á los jóvenes estudiosos la inteligencia y el uso de la lengua latina, y supo encontrar argumentos originales, que aunque sencillos son propios para su intento, y dan campo á los interlocutores para hablar sobre muchas y varias materias, y para usar palabras y frases latinas, que no se ven con mu-

mucha frecuencia en los libros de los antiguos; y todos los trató con agradable ingenio y con sano juicio; pero no puso bastante cuidado en la pureza del language, y en la facilidad y ayre del estilo latino; y aunque manifiesta haber manejado y estudiado mucho los escritores latinos, hace ver sin embargo que no son latinos sus interlocutores, y que hablan una lengua que no les es propia. Herasmo parece haberse de algun modo propuesto el mismo objeto que Vives; pero dió á sus dialogos mayor extension, y les buscó adornos de un gusto enteramente diverso. Sequaz, aunque con pasos muy desiguales, del gracioso y chistoso Luciano, quiere desterrar con la befa toda supersticion, é introducir sus burlas satiricas hasta en las cosas mas sagradas. Su vivaz imaginacion le hizo recorrer todos los estados y todas las condiciones de la vida humana; y en los soldados, en las monjas, en los poetas, en los alquimistas, en las mugeres paridas, en las peregrinaciones, en los ayunos, en todo le

presentó algun objeto que exponer á la pública burla , para formar un dialogo , y sacar una moralidad. El ciertamente ha hecho brillar en muchos coloquios la perspicacia de su ingenio , su doctrina , y la facilidad de su estilo ; pero su latinidad no es tan tersa y limada que lo haga comparacer ciceroniano , ni el orden de sus dialogos es tan libre y desembarazado , sus sales tan agradables , ni las narraciones tan naturales y espontaneas , que puedan hacerlo acreedor al nombre de Luciano moderno. En el siglo decimosexto los escritores latinos siguiendo el exemplo de Ciceron se valieron del dialogo para formar tratados científicos ; y Sadolecto , Osorio , y casi todos los otros amantes de la latinidad no procuraron imitar menos á Ciceron en la forma del dialogo , que en la elegancia del estilo latino. Los es-

Escritores de dialogos en lengua vulgar.

critores vulgares siguieron igualmente aquel modo de escribir ; y Bembo trató de los amores , Varchi de la lengua italiana , Fray Luis de Leon de los nombres de Christo , y Rivadeneyra y otros

de

de otras materias , introduciendo en ellas los discursos familiares al modo de los tulianos ; y quien mas prudentemente sabía traducir los pensamientos de Ciceron , y acercarse mas á su gusto , aquel era el que lograba mas feliz suerte ; en lo que puede decirse con verdad que obtuvo la preferencia sobre todos el *Cortesano* de Castiglione. Entre tanto Pedro Mexía , conocido por varias obras , y singularmente por diez *Dialogos sobre los medicos* , y sobre otras materias , impresos repetidas veces , dexando la seriedad tuliana dió en lengua vulgar una muestra del gusto dialogal de Luciano. No creo que en los escritos modernos haya cosa mas lucianesca , por decirlo así , que el dialogo de los dos perros que se lee en las *Novelas* de Cervantes : la invencion es amena y agradable , el estilo culto y elegante , la satira ingeniosa y moderada , y solo se desea que el autor tenga siempre presente que son perros , y no hombres los interlocutores. Quevedo tenia gracioso humor , y estaba siempre lleno de sales sa-

Qq 2

ti-

tiricas; por lo qual las *Carceles de Plu-  
ton*, el *Sueño de las calaveras*, y otras ex-  
trañas composiciones suyas se hicieron  
leer con aprobacion universal, y adqui-  
rieron al autor el glorioso nombre de Lu-  
ciano español. Yo alabo la agudeza y la  
gallardía de ingenio de Quevedo; pero  
no puedo encontrar gran gusto en los  
juegos de vocablos, en los conceptos fal-  
sos, en los extraños pensamientos, y en  
las chocarrerías de que él llena sobrado  
sus ingeniosas y agradables invenciones.

De gusto y de estilo diverso son los *Dia-  
logos de los muertos*, que á exemplo de Lu-  
ciano han compuesto algunos modernos.

Fenelon. Fenelon con su acostumbrada eloqüen-  
cia y discrecion, compuso dialogos de  
muertos llenos de las nociones mas justas  
sobre la historia y sobre la moral. „ To-  
„ dos ( dice de estos dialogos d' Alem-  
„ bert (a) ) están animados, y todos in-  
„ teresan; pero aquellos que él ha consa-  
„ grado particularmente á la instruccion  
„ de

(a) *Elog. de Fenelon.*

„ de su discipulo, tienen una dulce y  
„ tierna energía, que la importancia del  
„ objeto inspira al escritor, y se la hace  
„ encontrar en el fondo de su corazon. “

El mismo Fenelon ha compuesto los *Dia-  
logos sobre la eloqüencia*, en los quales con  
muy sólida doctrina, y con naturalidad  
y elegancia de estilo ha dado los precep-  
tos de toda la eloqüencia en general; pe-  
ro particularmente de la sagrada ha ha-  
blado con mayor extension. Mas famo-  
sos se han hecho los *Dialogos de los muert-*  
*os* de Fontenelle. Las vivaces invencio-  
nes, los brillantes conceptos, la ingenio-  
sa y erudita novedad de los pensamien-  
tos, y la amenidad y viveza del estilo,  
forman de aquellos dialogos un escrito  
agradable digno de que lo lean con pla-  
cer las personas de gusto delicado; pero  
el excesivo deseo de mostrar ingenio, y  
de causar novedad lleva al autor á para-  
lelos, y cotejos de personas y de cosas en-  
teramente opuestas y contrarias, á ines-  
péradas paradoxas, á extrañezas impen-  
sadas, y á frivolas y tal vez perjudiciales

moralidades , que exâminadas con alguna atencion aparecen frias y pueriles , y no pueden obtener la aprobacion de los profundos y sólidos lectores. El ingles

Lyttelton. Lyttelton ha evitado este escollo, y en sus

*Dialogos de los muertos* , ha buscado la exâctitud y la verdad : él sigue en los caracteres de los interlocutores las ideas mas verisimiles , aunque comunes ; él esparce máximas sólidas y justas ; él expone una sabia y segura moral ; él en suma no va tras el ingenio y la delicadez , sino tras la razon y la verdad. Pero tal vez por este mismo motivo sus dialogos no se hacen leer con el mayor gusto ; sus muertos tienen aquellos coloquios , que hubieran tenido en esta vida si hubieran vivido juntos ; las aguas del Leteo no les han hecho olvidar las ideas comunes de los hombres de este mundo , el ayre de los campos Elíseos no les presenta las ocupaciones humanas baxo otros colores ; y ademas de esto las relaciones sobrado largas, las máximas expuestas con sobrada difusion , y un modo de hablar sobrado co-

mun

mun hacen languido el dialogo ; y ciertamente me deleytan mas las ingeniosas paradoxas y los finos epigramas de Fontenelle, que las sólidas sentencias y la exâcta filosofia de Lyttelton. Junto con los dialogos de Lyttelton se leen tres de un anonimo , que de quando en quando tienen algun pasage mas ingenioso y agudo , pero siguen el mismo gusto que los de Lyttelton. Otros ingleses y franceses, y otros de otras naciones han intentado escribir dialogos de muertos ; pero ninguno ha obtenido particular celebridad ; y entre tantos modernos escritores de esta materia , solo Fontenelle goza una fama mas universal, y es el único á quien todos han reconocido como autor de este genero de escritos. Otra especie de dialogos ha adquirido nuevo lustre en las manos de Fontenelle , y estos pueden llamarse *Dialogos didacticos*. Los mejores que hasta este siglo se habian visto, eran los *Dialogos* de Galileo , en los quales el docto autor , con suma claridad y precision de ideas, y con la mas elegante pureza de language ,

ex-

explica los puntos mas difíciles de mecánica y de astronomía, y con la mayor exactitud y claridad los expone á la inteligencia de sus doctos interlocutores; pero en los diálogos de Galileo todo el estudio versa sobre la parte didascalica, y Fontenelle. se atiende poco á la dialogal. Fontenelle ha dado en este genero de eloqüencia el mas perfecto modelo. Sus *Dialogos de la pluralidad de los mundos* presentan un discurso tan natural, tan pulido, tan ameno y gracioso, que entretendrian agradablemente á los lectores, aún quando nada les enseñasen. Platon nos introduce en las conversaciones de los sofistas y de los filósofos griegos, en las cuales es preciso oír muchas pedanterias y cavilaciones: Ciceron nos hace tomar parte en los coloquios de sus Romanos, en los que se presentan imagenes mas grandiosas, y se oyen mas nobles y mas graves discursos; Fontenelle nos hace gozar de la mas fina y pulida galanteria de los Franceses en boca de un amable filósofo y de una graciosa dama; aquellas gentiles y delicadas ex-

pre-

presiones, aquellas agradables sales, aquellas sutiles preguntas y prontas respuestas, y en suma todas las gracias del mas refinado y pulido dialogo, que alli se encuentran, encantan dulcemente el ánimo de los lectores, y dan á aquellos dialogos toda la dulzura y amenidad de un romance y de un drama. Pero acaso es todavía mas laudable la parte didascalica de aquellos dialogos, que la dialogal tan justamente celebrada. No hay gracia alguna oratoria, de que él no se valga para adornar la materia que trata. ¡Quantas flores no esparce sobre los aridos y esteriles campos de la fisica y de la astronomía! ¡Con quanta pureza y claridad no presenta á la inteligencia de todos aquellas materias abstractas y difíciles! Sin voces tecnicas, figuras geometricas, ni demostraciones pesadas, con palabras comunes y claras, con obvias comparaciones, con alegres y espaciosas imagenes, y con agradables reflexiones expone con la mayor claridad las cosas obscuras y escabrosas; desenvuelve dulcemente y sin la menor difi-

Tom. V.

Rr

cul-



cultad los intrincados principios que le es preciso fixar, y sabe hacer adoptar las nuevas ideas que propone, y que al principio parecen extrañas, sin manifestar empeño alguno en persuadirlas, y solo explicandolas sencillamente, quanto lo permite la familiar y culta conversacion. El en suma se vale de toda la sagacidad y perspicacia de la filosofia, y de todo el arte de la eloquencia para hacer creibles y agradables las mas nuevas é inverisimiles aserciones; y los *Dialogos de la pluralidad de los mundos* forman un nuevo y muy gracioso genero de dialogos, de que Fontenelle puede ser llamado el autor, y ciertamente es el mas perfecto modelo. A su exemplo han querido dos ingenios amenos italianos escribir graciosos dialogos sobre intrincados puntos de optica y de mecanica. Algarotti ha tratado en dialogos de la luz y de los colores; y Zanotti se ha internado en materias mas abstrusas, dedicandose á ilustrar las quæstiones entonces agitadas sobre las fuerzas vivas. Uno y otro aparecen en el dialogo graciosos

Algarotti y Zanotti.

y urbanos; pero Algarotti escribiendo entre los Franceses manifiesta mas delicadez y galanteria en el discurso, es mas alegre y ameno en los pensamientos y en las expresiones, sabe pasar mejor á las ingeniosas chanzas, á las oportunas digresiones y á otras sales del dialogo, y se acerca mas al original Fontenelle: Zanotti, mas versado en los latinos, y en los buenos italianos, tiene una graciosidad mas seria y mesurada, y toma mas de Ciceron y de Castiglione que de Fontenelle. Pero es preciso confesar, que por mas graciosos escritores que sean estos dos italianos, quedan sin embargo muy inferiores al dialoguista frances: sus dialogos conservan algun ayre escolástico, tienen á veces apariencia de lecciones ó disputas de escuela, y en suma presentan un libro escrito para explicar las quæstiones que tratan; quando Fontenelle guarda constantemente la ilusion del dialogo, y no presenta mas que la agradable descripcion de una culta y amena conversacion; sus sales son mas finas, las galanterias mas naturales, las

Rr 2

re-

reflexiones, las comparaciones, las bellas imagenes y todas las gracias de la diction, que hacen su discurso tan claro, ameno y adornado, aparecen mas espontaneas: la claridad, la facilidad, la gallardia y amenidad de sus ideas y de su estilo están mas constantemente sostenidas, y todo manifiesta en Fontenelle un ingenio mas vivo, mas fecundo, mas alegre y mas ameno. Alabense, pues, enhorabuena como elegantes y graciosos los dialogos de Zanotti y de Algarotti; pero cedan todos la gloria á los de Fontenelle, y reconozcense estos como superiores á todos los de sus seqüaces, y como los mas perfectos exemplares en esta especie de dialogos. Ahora, quando honrados los dialogos por tan nobles plumas francesas é italianas parecia que debiesen estar mas en uso, se ve al contrario que dexan de ser de moda, y apenas se hallan usados por los escritores modernos, ni estimados de los críticos, quienes creen que el dialogo mas pueda perjudicar á la precision y rapidéz del discurso didascalico, que

con-

contribuir á la claridad y amenidad. Asi que dexando los dialogos pasaremos á examinar la eloqüencia epistolar.

## CAPITULO V.

*Eloqüencia epistolar.*

Qué parte de la eloqüencia podrá gloriarse de un uso tan comun y universal, como en todos tiempos, y singularmente en los mas cultos, ha obtenido la epistolar? Pero sin embargo el dirigirse las cartas á un hombre solo para que las lea privadamente y como en secreto, y el carecer de público auditorio y abierto teatro, donde pueda campear la belleza del estilo, ha hecho que se pusiese poco cuidado en componer un arte de eloqüencia epistolar, y en cultivarla con tanto ardor, como parecia exigir su frecuente practica, y uso casi universal. Desde siglos muy remotos nos asegura Josef Hebreo (a) de una

Antigüedad de la eloqüencia epistolar.

una

(a) *De antiqu. lib. VIII, cap. II.*

reflexiones, las comparaciones, las bellas imagenes y todas las gracias de la diction, que hacen su discurso tan claro, ameno y adornado, aparecen mas espontaneas: la claridad, la facilidad, la gallardia y amenidad de sus ideas y de su estilo están mas constantemente sostenidas, y todo manifesta en Fontenelle un ingenio mas vivo, mas fecundo, mas alegre y mas ameno. Alabense, pues, enhorabuena como elegantes y graciosos los dialogos de Zanotti y de Algarotti; pero cedan todos la gloria á los de Fontenelle, y reconozcense estos como superiores á todos los de sus seqüaces, y como los mas perfectos exemplares en esta especie de dialogos. Ahora, quando honrados los dialogos por tan nobles plumas francesas é italianas parecia que debiesen estar mas en uso, se ve al contrario que dexan de ser de moda, y apenas se hallan usados por los escritores modernos, ni estimados de los críticos, quienes creen que el dialogo mas pueda perjudicar á la precision y rapidéz del discurso didascalico, que

con-

contribuir á la claridad y amenidad. Asi que dexando los dialogos pasaremos á examinar la eloqüencia epistolar.

## CAPITULO V.

*Eloqüencia epistolar.*

Qué parte de la eloqüencia podrá gloriarse de un uso tan comun y universal, como en todos tiempos, y singularmente en los mas cultos, ha obtenido la epistolar? Pero sin embargo el dirigirse las cartas á un hombre solo para que las lea privadamente y como en secreto, y el carecer de público auditorio y abierto teatro, donde pueda campea la belleza del estilo, ha hecho que se pusiese poco cuidado en componer un arte de eloqüencia epistolar, y en cultivarla con tanto ardor, como parecia exigir su frecuente practica, y uso casi universal. Desde siglos muy remotos nos asegura Josef Hebreo (a) de una

Antigüedad de la eloqüencia epistolar.

una

(a) *De antiqu. lib. VIII, cap. II.*

una correspondencia epistolar entre Salomon y el Rey de Tiro, de quienes aún en su tiempo guardaban zelosamente las cartas los Tirios. Y que antes de Salomon no fuese desconocido el comercio epistolar lo manifiestan la carta de Belerofonte que nos refiere Homero (a), la de Vrias y otras cartas insinuadas en la historia sagrada y en la profana. Los Griegos, extremadamente deseosos de tratar con todos, vivamente curiosos de saber las noticias, y por otra parte amantes de todo genero de eloqüencia, ciertamente debian tener grande inclinacion, y encontrar sumo gusto en escribir cartas, y perficionar mucho esta parte de la eloqüencia, que tanto contribuye á los intereses de la vida civil, y á las ventajas de la sociedad. ¡Que sales, que gracias, que lepor y que amenidad no debian esperarse de las cartas de los vivaces é ingeniosos Atenienses! La dulzura, simplicidad y elegancia que encontramos en sus dialogos nos pueden dar

(a) *Iliad.* VI.

dar indicio de las gracias, y de la suavidad y gentileza que los mismos habrán usado en las cartas familiares. Pero ¿donde podrán encontrarse estos monumentos de su culta sociabilidad y amistad literaria? Diogenes Laercio trae algunas cartas de Solon, de Thales, de Ferecides y de los filósofos mas antiguos, omitiendo otros de tiempos mas recientes; pero todos los criticos están tan convencidos de la ilegitimidad de tales cartas, que sería en vano el querer fundar en ellas el argumento de su merito en el estilo epistolar. Mayor fe se han adquirido entre algunos las famosas *Cartas* de Falaris. Toda la Inglaterra estaba puesta en armas á fines del siglo pasado y principios de este, empeñada en una guerra civil por sostener la legitimidad, ó la suposicion de aquellas célebres cartas. Carlos Boyle, seguido de muchos, hacia los mayores esfuerzos para probar su gloriosa antigüedad; quando Ricardo Bentley, ayudado de una multitud mas numerosa, empuñaba valerosamente la pluma para destruir-

*Cartas de Falaris.*



truírla enteramente, y hacer patente á todos su suposicion. Toda la Inglaterra seguía valerosamente uno ú otro partido; y el resto de Europa gozaba con gusto de las muchas y curiosas noticias, que sobre esta materia presentaban las eruditas disertaciones de los doctos ingleses. Nosotros sin detenernos en exâminar profundamente este punto, reflexionando sobre la extrinseca autoridad de los críticos inteligentes en esta materia, los quales quasi todos desacreditan las controvertidas cartas de Falaris, y sobre las muchas razones intrinsecas, que para refutarlas se le presentan á qualquiera que las lea con atencion y sin espíritu de partido, las pasaremos por alto, y no nos pondremos á exâminarlas como un monumento del mérito de los Griegos en la eloqüencia epistolar. Ni para este fin podremos hacer mas aprecio de las cartas de Isócrates, de Platon, de Demostenes y de Eschines, que se encuentran entre las obras de aquellos filósofos y oradores.

No aseguraré que sean fingidas por algun

re-

retórico posterior las epistolas que tenemos baxo el nombre de Isócrates y de Platon; pero si diré, que estas, sea quien se fuese su autor, distan mucho de aquel familiar y confidencial estilo que corresponde á semejantes escritos, y tienen muchas de declamatorio que de epistolar. ¿Quien no tendrá por oraciones antes que por cartas las que Isócrates escribe á Filipo exhortandole á emprender la guerra contra los Persas, y tratando materias políticas que interesan al estado? Semejantes argumentos exigen ciertamente un lenguaje noble y sublime, y son poco compatibles con la tenuidad de un estilo humilde y familiar, que es el que corresponde á las epistolas; pero sin embargo deben tratarse diversamente en una carta privada que en un razonamiento público. Ciceron, y sus amigos tratan con frecuencia materias políticas en su comercio epistolar; pero su estilo, aunque grave y magestuoso, es diverso del que usa en las oraciones; mas Isócrates está tan lejos de dar un ayre familiar y confidencial

Isócrates.

Tom. V.

Ss

cial



cial á las materias de estado, que aún en la carta que tiene por objeto la amigable recomendacion de Diodoto su amigo, no sabe apartarse enteramente del oratorio, y de quando en quando sale inoportunamente con declamaciones. Las cartas de Isócrates, dice su panegirista el abate Auger (a), son las composiciones de un retórico, que quiere meterse á dar consejos á los príncipes y á los monarcas. Platon, ó quien sea el autor de las cartas que tenemos baxo su nombre, no es declamador como Isócrates: escribe cartas, no oraciones, y sabe acomodarse mucho mas al estilo que corresponde á tales escritos. Yo no me atreveré á asegurar que todas las cartas de Platon esten compuestas realmente con el fin de dirigirlas á las personas á quienes se escriben; pero algunas de ellas ciertamente tienen toda la apariencia de haberse compuesto con este objeto. Otras, aunque tienen alguna forma de cartas familiares, manifiestan tan al-

(a) *Refl. sur les lett. de Dem. et d' Esch.*

mismo tiempo que es el político Platon, y no el amigo, el que escribe. Algunas son tan desmedidamente largas, y otras tienen un estilo tan didascalico y propio de las disertaciones, que parecen escritas para un entretenimiento filosófico y retórico, no para un desahogo del corazon, y para tratar confidencialmente con las personas á quienes están dirigidas. ¿Que dirémos, pues, de las cartas de Demostenes y de Eschines que se encuentran entre sus obras? El antes citado Auger, tan versado en los escritores griegos, que ha empleado felizmente todo su estudio en conocer, y hacer conocer las riquezas de la eloquencia griega, no puede dexar de confesar que sea poquísimos quanto en punto de cartas nos ha quedado de los Griegos antiguos; y quiere que de esto poco solo las cartas de Eschines esten verdaderamente escritas en estilo epistolar. Pero Reiske, que ni á Auger ni á ningun otro filósofo de este siglo cede en el estudio, y en la inteligencia de la literatura é idioma griego, niega abiertamente

que sean de Eschines las cartas, que se encuentran entre sus obras, y que él cree deberse atribuir á Libanio. Tal vez estos escritores han opinado ambos á dos con algun fundamento. Es cierto que las cartas de Eschines, ó de quien sea el autor de las que corren en su nombre, tienen mucho mas gusto de estilo epistolar, que quanto se celebra con el titulo de cartas griegas de la antigüedad; y en esta parte es preciso adherir al dictamen de Auger. Pero no por esto deberá tenerse por igualmente cierto, que sean de Eschines tales cartas. No sé que fundamentos tuviese Reiske (a) para atribuir las á un ensayo de eloqüencia del sofista Libanio; pero bien descubro, por ciertos rasgos estudiados, por algunas alusiones y por todo el contexto de aquellas cartas, que hay fundamento para temer que no hayan nacido de la mente y del corazón de Eschines, sino que ilegítimamente se las ha atribuido algun sofista no inculto. Y si las

(a) Vol. III. Praef.

cartas de Eschines no parecen dignas de su eloqüencia, ¿que diremos de las de Demostenes tan inferiores en la elegancia y en todas las prendas de la eloqüencia epistolar? Todos los mejores críticos están conformes en refutarlas por espúreas, y se indignan fuertemente contra la temeridad del ignorante sofista, que tuvo el ridículo atrevimiento de producirlas baxo un nombre tan respetable. Nosotros tenemos cartas de Hipocrates, de Heraclito, de Chion, de Diogenes, de Aristoteles, de Crates, de Euripides, de la pitagórica Teano y de otros muchos respetables sujetos de la Grecia. Pero todas estas cartas se ven generalmente despreciadas de los críticos, como escritas por antojo de algun sofista posterior, y vanamente atribuidas á personas tan ilustres. Clearco en el libro segundo de las eroticas, citado por Atheneo (a), supone que hubo entre los Griegos muchas cartas amatorias, y de todas dice, que eran una especie de

Demostenes y otros Griegos.

dia-

(a) Lib. XIV.

dialogo ó de poesía amatoria. Dionisio Halicarnaseo en su carta á Gn. Pompeyo nos da noticia de ciertas cartas de Teopompo intituladas *acaicas* por versar tal vez sobre la Acaya, ó bien *arcaicas* por estar escritas en estilo antiguo, y de estas cartas dice, que nada ceden en la fuerza á las oraciones de Demostenes, y que él las escribió dexandose llevar del ardor de su espíritu. Otras cartas del mismo Teopompo parecen ser aquellos consejos ó aquellos preceptos, de que tambien hace mencion el mismo Dionisio, diciendo que Teopompo escribió las cartas acaicas ó arcaicas, y otras preceptivas y exhortatorias; pero cartas preceptivas y exhortatorias no podian ser verdaderas cartas, y debian tener mucho mas del estilo declamatorio que del epistolar. Tales habrán sido la carta Quia ó escrita á los de Quio por Teopompo, y la otra á Alexandro, citadas por Atheneo (a), y otras alabadas por otros. De Antipatro capitan de Alexandro dice Sui-

(a) Lib. XIII.

Suidas, que quedaban dos libros de cartas. Atheneo cita cartas de Epicuro, cartas de Lysias, cartas de Eratostenes, cartas de Geronimo; y otros citan cartas de estos y de otros muchos. Pero todas estas y tantas otras cartas que los Griegos se habran escrito mutuamente, todas se han perdido, y poquísimo, ó por mejor decir nada tenemos de los felices tiempos de la Grecia, que pueda tomarse por modelo de verdadera eloquencia epistolar, ni los Griegos, nuestros maestros en todas las otras especies de composiciones, pueden en esta ejercer su universal magisterio.

Mayor influxo han tenido en esta parte los Romanos, de quienes nos han quedado mas autenticos é irrefragables monumentos. Quintiliano nos alaba (a) las cartas de Cornelia madre de los Gracos, que aún en su tiempo se conservaban como un precioso deposito de pura y culta latinidad. Pero ahora que ya no tenemos las cartas de Cornelia, los muchos libros de

Ciceron y otros Latinos.

(a) Lib. I, c. I.

de cartas tulianas, que todavía se conservan, nos presentan varias muestras del estilo epistolar de gran parte de los hombres ilustres de aquella edad, y nos hacen ver el gusto universal que reynaba en todos los Romanos de escribir las cartas privadas y familiares con limada pulidez, y con estudiada elegancia. En mi concepto no hay mas claro é ilustre monumento de la cortesía, urbanidad y magestad romana que el que nos presenta la coleccion de cartas tulianas. No solo Ciceron escribe cartas con la gravedad y con la elegancia misma, con que en las oraciones tenia pendiente de sus labios al senado y al pueblo romano, sino que todos sus amigos conservan en sus epistolas la misma grandeza, y Bruto, Vatino, Cecina, Metelo, Luceyo y tantos otros correspondientes de Ciceron parece que quieren competir con él en la eloquencia epistolar, puesto que debian darse por vencidos en la forense. Y la culta y urbana facundia, y la adornada y elegante naturalidad y sencillez, unida á una noble

ble y amable gravedad, no son dotes solo propias de las cartas de Tulio, sino que tambien forman el estilo de todos los Romanos coetaneos suyos: ¿Que idea no nos presenta de la grandeza romana el ver á aquellos grandes hombres descubrirse amigablemente su corazon en los negocios mas graves, sin prorrumper jamas en expresiones que manifiesten vileza ó baxeza, ni desdigan en un apice de la gravedad senatoria? Ciceron escribe al hermano, á la muger, al esclavo Tiron, y á todos expresa su amor de diverso modo, y siempre el mas propio y mas correspondiente, sin ir en busca de afectadas y monotonas expresiones de languidas ternezas. ¡Que copia y abundancia de frases y de palabras diversas para expresar su celo por el bien de la República, para recomendar á un amigo, para mostrar su afecto, para manifestar su deseo de servir, y para decir lo que suele decirse en las cartas familiares! Pero donde mas se vé su facil y versatil estilo, es en las muchas cartas que escribió á Atico.

*Tom. V.*

*Tt.*

*Ya*

Ya trata de negocios gravísimos de la República, ya habla de sus cortos y domésticos intereses, ya entra en materias políticas, ya en económicas, ya en literarias, ya pasa á chanzas familiares y amigables confianzas, y en todo escribe con singular elegancia; y las cartas tulianas en todas clases podrán ser tenidas por otros tantos verdaderos modelos de toda especie de cartas. Después de Ciceron hubo otros muchos, que escribieron cartas ó tuvieron el laudable cuidado de recoger y publicar las escritas. De Ateyo Capiton, de Antistio La-beon, y de otros muchos citan los antiguos algunos libros de epistolas; pero todas han perecido por las injurias del tiempo. Seneca escribió cartas; pero meramente filosóficas y didascalicas, las que mas son tratados que cartas. Algo después escribió cartas familiares Plinio el jóven, y son las únicas que se han conservado después de las de Ciceron. Estas cartas ciertamente son juiciosas, están llenas de ingenuo candor, y escritas con

ter-

tersura y elegancia: el estilo aunque sobrado florido, es mas sencillo y natural, y no tiene la afectación y estudio del panegirico; pero sin embargo se resiente algun tanto del gusto entonces dominante; y algunas contraposiciones, algunos conceptos, y los concisos y truncados periodos disminuyen no poco la espontanea fluidez, y la natural pausa y noble gravedad, que no son impropias de las cartas de los Romanos, y que agradan mucho en las de Ciceron y de sus amigos. Las cartas de Plinio, y las de Ciceron y sus amigos forman todo el cuerpo de los epistolarios romanos; pero Tulio solo ha escrito tantas, y en generos tan diversos, que podemos gloriarnos de tener en las cartas tulianas un perfecto é integro monumento del gusto epistolar de los Romanos del siglo de oro en toda clase de cartas.

Al tiempo mismo que Ciceron florecia el griego Dionisio Halicarnaseo, que escribió cartas á Ammeo y á Pompeyo; pero solo sobre puntos críticos y literarios

Griegos  
posteriores.

Tt. 2

rios

rios, y mas son tratados didascalicos, que cartas familiares. Se quieren hacer pasar por de Bruto ciertas cartas griegas, que son de un gusto harto diverso de las latinas que él nos ha dexado, y justamente están tenidas por los críticos como obra de algun sofista posterior. Que Apolonio Tiano escribiese cartas que se conservaron en tiempos posteriores, no solo lo dice Filostrato, sino que lo atestiguan Estobeo, Suidas y otros; pero no es tan cierto que sean suyas las cartas que ahora corren baxo su nombre. Filostrato en la carta dirigida á Aspasia, ó como cree Oleario á Aspasio, recomienda particularmente las cartas de Bruto, ó de su secretario, las de Apolonio Tiano, las que escribió el mismo Emperador Marco Aurelio, y no sus secretarios, y las de Herodes Atico, las quales sin embargo no las alaba enteramente por ver en ellas excesiva cultura y sobrado aticismo. Pero el mismo en la vida de Antipatro secretario de Severo dice, que ninguno mejor que este sofista ha sabido escribir cartas,

á nombre de los Emperadores, y expresar en el estilo la imperial magestad, conservando la claridad y sencillez epistolar. Los sofistas griegos y romanos de aquellos tiempos gustaban de fingir cartas griegas de los personajes mas respetables, y á ellos deben atribuirse las muchas cartas de Hipocrates, de Falaris, de Demostenes, de Aristoteles, de Alexandro y de tantos otros, que se encuentran en las vidas de los filósofos de Diogenes Laercio, y en las colecciones de cartas griegas. Entónces para ejercitarse en el estilo se dedicaron tambien muchos á escribir cartas amatorias, rusticas, piscatorias y de otras materias. Alcifron compuso cartas piscatorias y amatorias, en las quales introduce los pescadores, que se escriben mutuamente sobre sus intereses, ó escriben á sus mugeres ó á sus amadas expresiones amorosas. Bartio podrá llamar quanto quiera gracioso y agudo escritor á Alcifron; pero yo encuentro muy insipidas, y de poquísimo interes las cartas de sus pescadores. No me deleytan mas las rus-

ticas de Eliano , que son á veces indecentes, á veces sobrado eruditas para los rusticos que las escriben , y siempre me parecen muy insulsas. Suidas dice de Filostrato que escribió cartas eroticas; y en efecto tenemos una buena coleccion de ellas, aunque algunas de las que se encuentran en aquella coleccion nada tengan de amatorias. Aqui observo yo que si bien Oleario ha podido tener razon para decir que falsamente se ha intitulado á Aspasio , y mucho mas falsamente á Aspasia , la primer carta de aquella coleccion , no la ha tenido igual para atribuir dicha carta á un tercer Filostrato , diverso del lemnio , apoyado al testimonio de este en la vida del mismo Aspasio ; puesto que en mi juicio aquel testimonio puede probar al contrario , que Filostrato lemnio el competidor de Aspasio , y no otro Filostrato fue el autor de aquella carta , que estaba escrita directamente para satirizar á Aspasio. A mi me agrada el modo de pensar de Filostrato en aquella carta , y en la vida de Antipatro sobre el verdadero gusto del

es-

estilo epistolar ; pero no puedo encontrar gran placer en sus cartas amatorias , las cuales muchas veces son frias y débiles , otras declamatorias y huecas , y jamas naturales é ingeniosas , afectuosas y pateticas. De todas las colecciones griegas de cartas fingidas y romancescas ninguna puede de modo alguno igualarse con la que se dice ser de Aristeneto. Quien sea este Aristeneto, ó quando haya vivido no puede decirse con suficiente certidumbre. Lucas Holstenio , Fabricio y otros lo tienen comunmente por aquel Aristeneto á quien están dirigidas algunas cartas de Libanio , y á quien alaba el mismo Libanio por la elegancia epistolar , recomendandolo en esta como particularmente excelente. Pauw (a), siguiendo una conjetura de Mercero , piensa que realmente no haya sido Aristeneto el autor ni el colector de tales cartas , sino que se haya puesto este titulo á aquella coleccion por verse á la frente de la primer carta el nombre de Aristeneto.

(a) Praefat. edit. anno MCCXXXVII.



neto. Pero sea quien se fuese el autor de aquellas cartas, ellas ciertamente son muy superiores á quantas cartas amatorias nos han dexado Filostrato, Alcifrón, y todos los otros Griegos, estando llenas de floridas y amenas descripciones, de gentiles y alegres pinturas, de finos y delicados pensamientos, y de graciosas y suaves expresiones. Los otros sofistas se contentan con frases, y con palabras, y solo procuran divertir el oído: Aristeneto habla á la imaginacion y al corazón, y excita la pasión y el afecto; pero sin embargo este mismo Aristeneto manifiesta á veces ser sofista en las brillantes descripciones, en las sobrado moles y morbidas imagenes, y en los vanos é importunos adornos. Y ademas de esto aquellas cartas son mas novelas que cartas: muchas veces una descripción ó una relacion forman toda la carta: se oye con gusto al autor que habla, pero no se descubre el amigo ó la amiga que escribe á otro familiarmente; y aquellas cartas fingidas y romancescas, aunque elegantes y graciosas,

no

no pueden servir para modelo de cartas, ni darnos idea del estilo epistolar de los Griegos. Las verdaderas epistolas griegas, que no reconocen otras superiores, como dice Suidas (a), las que en concepto de Focio (b) pueden llamarse verdaderos modelos de estilo epistolar, son las cartas escritas por San Basilio al sofista Libanio, á San Gregorio Nazianzeno, y á otros amigos. El estilo es claro, puro y elegante; los pensamientos ingeniosos y á veces finos, pero naturales y espontáneos, no estudiados ni difíciles; las expresiones propias y correspondientes, y á veces adornadas con algunas flores: por lo qual no debe causar maravilla que las cartas de San Basilio gustasen tanto á Libanio y á los otros que las leian, como este refiere en su respuesta al mismo Santo; y cotejando las cartas de San Basilio con las de Libanio se ve claramente, que este tenia razon para reconocerle por superior en la eloquencia epistolar, puesto que sus cartas

Basilic

(a) Basilius. (b) Cod. CXLIII.

tas manifiestan mas el excesivo cuidado, hacen ver el estudio en los pensamientos, y alguna afectacion en todo el estilo, y no tienen la elegante naturalidad, y la pulida sencillez que las de San Basilio. Los santos Padres de la Iglesia griega eran generalmente superiores en la eloquencia á los mas famosos sofistas por la fuerza, solidez y verdad de la oracion; pero particularmente les adelantaban en la epistolar, donde parecen mal las afectadas gracias del estilo de los sofistas, y solo se desea una culta negligencia y elegante simplicidad, y una franca y libre efusion de un corazon sincero. Estas dotes, de que generalmente carecen las estudiadas cartas de los sofistas, se ven con gusto, no solo en las de San Basilio, sino tambien en las de San Gregorio Nazianzeno, San Chrysostomo, San Isidoro Pelusiota, y de algunos otros. Muchas de estas cartas son meramente familiares, y de negocios confidentiales; pero otras que versan sobre materias religiosas y sobre puntos de devocion, juntan á las sobredichas prendas una

una facil y dulce perspicuidad didascalica, y una ternura y mocion afectuosa y patetica, que hacen amar la virtud y al escritor que la recomienda. Los jóvenes estudiosos, que quieren aprehender la lengua griega, leen y vuelven á leer como una obra clasica, por la pureza del lenguaje, y por la tersura de la expresion, la epistola de Basilio al Nazianzeno sobre el retiro y la soledad; pero el que quiera escribir sobre materias espirituales, y no menos quien desee entrar en el camino de la perfeccion christiana, podrá igualmente estudiar con provecho dicha carta como obra clasica y magistral para su intento. Los Griegos de aquellos tiempos no solo han dexado en sus cartas modelos de eloquencia epistolar, sino que tambien han dado reglas para usar esta eloquencia. Tenemos una corta obrita con el titulo de *Estilo de cartas* *Ἐπιτομὴ τῶν ἐπιστολῶν*, creida por algunos de Libanio, por otros de Teon, por otros de Proclo, y que ciertamente es de un sofista griego de aquella edad. En ella se trata brevemente de todas

continúa  
en el tomo I

das las especies diversas de cartas , y se da de cada una de ellas un exemplo ; pero si hemos de decir la verdad poco ó nada enseñan aquellos breves preceptos , ni los exemplos son dignos de mucha alabanza, ni de ser imitados. Mas instruye en esta parte una carta de San Isidoro Pelusiota, que habla con bastante extension del verdadero modo de escribir cartas (a) ; y para el mismo objeto puede ser útil una carta de tiempos posteriores , en la qual el célebre Focio escribe su juicio á Anfiloquio sobre las cartas de Platon, de Aristoteles , de Demostenes , de Falaris, de Bruto y de otros muchos (b).

Latinos  
posteriores.

Pero dexando las cartas griegas de los tiempos eclesiasticos , y pasando á los latinos de aquella edad, no podremos entre estos encontrar autores de cartas tan perfectos que puedan compararse con los griegos. En el tercer siglo de la Iglesia escribió cartas San Cipriano ; pero cartas didascalicas y llenas de textos y de frases

(a) Ep. CLIII. (b) Ep. CCVII.

de la Escritura ; y aunque mas cultas y elegantes de lo que podia esperarse de un africano de aquel tiempo , no son sin embargo dignas de que se tomen por modelo de cartas latinas. Algunos quieren recomendar particularmente las cartas de Simaco , autor gentil del siglo quarto ; pero por mas que las alaben , yo no puedo dexar de encontrarlas duras é incultas. Tal vez merecen mas alabanza las cartas de su amigo y encomiador Ausonio ; bien que ni aún estas son bastante elegantes y pulidas : y estando por lo comun llenas de versos , mas pueden pertenecer á la poesía que á la eloquencia epistolar. Las cartas de San Geronimo manifiestan la fuerza de una natural y animada eloquencia , y el fuego y ardor de su espíritu. Se encuentra en las cartas de San Agustín una suave ternura y amable cariño ; pero estas y otras de los Santos Padres latinos carecen de aquella pureza y elegancia de lenguaje , y de aquella pulidez de estilo que conservan las cartas griegas de los Basilio y de los Nazianzenos. Sidonio

nio Apolinar escribió igualmente cartas por el gusto de los Santos Padres, mas devotas y espirituales que tersas y eloqüentes. Posteriormente Casiodoro, no solo escribió á nombre suyo cartas á sus amigos, sino que tambien compuso otras muchas á nombre de los Reyes Teodorico y Alarico, y todas manifiestan una grave y sólida eloqüencia, pero al mismo tiempo un estilo rustico é inculto. Los Padres de la Iglesia, y casi todos los escritores latinos de los tiempos posteriores nos han dexado cartas; pero cartas que mas bien pueden servir de monumentos de la ignorancia, que entónces reynaba de la buena latinidad, que de exemplos de eloqüencia epistolar. En el restablecimiento del buen gusto el Petrarca, y los otros hombres doctos de su edad tenian particular complacencia de escribir cartas, y procuraban algun tanto buscar frases y expresiones de Ciceron, y de otros escritores antiguos; pero todavia no tenian aquella delicadez de paladar que se necesita para percibir el verdadero gusto lati-

no

no, y junto con una frase romana usaban otra barbara y extrangerera. En el siglo decimoquinto se tenia mas conocimiento de la lengua griega y latina, habia mas copia de libros antiguos, y mas lectura de buenos autores, y el gusto se empezaba ya á afinar. Pero los literatos de aquella edad, atentos á recoger palabras y frases latinas, y á amontonar toda suerte de riquezas literarias, no tenian el discernimiento de escoger lo mejor, y adoptar lo mas apropiado, no sabian tomar el verdadero tono de la oracion latina, y formaban un estilo afectado é inculto. Las cartas de Policiano; quanto no distan aún de la elegancia romana, sin embargo de que era el escritor mas culto de su edad! Y el buen gusto romano no se vé mas que en las cartas de algunos pocos escritores del siglo subsiguiente. Bembo puede llamarse el primero, que, tanto en las propias cartas, como en las que escribió á nombre del Papa Leon X, hizo sentir la latina rotundidad, y dió alguna muestra de eloqüencia epistolar. Al-

go

go mas terso y elegante que Bembo se mostró Sadoletto, y supo unir el merito de las cosas y de las sentencias á las gracias de las palabras y de las frases. Al mismo tiempo escribian cartas latinas Herasmo y Vives, que sino igualaban la pureza y elegancia de len guage de los escritores de cartas antes celebrados, los superaban en el merito de las sentencias y de las cosas que escribian. Mayor eleccion y propiedad de palabras, mas limados y retocados periodos, mas cuidadosa exáctitud de numeros en la oracion, y generalmente un orden y un gusto mas latino se ve en las cartas de Paulo Manucio y de Mureto, superiores en estas dotes de estilo epistolar á tantas otras cartas latinas de hombres talvez superiores á ellos en otras prendas de varonil y vigorosa eloqüencia. Era comun en aquel siglo el uso de escribirse mutuamente en latin; y Gelida, Sepulveda, Perpiña, Sacrati, Calcagnini, Ricci é infinitos otros han dexado muchas cartas latinas. En el siguiente empezó á hacerse mas comun el idioma vulgar; pe-

ro

ro los literatos, singularmente quando escribian á amigos de naciones extrangeras, continuaban en valerse del latino. Son particularmente célebres las cartas de Lipsio, de Escaligero y de Casaubon á fines del siglo decimosexto, y á principios del decimoséptimo, de Salmasio, de Naudeo, de Grocio y de varios otros eruditos del siglo pasado, y de algunos de este; pero estas cartas son mas estimadas por las noticias historicas y filológicas que contienen, que por su tersura y elegancia. En este siglo el dean de Alicante Don Manuel Marti ha escrito cartas de correcta latinidad, que juntas en un buen tomo han obtenido los elogios de los gramaticos y de los eruditos. Las pocas cartas que tenemos de Lagomarsini y de Zanotti escritas con todo el gusto romano, hacen desear otras muchas de su elegante pluma. Moccia, Zorzi, Vanetti, Ferri y algunos otros, que van escribiendo cartas latinas, manifiestan, que á pesar de las declamaciones de tantos modernos todavia no ha dexado de usarse el language latino hasta en las

Tom. V.

Xx

epis-



epistolas familiares. Los Papas han conservado siempre la costumbre de adoptar en sus cartas la magestad del idioma romano; y no solo Bembo y Sadoleto, sino tambien otros muchos ilustres escritores, se han distinguido escribiendo cartas pontificias, mejor que Antipatro y Casiodoro por sus imperatorias; y recientemente Bonamici nos ha dado un docto libro de *ilustres escritores de cartas pontificias*, entre los quales ciertamente ha ocupado él un honroso lugar.

Sin embargo ha prevalecido con razon el uso del idioma vulgar en las cartas familiares. Apenas empezó á introducirse en los escritos la lengua vulgar, quando empezó igualmente á usarse en las cartas; pero una coleccion de cartas selectas escritas con particular elegancia no se vió tan pronto. Una de las primeras que han llegado á mi noticia, ha sido el *Centon epistolar* de Hernan Gomez de Ciudad Real, quien habiendo nacido en 1388, floreció á principios del siglo decimoquinto. Sus cartas, de las quales no he visto mas que algunos fragmentos,

Escritores españoles de cartas vulgares.

pero estos gentiles y graciosos, han estado siempre tenidas como particularmente hermosas, amenas, y elegantes, se han merecido muchas ediciones, y últimamente debemos una al ilustrado celo por el amor de la literatura patria del culto y benemerito Don Eugenio de Llaguno, hecha en el año 1775. Que en aquel tiempo se cultivase mucho en España el estilo epistolar, pueden acreditarlo las cartas de Mena, alabadas por el mismo Hernan Gomez, las quales satisfacian mucho el delicado gusto del Rey Don Juan el II; las cartas que Carlos príncipe de Viana escribió, como observa Don Nicolas Antonio (a), á todos los literatos, y otras muchas cartas de los Españoles de aquella edad. El subsiguiente siglo vió muchas colecciones de cartas escritas en lengua vulgar; pero ninguna obtuvo la celebridad que la de las cartas españolas de Guevara, publicadas en muchas y diversas impresiones dentro y fuera de España, y

Xx 2 tra

(a) *Bibl. vet. hist. lib. X, cap. X.*

traducidas repetidas veces en italiano, en frances y en otros idiomas extrangeros. Las cartas de Guevara ciertamente están llenas de agudezas y de gracias; manifiestan la natural facundia y copia de palabras y de conceptos del autor, hacen ver su urbano y gracioso ingenio, y no me causa novedad que con estas prendas se llevasen tras si en aquellos tiempos los aplausos y la admiracion de todas las naciones. Pero con todo ahora no pueden agradar tanto á los lectores acostumbrados á cartas de gusto mas fino y delicado; y el estudio de los conceptos, de las antitesis y de los rasgos de erudicion disminuyen la facilidad y natural sencillez, que singularmente se desea en el estilo epistolar. No han obtenido menor fama las cartas de Antonio Perez, las cuales sin embargo mas han sido buscadas por el universal credito del autor, y por las noticias historicas que contienen, que por las prendas de la eloquencia. Don Gregorio Mayans ha juntado en una preciosa coleccion muchas eruditas y elegantes cartas de Don

Don Lucas Cortes, de Don Nicolas Antonio, de Solis, de Marti y de varios otros célebres españoles; las cuales, tanto por las materias como por el estilo, se hacen sumamente apreciables á los nacionales. Los Italianos han llenado las bibliotecas de cartas; pero todavía no han dado verdaderos y perfectos exémples del estilo epistolar. Cartas de Bembo, cartas de Tasso, cartas de Caro, cartas de Bonfadio, cartas de la Gambara y cartas de otros muchos hombres y mugeres célebres y desconocidos, príncipes y particulares; doctos é ignorantes, forman un vasto pelago de cartas italianas del siglo decimosexto, del que no podrá salir sin mucha dificultad y fatiga quien quiera engolfarse en él. Algarotti dice (a), que en tales cartas, „ solo „ se encuentra acá y allá esparcida alguna „ anecdotas literaria ó historica, que en „ vano se buscaría en otra parte, „ y que „ es lo único que puede compensar la „ mo-

Italianos.

(a) *Lettr. al Sig. Baroni. N. N.*

„ molestia de andar por aquellos desiertos. “ No es la parte histórica, sino la eloquencia epistolar, la que á nuestro proposito debe hacer importantes tales cartas; y en esta parte ciertamente no pueden ser muy estimadas las cartas de aquel siglo, lentas y débiles en el discurso, y comunmente faltas de sentencias y de pensamientos. Alabáse como particularmente eloquentes las cartas de la Gambará de Caro y de Bonfadio; y en efecto algunas cartas de Bonfadio, escritas más confidencialmente á los amigos, son bastante fluidas y graciosas; pero en otras, donde quiere ostentar más eloquencia ó raciocinar, se pierde en conceptos vanos y difíciles pensamientos, que llegan á cansar. Su carta sexta, que es muy alabada, donde describe el Lago de Garda, y que imagenes no nos presenta de pastos del sol y de las estrellas, de abrazos del agua y de la tierra, y otras no menos frívolas y extrañas! Las cartas de la Gambará tienen más solidez y precisión; pero tal vez pecan por falta de sentencias y por sobra-

brada sencillez. Las de Caro son en mi concepto superiores á todas las otras por la agudeza de los pensamientos, por la facilidad de expresarlos y por el gusto de lenguaje; pero ni estas ni otras cartas de aquella edad tienen aquel espíritu y brio, aquella desenvoltura y aquella naturalidad, que se requiere para que las lean con gran placer los nacionales y los extranjeros. „ A las cartas del buen siglo, dice „ Algarotti, no sé como se respondería „ ahora, quando ni aún se leerían. “ A principios del siglo subsiguiente escribió Bentivoglio cartas de sus viages, que han obtenido la aprobacion de muchos. Escribian cartas Sarpi y Galileo, en las quales lo grave de las materias suplía las gracias de la eloquencia; pero estas son cartas didascalicas, que no deben contarse entre las cartas familiares, aunque se ven algunas de Galileo, que pertenecen á esta clase, y son muy elegantes. Fabroni ha recogido con erudita diligencia algunas cartas de hombres ilustres, singularmente de los toscanos de aquel siglo, las quales

les por las cosas, por las palabras, por el estilo y por la materia están tenidas en mucho aprecio. Entre las cartas toscanas han obtenido fama mas universal las de Redi, las quales tienen ciertamente un language muy correcto, pero aparecen sobrado sencillas, y á veces excesivamente llanas; y las de Magalotti, que sino son tan puras y tersas en el toscanismo, tienen mas desenvoltura y mas brio. Yo no me atreveré á internarme en el inmenso campo de cartas italianas, que se han publicado en estos tres siglos; y solo diré, ciñendome á las mas modernas, que las de los Boloñeses, tan justamente estimadas por la elegancia, y por un cierto gusto italiano nada alterado con sentencias, ni con expresiones extranjeras, no pueden agradarme enteramente por el estudio y afectacion de copiar á los latinos ó á los italianos del siglo decimosexto, y por un cierto ayre embarazoso y atado, que quita la principal belleza de las cartas, qual es la natural desenvoltura y libertad. Diré también,

bien, que Algarotti parece haber querido ostentar en sus cartas esta franqueza y elegante familiaridad; pero sin embargo manifiesta sobrado el estudio de buscar á veces desde muy lejos las alusiones, las sales y la graciosidad; y sus cartas tienen mas afectacion y estudio, que naturalidad y sencillez. Diré finalmente, que entre todas las cartas italianas son, en mi concepto, las mas elegantes y graciosas las cartas de Bianconi sobre la Baviera y sobre Celso; pero aún estas mismas son mas didascalicas y eruditas que familiares; y concluiré, que la Italia en este genero de eloquencia epistolar carece todavía de una obra verdaderamente clasica y magistral, la que tal vez podrá tener en breve, si, como promete Martinez, salen á luz las cartas de Metastasio.

En mejor estado se encuentran en esta parte los Franceses, en quienes parece como nativa la eloquencia epistolar. Las primeras cartas francesas, que aún el día de hoy se leen, son las de Voiture y de Balzac, algunas de las quales, aunque so-

Franceses.

Tom. V.

Yy

bra-

brado cargadas de antitesis y de otras figuras, y escritas con un estilo afectado, y con una dición estudiada y embarazosa, tienen sin embargo el merito de nobles pensamientos, de justas reflexiones y de sabias máximas, que hacen que se lean con gusto á pesar de los defectos del estilo. No hablo de las elegantes cartas provinciales de Pascal, porque siendo todas cartas didascalicas con algunos rasgos historicos, no tienen mas de epistolar que la forma de cartas. Boileau y Racine han escrito cartas, que guardando toda la naturalidad y facilidad de un comercio familiar, están llenas de rasgos ingeniosos y de espontaneas agudezas, que hacen ver el genio de los escritores. Flecher, la Mothe, le Vayer y otros muchos Franceses han enriquecido con sus volumenes la eloqüencia epistolar. Pero la soberana maestra y la verdadera Reyna del estilo epistolar, superior en su genero, no solo á las Teanos, á las Eudocias, á las Gambaras y á las mas celebradas mugeres antiguas y modernas, sino tambien á los mas

eloqüentes Franceses, debe llamarse sin contradiccion alguna la marquesa de Sevigné. Varios son los volumenes de sus cartas á su hija la condesa de Grigman, en los cuales no se encuentra, no solo una carta, pero ni aún casi una línea, en que no prorrumpe con alguna expresion de su afecto materno; y estas continuas ternuras, que deberian cansar á los lectores indiferentes, están escritas con tal sensibilidad, que les hace tomar mucha parte en ellas, y les causan singular gusto. En medio de objetos los mas remotos, que parece que deban presentar ideas muy diferentes, se hace saltar un recuerdo y una expresion de afecto con la mas delicada y graciosa naturalidad: donde menos se espera se oye una amorosa reflexion, y una dulce caricia expuestas con mucha delicadeza de ingenio, pero que aparece natural y oportunas, sin violencia ni afectacion. Alguno tal vez querrá reprehender en una madre, y madre tan respetable como lo era la Sevigné, un tan vivo enagenamiento, y un amor tan ciego, que á

veces parece hacerla olvidar el decoro de su dignidad, y que se encoja delante de su propia hija. Yo no quiero llamar á juicio al corazón materno, ni entrar á decidir hasta que termino sea permitido á una madre entregarse á su amor; pero sí diré, que el afecto de la Sevigné, sea moderado ó excesivo, se vé expresado con tanta delicadez y naturalidad, y tan propia y espontaneamente, que no solo se perdona de buena gana, sino que se hace amable y digno de aprecio. Además de la ternura y afecto, y de toda la parte patética, que es singular y original en las cartas de la Sevigné, se encuentran tambien en ellas otras muchas prendas, que dan á aquella célebre muger un honroso lugar, no solo entre los autores de cartas, sino entre los mas ilustres escritores, y los mas distinguidos en la verdadera eloqüencia.

Aquella su elegante sencillez, aquella culta negligencia, aquella gracia natural y aquella espontanea facilidad del estilo, no pueden encontrarse en las cartas de los mejores escritores. ¡Que bello ayre no da

á todo su delicada pluma! ¡Con que gracias no sabe adornar aún las cosas mas pequeñas! ¡Quan curiosos no aparecen los incidentes! ¡Quan dignas de consideracion no se presentan las particularidades! ¡Que ingeniosas alusiones! ¡Que finura y exáctitud de juicio! ¡Que sabia y profunda filosofia! Sin la menor vislumbre de pedantería, movida solo del curso mismo de su carta, se manifiesta la Sevigné un juiciosísimo crítico y un sutil filósofo. Una reflexion suya, un epíteto hacen ver mas filosofia en la autora, que las continuas máximas, y las enfáticas sentencias en los pretendidos filósofos de nuestros dias. En suma la marquesa de Sevigné escribiendo cartas privadas á una hija con la mayor confianza y familiaridad, ha visto nacer una obra clásica, que le ha adquirido credito universal; y sin pensar en escribir un libro, sin la menor pretension de ser autora, se ve elevada por la fama pública á la clase de los escritores originales, y colocada entre los mas célebres autores del feliz siglo de la Francia. A más de las cartas de la Sevigné están

tenidas en aprecio muchas cartas de mugeres francesas. La Montpensier ha sido harto mas feliz en las cartas que en las otras composiciones. Célebres son las cartas de Maintenon, recomendadas no menos por la elegancia que por la discrecion y juicio con que están escritas. La Villars, la Grafigny y algunas otras mugeres francesas nos han dexado tomos de cartas, con que han enriquecido mas y mas la lengua francesa. No disputaré si realmente han sido escritas por la Pompadour las cartas que tenemos á nombre suyo; pero sí diré que tienen cierta gracia y facilidad, ciertos rasgos tan finos y tan naturales, ciertos desahogos de corazon tan oportunos y espontaneos, máximas de moral tan sabia, y política tan perspicaz y justa, que pueden servir de verdaderos modelos, no solo de cartas familiares, sino tambien de cartas sérias y de negocios importantes. El genio de escribir cartas se encuentra particularmente en las mugeres francesas, muchas de las cuales tienen raros talentos para este genero de escritos, como dice la Gen-

lis

lis (a), y poseen en sumo grado la *Eloquencia del Billete*. Los Franceses tienen otro genero de cartas romancescas, que han gustado á muchos lectores; pero á mi no pueden agradarme mucho, ni como cartas, ni como romances. ¿ Quien no ha oido recomendar con todo genero de alabanzas las *Cartas persianas* de Montesquieu, modelos de tantas cartas extranjeras, que han infectado las prensas francesas? ¿ Que exórbitanes elogios no les dá el filósofo d' Alembert (b)! Pero qualquiera que con ánimo imparcial lea aquellas tan aplaudidas cartas, remo que sentirá no poco fastidio al ver repetir las vulgares y comunes noticias de las costumbres orientales, sin graciosas invenciones, sin agradable enredo y sin amenas narraciones, que las den algo de novedad, y las hagan importantes: encontrará poco orden, y una confusa mezcla en la satira de las costumbres europeas,

(a) *Adèle et Théod. Lettr. X.* (b) *Eleg. de Montesquieu.*

aunque por lo regular justa y picante; observará un desordenado amontonamiento de cosas persianas y europeas; no verá bien guardada la ilusión de una confianza epistolar; y concluirá que el mayor merito de tales cartas para con los ingenios amenos, que tanto las celebran, consiste en criticar la religion Christiana como se hace repetidas veces. No obstante las cartas persianas podian al principio agradar por ser originales, y por la novedad del pensamiento, que aún no se habia hecho trivial; pero tantas otras cartas judaicas, chinescas, cabalísticas, americanas y otras semejantes, que no son mas que copias de aquel exemplar de Montesquieu, cómo pueden merecer la atencion de las personas de gusto? Nosotros ciertamente no podemos mirarlas como verdaderas piezas de eloqüencia epistolar; y de buena gana las dexamos para pasar á otras cartas, que observan mejor un verdadero comercio epistolar. Pero entre las muchas cartas, que de casi todos los escritores se ven salir á luz, las de Vol-

tai-

taire y de Rousseau pueden merecer particular mencion por la celebridad de los autores. Voltaire ha escrito cartas didascalicas, críticas, satiricas, familiares y de todas clases, y en todas ha seguido su acostumbrado estilo burlesco y gracioso, vivaz y picante, y se hace leer con gusto. Rousseau ha manifestado igualmente en las suyas quan natural le era el estilo que habia usado en las demas obras, quando en las cartas confidenciales y familiares muestra la misma energía, el mismo fuego y los mismos rayos, que hacen tan animada y ardiente su eloqüencia.

Despues de las cartas de los Franceses <sup>Ingleses.</sup> no encuentro mas que algunas de los Ingleses, que puedan excitar nuestra curiosidad. El buen gusto epistolar se introduxo algo mas tarde entre los escritores ingleses, que entre los franceses. Leianse ya mucho tiempo las cartas de la Sevigné, de Racine y de Boileau, quando los Ingleses todavía no habian sabido encontrar aquella culta negligencia, y aquella elegante simplicidad, que son el verdadero orna-

Tom. V.

Zz

men-

mento del estilo epistolar. El célebre Wicherley quería á principios de este siglo mostrar su ingenio escribiendo á Pope y á otros doctos amigos suyos, y llenaba las cartas de conceptos agudos, de estudiados pensamientos, y de ingeniosas puerilidades. Otros al contrario cuidandose poco de pulir el estilo en las cartas familiares, caían en una especie de abandono y de incultura; y pocos sabian adoptar un lenguaje gracioso y agradable, que sin estudio ni afectacion esparciese las sales y la amenidad epistolar, digna de la culta y gentil amistad de las personas eruditas. Addisson, Arbuthnot y Gay puede decirse que fueron los primeros, que conocieron el buen gusto en aquel genero de eloqüencia. Bolingbroke, lleno de ingenio y de erudición, despues de una inmensa lectura, de una larga residencia en la Corte, y del trato familiar con las mas nobles y mas cultas personas, y con los mas finos y mas agudos ingenios de toda Europa, no supo dar á sus cartas aquella suavidad y gracia, que es un don singular de

de las Musas; pero sin emqargo sabe agradecer por su extraordinario humor, y por su extraña, pero ingeniosa y profunda filosofia. Sobre todos los otros deleytan singularmente Swift y Pope, los dos ingenios mas amenos y brillantes de Inglaterra, llenos de nuevas y originales prendas de eloqüencia epistolar. Algunas cartas de Swift se resienten algo de la aridez de su habitacion, y del abatimiento de su espíritu; pero que gracia, que sutileza, que sales, que filosofia no se encuentra generalmente, y todo con la mas amable naturalidad y sencillez! Pope es mas culto y adornado, y singularmente en sus cartas juveniles parece á veces que se excede en buscar las flores y las gracias con las frequentes alusiones y compuestas comparaciones, que las hacen algo poeticas; pero este defecto, si acaso lo es, se encuentra de tal modo cubierto con sus muchas y apreciables prendas, que solo se dexa conocer cotejando las floridas cartas de su verde edad con las otras ya mas maduras. En todas brilla la jovialidad de los pensamientos.

mientos, la exáctitud de las ideas, la honestidad y la finura de los sentimientos, la tersura de las expresiones, la pureza y elegancia del lenguaje, la fuerza, la precision, la claridad y perspicuidad, y otras mil bellas dotes de eloqüencia epistolar. Chesterfield ha escrito cartas para la educacion de su hijo, que tambien son elegantes y pulidas; pero que pueden colocarse en la clase de didascalicas. Entre las cartas de Swift se leen muchas de algunos otros, y tambien no pocas de célebres y nobles mugeres, las cuales prueban suficientemente, que las damas inglesas tienen casi los mismos raros talentos para este genero de escritos, y la misma *eloqüencia del billete* que poseen las francesas. Pero en esta parte se ha adquirido distinguido nombre entre todas la célebre Montaigne, la qual á la gracia del estilo epistolar ha sabido unir tanta prudencia en observar, y tanto donayre en referir las cosas observadas en los viages, que debe obtener un honroso lugar, no menos entre los viageros, que entre los autores de cartas. A

estas cartas inglesas añadiremos las alemanas de Leonor Deeling, hija de un ingles, y del aleman Rabener, alabadas por los nacionales como las mas graciosas y delicadas cartas, que se han escrito en lengua alemana. Y considerando en general los escritores de cartas de todas las naciones, y comparando los Franceses con los Ingleses, que son los que mas se han distinguido en este genero, creo poder decir con verdad, que los Franceses tienen mas franqueza y fluidez, los Ingleses mas fuerza y concision, y manifiestan mas el ingenio: unos y otros escriben con naturalidad; pero en los Franceses la naturaleza parece mas sencilla y espontanea, y libremente abandonada á sí misma; en los Ingleses es mas estudiosa y sujeta á la meditacion y á las reflexiones filosóficas: las cartas francesas manifiestan mas estar escritas unicamente para las personas á quienes se dirigen; las inglesas se ven realmente escritas para los amigos, pero pueden parecer compuestas con el deseo de que comparezcan en público. Unas y otras se ha-

hacen leer con sumo gusto; pero queriendo tomar algunas de ellas por modelo, sin rebaxar el merito de las inglesas, propondría yo las francesas como mas conformes á nuestro modo de escribir y de pensar, y tal vez mas propias para un trato amigable y confidencial. Y baste ya de cartas y de eloqüencia epistolar, para la qual mas que para ninguna otra sirve solo una feliz y culta naturaleza, y perjudica singularmente toda apariencia de estudio.

## CAPITULO VI.

*Elogios.*

**E**l célebre Thomás, no contento con haber obtenido mucho credito por la composicion de los elogios, ha querido adquirirse mas merito en este genero de eloqüencia escribiendo distintamente su historia en dos tomos, en los quales, si he de decir lo que siento, hallo excesiva prolixidad, y no mucha exâctitud. Nuestro intento no nos permite seguir con indi-  
vi.

vidualidad todas las huellas de los elogios que nos han dexado los antiguos y los modernos, y nos contentaremos con darles una ligera ojeada. Y pasando en silencio algunos cortos elogios que se leen en los libros sagrados, y algunas memorias del uso de los elogios entre las naciones antiguas, empezaremos por los griegos, de los quales podemos hablar con mas fundamento. El sofista Gorgias puede llamarse el primer autor de elogios, y este ha sido omitido por Thomás, quien por otra parte parece haber querido manifestar exâctitud nombrando hasta aquellos escritores, que no tenian todo derecho para ser colocados en esta clase. Nosotros tenemos de Gorgias el elogio de Helena, publicado por Aldo en la *Coleccion de oradores griegos*, y reimpresso despues por algunos otros, y recientemente por Reiske, que lo ha ilustrado con sus notas (a). Isócrates (b) reprehende el elogio de Gorgias, por haberse entretenido en defen-  
der

Griegos  
escritores  
de elogios.

Gorgias.

(a) *Orat. graec.* vol. VIII. (b) *Helen. Laud.*

hacen leer con sumo gusto; pero queriendo tomar algunas de ellas por modelo, sin rebaxar el merito de las inglesas, propondría yo las francesas como mas conformes á nuestro modo de escribir y de pensar, y tal vez mas propias para un trato amigable y confidencial. Y baste ya de cartas y de eloqüencia epistolar, para la qual mas que para ninguna otra sirve solo una feliz y culta naturaleza, y perjudica singularmente toda apariencia de estudio.

## CAPITULO VI.

*Elogios.*

**E**l célebre Thomás, no contento con haber obtenido mucho credito por la composicion de los elogios, ha querido adquirirse mas merito en este genero de eloqüencia escribiendo distintamente su historia en dos tomos, en los quales, si he de decir lo que siento, hallo excesiva prolixidad, y no mucha exâctitud. Nuestro intento no nos permite seguir con indi-  
vi.

vidualidad todas las huellas de los elogios que nos han dexado los antiguos y los modernos, y nos contentaremos con darles una ligera ojeada. Y pasando en silencio algunos cortos elogios que se leen en los libros sagrados, y algunas memorias del uso de los elogios entre las naciones antiguas, empezaremos por los griegos, de los quales podemos hablar con mas fundamento. El sofista Gorgias puede llamarse el primer autor de elogios, y este ha sido omitido por Thomás, quien por otra parte parece haber querido manifestar exâctitud nombrando hasta aquellos escritores, que no tenian todo derecho para ser colocados en esta clase. Nosotros tenemos de Gorgias el elogio de Helena, publicado por Aldo en la *Coleccion de oradores griegos*, y reimpresso despues por algunos otros, y recientemente por Reiske, que lo ha ilustrado con sus notas (a). Isócrates (b) reprehende el elogio de Gorgias, por haberse entretenido en defen-  
der

Griegos  
escritores  
de elogios.

Gorgias.

(a) *Orat. graec.* vol. VIII. (b) *Helen. Laud.*

der á la que debía alabar ; pero yo no encuentro en aquel elogio ni verdadera alabanza , ni justa defensa , ni otra cosa mas que sutilezas sofisticas , y fastidiosas puerilidades. Ademas de este compuso Gorgias el elogio de los atenienses muertos en defensa de la patria , alabado por Filostrato y por otros muchos , del qual leemos un fragmento en el Escoliastes de Hermogenes. Parece fatal presagio para los elogios el tener por su primer autor al sofista Gorgias , quien si , como hemos dicho antes , es pueril y frio en todas sus oraciones por los afectados y excesivos adornos ; quanto mas no lo habrá sido en sus elogios , donde singularmente debia hacer ostentacion de las gracias de la eloquencia? En efecto no pueden leerse aquellos elogios sin sentir un fastidioso hastio por las menudas y compasadas digresiones , por las frecuentes antitesis , los juegos de vocablos , los conceptos vanos y la desmedida profusion de estudiados y frivolos melindres. Tucídides (a) trae

(a) Lib. II.

trae el elogio fúnebre que Pericles hizo al pueblo de aquellos que murieron en la guerra del Peloponeso. Tal vez Tucídides al referir aquel hecho habrá extendido á su modo los sentimientos y los pensamientos proferidos por Pericles ; pero si el elogio fue en realidad compuesto literalmente por Pericles qual lo trae Tucídides , diré con libertad que no puedo reconocer en él al orador que arrojaba de su boca rayos y truenos , y hacia temblar á toda la Grecia. La prolixidad del exordio , el demasiado uso de sentencias , y todo el tejido de la oracion no me ofrecen una idea muy ventajosa de la vehemente eloquencia del orador , ni me hacen ver en sus labios á la Diosa de la persuasiva como la veian los Griegos. Un elogio fúnebre semejante hizo Demostenes por orden del pueblo , como nos lo refiere Plutarco (a) ; pero que este sea el mismo que ahora se lee entre sus oraciones lo niegan justamente Dionisio, Libanio, Fom. V. Aaa cio

(a) Demos.

cio y los mejores críticos. Aún podrá atribuirse menos á Demostenes el *Erotico*, ó sea el *Elogio de Epicrates*, que no tiene cosa alguna, que nos haga ver la demostenica eloqüencia. Isócrates ha sido el grande elogista entre los oradores griegos. El *Evagoras* es un verdadero elogio del principe de aquel nombre, á quien Isócrates quiere alabar por todos aquellos titulos que corresponden á un panegirico, y con un estilo elegante, florido, culto y limado que mejor haga resaltar las alabanzas de su celebrado heroe; pero aquel elogio es sobrado declamatorio; y las alabanzas, compareciendo dictadas por el estudio y por el arte, no dimanadas del corazon y de la íntima persuasion del orador, carecen del espíritu y de la fuerza de la verdadera eloqüencia; á cuyo defecto están tambien sujetos el *Panegirico*, y el *Panatenaico*, dos elogios de Atenas, en los cuales parece que se tome mas parte el orador. No hablo de los elogios de Helena y de Busiris, los cuales mas bien deben considerarse sofi-

ti-

ticas extravagancias que producciones oratorias. Platon quiso mostrar su eloqüencia en los elogios, é hizo uno en el *Meneseno* de los que habian muerto en la guerra, y muchos del amor en el *Convite*; pero ninguno es correspondiente al raudal de la eloqüencia platonica, y todos parecen compuestos por un frio y ocioso declamador. Yo no sé qué puede encontrar Thomás singularmente bello en la oracion fúnebre del *Meneseno*, para recomendarla con tantas alabanzas como lo hace (a). Al contrario Grou la tiene con mas razon por tan poco digna de la eloqüencia de Platon, que cree que él la compusiese para burlarse de la eloqüencia de Aspasia, de quien finge haberla oído Solcrates; y yo ciertamente no encuentro en ella prendas oratorias para que pueda tomarse por modelo de elogios. El *Agésilao* y la *Ciropeia* de Xenofonte, y las *Vidas de los Varones ilustres* de Plutarco las colocan algunos entre los elogios; pero

Aaa 2

¿ quien

(a) *Essai sur les Elogés.* An. O. de. 33. (a)

¿quien no ve que todos aquellos monumentos de la eloquencia griega, pertenecen mas á la historia que á los elogios? Mucho menos debe ponerse entre estos el dialogo de Luciano intitulado *Encomio de Demostenes*, donde es cierto que se alaba á Demostenes, pero refiriendose solo en un familiar coloquio la muerte y alguna virtud suya, y haciendose mas bien una crítica de los elogios que un verdadero elogio. Herodes Atico, Dion Chrisostomo, Aristides, Libanio, Temistio y otros muchos retoricos y sofistas modernos compusieron elogios; pero fueron, como los otros discursos suyos, engalanadas y frias declamaciones, no laudables piezas de verdadera eloquencia.

Los Romanos, tal vez mas que los mismos Griegos, se exercitaban desde tiempos muy antiguos en componer elogios fúnebres; pero que debiese hacerse poco aprecio de tales elogios lo dice expresa-

Ciceron. mente Ciceron (a), el qual, aunque pro-

(a) *De cl. Orat. XVI.*

fesa un sumo respeto á los monumentos antiguos de la eloquencia romana, no sabe hablar con aprecio de tales discursos. El primer panegirico, no solo de los romanos, sino de toda la antigüedad, que haya hecho verdadera impresion en el animo de los lectores, y sea digno de un facundo orador, es el que formó Ciceron de Pompeyo en la oracion por la ley manilia. El mismo Tulio hizo otro panegirico de Cesar en la oracion por Marcelo, y otro de Servio Sulpicio en la Filipica nona; y de este modo dió exemplos de esta, como de todas las otras partes de la eloquencia. Pero las alabanzas que Ciceron da á sus heroes, no están, como en los otros elogios, escritas directamente para formar su panegirico, sino que solo se traen para realzar mas las causas que trata, y por consiguiente aparecen mas agradables é importantes. Se disputa sobre elegir ó no á Pompeyo por general de una armada, sobre conceder ó no á Servio Sulpicio el honor de que se le cri-

erija una estatua por haber muerto en la embaxada á Antonio, se dan gracias á Cesar por haber perdonado á Marcelo; ¿que cosa pues mas natural que texer elogios á Pompeyo, á Cesar y á Sulpicio por traerlo el argumento, y no adrede para componer un panegirico? Antes bien observo que en la oracion por Marcelo, donde Ciceron parece haber procurado hacer mas directamente un elogio de Cesar, puede acaso culparse al eloqüente Tulio de haberse dexado llevar algun tanto de sutiles conceptos, que usados con exceso, corrompieron en los posteriores panegiricos la fuerza y magestad de la oratoria: lo que no tanto podrá servir de acusacion contra Tulio, quanto de defensa de los otros panegiristas, que cayeron en un escollo que apenas bastó para evitarlo enteramente toda la destreza tuliana. Los escritores romanos nos hablan de muchos elogios fúnebres hechos no solo á Cesar y á otros Emperadores, sino tambien á hombres particulares, y aún hasta á las mugeres

res. Augusto, que segun el testimonio de Suetonio (a), desde su tierna edad se exercitó con ardor y con empeño en el estudio de la eloqüencia, hizo el elogio de su hermana Octavia y de algunos otros; y del mismo modo otros Emperadores no se desdeñaron de emplearse en este exercicio oratorio. Pero de todos aquellos elogios no tenemos mas que algun fragmento que nos refieren los historiadores. Thomás (b) se irrita contra el filósofo Seneca por haber hecho un elogio del liberto Polibio y del debil Claudio. No quiero detenerme á hacer la apologia de Seneca en esta parte, hecha ya victoriosamente por Lampillas (c); pero sí quisiera que nuestros críticos medernos dexasen de acusar á los escritores antigüos por haber una que otra vez ofrecido á sus principes el incienso de alguna alabanza, aunque fuesen indignos de este homenaje. De mejor gana disimularé á un escritor la debilidad de la

(a) Octav. August. l. XXXIV. (b) Cap. XIII.

(c) *Sagg.* etc. tom. I. diss. III.

adulacion , que el atrevimiento de la satira; y no sé reprehender á los antiguos porque hayan usado con sus príncipes aquel estilo mismo , que usan continua y por lo regular inutilmente los modernos, no solo con los príncipes , sino con qualquier otra persona rica ó poderosa , que pueda proporcionarles alguna ventaja ; ni creo que en los elogios , ó en las satiras de los antiguos oradores y poetas debamos buscar tanto la verdad de las cosas, quanto el estilo y el modo con que están dichas. Pero volviendo á nuestro asunto no veo porque Thomás quiera contar entre los elogios un escrito de naturaleza tan diversa , en el qual queriendo Seneca consolar al liberto Polibio por la muerte de su hermano, entre las varias razones de consuelo pone algunas , que redundan en alabanza del mismo Polibio , y del Emperador , que liberalmente le dispensaba tantas gracias : y el libro de Seneca de la consolacion á Polibio jamas debia ponerse en el numero de los elogios. El primer elogio verdaderamente tal , que tenemos de los anti-

tigüos, es el panegirico de Trajano, compuesto por Plinio el jóven. Este era el orador mas eloqüente de su tiempo; pero su tiempo era muy contrario á la verdadera eloqüencia , para que él pudiese escribir un panegirico con la correspondiente decencia y sobriedad. No son pocos los pensamientos nobles, las imagenes grandiosas y las expresiones sublimes, que se encuentran en aquel panegirico ; pero casi todo se halla infectado del amor entonces dominante al enfasis , á la sutileza y á la novedad. La naturalidad y sencillez no tienen lugar alguno en el estilo de Plinio; todo se anuncia con agudezas y conceptos, en todo se procura hacer ostentacion de ingenio, á todo se quiere dar ayre de maravilloso y admirable, por la afectacion y el estudio se pierde la magestad y la fuerza de la oracion, y las mismas cosas, que expuestas con expresiones comunes serían grandes y sublimes, aparecen frias y pueriles por el enfasis, y por el retoque de los pensamientos y de las palabras. Las antitesis, las alusiones, la concision , el estudio

Tom. V.

Bbb

de

de omitir algunas palabras, y en suma todo lo que puede mostrar vivacidad de espíritu y agudeza de ingenio, está derramado con prodiga mano en el panegirico de Plinio, y dandole un ayre embarazoso, afectado y estudiado, le quita la fluida facilidad, el magestuoso curso y la romana gravedad del estilo oratorio. Mas sin embargo el panegirico de Plinio conserva elegancia y cultura de lenguaje, y ayudado de la verdadera magnitud del heroe y de las acciones que alaba, y del florido estilo y arte del orador sabe mostrar en sus exâgeraciones é hiperboles alguna apariencia de verdad. Pero en los panegiricos posteriores la incultura y corrupcion del lenguaje y del estilo disminuía el encanto de la verdadera eloqüencia, que hacia sufribles las exâgeraciones y excesivas alabanzas dictadas por la adulacion. Nosotros tenemos panegiricos de Mamertino al Emperador Maximiano, de Eumenio á Constantio, de Nazario á Constantino, de otro Mamertino á Juliano, de Latino Pacato á Theodosio, y de algunos otros retoricos

á otros Emperadores; pero en todos estos no se busca mas que las hiperboles y las exâgeraciones, los pensamientos atrevidos y violentos, y las expresiones gigantes y vanas, sin cuidarse de la conveniencia ni de la propiedad. En el lenguaje y en el estilo se ve ciertamente mucho estudio y cuidado, por lo qual aparece menos inelegante que en los otros escritos de aquella edad; pero se hace conocer sobrado la dominante barbarie, y en la misma cultura se siente demasiado la dureza y la miseria: los romanos mismos de aquellos tiempos se habian hecho rusticos é incultos; ¿que cultura, pues, y elegancia podian tener los retoricos galos y celtas, como lo eran comunmente los autores de aquellos elogios? Al mismo tiempo introduxeron los oradores eclesiasticos un nuevo estilo en los elogios fúnebres y en los panegiricos, muy diverso del nombrado hasta aqui. El primero que dió un exemplo de tales panegiricos, fue el célebre Eusebio Cesariense en la oracion que recitó sobre las alabanzas de Constantino

quando se cumplió el treinteno año de su imperio. Un amontonamiento de política, de filosofía numerica, de teología, y, casi estoy por decir, de todo menos de las alabanzas de Constantino forma aquel panegirico, el qual se me hace harto mas insufrible que los hendidos hiperboles y las forzadas alabanzas de los oradores profanos. Por fortuna San Basilio, los dos Gregorios Niseno y Nazianzeno, Ambrosio y otros Padres de la Iglesia griegos y romanos no siguieron el gusto de Eusebio su predecesor, y formaron un genero de elogios mas lleno de interes, y mas digno de alabanza que los otros elogios griegos y latinos de los retoricos gentiles. Un cierto tono de naturalidad y de verdad dá á los elogios de los oradores sagrados aquel interes que no tienen los profanos: el estilo de aquellos no siempre es mas elegante y pulido; pero ciertamente es mucho menos afectado y pueril: su misma sencillez dá no poco decoro y magestad á la oracion de los Santos Padres, que en la de los panegiristas profanos se pierde ente-

ramente por el estudio y afectacion: los pasages de la Escritura, y las máximas de religion y de moral añaden tal solidez y autoridad, que de las oraciones fúnebres y panegiricas de los oradores eclesiasticos forman otras tantas lecciones de la mas sana doctrina, y hacen comparecer dignos de veneracion y sacrosantos los sugetos que se alaban.

Hácia el sexto siglo de la Iglesia fue decayendo el uso de los panegiricos entre los griegos y entre los latinos; pero en el restablecimiento de las letras se renovó igualmente esta especie de eloquencia. Se vieron elogios fúnebres no solo de Principes y de valerosos guerreros, sino tambien de pacificos literatos y hasta de las mugeres, que habian sabido hacerse célebres. Vieronse muchos libros que contenian colecciones de elogios; y salian á luz continuamente galerias, museos y teatros de hombres illustres, y elogios de todas clases. La obra mas famosa en este genero ha sido la de Jovio, el qual habiendo juntado en una sala los retratos de la mayor parte de

los

los hombres célebres antiguos y modernos, compuso á cada uno un breve elogio, y formó no menos que siete libros. Ciertamente es un gran gusto el pasear por todo el mundo, viendo y exâminando todos los mas célebres personajes, que excitan nuestra curiosidad. Allí se nos presentan Romulo, Numa, Artaxerxes, Alexandro, Tamorlan, Bayaceto, Carlos V, Francisco I, Hernan Cortés, Colon, Gaston de Fox, Castrioto, Scanderberg é infinitos otros; y disfrutamos la útil diversion de conocer por la fisonomía y por los hechos á quantos hombres grandes y dignos de conocerse ha habido en todos los países y en todas las edades. Los elogios son breves, con lo qual no llegan á enfadar; y algunos tal vez pueden parecer defectuosos por excesiva brevedad, defecto el mas facil de perdonar á qualquier escritor, y singularmente á uno de elogios. Pero estos elogios hechos unicamente para dar á conocer las personas de cada retrato, no deben ser tenidos por piezas de eloqüencia panegirica, ni por modelos de elo-

elogios. Los oradores, ó en las pompas sünbres, ó en otras solemnidades, formaban algunos, que podian mejor tomarse por exemplares de elogios; y es raro el escritor de oraciones latinas de aquellos tiempos, que no tenga alguna composicion, que deba colocarse en la clase de los elogios. Yo solo nombraré dos, que son Perpiña y Mureto, como los mas eloqüentes, y mas universalmente estimados de los oradores modernos. El estilo de estos es mas grave y magestuoso, mas fluido y armonioso que el de los antiguos panegiristas, y las alabanzas se esparcen con mas decoro y dignidad, y sin tanto ayre de adulacion. Pero si en los panegiristas antiguos ofenden la afectacion de ingenio y el énfasis de las alabanzas, y disminuyen aquel ayre de verdad que es tan preciso para persuadir, y para hacer alguna impresion en el animo de los lectores; en los modernos el continuo cuidado de copiar á Ciceron y á otros antiguos debilita no poco aquellos movimientos del corazon, que su eloqüencia sabe á

veces excitar. Por poco versado que esté el lector en los libros romanos, apenas ha oído el principio de un periodo, quando facilmente conoce qual será el fin, é insinuado apenas un pensamiento puede señalar el orden, y seguir todo el curso; y sabiendo que el orador dirá lo que en semejantes pasages ha dicho Ciceron, y no lo que le inspiran sus propios afectos, no puede recibir mucha impresion, ni dar mucho credito á sus elogios.

No solo la lengua latina, sino que tambien casi todas las lenguas vulgares se exercitaban en aquellos tiempos en elogios, panegiricos, arengas, oraciones fúnebres, y en toda suerte de eloqüencia encomiastica. Las oraciones fúnebres, recitadas comunmente en los templos entre la pompa lugubre y las solemnidades religiosas, podian excitar mejor el entusiasmo de los oradores, y, como veremos despues, merecieron con el tiempo un honroso lugar entre las mas célebres producciones de la eloqüencia sagrada. Pero los otros panegiricos, las arengas y los elogios no eran

Escritos de elogios en lenguas vulgares.

comunmente mas que estudiados y vanos cumplimientos hechos á Príncipes y grandes Señores, que se recitaban con frialdad, se oian con fastidio, y acarreaban mas daño que provecho al buen gusto de la verdadera eloqüencia. Las juntas literarias solian igualmente celebrar con elogios la memoria de los literatos, y de estos mas que de todos los otros se han conservado varias piezas, no tanto por el merito de su eloqüencia, quanto por algunas noticias que pueden ser conducentes para la historia literaria. En el siglo pasado puso la Francia las academias sobre un pie mas respetable, y las elevó á mas alto honor del que habian obtenido las de Italia y de otras naciones: y las academias francesas se impusieron la obligacion de honrar con un elogio á cada uno de los academicos muertos. En los tomos de la academia francesa tenemos muchos elogios de los mas célebres literatos franceses de estos tiempos, compuestos comunmente por otros no menos célebres; y en las otras academias de Paris son por lo regular los se-

cretarios los panegiristas de los muertos. Se leen juntos en muchos tomos los elogios que de Boze compuso en la academia de las inscripciones y buenas letras; pero se leen para adquirir noticias de los academicos alabados, no para gustar de las gracias de la eloquencia del elogista. Todas las academias son en esta parte muy inferiores á la de las ciencias: su dignísimo secretario el célebre Fontenelle obtiene sin contradiccion la palma sobre todos los secretarios y academicos, y sobre los literatos y los autores todos, que se han empleado en escribir elogios. Los muchos años que la naturaleza le dexó ocupar su empleo de secretario, dieron ocasion á este Nestor frances para recitar los elogios de muchos academicos, y para hacer oír repetidas veces su original eloquencia. Sus elogios dan una nueva forma á la eloquencia francesa, y constituyen un nuevo genero de elogios. Su eloquencia no es como la de Bossuet ó la de Fenelon afectuosa y patetica, es unicamente ingeniosa é instructiva, habla solo al espiritu y á la

ra-

razon, no á la imaginacion y al corazon. La gracia y delicadez reynan en su estilo, las finas reflexiones, las alusiones y las narraciones ingeniosas, los graciosos pensamientos y las delicadas expresiones campean por todas partes en sus elogios; pero aparecen naturales, y salen espontaneamente del profundo y erudito ánimo del autor, sin ser buscadas con fatiga, ni expuestas con dificultad y con violencia. Sus elogios forman una riquísima galería y una vasta enciclopedia: la vista de los lectores se explaya con deleyte, contemplando los bien dibuxados y bien coloridos retratos de tantos hombres ilustres; y los anatómicos, los naturalistas, los botánicos, los médicos, los astrónomos, los físicos, los químicos, los géometras, y finalmente todos se detienen allí con gusto encontrando no poco que aprender donde solo buscaban divertirse. Una coleccion de elogios de literatos parece que debia ser muy monotoná y uniforme; pero Fontenelle ha sabido darle una agradable variedad. La vida privada de los academicos es comunmente muy tranqui-

Ccc 2

la

la y obscura para que nos pueda interesar mucho; pero él sabe pintarlos de modo que hasta las anécdotas más obvias y comunes empeñan la curiosidad de los lectores. Sus literatos han estado á veces como los otros hombres sujetos á debilidades y defectos; pero él sabe ocultar con arte y con destreza todo defecto, y presenta amable la índole de los sujetos, cuyos talentos nos hace estimar. En su pluma todos los literatos aparecen grandes y sublimes; pero sin embargo todos están alabados tan justamente, que cada uno conserva en los elogios aquel lugar que los méritos literarios le han obtenido. En ninguna parte se presenta la literatura en tan noble y digno aspecto como en los elogios de Fontenelle. ¿Quan bellas y amables, y al mismo tiempo magestuosas y respetables no aparecen todas las ciencias pintadas por su delicada mano? Aquel maravilloso fuego de amor, que, como dice Platon, encenderían por sí las ciencias, si las viésemos con nuestros ojos, se enciende y se aviva á vista de las animadas pinturas que de ellas

ellas hace Fontenelle. Un dulce ardor penetra el corazón de los lectores, y lo excita é inflama para conocerlas y cultivarlas. El ánimo movido de una confidencial veneración, se siente arrastrar con suave violencia á una íntima comunicación con las ciencias, que se nos manifiestan en tan graciosos semblantes; y los elogios de Fontenelle, haciendo inmortales á los difuntos literatos que ilustran, hacen nacer otros muchos. Finalmente para terminar nuestro discurso sobre Fontenelle, concluiremos diciendo con d' Alembert (a), que „ Fontenelle ha asegurado solidamente su gloria con su immortal *Historia de la academia de las ciencias*, y singularmente con aquellos elogios tan llenos de interés, y de una razón tan fina y tan profunda, que hacen amar y respetar las letras, que inspiran á los jóvenes la más noble emulación, y que harán pasar á la posteridad el nombre del autor, junto con el de la

„ cé-

(a) *Eloge de la Mothe.*

„ célebre sociedad , de la qual él ha sido  
 „ el organo , y de los grandes hombres , á  
 „ quienes ha llegado á igualar haciendose  
 „ su panegirista.“ El feliz suceso de los  
 elogios de Fontenelle ha hecho nacer mu-  
 chos autores de elogios , que sin su doc-  
 trina y elegancia han querido imitar , y  
 aún mejorar su estilo. Fontenelle cierta-  
 mente no estaba exento de todo defecto,  
 y algun excesivo retoque y estudio en  
 las ideas , una cierta afectacion de sor-  
 prender manifestando en pequeño las  
 cosas grandes , algunas individuaciones  
 poco dignas de la gravedad filosófica , y  
 á veces una demasiada familiaridad en el  
 estilo son los vicios que descubren los  
 críticos en sus elogios; mas estos están de  
 tal modo cubiertos con sus muchas y be-  
 llas prendas , que facilmente se ocultan á  
 los ojos de los lectores que no los buscan  
 con cuidado. Pero sus imitadores por lo  
 comun solo han tomado sus defectos, ha-  
 ciendolos mas perceptibles por no saber-  
 los contener en los justos terminos , ni  
 adornarlos con las delicadas gracias de  
 Fon-

Fontenelle. Entre tantos escritores de elo-  
 gios , que despues de él han salido á luz,  
 unicamente dos se han adquirido distin-  
 guido credito , que son d' Alembert y  
 Thomás. Los elogios de Bernoulli , de  
 Montesquieu , de Terrasson , de Marsais,  
 y de Mallet , sostenidos por la celebridad  
 del autor , y promovidos por el partido de  
 sus admiradores , adquirieron á d' Alem-  
 bert un lugar tan elevado entre los escri-  
 tores de elogios , que por poco no echó  
 del trono al Príncipe Fontenelle, que dig-  
 namente lo ocupa. Se alaban en él un in-  
 genio discreto y profundo , vastedad de  
 ideas , estilo justo y preciso , y sublime  
 y exácta filosofia. No negaré que puedan  
 encontrarse en aquellos elogios algunos  
 pasages adornados de tales dotes; pero son  
 tantas las digresiones , tan largos los es-  
 tractos de las obras y las exposiciones de  
 las questões , de las quales bastaba que  
 el panegirista diése una breve noticia , y  
 formase el justo caracter , tan manifesta  
 la gana de hablar de algunos puntos per-  
 tenecientes á la religion , tan claro el de-

d' Alem-  
bert.

seo

seo de referir pequeñas anécdotas aunque no pertenezcan al sugeto alabado, y á veces tan familiar y llano el estilo, que mas parece leerse un diario ó un pedazo de historia literaria, que verdaderos rasgos de eloqüencia panegirica. Nombrado despues d' Alembert secretario de la academia francesa escribió elogios de Fenelon, de Despreaux, de Bossuet, de Massillon, de la Mothe y de otros muchos de los mas famosos academicos. La magnitud de los sugetos alabados, y la parte que facilmente nos tomamos en las cosas de los hombres grandes, nos hacen leer con gusto las varias noticias que de su vida y de sus obras nos da el autor, acompañadas de algunas reflexiones sólidas y sutiles; pero el mismo amor á las anécdotas, que manifiesta no menos en estos que en los otros elogios, los chistes y agudezas de epigrama sobrado freqüentes, y un cierto modo de escribir demasiado familiar y confidencial disminuyen la magestad de la oracion, y no permiten que sus discursos se tomen por exemplares de elogios,

gios, ni nos dan á conocer en el escritor de ellos al autor del *Discurso preliminar á la enciclopedia*, y de otros escritos famosos de buenas letras. A mi ademas de lo dicho me causa fastidio en estos elogios el ver que en todo se dé lugar á la envidia, y que se descubran sus pretendidos manejos en todas las cosas, lo que lejos de mostrarme la grandeza del heroe alabado, me hace temer pequeñez de ánimo en el elogista, que parece hacer sobrado caso de los despreciables tiros de aquella baxa y vil pasion. Un credito mas universal se ha adquirido en los elogios Thomás, á quien <sup>Thomás.</sup> la fama pública parece haber concedido el principado en este genero de eloqüencia. Algunos quadros coloridos con fuerza, algunas vivas pinturas, muchas sólidas y útiles reflexiones, expresiones energicas, pensamientos fuertes y rasgos brillantes manifiestan en Thomás un alma vigorosa, una mente aguda, una vivaz imaginacion, y un hombre superior á la mayor parte de sus compañeros en aquella especie de composiciones; pero no

Tom. V.

Ddd

bas-

bastan estas prendas para que sus elogios sean perfectos modelos de eloquencia panegirica, y aún estas mismas se hallan obscurecidas por defectos tal vez mayores. Falta un plan bien meditado, el orden de las cosas, el enlace de las ideas, la exactitud de los pensamientos, la variedad de las expresiones, y la propiedad y proporcion en el todo. La ansia de filosofar, y el deseo de formar quadros filosoficos é historicos, le enagena de modo que jamas sabe contenerse en los justos terminos, y se pierde en inútiles digresiones. Quiere decir que d' Aguesseau trabajó en la reforma de las leyes de Francia; y para ello habla de las leyes romanas, del gobierno de los Barbaros, de los reglamentos eclesiasticos, de Carlo-Magno, de San Luis y de otros muchos, y finalmente despues de muchas paginas viene á decirnos en pocas lineas no tanto lo que hizo d' Aguesseau, quanto lo que no pudo hacer. Para dar á conocer el merito de Cartesio, ¿ quanto mejor no hubiera sido explicarnos con mas claridad los pro-

progresos que él hizo, que recorrer los egipcios, los indios, los griegos, los romanos y los arabes, y formar una superficial é inútil historia de la filosofia? A que fin emplear dos paginas en pintar lo que hubiera visto el Delfin en sus viages, para decirnos despues que no viajó? Y de este modo en todos sus elogios los preliminares, las digresiones, las exágeraciones y las superfluidades ocupan la mayor parte, y queda poco lugar para dar á conocer los sugetos alabados. Todas quantas reflexiones se presentan á su mente, y quantas expresiones le vienen á la imaginacion, todas las mete en sus elogios, sin cuidarse de la conveniencia ni de la verdad. Despues de haberse leído el elogio del Delfin solo se sabe qual es el modo de pensar de Thomás sobre la educacion de los Príncipes, no qual haya sido realmente el Delfin. Y para alabar á Sully, á Cartesio y á los otros heroes, se vé que el autor busca las expresiones que le parecen mas brillantes, no las verdaderas y aptas para expresar las acciones y el ca-

racter de las personas alabadas. Frases hinchadas, inesperados apostrofes, frias exclamaciones, y aquellos afectos intempestivos, que hacen el estilo *parentyrso*, segun la expresion de Longino (a), forman la mayor parte del decantado sublime y patetico de los elogios de Thomás. El uso importuno de voces técnicas, y de metáforas y frases tomadas de las ciencias forman su language confuso y obscuro, y hacen una ininteligible xerga, que ennoblecida por la célebre pluma de Thomás se va introduciendo de día en día en la moderna eloqüencia. Leanse á un tiempo los elogios de Cartesio y d'Aguesseau, con los de Newton y Leibnitz compuestos por Fontenelle, y si aparecen mas grandes los heroes literarios de Thomás, y se saca mayor instruccion y mayor gusto de sus elogios, alabese en horabuena quanto se quiera su panegirica eloqüencia. Pero si Newton y Leibnitz se me presentan en sus verdaderos y nobles semblan-

(a) *De Subl.* III.

blantes en los quadros de Fontenelle, y no veo en los de Thomás sino atrevidos rasgos, y un conjunto de colores fuertes, que deslumbran los ojos del pueblo; si mientras leo y vuelvo á leer repetidas veces siempre con nuevo gusto y con mayor provecho los elogios de Fontenelle, no puedo resolverme á tomar segunda vez en las manos los de Thomás, dexaré á otros que aplaudan quanto quieran la eloqüencia de este, y me reduciré con algunos pocos á llamarla hinchada y declamatoria, y en vista del aprecio en que están tenidos de muchos sus elogios, temeré haber de reconocer á Thomás por el Seneca de nuestros días. No hablo de los elogios de la Harpe y de varios otros, por que son del mismo gusto que los de Thomás, y no han llegado á obtener la misma celebridad. Al presente el Marques de Condorcet, secretario de la academia de las ciencias, escribe elogios, que obtienen la universal aprobacion de los doctos, y el mismo habia escrito antes un pequeño volumen en que alababa á los

academicos, que no habian obtenido este honor de la pluma de Fontenelle. Pero si he de decir la verdad, sus primeros elogios me parecen algo languidos y debiles, para que se les puedan tributar muchas alabanzas; y de los otros que ha compuesto posteriormente, solo he leído algunos pedazos, que se encuentran en los diarios literarios, cuyos pasages son suficientes para hacernos ver que hay en ellos mas calor y mocion que en los elogios precedentes, sin aquel tono enfatico y declamatorio que suele reynar en otros; pero no bastan para que podamos formar una justa idea de su celebrada eloqüencia. Los elogios de Haller, de Lineo y de otros nos dan derecho para colocar á Vic-d' Azyr entre los buenos escritores de elogios, presentandonos con discrecion y sobriedad, y con inteligencia de las materias que trata, una justa idea de los heroes alabados, que es lo que se busca en los buenos elogios. Despues de los elogios franceses, no hablaré de los que han producido las otras naciones. La academia española ha oido al-

algunos de Alfonso X, del Tostado y de otros nacionales, que realmente no carecen de buenas prendas; pero no tienen merito singular en la eloqüencia panegirica. La Italia está tan llena de elogios, que por su excesiva copia han llegado á fastidiar á las personas de gusto, y á excitar su bilis literaria; pero sin embargo salen á luz algunos pocos, que pueden merecer la indulgencia, y tal vez las alabanzas de los buenos críticos, aunque todavía no son tales que deban proponerse por modelos. Hasta ahora no sabemos qué especie de eloqüencia sea la mas propia para los elogios: algunos la quieren enteramente historica, y llena de anécdotas; otros llena de quadros y de reflexiones filosóficas; algunos sencilla y llana, otros sublime y patetica. Lo que prueba suficientemente que todavía no han salido á luz elogios, que sean verdaderos modelos dignos de imitarse, y que en esta parte hayan podido fixar el buen gusto: y antes bien el ver generalmente en estas composiciones tantos defectos, ha he-

hecho que nazca entre algunos el temor de que los elogios sean por su naturaleza perjudiciales á la verdadera eloqüencia. Voltaire desaprobaba en un todo los elogios, y francamente decia que estos jamas formarán otra cosa que vanos declamadores (a). En los *Anales* de Linguet se halla una carta dirigida á él, en que se le dice, que se desea que una pluma tan energica como la suya se ponga de proposito á demostrar la inutilidad de los elogios, y aún el peligro de la institucion de tales composiciones; la decadencia del gusto, continúa diciendo, el estilo hinchado y ridículo, y la pueril debilidad, que distingue á casi todas estas producciones, prueban suficientemente que la verdadera eloqüencia nada gana con ellas. Yo tengo por muy cierto que la mayor parte de los elogios degeneran en declamaciones, y llenos de hinchazon y de puerilidades, acarrearán perjuicio á la solida eloqüencia; pero no por

(a) *V. Oeuvres. du Marquis de Villette.*

esto quisiera que se desterrase enteramente su composicion. Los elogios pueden, y deben ser una parte muy importante de la verdadera eloqüencia; y si hasta ahora no se han hecho acreedores á la plena aprobacion de los doctos, esto lejos de retraer á los sublimes ingenios de componerlos, deberia estimularlos á ilustrar un genero de eloqüencia, que todavfa no ha recibido el debido esplendor. Un elogio que haga conocer y estimar á un hombre digno de ser conocido y estimado, ciertamente deberá parecer agradable é importante hasta á los mismos críticos mas contrarios de tales composiciones. Para esto quisiera yo en el escritor un exácto conocimiento de las cosas que alaba, y que fuese militar el panegirista del militar, politico el del politico, matematico el del matematico; y que no se atreviese á hacer un elogio el que no pudiese conocer y apreciar debidamente los verdaderos meritos del sugeto alabado. Despues para hacerlos conocer á los lectores no vienen al caso pequeñas anécdotas y me-

nudas individuaciones, que serán á proposito para una vida, mas no para un elogio, no inutiles lecciones de moral y de política, no largos pasages de violentas sentencias y de importuna filosofia; sino que se requieren hechos distintos y característicos, que presenten el verdadero retrato del héroe que se alaba, animados tal qual vez con sobriedad de alguna reflexión oportuna, nacida espontaneamente del curso de la oracion: y para hacer apreciar justamente tales hechos no es menester el aparato de quadros históricos y filosóficos, y las inutiles digresiones, que están tan en uso en los elogios, sino solo aquello que baste para mostrarlos en su verdadero semblante, y presentarlos en toda su heroycidad. En los elogios solo se busca conocer bien, y estimar justamente los grandes sugetos dignos de ser conocidos y estimados; y para esto ciertamente contribuirá mucho un estilo animado sin énfasis, sublime sin hinchazon, y adornado sin puerilidad. Pero baste ya de elogios, y demos fin á este libro de la

la eloquencia exâminando los progresos de la sagrada, que al presente es acaso la que mas nos interesa en esta parte de la literatura.

## CAPITULO VII.

## Eloquencia sagrada.

La Religion christiana hizo nacer una nueva especie de eloquencia, de la qual no se tenía aún idea alguna. Los oradores christianos, abandonando los negocios temporales, y dedicandose á los espirituales y eternos, elevaron á mucho mas alto honor el arte oratoria. Los Apostoles apenas recibieron el divino don del Espiritu Santo, quando corrieron á predicar por todas partes la religion christiana, y llevando en sus lenguas todo el fuego del Cielo, introduxeron una eloquencia mas vigorosa, toda celestial y divina. La destruccion de los idolos, la sangre de los martyres, el rapido progreso del christianismo, todo el mundo pos-

Eloquencia de los Apostoles.

nudas individuaciones, que serán á proposito para una vida, mas no para un elogio, no inutiles lecciones de moral y de política, no largos pasages de violentas sentencias y de importuna filosofia; sino que se requieren hechos distintos y característicos, que presenten el verdadero retrato del héroe que se alaba, animados tal qual vez con sobriedad de alguna reflexión oportuna, nacida espontaneamente del curso de la oracion: y para hacer apreciar justamente tales hechos no es menester el aparato de quadros históricos y filosóficos, y las inutiles digresiones, que están tan en uso en los elogios, sino solo aquello que baste para mostrarlos en su verdadero semblante, y presentarlos en toda su heroycidad. En los elogios solo se busca conocer bien, y estimar justamente los grandes sugetos dignos de ser conocidos y estimados; y para esto ciertamente contribuirá mucho un estilo animado sin énfasis, sublime sin hinchazon, y adornado sin puerilidad. Pero baste ya de elogios, y demos fin á este libro de la

la eloquencia exâminando los progresos de la sagrada, que al presente es acaso la que mas nos interesa en esta parte de la literatura.

## CAPITULO VII.

## Eloquencia sagrada.

La Religion christiana hizo nacer una nueva especie de eloquencia, de la qual no se tenía aún idea alguna. Los oradores christianos, abandonando los negocios temporales, y dedicandose á los espirituales y eternos, elevaron á mucho mas alto honor el arte oratoria. Los Apostoles apenas recibieron el divino don del Espiritu Santo, quando corrieron á predicar por todas partes la religion christiana, y llevando en sus lenguas todo el fuego del Cielo, introduxeron una eloquencia mas vigorosa, toda celestial y divina. La destruccion de los idolos, la sangre de los martyres, el rapido progreso del christianismo, todo el mundo pos-

Eloquencia de los Apostoles.

trado á los pies de un Crucifixo; son los frutos de esta sagrada y nueva eloqüencia; pero la eloqüencia de los Apostoles siendo toda divina, debe considerarse de un orden del todo superior, y no entra en la clase de la eloqüencia sagrada, que ahora nos proponemos examinar; bien que San Pablo tiene ciertos rasgos eloqüentes y fuertes, que aún en lo humano podrán hacerlo considerár como verdadero orador, y en efecto hicieron que el crítico Longino lo contase (a) entre los hombres más eloqüentes de la Grecia, y los habitantes de Listris lo mirasen como un Mercurio, ó como un dios de la eloqüencia. Tampoco pondremos en la clase de la oratoria sagrada á la eloqüencia sencilla é ingenua de los Padres apostólicos; y descendiendo al segundo siglo de la Iglesia, tomaremos el principio de la eloqüencia sagrada del filósofo San Justino martyr, el qual, aunque no buscasse en los escritos los adornos retóricos, sin embargo adoptó

(a) In *Fragm.* ex cod. Vat.

adoptó una oracion varonil y robusta, que segun el testimonio de Focio respiraba un estilo científico; y del eruditísimo Clemente Alexandrino, quien dió á sus escritos mas vasta y mas selecta erudición, y una dición mas culta, elegante y florida. Al mismo tiempo se introducía en la Iglesia latina la eloqüencia sagrada, singularmente por medio de Tertuliano. Este docto africano, aunque lleno de conceptos y de antitesis, duro, afectado y obscuro, mostró con la fecundidad de los pensamientos, con la exactitud de las razones, y con la fuerza de las expresiones una energética y viva eloqüencia: y singularmente su apologetico es alabado por el mismo Malebranche (a), que sin embargo por exemplo de autor fantastico pone en primer lugar á Tertuliano. No tan fuerte y ardiente, pero mas elegante, erudito y ameno fue Minucio Feliz; y San Cipriano, aunque tambien de Africa, y algunos años posterior á Tertuliano.

Santos Padres.

(a) *De la Rech.* etc. lib. II, c. III.

tuliano, hizo sentir en sus escritos harto mas gusto romano, y se alejó menos de la pureza latina de los felices tiempos. Al mismo tiempo que Cipriano, florecía en la Grecia aquel portento de doctrina y de erudicion, el célebre Origenes, quien en todas sus obras, y singularmente en los libros contra Celso, manifestó vastedad de conocimientos y copia de doctrina; pero usó de un estilo, aunque fácil y claro, difuso y redundante, que enerva y debilita su eloquencia. Pero el siglo de oro de la eloquencia christiana ha sido el siglo quarto. Abre el siglo Arnobio, escritor latino el mas elegante y eloquente que se habia oido por mucho tiempo; pero este ha sido muy superado de su discipulo Lactancio, quien con razon es llamado por San Gerónimo de tuliana eloquencia: y ciertamente aquella copia, aquella fluidez y aquella tersura, no se encuentra despues de Ciceron en otro escritor latino como en Lactancio. Pero tanto Lactancio, como Arnobio, aunque traten materias de religion, pueden considerarse mas como escritores

Siglo de oro  
de la elo-  
quencia sa-  
grada.

fi-

filosóficos, que como christianos; y su eloquencia, si bien tiene muchas prendas didascalicas, tal vez podrá decirse falta de aquella devota uncion que forma principalmente el caracter de la sagrada. En los griegos de aquel siglo se vió aquella <sup>Santos Pa-  
dres grie-  
gos.</sup> fancia, que elevandose sobre las ideas comunes y humanas, y llena de imagenes y de expresiones christianas, inspira en los ánimos sentimientos de piedad y devocion, excita afectos no conocidos de los antiguos oradores, y es una eloquencia verdaderamente christiana y nueva. ¿Con que claridad y elegancia, y al mismo tiempo solidez y firmeza no habla San Atanasio, tanto contra los gentiles, como contra los hereges, para defender su doctrina y sus hechos, y probar y demostrar los dogmas catolicos? ¿No respira San Basilio la suavidad y elegancia de Isócrates? Focio alaba la pureza, propiedad y expresion de su diction, y al mismo tiempo la fuerza y dulzura de la persuasion; y los mismos sofistas sus coetaneos, aquellos soberbios y orgullosos charlatanes,

nes, que á todos se creian superiores, cedían en la eloqüencia al gran Basilio. Tambien su hermano San Gregorio Niseno merece distinguido nombre en la eloqüencia sagrada, porque ademas de muchas prendas de estilo, tiene el merito de haber dado principio á las oraciones fánebres, que despues han constituido una gran parte de dicha eloqüencia. Amigo de estos hermanos, y singularmente de San Basilio fue San Gregorio Nazianzeno, quien en su grave y poética facundia respira por todas partes grandeza, sublimidad y magestad. Pero el Platon, el Demostenes y el Ciceron de la sagrada eloqüencia es en mi concepto el gran Chrysostomo. El abate Auger en el discurso preliminar á su traduccion de las obras de Isócrates, hablando de los Santos Padres, compara á San Basilio con Isócrates, y á San Gregorio Nazianzeno con Demostenes; pero leyendo, dice, á San Juan Chrysostomo se cree leer á los mas famosos escritores de Atenas, e yos diversos estilos ha refundido en sus escri-

„critos para formar una manera unica y  
 „portentosa. ¡Que elevacion en los pensamientos! que riqueza en la elocucion!  
 „que copia de figuras y de imagenes! que  
 „fuerza, y á veces que rapidez en el estilo!  
 „que sencillez y pureza en las expresiones! El es verdaderamente el Homero de  
 „los oradores.“ A este juicio de Auger no puedo yo dexar de adherir, ni sé añadir otra cosa sino remitir á las obras del mismo Chrysostomo: alli se encontrará por todas partes gran copia de vivas y energicas expresiones, de imagenes claras y visibles, de justas y oportunas comparaciones, de sólidos y sublimes pensamientos, gran fuerza de convencimiento y persuasion, todo el arte de mover los afectos, y en suma aquella aurea é inefable eloqüencia, que con toda justicia le adquirió el glorioso nombre de *Boca de oro*. ¿ Que abundancia de sublimes y justas sentencias no nos presenta este facundo orador, solo para decirnos que nadie recibe daño sino de sí mismo? Si se propone manifestar porque Dios permite que los

justos sean afligidos en esta vida, sabe encontrar muchas razones en la sagrada Escritura, y en el fondo de su ingenio. ¿En quantos aspectos diversos, to dos nobles y grandes, no sabe presentar aquellas palabras de San Pablo *sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur*? No hay asunto por pequeño que sea, que no lo engrandezca su pluma, ni materia tan restricta, que no reciba noble extension de su eloqüencia. Al mismo tiempo triunfaba entre los padres latinos la eloqüencia sagrada. Rodano de eloqüencia llama San Gerónimo á San Hilario, por mas que su locucion no sea muy suave y correcta. Para alabar la facundia de San Ambrosio basta decir que ella fue el suave lazo, que ató dulcemente á la religion catolica el obstinado ánimo de San Agustin. Una cierta pompa y gravedad dá peso y solidez á su oracion, y oculta algunas antitesis y algunas sutilezas en que á veces le hizo caer el gusto de aquellos tiempos. Mayor ímpetu y fuerza se siente en los escritos de San Gerónimo. La variedad

Santos Padres latinos.

y el peso de las sentencias, el fuego y calor de las expresiones, la precision y exactitud de la diction, y una culta latinidad, aunque inferior á la de Lactancio y de Arnobio, no menos superior al gusto de su edad, nos presentan en San Gerónimo un amante y sequaz de Ciceron, é imitador, si no de la elegancia de su estilo, de la fuerza de su eloqüencia. De otra indole, y de muy diferente gusto es la eloqüencia de San Agustin: su tierno y dulce corazon se transfunde en sus escritos; y con un estilo sencillo é inculto, sin los esfuerzos y la vehemencia de una estudiada facundia, mueve los afectos, y produce los efectos de una penetrante y poderosa eloqüencia. Su vivaz imaginacion se manifiesta á veces con sobrada frecuencia en conceptos, en antitesis y en juegos de vocablos; pero todo se perdona facilmente á un escritor que nos muestra un alma tan bella y amable, un ingenio tan noble y elevado, y tan facil y sencillo en su misma sutileza y sublimidad. Si en tiempo de los Atanasios, de

Fff 2

los

los Gregorios, de los Chrysostomos, de los Arnobios, de los Lactancios, de los Ambrosios, de los Gerónimos, de los Agustinos y de otros Padres griegos y latinos, tuvo su siglo de oro la eloquencia sagrada; tambien despues de aquel tiempo empezó á decaer, tanto entre los griegos, como entre los latinos. Pero sin embargo aún en los siglos subsiguientes se vieron algunos griegos que adquirieron distinguido credito. Sinesio sublime y grandioso era algo poético en su estilo; y San Cirilo estaba lleno de doctrina y de erudicion eclesiastica, aunque era de estilo suelto y falto de trabazon. Mas prendas de verdadera eloquencia tenia Teodoreto, metodo facil, eleccion de palabras puras y significativas, y una elegancia en toda su diction, que no sin fundamento puede llamarse atica. Entre los latinos San Leon Papa con los vicios del estilo de aquellos tiempos es afectado, pero grande, y sabe mostrar una pompa y gravedad oratoria, que suple la culta y elegante facundia. Sidonio Apolinar, Boecio y Casiodo-

Decaden-  
cia de la elo-  
quencia sa-  
grada.

ro, hombres los mas doctos de su edad, manifiestan en los escritos su doctrina; pero no saben introducir en ellos la cultura y elegancia, que faltaba á los escritores coetaneos, y sus obras son mas filosóficas y profanas que eclesiasticas y sagradas; por lo qual no pueden aumentar el numero de los oradores sagrados. Quanto los escritores mas se alejaban del buen siglo de la latinidad, tanto menos podian encontrar la cultura y elegancia de la lengua romana, que se iba perdiendo mas y mas. Se vé en San Gregorio Magno esta incultura de estilo, que él mismo confiesa haber querido seguir; bien que está acompañada de una cierta gravedad y magestad, que se hace perdonar facilmente. Pero lo que mas campea en los escritos de San Gregorio es aquel ayre de bondad con que habla, y aquella íntima persuasion de lo que dice, de que se vé penetrado, y que comunica tambien al ánimo de los lectores; cuyas dotes valen mucho mas que una huéca y fria elegancia. Florecian al mismo tiempo que San Gre-

Gregorio los tres hermanos españoles Leandro, Fulgencio é Isidoro, y si bien todos tres pasaban entonces por eloqüentes, nosotros ahora apenas podemos hablar mas que de San Isidoro, el qual ciertamente era mas docto de lo que parecia compatible con las circunstancias de aquella edad; pero por lo que mira á la eloqüencia no nos da pruebas de haber hecho en ella grandes progresos. No mucho despues se hizo oír con universal aplauso el ingles Beda, y en él puede decirse extinguida la antigüa eloqüencia sagrada. Alcuino, Teodulfo y otros escritores semejantes forman, por decirlo así, la eloqüencia de los tiempos baxos. San Pedro Damiano, aunque mucho mas moderno, es algo mas elegante, y de un estilo mas sagrado. Pero el facundo y mellifluo Bernardo, quien justamente merece entrar en la eclesiastica antigüedad, es muy superior, no solo á su siglo, sino tambien á muchos de los precedentes. En medio de los sutiles y frios escolasticos no participó de su sofisteria y frialdad; an-

tes

tes bien lleno de calor, y de blandura y suavidad mueve los afectos, inflama el corazon de los lectores, y hace sentir las mas laudables prendas de la christiana eloqüencia. No hablaré de las homilias, de las oraciones, de los sermones, ni de los tratados de Ricardo de San Victor, de los Santos Antonio de Padua y Vicente Ferrer, y de otros predicadores y escritores eclesiasticos, porque en estos solo se oye la voz de una sencilla piedad, y no la de una culta eloqüencia. En aquellos siglos no se estudiaba la eloqüencia, sino que solo se amaba y se apreciaba la escolastica; y los mejores ingenios, que ciertamente los habia, se engolfaban en las insipidas questões de las sutilezas filosóficas y teologicas; y acostumbrados á las disputas escolasticas, aún puestos sobre el pulpito no sabian hacer mas que proponer y resolver questões, y transferir á la Iglesia el estilo de las escuelas; y si alguna vez querian parecer adornados y amenos, no hacian mas que jugar con agudezas, con motes baxos y con pueri-

les

Eloqüencia sagrada en los tiempos baxos.

les y frivolas chanzas. Dante se lamenta lamargamente, y con dolor no menos religioso que poetico, del corrompido gusto de los predicadores de aquella edad (a). El cardenal Federico Borromeo (b) cita algunos de los predicadores de aquel gusto, como son Alberto de Padua, Jayme Losana, Bartolomé de Pisa, Felipe del Monte, Armaçano, Antonio Baloco y otros muchos, entre los quales distingue sin embargo como mejores á Guarrico abad, y á Juan Taulero; y descendiendo despues á tiempos posteriores, presenta un ridiculo quadro de las sales y mordacidad de algunos predicadores, y de la vana pompa é indecente afectacion de otros, y nombra entre estos á Leonardo de Udine, á Odon de Paris y á otros muchísimos que omito. Al restablecerse los estudios profanos tomó tambien nuevo semblante la eloqüencia sagrada; y no solo compareció hermoçada con la doc-

(a) *Paradiso* Cant. XXIX. (b) *De sacr. sui temp. Orat.* lib. I.

trina de la Escritura y de los Santos Padres, sino que quiso igualmente adornarse con la elegancia de la lengua latina. Aurelio Brandolini fue mirado en el siglo decimoquinto, como el único que predicaba con algun gusto de elegancia latina. Lutero para explicar sus errores se valió de su nativa facundia, la qual aunque dura, aspera é inculta estaba sin embargo llena de nervio y de fuerza. Melanton y Calvino adoptaron un estilo mas limado, mas terso y mas dulce. Muchas fueron las oraciones de los escritores catolicos, que con elegante estilo y con fuertes razones combatieron los errores que entónces iban naciendo, y sostuvieron valerosamente la antigüa religion. En el concilio de Trento se recitaron algunas, que no solo manifestaban gran fondo de teología, sino que tambien se acercaban en el lenguaje al gusto romano. Pero las mas excelentes piezas de eloqüencia latina en esta materia son sin contradiccion alguna las oraciones que Perpiña recitó en Leon y en Paris, para conservar la antigüa religion,

*pro veteri religione retinenda.* Este moderno Ciceron, que en varias materias habia hecho oír su sonora voz, y en todas habia hablado con elegancia romana, al tratar despues los importantes negocios de la religion, se valió de todo el fervor de orador christiano, é hizo sentir la magestad de la eloqüencia sagrada con todo el nervio y con toda la gracia de la facundia tuliana. De este modo la eloqüencia sagrada, no solo vestía las armas de la Escritura y de los Santos Padres, sino que tambien se adornaba con las gracias de la latina elegancia. Los sermones latinos de Granada, de Belarmino y de otros doctos oradores, pueden igualmente servirnos de prueba de la sagrada eloqüencia de aquellos tiempos en las oraciones morales y en las panegiricas, mas sencillas y menos limadas en la pureza y elegancia del language, pero solidas y devotas.

Eloqüencia sagrada en las lenguas vulgares.

Había ya mucho tiempo que se empezaba á hacer uso de la lengua vulgar hasta en los sagrados pulpitos. Luego que comenzó á ser extraña y muerta la lengua lá-

tina, mandaron algunos concilios, que las oraciones, recitadas por el obispo en latin, fuesen expuestas por algun eclesiastico á la inteligencia del pueblo en lengua vulgar; pero despues los sermones mismos se recitaban tambien en esta lengua. Los primeros que en mi concepto se han hecho leer de la posteridad, y se han conservado y transmitido hasta nuestros dias por medio de la stampa, son los italianos de Fr. Jordan de Ribalta, recitados en los primeros años del siglo decimoquarto. Y aunque comunmente en las funciones solemnes, y en las mas nobles publicidades se continuase en hacer uso del language latino, sin embargo muchos en las aldeas, en las plazas, y en los sermones mas populares y de menos formalidad se valian del vulgar como mas oportuno para la comun inteligencia. Grande estrepito causó con sus sermones hácia fines del siglo decimoquinto el célebre Savonarola, á quien un fogoso ímpetu de invectiva, que siempre suele agradar al pueblo, y una cierta energía y ardor

Ggg 2

en

en la locucion, con algunos rasgos mas eloquentes que quantos se oian en aquella edad, antes que un estilo elegante, y una justa y regular eloquencia, le dieron aquella eficacia y aquel imperio en los corazones de los oyentes, que deberia ser el fruto de la verdadera facundia. En el siglo decimosexto empezó á hacerse mas comun entre los oradores sagrados el uso del idioma vulgar, y se oian sermones mas estudiados y compuestos, pero todavia muy distantes de aquel justo metodo, y de aquel ordenado racionio, de aquella solidez y profundidad de discurso, y de aquella variedad y ornato de figuras, que forman la verdadera eloquencia. Musso fue el sagrado orador de aquella edad, que los italianos han mirado como el unico que merece ser recomendado aún en la nuestra. Pero como hemos de leer ahora con paciencia un solo sermón de Musso? El cardenal Federico Borromeo (a), habla de Gabriel Fiama coetaneo de Musso,

(a) Lib. I.

y dice que usó el adorno de las palabras harto mas que los otros de aquella edad; pero que despues algunos á imitacion de Fiama se dieron á buscar tanto las flores de las palabras, que los doctos oyentes no tenian paciencia para prestarles atencion. El universal aplauso, y las repetidas traducciones é impresiones hechas fuera de España de algunos sermones de Avila, prueban en su eloquencia un merito superior al de los otros predicadores, aunque este mismo esté muy distante del orden, de la exactitud, y de la energia y fuerza que requiere la buena oratoria sagrada. Florecian entónces en Italia Francisquini, alabado particularmente por su gesto y modo de accionar; Benedicto Palmio, en quien se veia mas doctrina que arte; y el español Salmeron, muy estimado por su discurso lleno de cosas y de erudicion. Algunos célebres predicadores españoles ocupaban en aquellos tiempos el pulpito italiano, despues de haber ilustrado el de su nacion. Que gloriosa y bella pintura no hace el Cardenal Borromeo del modo de predicar de Alfonso

fonso Lobo, en quien voz y gesto, vestido y ademan, corazon y lengua, pensamientos y afectos todo ayudaba á la fuerza y energía de su predicacion (a)? El gusto y la admiracion con que era oido en Roma Fernando de Santiago, aun predicando en español, excitó los lamentos del Papa Paulo V y de otros respetables personajes por su partida de aquella ciudad. Por espacio de veinte y quatro años predicó Toledo en Roma, y fue siempre oido con singular gusto, tanto por la seriedad y gravedad de las oraciones, como por la variedad, y tambien novedad de los argumentos, sin vanos pensamientos y sin estudiados adornos. El citado Borromeo (b) dice, que habiendole oido le parecia que nada mas podia desearse; y alaba en él una artificiosa brevedad, que unida al candor del ánimo era como un dardo de persuasion, y una fuerza de argumentos, que hacia que se le tuviese por uno de los maestros de la oratoria. Y no

so-

(a) Lib. II. et al. (b) Lib. III.

solo eran estimados en Italia los predicadores españoles que se oian en las Iglesias, sino que se buscaban y se traducian los sermones mismos recitados en España. Los sermones españoles de Peralta fueron traducidos en latin por el dominicano Tagliapietra; y los sermones, tanto latinos como españoles, de Granada los leian con singular gusto y consuelo San Carlos Borromeo, el Cardenal Federico y cuántos, como dice este mismo Cardenal (a), se ponian á leerlos con algun conocimiento de las cosas de Dios y de si mismos. Al mismo tiempo se oian tambien con mucho aplauso en Italia Gagliardi, Marcelino, Mathias Bellintano y varios otros; pero tres eran los que singularmente gozaban de una fama universal por toda la nacion, Panigarola, y los dos españoles arriba citados Lobo y Toledo, los cuales muchas veces eran comparados entre sí, y se decia que Toledo instruia, Panigarola deleytaba y Lobo movia. Pani-

ga-

(a) Lib. III.

bab

garola se ganó tanto credito con sus sermones, que traspasó los confines de la Italia, y se hizo célebre en las otras naciones. Pero por lo que de él nos dice el tantas veces citado Borrromeo, parece que fue mas por el modo de presentarse y de hablar, por la voz, por la pronunciacion por el semblante, por la acción y por otras dotes extrinsecas, que por verdaderas prendas de sólida eloqüencia; así que creciendo él en edad se disminuia el aplauso de sus sermones; y al ver su excesivo cuidado en buscar los adornos de las palabras, y muy descubierta y visible el artificio de la oracion, parece que justamente se le puede aplicar el dicho de Ciceron, sobre Demetrio Falereo: *hic primus orationem inflexit...*, y que con razon pueda derivarse de Panigarola el corrompimiento de la oratoria sagrada, que se vió reynar en el siglo pasado. Algun principio le habia ya dado Fiama con su excesivo estudio del adorno de las palabras; pero el exemplo de Panigarola tuvo mayor influxo. Su universal celebrad

dad induxo á muchos jóvenes de excelente ingenio á tomarlo por modelo; y en mucho tiempo no se tuvo por buen modo de predicar el que no imitaba al de Panigarola. De aqui provino el frivolo estudio de empezar los exórdios con una comparacion, las excesivas y mal entendidas metáforas y alegorías, un cierto toscanismo afectado y ridículo, la vanidad y superfluidad de las cosas, las narraciones de las fabulas, los largos y freqüentes textos para ostentar memoria, las afectadas antitesis, y varios otros defectos que refiere Borrromeo, y que por lo comun son cabalmente aquellos mismos que se oyeron despues en Italia y en otras naciones. A este corrompimiento habrá tambien contribuido el exemplo de Gagliardi, quien procurando empezar siempre los sermones con una paradoxa, no podia dexar de decir muchas cosas ineptas y vanas en todo el progreso de la oracion. Sea el que se fuese el origen de este mal gusto, lo cierto es que en el siglo pasado era muy deplorable la depravacion de la

oratoria sagrada, de la qual desde principios del siglo nos hace una lastimosa pintura el mismo Borromeo (a). Estilo hinchado y hueco, pensamientos extraños, atrevidas paradoxas, textos truncados y violentamente obligados á decir lo que no dicen, proposiciones mas maravillosas que verdaderas, pruebas mas sutiles que concluyentes, mas agudeza de ingenio que solidéz de razon forman el caracter de los sermones de aquel tiempo. Los Españoles y los Italianos se distinguieron particularmente en seguir aquel gusto; pero los Españoles obtuvieron la ventaja poco envidiable de gozar en esta parte la primacia, y por muchos años reynaron en los pulpitos, como triunfaban en los teatros. Don Nicolas Antonio, despues de haber hecho un breve cotejo de la oratoria sagrada de Italia con la de España, dice, que los sermones de los Españoles estaban en tanto aprecio, que los Italianos los tenian comunmente en las manos,

y

(a) Lib. IV.

Eloquencia sagrada en el siglo XVII.

y los traducian en su propio idioma; y añade haber visto no pocos de los mas famosos, de tal modo poseidos del gusto español que lo hacian suyo propio, y predicando en italiano usaban todas las maneras de decir de los Españoles (a). Paravicino, Lopez y algunos otros fueron alabados y estudiados por las naciones extrangeras; y singularmente Vieira fue la maravilla, no solo de los Portugueses y de los Españoles, sino de quantos le oyeron en Roma y en otras partes, y de quantos le leian en su propia lengua y en las extrangeras. El aprecio de estos oradores, nacido del depravado gusto entónces dominante, y fundado generalmente en las calidades que eran en ellos mas reprehensibles, podia con todo tener mas sólidos fundamentos en algunas prendas oratorias que se descubrian en sus oraciones. Los defectos del siglo en ninguno como en Vieira se ven reducidos al último extremo, aunque sublimados con la agudeza del in-

Hhh 2

ge

(a) *Biblot. Hisp. nov. praef.*

genio y con la multiplicidad de la erudición; pero en él se encuentran igualmente rasgos tan eloqüentes, que podrían acarrear honor á los mejores predicadores de nuestros días, y por todas partes resplandece con pensamientos tan sutiles y originales, y con pruebas tan nuevas é ingeniosas, que puede fecundar la mente de quien sepa leerlo con erudito juicio. Flecher se divertía mucho leyendo estos predicadores italianos y españoles, á quienes graciosamente llamaba sus bufones (a); y no dudo que de estos bufones habrá aprendido no pocas verdades, y que tal vez se habrá aprovechado de sus sermones, como se aprovechaban Corneille y Moliere de los dramas españoles é italianos.

Restablecimiento de la eloqüencia sagrada.

Pero la verdadera gloria de la eloqüencia sagrada se debe enteramente á los oradores franceses. Voltaire (b) y otros Franceses quieren tomar del P. Lingendes el principio de su verdadera oratoria;

(a) *Eloge hist. de Monsieur Esprit Flechier.*

(b) *Siecle de Louis. XLV.*

pero qualquiera que haya sido la eloqüencia de Lingendes en lengua vulgar ó en latin, ciertamente no ha dado gran credito al pulpito frances entre las naciones extranjeras. Senault, dice Voltaire, fue para Bourdaloue lo que Rotrou para Corneille, y sus sermones ahora ya no los leen ni aún los mismos nacionales. En Bourdaloue, en Bossuet y en Flecher rompió el tono de la eloqüencia francesa, que se hizo oír por todo el mundo. Entónces se vieron salir de los pulpitos maquinas ingeniosamente diseñadas, y solidamente fabricadas con toda la maestría del arte; entónces puede decirse que de las oraciones sagradas se formó realmente un nuevo ramo de eloqüencia. Los santos Padres habían compuesto homilias y oraciones, en las que, excitados de su celo, y apoyados á los testimonios de la Escritura, instruían á los christianos en la fe y en las costumbres: llenos de ingenio y de sabiduría proponían sublimes verdades, y las probaban con razones comunmente solidas y justas, aunque á veces la buena fe y el

pio

pio celo hacia que les pareciesen tales algunas, que no eran enteramente concluyentes; y animados de la mas pura y viva religion esparcian devotos sentimientos y eloqüentes rasgos, capaces de despertar los afectos, é inflamar la voluntad de los oyentes; pero no ponian cuidado en presentar al auditorio un sermon adornado con todas las prendas oratorias, no pensaban en formar un cuerpo artificiosamente organizado, no procuraban en sumad al público una pieza oratoria. Los oradores modernos al paso que adquirieron mayor cultura en la eloqüencia sagrada, procuraron acercarse mas á los santos Padres y seguir su gusto. Avila, Toledo, Granada, Belarmino y otros predicadores latinos y vulgares se adquirieron mas credito por haber dicho cosas buenas, que por haber formado una bien ordenada y eloqüente oracion; y sus discursos, por mas que estuviesen adornados con nobles pensamientos, y con rasgos excelentes, quedaban muy sueltos y desunidos, y no podian tener la verdadera fuerza de un  
ir-

irresistible convencimiento. Los oradores que vinieron despues, aunque dieron á sus sermones mas union y enlace oratorio, sin embargo el corrompimiento del buen gusto, que entónces reynaba en todos los escritos, hizo que se apartasen mas que los precedentes del verdadero estilo de la eloqüencia sagrada. Su cuidado se reducía á buscar pensamientos sutiles y extraños, y á expresarlos con la mayor sutileza, y de un modo diverso del sencillo y popular, que es el único que corresponde á tales discursos. Solo los Franceses tomaron el justo tono, en que debia hacerse oír la oratoria sagrada. Ellos nos dieron oraciones perfectas segun todos los numeros que requiere la retorica christiana, en las cuales un correspondiente exórdio introduce en la materia, una selecta proposicion sacada del fondo de esta abraza todo lo que en ella se contiene de mas importante, y las pruebas son verdaderas y justas, fuertes y concluyentes, y expuestas con orden y metodo, y con estilo grave y correspondiente á la materia, al lugar y á  
las

las otras circunstancias del orador. Principe, padre y casi criador de este genero de eloquencia fue el célebre Bourdaloue. Una suma penetracion de ingenio, una maravillosa fecundidad de entendimiento, una imaginacion vivaz y ardiente, un fino y exácto discernimiento hacian que en todas las materias viesse de un golpe quanto puede decirse de mas verdadero y sólido, de mas eficaz y util, y que lo expusiese con el mejor orden, y con la mayor fuerza y energia. Su diction no tiene otro adorno que la exáctitud y propiedad, y evitando toda hinchazon y afectacion, es siempre clara, noble y natural, y sin enfatica sublimidad, y con la mayor sencilléz es en todo grande, sublime y magestuoso. Planes vastos y bien ordenados, dialectica eficaz y conyvincente, profundidad y vehemencia de afectos, fuerza y calor de estilo, y bellezas sólidas, yaroniles y sinceras forman el caracter de los prodigiosos sermones de Bourdaloue, el qual nacido, por decirlo asi, para crear un nuevo modo de predicar, y enrique-

cer

cer la literatura con un nuevo genero de eloquencia evangelica, esparció la luz de su vasto y penetrante ingenio por todos los ramos de esta nueva arte, y dexó en todos perfectos modelos dignos de ser imitados. Entra en la ardua empresa de hablar como orador de los sublimes misterios de la religion christiana; é instruido perfectamente en la materia, é íntimamente penetrado de la verdad, habla con tal tono de autoridad, y se eleva de modo, que con su íntima persuasion, y con la decision y solidéz de su eloquencia confunde la disolucion, y hace respetar la religion; sin vislumbre alguna de escolastica, solo con la fuerza de algunas expresiones justas y energicas, esparce una viva y penetrante luz, qual no la podrian comunicar las mas estudiadas demostraciones; y sin contentarse con esto, pasando á la parte moral é instructiva, aplica con arte á las necesidades espirituales de los oyentes aquellas moralidades, que hace nacer espontaneamente de los principios de la religion. Emprehende otra es-

Tom. V.

Iii

pe-

pecie de oraciones sagradas en los panegiricos de los santos, y sabe poner á sus heroes en el verdadero punto de vista, que nos da la justa idea de su distintivo caracter, y los presenta verdaderamente santos respetables y grandes; y despues contraponiendo discretamente nuestra conducta á los exemplos que nos pone delante de los ojos, saca de este cotejo la mas solida y mas natural moralidad. En las oraciones fúnebres, si las colocamos tambien en la clase de eloqüencia sagrada, no me atreveré á dar á Bourdaloue el principado; aunque si diré, que aún en estas nos ha dexado dos piezas oratorias, que ciertamente pueden alabarlas los inteligentes, y estudiarlas los oradores. Pero la principal gloria de la eloqüencia de Bourdaloue consiste en la singular perfeccion de sus sermones morales, que son todos otras tantas piezas de la mas exácta y severa logica. Si sienta una proposicion presenta desde luego las pruebas, y pruebas sólidas y sensibles, sacadas del fondo de la religion, de la teología,

gía, y de las mas profundas y seguras máximas de la filosofia; y las produce con una tan ordenada y metodica sucesion, que van adquiriendo siempre mayor fuerza, y se introducen en los mas profundos senos del corazon de los oyentes. No puede nacer duda que no satisfaga, ni puede hacerse objecion que no prevenga: se propone una dificultad, y da luego una respuesta, que no admite mas réplica, y aún á veces de la misma objecion sabe sacar una fuerte razon para resolverla á su favor, y dar mayor peso á su asercion: todo está bien fundado, todo apoyado sobre sólidos é irrefragables principios del evangelio y de la religion. Qualquiera sermon suyo puede llamarse una demostracion matematica de los puntos que se propone aclarar, y una gloriosa victoria de su triunfadora eloqüencia. El mas duro y obstinado corazon no sabe resistir al incontrastable poder de sus convincentes razones. La mente del auditorio se ve sujeta por su severa logica, y á qualquier parte que se vuelva encuentra cerrados

todos los caminos para evadir la fuerza de la evidencia. La invencion de los argumentos, la distribucion de los planes, la evidencia de las pruebas, la vehemencia de los afectos, la energia y fuerza del estilo son prendas oratorias de sus sermones, que por todas partes saltan á los ojos de los lectores, y le texen la gloriosa corona que posee de príncipe de la oratoria evangelica. De un gusto de eloqüencia diverso del de Bourdaloue era su contemporaneo Bossuet. Bourdaloue era el predicador de la razon; Bossuet deseaba mas hablar á la imaginacion. El principal merito de este consiste en las oraciones fúnebres, y en ellas no ha tenido, no solo quien le superase, pero ni aún quien le igualase. Aquellos quadros animados y parlantes, aquellas profundas y espontaneas reflexiones, aquellas ideas sublimes, aquellas imagenes grandiosas, la noble eloqüencia, la cadencia armoniosa y sonora, el magestuoso y rapido estilo, el tono lágubre y patetico, arrebatan el ánimo de los lectores, y lo tienen en una

Bossuet.

con-

continua agitacion, y en una dulce melancolia. La ilusion se presenta en sus oraciones; y surcamos los mares, recorremos los exércitos, nos introducimos en las cortes, y nos dexamos llevar donde nos conduce su imaginacion. El nos presenta á sus heroes en el aspecto de su verdadera grandeza, nos hace mirar con devota veneracion su virtud, y considerar con christiana superioridad las grandezas y dignidades mundanas. Las freqüentes y oportunas reflexiones, y las terribles verdades sobre la corta duracion de la vida, sobre la pequeñez é inconstancia de las cosas terrenas, y sobre la importancia y gravedad de las eternas, íntimadas por él en tono serio y magestuoso, producen en el auditorio aquella íntima impresion, que corresponde á su gravedad: el corazon se retira con noble desden de la pompa del mundo, y se dirige con religiosa impaciencia hácia la propuesta eternidad. Bossuet forma de las oraciones fúnebres, como deben ser realmente, un justo elogio de los muertos, que

®

que sirva de ilustre exemplo , y de claro desengaño á los vivos. Su eloqüencia es sublime y energica solo con la elevacion y grandeza de las imagines y de las ideas, y con la propiedad y exáctitud de las palabras, sin la enfática hinchazon, y sin el fanático y frio calor de los modernos. Leyendo á los dos príncipes de la eloqüencia sagrada, los facundos franceses Bourdaloue y Bossuet , siente el ánimo la verdadera fuerza de la sincera y sólida eloqüencia: no atrevidas metáforas , no relaciones largas, no estudiadas antitesis, no truncadas clausulas, no pensamientos sueltos; sino ideas grandes y sublimes, con palabras sencillas y populares, con frases puras y correctas, con llenos y armoniosos periodos constituyen la fuerza, la energía y la sublimidad del estilo , y forman entre los Franceses , como entre todas las naciones la verdadera y sólida eloqüencia. Al lado del gran Bossuet se sienta gloriosamente Flechier; y sus oraciones fúnebres aún logran tal vez mayor celebridad entre el vulgo de los ingenios am-

Flechier.

nos

nos, que las oraciones mismas de Bossuet. La sonora y copiosa armonía de los periodos, la pureza, correccion, elegancia y dulzura de la diction, la fluida rapidez del estilo, la posesion de las materias que trata, la nobleza y verdad de los sentimientos, la expresion y viveza de los quadros, son las prendas que elevan justamente al grado de classicas las oraciones fúnebres de Flechier; pero si quieren compararse con las de Bossuet, deberán sin contradiccion reputarse muy inferiores. Las sobrado freqüentes, y á veces sobrado estudiadas antitesis, las clausulas sobrado compasadas, y el sobrado deseo de ostentar ingenio hacen las oraciones de Flechier menos fúnebres, y manifiestan mucho el estudio del orador; al paso que Bossuet poseido de la virtud de sus heroes, y de la vanidad é inconstancia de las cosas terrenas, habla siempre en un tono tan serio y lúgubre, con tan freqüentes y tan espontaneas vueltas á la moralidad, que jamas se descubre en él un orador que compasa las palabras, y adorna

el

el estilo, sino un hombre que llora la muerte de un heroe que estima, y el dolor y el afecto le hacen prorumpir en aquellas tan justas y naturales moralidades. Por lo qual es preciso confesar que Bossuet y Flechier son los príncipes, y estoy por decir los unicos oradores que se han distinguido en las oraciones fúnebres. Mas sequiaces y emulos ha tenido Bourdaloue en los sermones morales; pero entre todos ellos conserva singular credito en la posteridad el pio la Columbiere, quien, ademas de la correcta diction, y de la doctrina y exáctitud de pensar, respira una sencilla piedad, y una, por decirlo así, hombría de bien, que evitando toda apariencia de pretension de sujetar la mente y el corazon de quien le oye, hace que los oyentes admitan con mayor facilidad lo que les quiere presentar. Su pia y devota alma se difunde en sus oraciones, y se manifiesta en amable semblante á los ojos de los oyentes, y no persuade menos hiriendo el corazon, que ilustrando el entendimiento. La devocion, el sentimiento y el afecto

féto, hacen que se lean con provecho y con gusto los sermones de Cheminais. Mascarón, la Rue y otros oradores, que florecieron entónces, prueban que universal se habia hecho en poco tiempo en el pulpito frances la cultura, y el buen gusto de la eloquencia. Pero entre tanta multitud de predicadores célebres, adornados unos con una prenda oratoria, y otros con otra, no se encuentra un noble competidor, y digno rival de la gloria de Bourdaloue. Compareció hácia fines del siglo Massillon, y obtuvo gloriosamente el honor de entrar á la parte con él en el principado oratorio, y sentarse á su lado en el mismo solio. Los sermones de Massillon no tienen aquella portentosa vastedad y distribucion de planes, aquel raudal de doctrina, y fondo de Escritura y de santos Padres, aquella continua é irresistible dialectica, aquel rapido y constrictivo estilo, aquella viva y enérgica eloquencia, que hacen tan varoniles, fuertes y poderosos los sermones de Bourdaloue; pero sin embargo gozan de

Tom. V. Kkk una

una bella recompensa en la facilidad, evidencia y claridad de las pruebas, sacadas de nuestras costumbres, y de nuestro corazón y que se hacen sentir y tocar con la mano de los mas sencillos lectores, en el íntimo conocimiento del corazón humano, del que desenvuelven hasta los mas secretos pliegues, en la fina y delicada exposición de las pasiones, en la dulce insinuación, en el estilo puro y correcto, noble y penetrante, y en todas las prendas de una eloquencia dulce, afectuosa y patética. No se emplea en argumentar, y convencer al entendimiento con estrechos raciocinios; sino que busca directamente las costumbres, penetra hasta lo mas interno del corazón, y persuade, convence y concluye con las dulces y sinceras persuasiones de una ternura christiana. Su eloquencia no tiene aquella magestad, y aquella fuerza, que causa respeto, que sujeta, que humilla; pero está llena de unción y suavidad, interesa, hierre y conmueve. Muchos se han tomado el erudito divertimento de comparar á Bour-

Bourdaloüe con Massillon; y aunque el nombre de Bourdaloue, como el primero que ha entrado en el verdadero camino del ságrado pulpito, se haya hecho de algun modo el nombre de la misma eloquencia sagrada; no faltan sin embargo muchos que en su corazón, y algunos tambien publicamente, den la preferencia á Massillon. D' Alembert en el elogio de Massillon parece inclinarse, como es natural en un panegirista, á dar la preferencia á su heroe; pero no se atreve á hacerlo abiertamente. Nos abstendremos, dice, de darle una preheminiencia que los jueces graves y autorizados querrian contrastarle: la mayor gloria de Bourdaloue consiste en que la superioridad de Massillon sea disputada todavia. El uso mas frèquente que he hecho de Bourdaloue, á quien he leído, y vuelto á leer mucho antes de conocer á Massillon, el haber estado unido con vinculos de confraternidad para mí muy apreciables y sacrosantos, y la veneracion y el aprecio del ingenio y del saber de Bourdaloue,

que reputo muy superior al de Massillon, me estimulan á poner la corona oratoria en la frente del padre y maestro de la verdadera oratoria sagrada. Pero una cierta conformidad en el gusto, y una inclinación natural al sentimiento y al afecto, en que veo reynar sin contradicción á Massillon, me arrástran dulcemente hácia aquel tierno y patético orador. Si todo el oficio del orador, como creían algunos célebres autores segun dice Quintiliano (a), se reduce á ilustrar, instruir y convencer al auditorio, si en la eloquencia se desea principalmente la solidez del racionio, y la fuerza del convencimiento, ¿como podrá contrastarse á Bourdaloue el principado oratorio? ¿Y quien querra entrar con él á competencia en el nervio, en el vigor, en la vehemencia y en la fuerza de un convincente racionio? Pero si la dulzura y la insinuacion, si el sentimiento, el afecto y la conmoción, constituyen la parte principal de la eloquencia sagrada

(a) Lib. V. Praef.

grada, ¿porque no podrá pretender el primer lugar su digno rival Massillon? Los sermones de Bourdaloue están llenos de doctrina y de ingenio, agotan la materia que tratan, y no dexan ningun asilo al oyente mas obstinado y caviloso; pero cabalmente por esta misma plenitud y profundidad no es facil que los entienda el pueblo, y requieren un docto y atento auditorio, que pueda seguirlos en la precisa y justa exposicion de la doctrina, y en los convincentes y continuos racionios que contienen con abundancia. Los sermones de Massillon con razones faciles y sencillas buscan mas las costumbres, están llenos de afectos, y por decirlo assi, convencen el corazon, é introducen por este medio en el ánimo las verdades que se proponen enseñar; y de aqui proviene que sean mas populares, se hagan gustar de todos con mas facilidad, y puedan mejor llamarse verdaderos sermones; quando los de Bourdaloue podrá parecer á algunos que tienen cierto ayre de discursos teologicos. Por lo qual creo decidir con bastante exactitud, si dan-

dando la prehemencia ó superioridad á la grande alma , y á la copiosa y fuerte eloqüencia de Bourdaloue ; aconsejo á los oradores que estudien con continúa atención, y con respetuosa veneracion sus portentosos sermones , pero que sigan con preferencia la fina vulgaridad , el penetrante estilo y el dulce y eficaz modo de predicar del delicado y noble Massillon; y recomendaré á uno y á otro como los mas acabados exemplares , y perfectos maestros de buenos predicadores. Pero quando ufana y triunfante no podrá estar la eloqüencia francesa contando ademas de Cheminai, la Columbiere , Flechier y tantos otros ilustres predicadores, tres soberanos príncipes de la oratoria sagrada Bossuet en las oraciones fúnebres, y Bourdaloue y Massillon en los sermones : Bossuet el orador de la imaginacion , Bourdaloue de la razon y Massillon del corazon , noble y único triunvirato , qual no puede presentarlo la eloqüencia griega ni la romana , y que no da menos credito á la literatura francesa que el contem-

po-

poraneo , y tan justamente celebrado triunvirato de su teatro , Corneille , Moliere y Racine. Seame licito observar aqui la extraña combinacion de la coetanea gloria del pulpito y del teatro en las naciones modernas. Quando el teatro español en el corrompimiento del buen gusto se hacia oír con aplauso en las mas cultas regiones de Europa, los predicadores españoles eran igualmente buscados de todas las naciones: despues que Corneille , Moliere y Racine elevaron á mas alto honor el teatro frances, Bourdaloue, Bossuet y Massillon dieron á su pulpito el mismo esplendor; y ahora que los Franceses se dan á traducir los dramas ingleses , tributan tambien excesivas alabanzas á los sermones anglicanos. Tal vez la conformidad en lo popular de la eloqüencia sagrada, y de la poesia teatral habrán hecho seguir á una y á otra los mismos caminos, y hacer los mismos progresos. Pero sea de esto lo que se fuese , lo cierto es , que despues de Massillon ha decaido mucho la gloria del pulpito frances , aunque no le han faltado

va-

varios sugetos que procurasen cultivarlo con ardor. El Padre Griffet ha escrito sermones bastantes timables por el estilo tierno y natural; pero no tales que puedan pasar con particular credito á la docta posteridad, ni estar al lado de su ascetico libro del *Exercicio de piedad para la comunión*, lleno de la mas sólida devoción, y de la mas suave y penetrante ternura. El unico que ha obtenido particular celebridad ha sido el P. Carlos de Neuville, cuyos sermones merecen ciertamente muchos elogios por la profundidad de los pensamientos, y por la nobleza y elegancia con que están expuestos; pero no me satisfacen enteramente por la excesiva copia de imagenes y de expresiones, con que el autor viste de muy diversos modos la misma idea, y la presenta en todos los aspectos diferentes que puede tener, con lo que, en mi concepto, relaxa y enerva su oracion, y me parecen algo huecos sus sermones, aunque justos en los racionios, y llenos de hermosas imagenes, y de nobles, vivas y elegantes expresiones. No goza tan  
 ilustr-

ilustre fama como el P. Carlos, el P. Pedro Claudio de Neuville, cuyos sermones veo sin embargo celebrados por algunos franceses: alabanse tambien los sermones del abate Poulle: recomiendase el estilo puro, la dulce mocion y el candor amable de los sermones del P. Eliseo: actualmente están tenidos en aprecio Jacquin, de Beauvais, Maury y otros pocos; pero sobre todos veo alabado á Boismont, de quien dice d' Alembert, que ha sabido unir en las oraciones fúnebres la eloquencia con la delicadez, y la elevacion con la sensibilidad, y de quien solo he leído un corto fragmento de una oracion, que realmente parece de una sólida y noble eloquencia. Mas con todo ninguno de estos ha llegado á adquirirse un credito universal, ni se ha hecho leer y estudiar de los extrangeros: y no habiendo yo podido ver las producciones de su eloquencia me abstendré de hablar mas de ellas, observando unicamente, que se oyen tantos lamentos contra los juegos de ingenio, y el amor al nuevo estilo, introducido con

sobrada importunidad en el pulpito frances, que es preciso confesar que la oratoria sagrada ha perdido mucho de su esplendor en la Francia. La eloquencia sagrada ha tenido y tiene en Francia otro fértil campo, donde ha cogido muchos sazonados y sabrosos frutos. Este es el de las cartas pastorales de los obispos, en las cuales con ternura paternal y con episcopal gravedad esparcen á sus pueblos los tesoros de la doctrina evangelica, y los conducen por rectos caminos á una sana moral. La superioridad del que escribe, la condicion de las personas á quienes escribe, y la seriedad de la funcion que exerce en el acto de dirigir tales cartas, obligan al escritor á una natural, sólida y grave eloquencia. El mismo Flechier, que en las oraciones sagradas manifiesta excesivo deseo de ostentar ingenio, en las cartas pastorales no respiró mas que sencilla y llana gravedad, y tierna y devota solidez: y en estos tiempos, en que la afectacion y el estudio del estilo se ha introducido en los sagrados pulpitos, las cartas pas-

Cartas pastorales.

pastorales han conservado la correspondiente claridad y la noble sencillez. Son tantas en esta parte las piezas verdaderamente eloquentes, que sería difícil nombrar algunas con preferencia á otras, y señalarlas con particular distincion; y así solo diré en general, que despues de Bossuet, y de Flechier se ha hecho quasi comun á todos los obispos de Francia el buen gusto, y el verdadero estilo de las cartas pastorales; y que viniendo particularmente á nuestros dias, el difunto arzobispo de Paris Beaumont ha escrito cartas pastorales, que le han hecho aclamar por un nuevo Atanasio: el obispo de Puy Franc de Pompignan ha manifestado no menos eloquencia que verdadera filosofia y erudicion en las instrucciones pastorales sobre la pretendida filosofia de los incredulos modernos: el arzobispo de Leon, en otras semejantes sobre la verdad del christianismo, ha hablado con tanta eloquencia y claridad, que ha obtenido los elogios de los mismos incredulos que combate: las cartas pastorales del

LII 2

obis-

obispo de Lisieux están llenas de sensibilidad y de devota mocion: las del arzobispo de Tolosa manifiestan el celo, la doctrina y la paternal caridad, juntas con una fluida, grave y magestuosa eloqüencia: y generalmente casi todos los obispos de Francia tienen laudables prendas de eloqüencia sagrada, y escriben con solidez y con mocion, con puro y noble estilo; y quando casi toda la eloqüencia francesa pasa de la noble sencillez, y de la llana elegancia de sus anteriores y célebres maestros á las falsas brillanteces, á las ininteligibles xergas y á una pueril afectacion de ingenio, las cartas pastorales se han mantenido lejos de este mal, y conservan la sincera y sólida eloqüencia. El uso de hablar los obispos en tales cartas sin estudio de eloqüencia, con paternal confianza, y con sencillez christiana, mantiene en estos escritos la verdadera eloqüencia, que pierden las piezas oratorias por el excesivo cuidado de buscarla; por que no hay cosa que tanto perjudique á la verdadera eloqüencia como el deseo de

com-

comparecer eloqüentes. Y es preciso confesar, que las cartas pastorales dan un nuevo ornamento, y añaden nuevo lustre á la eloqüencia francesa.

Tantos excelentes sermones, panegiricos, oraciones fúnebres y cartas pastorales hacen que se enamoren de la sagrada eloqüencia francesa los extrangeros de buen gusto, que saben leerlas con perspicaces y eruditos ojos. Pero es una infeliz debilidad de la naturaleza humana el que no sepamos permanecer en lo bueno sin que nos cause fastidio, y que las mejores cosas nos sacien luego, y nos den hastio. En vez de complacerse y embelesarse los modernos Franceses con tan ilustres monumentos de la eloqüencia de sus célebres nacionales; en vez de apacentarse y deleytarse con su lectura; en vez de alabarlos y proponerlos por exemplo á todas las otras naciones, se ponen á recomendar, ensalzar y presentar por modelos á sus oradores sagrados los sermones de sus rivales los Ingleses, que no tienen derecho alguno para competir con ellos

en

Eloqüencia sagrada de los Ingleses.

®

en esta parte. „ Solo Massillon, dice Voltaire (a), pasa hoy en dia entre las personas de buen gusto por un orador capaz de agradar; pero á los ojos del resto de la Europa quanto no dista todavía del arzobispo Tillotson! “ Hemos visto en estos años la admiracion, y estoy por decir el fanatismo que han causado en Francia los sermones de Blair, traducidos desde luego en frances, y honrados en pocos meses con once, y tal vez mas ediciones diversas. Pero los extranjeros imparciales; cómo podría aprobar esta anglomania de los Franceses en punto de oratoria sagrada? Bourdaloue y Massillon no necesitan deprimir la gloria de otros para ensalzar la suya, ni queremos nosotros fundar su honor en los defectos de los otros, sino en sus propias prendas. ¿Pero como hemos de alabar á los predicadores ingleses en comparacion de los franceses, y como hemos de dar la preferencia á Tillotson en competencia de Massillon?

(a) *Ep. dedic. á Monsieur le Comte de Launay.*

sillon? ¿Y qual es aquella parte de Europa que tiene á Massillon por inferior á Tillotson, como parece que quiere creerlo Voltaire? Los predicadores ingleses que yo he leído tienen buen gusto, sólidos pensamientos y máximas útiles expresadas de un modo puro y natural; pero no tienen calor y energía de estilo, ni fuerza é ímpetu de eloquencia. Particularmente de Tillotson, reconocido por Voltaire como tan superior, no solo á los otros oradores franceses, sino al mismo Massillon, dice en una de sus lecciones de retórica Blair, juez nada sospechoso en esta materia (a), que si por eloquencia se entiende el calor y la energía, las descripciones pintorescas, las figuras naturales, y el orden de las palabras, no es él eloquente; que su estilo es puro y claro, pero descuidado, y muchas veces debil y languido, y que Tillotson será siempre reputado como escritor sencillo y amable, pero no como modelo de eloquencia sublime. Y

(a) *Lectur. on Rhet. and Belles Lett.*

á la verdad los sermones de Tillotson le-  
jos de parecer superiores á los de Massillon,  
apenas parecen verdaderos sermones, pu-  
diendo llamarse tal vez con mas razon  
catecismos ó tratadillos espirituales, que  
piezas oratorias: ellos es cierto que desen-  
vuelven, exponen y prueban á veces lo  
que quieren; pero jamas mueven, ni per-  
suaden, ni tienen prenda alguna de elo-  
qüencia oratoria; y si alguna vez quieren  
elevarse á mayor sublimidad, caen desde  
luego en lo hinchado y hueco, y hacen  
mas sensible y desagradable la desigualdad  
de la oracion. El uso de dogmatizar en  
los sermones induce muchas veces á Ti-  
llotson á declamar contra los católicos, y  
aún tiene algun sermón dirigido todo con-  
tra ellos; y particularmente en el de la in-  
certidumbre de la salud en la Iglesia ro-  
mana descubre mucho su acrimonia con-  
tra los católicos, y está muy lejos de aque-  
lla manera de escribir, que quiere con-  
cederle Blair, que *caracteriza*, esto es la  
*bondad y pureza de su corazon*. Gilberto

Burnet, obispo de Salesbury, y orador  
fú-

fúnebre de Tillotson, dista mucho en su  
oracion de la viva y patetica eloqüencia  
de Bossuet, para que de algun modo pue-  
da compararse con él; pero manifiesta  
sin embargo aquella eloqüencia que basta  
para poder estar al lado de su heroe Ti-  
llotson. Mas universal credito ha adquiri-  
do Clarke, otro orador ingles, y el úni-  
co que entra á la parte con Tillotson en  
la gloria de la oratoria sagrada; pero los  
sermones de Clarke mas son disertaciones  
ó instrucciones de parroco, que sermones  
eloqüentes. Clarke es mas metafisico que  
orador; del mismo modo que Tillot-  
son, si aspira alguna vez á ser sublime,  
se hace declamador; y tanto Clarke co-  
mo Tillotson han hecho mas estrepito  
que impresion en los oyentes, y sus ser-  
mones han servido mas para su reputa-  
cion, que para la reforma de las costum-  
bres, y para el adelantamiento de la elo-  
qüencia. El gracioso Swift (a) observa al-  
gunos defectos de los predicadores ingle-  
ses

(a) *A lett. to a Young Clergyman.*

ses, entre los quales encuentra en algunos el excesivo uso de palabras teologicas ininteligibles para el auditorio, en cuyo defecto los predicadores jóvenes tomaban por modelo á Tillotson y á otros oradores célebres: en otros al contrario, por evitar la tacha de pedantisimo, un estilo sobrado secular y mundano, que aún los hacia mas oscuros que la xerga escolastica: en otros todavía peor, un estilo baxo y aún indecente: en otros la excesiva copia de inútiles epitetos: en otros el amor á palabras y frases antiqüadas; y en todos el deseo de ostentar doctrina, quien en una cosa, quien en otra con menoscabo de la sólida y verdadera eloqüencia. Pocos son los oradores ingleses, ademas de los nombrados hasta aqui, que hayan obtenido tal celebridad, que pudiera hacerlos conocer fuera de Inglaterra, y por quísimos han llegado á mis manos para que pueda yo hablar con fundamento. De Dorrell. estos citaré solo dos: Dorrell autor del *Ciudadano instruido*, y el tan estimado Blair. Dorrell no ha pretendido dar-  
nos

nos verdaderos sermones, sino solo reflexiones morales sobre las epístolas y los evangelios (a), expuestas para la instruccion de los católicos de Inglaterra. En efecto éstas, miradas como sermones, carecen del nervio y de la fuerza oratoria correspondiente á tales composiciones; pero consideradas unicamente como reflexiones morales, tienen una exáctitud y verdad, sencillez, claridad y mocion, que se introducen suavemente en el ánimo del lector, están mas unidas que suelen estarlo las simples reflexiones, y justamente pueden ser tenidas por buenos sermones ingleses. Mas oratorio que Dorrell, y mas estimable que todos los predicadores ingleses que yo conozco, es ciertamente Blair. El plan de sus sermones está mejor ordenado, las proposiciones son mas selectas, las pruebas exáctas, y manejadas con ingenio y con arte, el estilo sencillo y claro, y todo el orden de la oracion es mas conforme al curso de la oración.

Mmm 2 to-

(a) *Moral reflections on the epistles and Gospels*

toria. Sus sermones son todos morales, sin entrar en lo dogmatico, y pueden agradar igualmente á los catolicos que á los protestantes, á los anglicanos y á todas las religiones. El sabe descubrir nuevos aspectos á las verdades del evangelio y de la moral, y sabe anunciarlas con un aire de sublimidad, y con una naturalidad y suavidad de estilo, que las hace entender con claridad, y mirarlas con amor; y no se le puede negar la alabanza de una tranquila y placida eloqüencia. Pero es un gran defecto de los sermones de Blair y de otros semejantes, el que despues de su lectura quede tranquilo y frio el ánimo del lector. Aquellos movimientos rapidos y fuertes, aquellos rasgos pateticos, aquella conmocion de afectos, aquel trastorno del corazon, aquella energía, vivacidad y calor, que son propios de la oratoria, y que hacen bellas é importantes las oraciones sagradas, no se ven en los sermones de Blair, ni en otros sermones ingleses; y Blair y algunos otros predicadores ingleses podrán muy bien pretender

der la gloria de escritores exâctos y elegantes, pero no la de facundos y eloqüentes oradores. A esta lentitud y languidez de los sermones ingleses, habrá contribuido no poco la manera de accionar, ó por mejor decir la inmovilidad de sus predicadores. „ Nuestros predicadores, „ dice graciosamente el espectador (a), se „ están en el pulpito quietos como troncos, y no moverán un dedo para recitar los mejores sermones del mundo. „ Nuestras palabras salen de nuestra boca como corre por una dilatada llanura un riachuelo, sin aquellas elevaciones de voz, aquellos movimientos de cuerpo, y aquella magestad de accion, que tanto se celebran en los oradores griegos y romanos. “ En esta frialdad é inaccion del orador parecerian mal en la oracion rasgos fogosos y vehementes, y figuras fuertes y energicas. Asi que la eloqüencia inglesa, falta del nervio y de la fuerza oratoria, podrá tal vez agradar

(a) Num. 407.

razonablemente á los nacionales, que no la desean en los sermones, pero injustamente querrá anteponerse por los Franceses á la viva, energica y patetica de Bourdaloue y de Massillon.

En Alemania el gusto de la eloqüencia sagrada ha sido mas conforme á la inglesa que á la francesa. Las provincias donde mas se ha cultivado la eloqüencia alemana, han sido las de los protestantes; y la religion protestante, dice á este proposito Bielfeld (a), es muy sencilla para admitir los adornos de la eloqüencia. Jerusalem (b) presenta en el mejor aspecto la oratoria sagrada de los protestantes, como sencilla, clara y patetica, no vehemente y florida; y dice que en aquel genero ofrece ya su iglesia oradores, que por ventura sobrepujan á los mejores modelos de los Franceses y de los Ingleses, y que igualmente contaria sus Bourdaloues y Massillones, si lo exigiere el espíritu de su

(a) *Progres. des All. ch XIX.* (b) *Lett. sur la Litt. All.*

su culto. „ Nuestros mejores oradores, „ continúa diciendo, han florecido siempre en Berlin, y esta ciudad los tiene „ actualmente de primer orden. “ No sé quales sean estos oradores protestantes alemanes superiores á los mejores franceses é ingleses, ni ciertamente ha llegado otro á mi noticia que Moseim, muerto despues de la mitad de este siglo en Gotinga. Pero el ver que dice el mismo Jerusalem, que los mejores predicadores han florecido siempre en Berlin, y que cabalmente Bielfeld y el gran Federico, jueces en esta parte superiores á toda excepcion, se lamentan en Berlin de la pobreza de la eloqüencia alemana, me hace entrar en algun recelo de que el amor nacional, antes que una severa crítica, haya regido en esta parte la pluma del docto Jerusalem, y que aun los elogios tributados por aquellos nacionales á Moseim, mas se deban al cotejo de este con sus antecesores, que á sus verdaderos y propios meritos. Es cierto que en estos tiempos hemos visto salir de Berlin los sermones

nes

nes de Herman, quien juntando á la sencillez de la eloqüencia de los protestantes algo del fuego y calor de la de los católicos, ha merecido distinguirse del comun de los predicadores, tanto católicos como protestantes; pero Herman, ministro de la iglesia protestante francesa de Berlin, predicando en la lengua de sus antepasados, debe pertenecer mas á la eloqüencia francesa que á la alemana. Y el ver por otra parte, que los alemanes católicos con todos los auxilios de la religion, en medio de los sermonarios de Neymar, de Brean y de otros muchos, no cuentan oradores mas célebres que los protestantes, me induce á creer, que en aquella docta nacion todavia no se haya introducido bastante aquel ardor de cultivar la eloqüencia sagrada, que tan gloriosamente ha hecho ilustrar las otras ciencias, y que la falta de oradores célebres deba atribuirse á otras extrinsecas circunstancias, antes que á la indole de la religion protestante. Swift (a), gustando poco en los ser-

(a) Lec. cit.

sermones de la eloqüencia patetica, dice, que el talento de mover las pasiones no puede producir grande utilidad en aquellas regiones septentrionales, donde la mas fuerte eloqüencia no podrá jamas hacer impresion tan profunda, que dure hasta la tarde, ni aún hasta la hora de comer. Pero otros dirán al contrario, que mientras lo patetico no tenga lugar en los sermones de las naciones septentrionales, difícilmente podrán estas hacer ruidosos progresos en la eloqüencia sagrada. Quien se contenta con probar, y dexa al auditorio frio y tranquilo aunque convencido, no podrá justamente obtener el titulo de orador. Ahora, segun oygo decir á los doctos y juiciosos alemanes, despues que Brean entre los católicos, y Moseim entre los protestantes han introducido mejor gusto en la eloqüencia sagrada, su pulpito va adquiriendo mas y mas calor, y Wurz muerto recientemente en Austria, ha impreso varios tomos de sermones, en los cuales dicen que se encuentran *reunidas la solidéz de Bourdaloue, la ters-*

*ra de Massillon y la mocion de la Columbiere;*  
 y los católicos oyen con gusto á un P. Car-  
 los Crocifero, á un Rositzka, á un Steininger  
 y algun otro; y los protestantes aplauden  
 á Cramer en Copenhague, á Thieden en  
 Schweidnitz, á Lavater y á otros en otras  
 partes, y singularmente el mismo Jerusalem  
 predicador en Brunswick es alabado por  
 los protestantes y por los católicos, co-  
 mo el orador mas eloqüente que en su ge-  
 nero haya gozado la Alemania; y puede  
 esperarse que entrando ahora el buen gus-  
 to de la eloqüencia en aquella docta na-  
 cion, se vean mas y mas laudables pro-  
 gresos en su oratoria sagrada.

Eloqüencia  
 sagrada  
 en Italia.

201 Pero dexando aparte la eloqüencia sa-  
 grada de los Alemanes y de los Ingleses,  
 mas ascetica, por decirlo así, y catequis-  
 tica, que parenetica y oratoria, y mirando  
 como una de las varias extravagancias de  
 Voltaire la preheminencia que da á Ti-  
 llotson, no solo sobre los otros oradores  
 franceses, que ahora, segun él dice, ya no  
 están tenidos en aprecio por las personas  
 de gusto, sino sobre el mismo Massillon,  
 de

dexarémos en quieta posesion del princi-  
 pado oratorio á los predicadores france-  
 ses, y daremos una ojeada á algunos ita-  
 lianos, dignos de ser distinguidos de la in-  
 mensa muchedumbre de predicadores de  
 esta nacion, y mirados con aprecio de los  
 extrangeros, y que pueden con algun ti-  
 tulo entrar en cotejo con los franceses.  
 Señeri es el orador que ha acarreado ma-  
 yor credito al pulpito italiano; y sus ser-  
 mones, traducidos y estudiados por las  
 otras naciones, son los únicos que has-  
 ta ahora han logrado ser tenidos por cla-  
 sicos y magistrales. Y á la verdad la co-  
 pia de doctrina, y la fuerza y expresion  
 de la diction, dos cosas muy esenciales  
 en la oratoria, en pocos predicadores se  
 encuentran tan plenamente como en Se-  
 ñeri. El, lleno de Escritura, de santos Pa-  
 dres y de toda erudicion sagrada y profa-  
 na, la esparce con tan larga y liberal ma-  
 no, que con razon puede ser acusado de  
 excesiva prodigalidad; pero aquella abun-  
 dancia y riqueza le presenta muchas ra-  
 zones, comunmente sólidas y fuertes,

Señeri.

le ofrece los textos mas oportunos y mas adaptables á las cosas que dice , sin necesidad de mendigarlos , como hacen otros , ni de arrastrarlos con violencia. Su estilo es noble y elegante , energico y fuerte : cada palabra suya parece la mas propia , cada frase la mas expresiva , cada periodo de la mas exácta medida , las expresiones significativas y oportunas , las figuras bien manejadas , y todas las luces de la diction usadas con maestría y felicidad. Si hace una narración la pinta con los mas naturales y propios colores; si mueve un afecto lo acalora con la mas viva y ardiente fuerza; si quiere ampliar un pensamiento lo presenta con la mayor claridad , y con la mas noble magestad , y su estilo resplandece con los adornos de una natural facundia , y sin los desmedidos atavios de una estudiada afectacion. ¡Oxalá Señerí , con tantas dotes de la naturaleza , y tantos auxilios del arte , hubiese venido en otro tiempo á ilustrar en Italia la eloqüencia christiana! Entónces ciertamente no tendria es-

ta nacion que envidiar á la Francia los Bourdaloues y los Massillones , y podria gloriarse de poseer un exemplar de eloqüencia sagrada digno de proponerse como tal á las mas cultas naciones. Pero estaba muy adulterado el pulpito italiano , para poderle quitar de un golpe todas sus manchas , y darle un verdadero esplendor. Señerí no se pierde en vanos conceptos , ni en pueriles juegos de vocablos , como entónces se usaba con aplauso universal ; pero no siempre sabe evitar hasta la apariencia de este mal , y alguna vez podrá parecer que se ha dexado llevar de la moda usando algun concepto menos digno de la gravedad de la sagrada oracion. El no juega con los textos de la Escritura , ni profana los santos Padres ; pero á veces son tantas las citas que amontona hasta de autores profanos , que con la multitud de los textos debilita la fuerza del discurso : la solidéz de su ingenio no ama las paradoxas , ni los sutiles argumentos que entónces se usaban , mas frivolos y pueriles que ingeniosos; pero no siempre

sus razones son bastante fundadas y concluyentes, y alguna vez se apoyan con poca seguridad sobre un hecho historico, y aún solo sobre uno mitologico. El uso de la fabula no corresponde á la cathedra de la verdad: y aún quando conviniese deberia reprehenderse en Señeri la excesiva profusion. Su fecunda erudicion no permite que se contente con un hecho historico, con una comparacion fisica, con una fabula, sino que continúa acomulando mas y mas, y rara vez se sujeta á los terminos de una justa sobriedad; y es una lastima que Señeri á tanta facundia y doctrina no juntase el fino gusto é ilustrado juicio, que entónces no se conocia, y que es muy necesario para dar á todas las obras la debida perfeccion. Pero de qualquier modo le quedan á Señeri tantas prendas de verdadera y sólida eloqüencia, que con razon debe llamarse el reformador del pulpito italiano, el príncipe de su oratoria, y el maestro de todos los predicadores que le han sucedido. En efecto ¿quien podrá entrar con él á com-  
pe-

petencia en la gloria oratoria? Giacco, Casini y algunos otros, que por algun tiempo obtuvieron gran celebridad, luego fueron echados en olvido; y no se oyen ya Vanalesti, Siniscalchi, Magliavacca, Manfredi y otros pocos, que aún despues de muertos conservaron su credito. Bassani, Rossi, Tornielli y Granelli son todavía apreciados y leidos de muchos, y no se les puede negar una diction culta y elegante, pensamientos justos, y oportuna erudicion, sin los argumentos ó extravagantes ó abstractos, sin los vanos adornos de historia profana, y de filosofia gentilica, sin los importunos afeytes de conceptuoso y afectado estilo, buscados por los oradores del siglo pasado, sin la xerga de frases extrangeras, de pensamientos retorcidos y de textos mutilados, y sin las bajas maneras de hablar inculto, que con sobrada frecuencia se oyen en muchos de los predicadores de nuestros días. Pero aquellos celebrados oradores tal vez parecerán á algunos mas dignos de alabanza por haber evitado los vicios, que por haber

Otros predicadores italianos.



UNIVERSIDAD AVTONOMA DE MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ber adquirido las prendas oratorias, y mas grandes por los defectos de otros, que por sus propios meritos. Leyendo sus sermones se encuentra cierta falta de razones y de afectos, de persuasion y de conmocion, que hace que su lectura no convenza mucho la mente, ni inflame bastante el corazon, y que solo se sienta el placer de un modo de razonar justo y grave, y de un puro y correcto estilo. La brillante y pintoresca imaginacion de los Italianos seduce con frecuencia á los predicadores, y hace que se detengan sobrado en las relaciones, en las descripciones y en las figuras, sin fixarse en los justos terminos de una prudente sobriedad, debilitando el curso de la oracion, y quitando no poca fuerza á su racionio. Mas recientemente han comparecido Venini y Trento, dos oradores sagrados de mayor neryio, y que merecen particular distincion. Venini con la eleccion y colocacion de las palabras, con la fuerza y enfasis de las expresiones, y con la medida y cadencia de los periodos, se forma un

Venini.

mo-

módo de hablar todo suyo, que sin afectacion ni dificultad, conservando la mayor naturalidad y propiedad, parece un lenguaje diverso del popular y comun, y correspondiente á la seriedad de las materias, y á la dignidad de un sagrado orador, y de un interprete de la divinidad. Su estilo lleno de imágenes y sublime, enagena los ánimos de los oyentes, é imprime mas vivamente en ellos la verdad que les quiere proponer. Toma asuntos sólidos, practicos é importantes, presenta razones justas y graves, se introduce con fuerza y con decencia en las costumbres, y respira por todas partes gravedad, decoro y magestad de pregonero evangelico. Y si sus sermones tuviessen mas copia de razones, y diesen mas vigor á los afectos, si convenciesen la mente, é hiriesen el corazon, como agitan, inflaman y satisfacen la imaginacion, deberian sin duda contarse entre las mejores oraciones que en el dia propone la oratoria sagrada á sus sequaces. Ahora los sermones de Venini, llenos de graves sentencias y de nobles

Tom. V.

Ooo

pe.

pensamientos, carecen de aquélla copia y abundancia de razones, que prueben plenamente, y reduzcan hasta la evidencia la verdad que proponen, que persuadan y convenzan sin dexar efugio, y que niuevan sin resistencia á los más obstinados oyentes; pero sin embargo hablan en un tono de verdad, se insinúan con una autoridad, presentan unas imágenes tan vivas y energicas, que ciertamente hacen profunda impresión en el ánimo de los oyentes, y muestran tambien en sus sublimes prendas el hombre facundo, y el orador eloqüente y sagrado que los ha producido. Mas popular, y mas fuerte y energico puede juzgarse Trento. Este como misionero y hombre apostolico se dedica de mejor gana á los asuntos mas fuertes, y se manifiesta mas apto para manejar las verdades mas terribles de nuestra religion, las que presenta siempre con nobleza y con decoro, sin las plebeyas imágenes y baxas maneras, con que con sobrada frecuencia las corrompen los predicadores vulgares. ¡Que animadas y terribles pin-

Trento.

turas no forma del pecador moribundo, del juicio universal, y del abandono de Dios! ¡Con que ímpetu no combate el escandalo y otros vicios! ¡con quanta energia, y con quanta fuerza no habla de las costumbres! ¡Y quantas vivas y gentiles imágenes, quantas graves y sólidas sentencias no esparce con larga mano en todos sus sermones! Su estilo ardiente y fuerte siempre oprime, sujeta, persigue y no dexa efugio alguno al lector; y en una llaneza popular tiene la mas imperiosa sublimidad. En los sermones de Trento reyna, como en casi todos los italianos, la fuerza de la fantasia; y por consiguiente aquellos sermones suyos que son obra de la imaginacion tienen mas feliz éxito, que los que necesitan de mayor racionio, en los quales alguna vez se desea mayor copia y fuerza de convencimiento. Algunas figuras y maneras de decir, que usadas con sobriedad dan nervio al estilo, las repite á veces sobrado, y ademas de que manifiestan el estudio, que no debería verse de modo alguno en el orador.

Ooo 2

dis-

disminuyen aquella vehemencia, que hubiera podido aumentarse con la variedad. Su severa gravedad no le ha podido librar de caer de quando en quando en narraciones y pinturas sobrado difusas y estudiadas. Pero estos defectos son bastante raros en Trento; y el estilo de sus sermones tiene tal impetu y fuerza, y corre con tan noble naturalidad y grave rapidéz, que parece que puede proponerse como exemplar de estilo en este género de eloquencia, y justamente hace esperar la inmortalidad al orador. Señeri, Venini y Trento son en mi concepto los predicadores italianos, que merecen mayor atención de la posteridad en el curso de la oratoria christiana. Señeri por la copia de doctrina, fecundidad de ingenio, originalidad de pensamientos y riqueza de eloquencia; y Venini y Trento por la viveza de la imaginacion, y por las prendas del estilo, grave, estudiado y magestuoso en Venini, fogoso, rapido y fuerte en Trento, deben proponerse para que los estudien los predicadores, sin que por ello

aib

9000

pue-

puedan mirarse como perfectos exemplares; y su estilo mas fuerte y convincente, y su imaginacion mas animada y mas viva pueden hacerlos entrar en parangon con los Franceses, á quienes deben ceder en las otras prendas oratorias. La eloquencia sagrada italiana no puede gloriarse como la francesa de tener cartas pastorales que inspiren devota mocion, sólida doctrina y eloquente celo, y se hagan leer como piezas de facundia eclesiastica; pero se ha distinguido en las lecciones sagradas, que son otro genero de eloquencia, por decirlo así, mas exégetica é hypomnematica, ó bien expositiva y comentativa, que retórica y oratoria. Una docta, pero facil y popular exposicion de los libros de la Escritura, con breves discusiones sobre las questões mas obvias y necesarias, y con útiles y espontaneas conversiones á la moralidad, forma el argumento de las lecciones sagradas, en las cuales debe tener mas lugar una facil claridad, y una florida amenidad, que una eloquencia vehemente y patética. Zuccone, Calini y algunos

Lecciones  
sagradas.

otros

otros se adquirieron distinguido credito en esta manera de hablar, sujetandose á la facilidad de una popular instruccion; y despues otros han querido añadir mas y mas adornos de erudicion y de estilo á la sencillez de la exposicion. Estos adornos fueron usados con exceso singularmente por Niccolai, cuyas lecciones sagradas esparcen prodigamente erudicion filosófica, filológica, historica, mitológica y de todas especies; y empleadas en tratar eruditamente tantas y tan diversas quæstiones literarias, parece que se olvidan de su objeto principal que es la exposicion de la Escritura, y la instruccion de los oyentes en la piedad y en la religion, y aquellas lecciones serán amenas y eruditas quanto se quiera, pero no bastante sagradas. Mas moderado es en esta parte Granelli, aunque sin embargo muy pulido y docto. Pelegrini, elegante y ameno, esparce en su Tobias una moral humana y dulce, pero justa y christiana. Otros han adornado sus lecciones con otras prendas de erudicion y de estilo; pero yo todavia no encuentro

cuentro aquel estilo sencillo y devoto, y con aquellas miras pias y religiosas, que considero propias de tales discursos, y que formen de las lecciones sagradas un curso popular de religion y de moral christiana.

Los Españoles, tan conocidos y seguidos en todos los pulpitos en los dos siglos anteriores, no han adquirido en éste igual celebridad. El universal aplauso obtenido por sus gerigonzas declamatorias, admiradas y estudiadas por las otras naciones, los han seducido vanamente, y los han tenido obstinadamente sujetos á aquel falso modo de predicar, que por mucho tiempo les habia acarreado tanto honor. Algun misionero celoso, y algun predicador mas sólido y osado tuvieron bastante celo y valor para no dexarse llevar de la corriente del falso gusto. Se leian con placer y con provecho los sermones de Barcia, aunque este mismo se resiente á veces del gusto entónces dominante; se leia y se oia con veneracion, y con mayor fruto y gusto que Barcia, el pio, celoso y elo-

Eloquencia  
sagrada  
en España.

eloqüente Calatayud, quien en materias catequísticas, en sermones y en otras obras de eloqüencia sagrada se insinua con aquel tono magestuoso y serio, y con aquella varonil y convincente facundia, que corresponde á un orador sagrado; se oían los sermones de Gallo, de Maurin, de Rada y de algunos otros, que sabían dar sólidos y dignos adornos á la oratoria sagrada, sin mancharla con los adulterinos é indecentes atavíos. Pero eran tan erradas las ideas que entónces se tenían de la eloqüencia sagrada, que Calatayud, aunque era oído y leído con fruto y verdadero placer, sin embargo no era mirado como eloqüente orador, dandosele unicamente las alabanzas de celoso misionero: y los sermones de algunos pocos oradores, alabados de los doctos y juiciosos oyentes pero no impresos ni propuestos á otros por modelo, no podían tener tanto influjo que fuesen capaces de contener la avenida de los malos predicadores. Mejor efecto produjo el pensamiento de Isla de ridiculizar los malos predicadores en su gracia.

ciosa obra de Fr. Gerundio de Campazas, de que ya hemos hablado en otra parte (a). El miedo de parecer Gerundios hizo que muchos dexasen los falsos conceptos, el afectado y ridículo estilo, y los defectos que la mayor parte de la nacion habia tenido hasta entónces por prendas oratorias. Desterradas del auditorio las extravagantes ideas que entónces se tenían de la oratoria sagrada, mas facilmente se animaron muchos predicadores á seguir las sanas leyes de la oratoria evangelica, y de la sólida y verdadera eloqüencia. Algunos sermonarios publicados posteriormente han establecido con mas y mas solidéz el buen gusto en el pulpito español. Despues de la muerte de Gallo se ha publicado su *Sermonario*, en el que se ve un orador de buen gusto, de sólido modo de pensar, de seria y noble diction, y de grave y varonil eloqüencia. El obispo Bocanegra ha publicado los sermones que predicó á sus diocesanos en Baeza y

Tom. V. Ppp en

(a) Tom. II, lib. I, c. VII.

en Guadix; y aunque estos no respiran toda aquella gravedad y dignidad, que antes que á ningun otro parece convenir á un obispo orador, no tienen todavía cierta, por decirlo así, malicia oratoria, que hace tocar solo de paso algunas cosas, profundar otras, exponer un pensamiento, dexar otro para otro tiempo, y hablar de cada cosa de aquel modo que requieren las circunstancias, no abundan de gran copia de sentencias y de afectos, ni guardan la debida igualdad y constante exáctitud; pero tienen sin embargo verdaderos y sólidos pensamientos bien expresados, fluidez y claridad de estilo, y varios rasgos eloqüentes, que con razon hacen que sean tenidos como piezas oratorias, dignas de ser preferidas á la mayor parte de los sermones de esta nacion. El mismo Bocanegra, que en uno de sus sermones reprehende fuertemente á los malos predicadores, que se oian con sobrada freqüencia, al publicar despues su *Semanario* dice en la prefacion, que había habido en aquel tiempo gran mudan-

za

za en el pulpito español, y que en su diocesis, y en todas las otras del Reyno se oian y se publicaban oraciones segun el verdadero gusto de la sagrada eloqüencia. Alguna sagrada oracion que he visto del P. Arabaca me ha hecho formar un alto concepto de su seria y noble facundia, y que desée ver otras muchas. La España ha tenido muchos obispos predicadores, lo que no es tan comun en las otras naciones. No solo el citado Bocanegra, sino tambien Climent, Bertran y algunos otros han empleado su celo en cultivar por si mismos la sagrada eloqüencia; y algunas oraciones suyas, publicadas por algun motivo particular, manifiestan en ellos buen gusto, estilo propio, y verdadera eloqüencia. Pero sin embargo es preciso confesar que la oratoria sagrada de los Españoles, no ha hecho todavía tales progresos que pueda ser mirada con particular aprecio, y estudiada por las otras naciones. Con mayor felicidad han salido los obispos en sus cartas pastorales, entre las cuales hay algunas, que no debe-

Ppp 2

ce

ceder en prenda ninguna oratoria á las francesas. Hacia la mitad de este siglo, en medio del universal corrompimiento del pulpito español, escribía Xaramillo como obispo, y como inquisidor cartas pastorales llenas de prudente celo, y de sólida y energica eloqüencia, que se hacen leer con gusto aún al presente. Tenemos un tomo de cartas pastorales del obispo de Salamanca Bertran, las quales están escritas con tanta copia de sentencias y de cosas, de razones y de sagrada erudicion, con una mocion tan grande, con un estilo tan fluido y magestuoso, tan suave y penetrante, con una tan noble, dulce y verdaderamente episcopal y paternal eloqüencia, que no pueden leerse sin que se sienta en el ánimo una devota y tierna suavidad, y parece que no dexan mas que desear en este genero de escritos, y elevan á Bertran al principado de la eloqüencia dulce y patetica en compañía de Fenelon y de Masillen. No tienen prendas tan singulares, pero merecen la alabanza de eloqüentes algunas cartas pastorales del obis.

obispo de Barcelona Climent, y del citado Bocanegra; y estas, y las de algunos otros, que no han llegado á mis manos, però que las veo muy alabadas, pueden probar suficientemente, que los Españoles han acarreado en estos años mayor credito á la eloqüencia eclesiastica con las cartas pastorales, que con las oraciones sagradas.

Reflexionando ahora sobre quanto hemos dicho hasta aqui, veremos que la Francia puede justamente llevarse la preferencia sobre todas las otras naciones en el adelantamiento de la eloqüencia sagrada, y singularmente en la energica y patetica; que la Inglaterra no ha cultivado mas que una eloqüencia placida y tranquila; y en esta ha obtenido muchas alabanzas; que la Italia ha elevado á un alto grado la fuerza y energia del estilo, y la viva y fantasiosa facundia; y ademas nos ha dado un nuevo genero de eloqüencia christiana en las lecciones sagradas; y que la Francia y la España han formado de las cartas pastorales de los obispos otras tantas piezas de sagrada y verdadera eloqüencia.

Conclusion.

cia. Y pasando á los maestros que deben estudiar todos los predicadores, daremos la preferencia sin duda alguna, para las oraciones fúnebres á Bossuet, y para los sermones á Bourdaloue y á Massillon; pero propondremos también para la lectura y el estudio de quien quiera hacer progresos en la oratoria sagrada á Señeri, á Venini y á Trento. D<sup>o</sup> Alem- bert (a) dice, que seria un sermón excelente en todas sus partes el que presentase juntamente los talentos de Bourdaloue y de Massillon, y aquel en que la dialectica fuese al mismo tiempo patética y sensible. Pero aún tal vez seria mas perfecto el sermón, si á la logica de Bourdaloue, y á la sensibilidad de Massillon juntase la imaginacion de Bossuet y de los buenos oradores italianos. Yo deseo en los predicadores otra mas feliz combinacion, qual no la encuentro todavía plenamente en los mas celebrados hasta ahora; y es la de poseer la materia, y de ser, por decirlo así,

(a) *Eloge de Massillon.*

así, poseídos de la misma. Un defecto harto general, y que, aún á los que por otra parte se hallan muy dotados de la naturaleza y del arte, les quita la posibilidad de dar toda la fuerza á la eloquencia, es la falta de doctrina en el orador, ó el no poseer plenamente la materia que trata. Quando el orador posee un abundante y rico fondo de doctrina, vuelve y revuelve la materia á su arbitrio, expone los verdaderos principios de las cosas, presenta las razones mas fuertes y verdaderamente concluyentes, manifiesta las profundas verdades en toda su amplia extension, le vienen á la boca las expresiones y las imagenes de la Escritura, y los pensamientos y las razones de los santos Padres, que mas corresponden al argumento que trata, y se encuentra á todo su placer, hablando una lengua que sabe, y manejando una materia de que es dueño. ¡ Pero en quantos predicadores no se conoce la pobreza, la angustia y el trabajo en que se encuentran! Su espíritu dice Fenelon (a).

(a) *Dial. sur l'Elq. I.*

„ parece vacío. Se descubre la ipena en  
 „ que se han visto para encontrar con  
 „ que llenar sus discursos; y parece, que  
 „ no hablen por estar poseidos de las ver-  
 „ dades que van á anunciar, sino que bus-  
 „ quen las verdades al paso que quieren  
 „ hablar..... los doctos oyentes conocen  
 „ desde luego la debilidad del orador, se  
 „ enfadan; y no pueden dexar de sentir  
 „ fastidio, y despreciar aquellos vanos  
 „ discursos, aunque los oygan colmar  
 „ de elogios á las mugeres, y á la mayor  
 „ parte del auditorio. Y en efecto por  
 „ mas ardiente y enérgica que sea la facul-  
 „ dia del orador, no puede causar una pro-  
 „ funda impresion en los oyentes; sino se  
 „ hace respetar con el adorno de la neces-  
 „ aria doctrina y erudicion. Los movimien-  
 „ tos mas vehementes y patéticos solo ex-  
 „ citarán la risa del docto auditorio, si los  
 „ ve, como se ven con sobrada frequencia,  
 „ acompañados de un texto fuera del caso y  
 „ traído por los cabellos, y apoyados á una  
 „ débil é inconcluyente razon; desde lue-  
 „ go se conoce la corta provision hecha de  
 re.

repente de la mercancia que se vende, y  
 se desprecia al predicador como pobre  
 mercero, segun dice Ciceron, que vive  
 de jornal; se oye una erudicion de brevia-  
 rio y de repertorios; se concibe cierta in-  
 dagacion contra el indocto maestro, que  
 quiere enseñarnos lo que el ha tenido que  
 mendigar acá y allá, y se pierde toda la  
 autoridad del sagrado orador, y el res-  
 peto á la divina palabra. Gran copia de Es-  
 critura y de santos Padres, rico fondo de  
 filosofia, íntimo conocimiento del cora-  
 zon humano, de las pasiones, de los ví-  
 cios y de las virtudes, y en suma comple-  
 ta erudicion teológica y filosófica de las  
 materias que trata, son el caudal que ne-  
 cesita el predicador, que quiere manejar  
 con fruto la divina palabra.

*Verbaque provisam rem non invita sequen-  
 tur.*

No es menos necesario, y es tal vez  
 mas raro el ver al orador intimamente  
 penetrado y poseido de la materia que  
 trata. Quando el orador está persuadido de  
 las cosas que dice, facilmente las intro-  
 du

duce en el ánimo de los oyentes: plenamente poseído de la materia no busca los estudiados adornos de las palabras, sino que corre con fuerza y rapidez tras el nervio y la substancia de las cosas: quando él está agitado é inflamado son vigorosos y eficaces sus movimientos; y el sentimiento del orador se comunica rápidamente á los oyentes. Toma otro tono el discurso, si el orador habla como forzado por el íntimo sentimiento á buscar el desahogo en las expresiones, que si solo esparce artificiosamente sentencias y palabras para formar una eloqüente oracion.

„ El que está vivamente conmovido dice  
 „ con razon Voltaire (a), vé las cosas de  
 „ diverso modo que los otros hombres.  
 „ Todo es para él objeto de rapida com-  
 „ paracion y de metáfora: sin poner es-  
 „ tudio alguno lo anima todo, y comu-  
 „ nica á los que le oyen una parte de su  
 „ entusiasmo. “ Pero un orador tran-  
 „ quilo y frio, que pone gran cuidado en ex-

(a) *Encyclop. Art. Eloquence.*

expresar una viva conmocion, que no siente en realidad, y que quiere excitar en los otros, jamas llega á lograr su intento; hará conocer su estudio, y enfriará al auditorio. *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*; y no podrá el orador encender con la eloqüencia nuestros corazones, si no arde tambien el suyo. Esta doctrina, que es comun á todos los oradores, debe aplicarse con particularidad á los predicadores, los quales tratando asuntos espirituales y abstractos, y contrarios á las ideas y á los afectos, que se tienen comunmente, deben manejarlos con mas fuerza de sentimiento, y para persuadirlos á los otros necesitan manifestar en sí mismos una mas íntima persuasion. Son muy duras y repugnantes á nuestra carne las verdades que nos anuncia el predicador, y es preciso que se presenten del modo mas dulce y penetrante, y con la mas fina cautela. Se oye con mas gusto al que procura persuadirnos una tan sublime y austera doctrina porque él está persuadido de ella, que no al que quiere

darnosla á entender solo por un esfuerzo de la eloqüencia. Nuestro orgullo no sufre con paciencia al que manifiesta querer ser nuestro maestro, al paso que nos complacemos de vernos de algun modo reconocidos por superiores del que parece que busca tener nuestra aprobacion en sus íntimos sentimientos, y procura hacernos creer lo que él cree mas vivamente. Se introducen con mas facilidad en nuestros ánimos aquellas verdades, de las quales vemos poseido el ánimo del que las íntima: se abrazan con mas ardor aquellos afectos, de los quales vemos inflamado el corazon del que habla: amamos y respetamos al que creemos intimamente penetrado de tan pios y christianos sentimientos, y entramos de mejor gana á la parte con él en las máximas que nos anuncia: y la íntima persuasion, y la viva conmocion del orador es necesaria á la eloqüencia sagrada, no menos por parte de los oyentes, que por parte del orador. Pero esta se ve tan raras veces en las oraciones sagradas, que dexando á parte al-

gu-

gunos pasages de los santos Padres, y singularmente del Chrysostomo, quien mejor que todos los otros hace ver la íntima persuasion que le mueve á hablar, y por ello es en mi juicio el mas eloqüente orador, y hablando unicamente de los predicadores modernos, podrá tal vez decirse con verdad, que solo se ha sentido plenamente esta íntima conmocion en las oraciones fúnebres de Bossuet. Sus reflexiones sobre la vanidad de las grandezas humanas, sobre lo caduco de nuestra vida, y sobre el valor de la eternidad, son de un ánimo plenamente poseido de tales verdades; y las moralidades parece que salen de su boca porque está lleno de ellas su corazon. Pero en las oraciones fúnebres es mas facil revestirse de estos afectos: la memoria del difunto, la presencia del feretro, el aparato de la funcion, todo llama la atencion, y todo inflama la fantasia. En los sermones morales, donde faltan los externos y sensibles auxilios, es precisa una mas fuerte sensacion interior para animar con el correspondier-

diente ardor el discurso, y para comunicarla á los oyentes. Y en efecto el mismo Bossuet no ha llegado á dar á sus sermones morales aquel tono patetico y respetable, aquella fuerza de persuasion y de conmocion, que admiramos en las oraciones fúnebres. Trento es el orador en cuyos sermones, aunque no en todos, me parece ver mejor la íntima persuasion, y la viva sensacion de las cosas que dice; y esta es en mi juicio la prenda de aquellos sermones que mas contribuye á hacerlos leer con gusto y con provecho. Para revestirse mejor los predicadores de las terribles verdades que nos intiman, no deberian ponerse á tratarlas sino despues de una larga y profunda meditacion: no hablar de la muerte sino poseidos de su imagen; no del infierno sino atemorizados de sus tormentos; no del pecado, sino horrorizados de su monstruosidad; no de la caridad fraterna, sino con el corazon lleno de ternura y de amor; no en suma de virtud alguna, sino enamorados de su hermosura, ni de algun vicio, sino

des-

despavoridos de sus desordenes, ni de máxima alguna ó verdad evangelica, sino llena la mente, el corazon, la imaginacion y toda el alma de la profunda meditacion, de la íntima persuasion, del vivo sentimiento, del ardiente afecto y de los santos movimientos que inspira la Religion. *Pace multorum dicam id quod sentio*, diremos con el Cardenal Borromeo.

(a) *Deberent omnes qui concionalem hanc artem facitiant, plurimum temporis impendere precationi, non solum quia pertinet ea res ad varias utilitates auditorum, ad fructum ipsius concionatoris, ad Dei gloriam, sed etiam quia videtur id ipsum esse inter naturalia instrumenta persuadendi quidquid velimus.* Disputaban los antiguos sobre si para llegar á ser perfecto orador era preciso ser hombre bueno y honesto; y podrá tambien disputarse al presente de los oradores forenses; pero ciertamente no puede ponerse duda alguna acerca de los predicadores evangelicos;

---

(a) Lib. II.

cos; no solo porque no puede ser perfecto predicador el que carece de la autoridad necesaria, *loquendi perditur auctoritas*, como dice San Gregorio (a), *quando vox opere non adjuvatur*; no solo porque los sagrados oradores son legados del mismo Dios, y pregoneros de la divina palabra, y la santidad del ministerio exige integridad de vida en quien la exerce, sino porque aún mirando unicamente la predicacion como trabajo literario, y como obra de la eloquencia, no puede esta llevarse á su perfeccion sin honestidad y piedad de sentimientos en el orador. ¿Como podrá combatir los vicios con la debida energia quien no los mira con horror y miedo? ¿como podrá hablar dignamente del amor de Dios, el que no se siente inflamado de él? *Prodit enim se*, dice Quintiliano (b), *quamlibet custodiat, simulatio: nec unquam tanta fuerit eloquendi facultas, ut non titubet, ac haereat, quoties ab animo verba dissentiant.* Pe-

(a) In. *Past.* (b) Lib. XVII, c. I.

Pero si para llegar á ser perfecto predicador es necesario ser bueno y honesto, religioso y christiano, no basta esto solo, y la perfecta eloquencia sagrada exige, ademas de la piedad de los sentimientos, y la santidad de los afectos, todos los auxilios del arte. No basta mirar como hombre bueno y santo las verdades evangelicas, sino que se requiere verlas, y hacerlas ver con aquel enfasis, con aquella energia, y aquel ardor, que distingue el modo de hablar oratorio del didascalico y familiar. Para esto se necesita grande esfuerzo de la fantasia, y firme y seguro auxilio de la imaginacion; y aun alguna vez la imaginacion puede suplir la falta del sentimiento, y hacer sus veces. Con ella el orador, sin estar realmente conmovido, hará derramar lagrimas á los oyentes, y las derramará él mismo: los hombres de una imaginacion sensible podrán inspirar en sus escritos el amor á la virtud que ellos no tienen: y la imaginacion, sino suple realmente el sentimiento para la impresion que hace en nosotros mismos, puede suplirlo para la que

hace en los demas. En qualquier cosa, y á qualquier proposito, para ver con viveza, y expresarse con energía y propiedad, se requiere la fuerza de la imaginacion; y quanto los objetos son mas espirituales y abstractos, y parece que admiten menos los adornos de la imaginacion, otro tanto necesitan de mayor auxilio para poderse hacer sensibles, y causar la debida impresion en los oyentes. Por lo qual creo, que podria acarrear una notable ventaja á la oratoria sagrada, si se procurase cultivar mejor la imaginacion, y sacar todos los auxilios que esta puede prestar para la evidencia de las materias, para la autoridad del orador, y para la expresion y fuerza de la oracion. Fenelon (a) quisiera que los predicadores no recitasen de memoria los sermones escritos, sino que, estudiada y meditada la materia, y preparado mentalmente todo el discurso, se pusiesen á hablar en el pul-

(a) *Dial. sur l' Eloq.*

pulpito como lo requiriesen las circunstancias. No me pongo á decidir qual de los dos metodos deba obtener la preferencia; pero no dudo que la augusta magestad del templo, la presencia de un numeroso auditorio, la elevacion del puesto del orador, y todas las cosas que le circuyen le inspirarian ciertos movimientos mas vivos y animados, y un orden en toda la oracion oportuno para la persuasion y conmocion de los oyentes, que no podrán nacerle en el retiro del gabinete. Desea el mismo Fenelon otra oratoria sagrada mas ascetica ó catequistica, donde no solo se explique algun pasage de la Escritura para aplicarlo á lo que enseña el orador, sino que toda la doctrina de este nazca de la explicacion de la Escritura; donde se expongan los principios y el enlace de la doctrina evangelica, y todo el discurso del orador sirva para hacer que se entienda y se guste de ella. Por mas justo que sea el deseo de Fenelon, no por esto deberá excluirse el metodo actual de los buenos predicadores, de tomar una

verdad ó una máxima evangelica, y exponerla, y probarla con pasages de la Escritura y de los santos Padres, convencer y persuadir al auditorio, y estimularlo y moverlo á abrazarla; pero podria tambien cultivarse con mucha ventaja de la Religion y de la eloqüencia lo que recomienda y desea Fenelon. Las lecciones sacras de los Italianos, si fuesen mas sobrias en las questões de erudicion, y en los adornos del estilo, y se dirigiesen mas rectamente á la explicacion de la Religion y de la moral evangelica, podrian satisfacer los deseos del que apetece aquella manera de oratoria sagrada. Pero la eloqüencia catequistica admite todavia muchas mejoras. Un catecismo perfecto, un buen curso de religion expuesto con eloqüencia instructiva y patetica, suave y eficaz es una obra que todavia no se ha hecho, y que hubiera sido digna de la sublime doctrina, y de la tierna eloqüencia de Fenelon. La *Exposicion de la doctrina católica* de Bossuet podria ser un noble modelo de este catecismo; pero se qui-

sie-

siera en él mas extension de doctrina, habiendose reducido Bossuet á los puntos controvertidos con los protestantes, mas facil y clara instruccion, que pudiese servir para la universal inteligencia del pueblo, y una tierna y penetrante eloqüencia, que al paso que instruyese á los lectores penetrase é hiriese sus corazones, é hiciese no menos amable, que clara y evidente la doctrina que enseña. Tenemos muchos exemplos laudables de eloqüencia episcopal en las cartas pastorales; pero no los tenemos de la que se requiere para sus sermones y para sus homilias. Los sermones de los obispos deben ser en mi juicio de un estilo harto diverso de los otros sermones, porque no sufren aquellos movimientos rapidos y energicos, aquellas figuras fuertes y vehementes, aquellos razonamientos sutiles y estudiados, que tal vez convienen á los otros oradores, sino que exigen un tono mas serio y patético, un modo de hablar grave y magestuoso, amoroso y paternal, que arrebate y sujete á los oyentes, los co-

ven-

venza, persuada y conmueva con la fuerza y con el peso de su autorizada dignidad. Otro estilo mas llano requieren las homilias; y ni de sermones episcopales, ni de homilias tenemos todavia buenos exemplares. Pero nos alargariamos sobrado si quisiésemos exponer nuestras ideas sobre estos y otros puntos de mejora en la oratoria sagrada; y es tiempo ya de concluir este libro de la eloquencia.

## CAPITULO VIII.

*Conclusion.*  
 La ligera mirada que hasta ahora hemos dado á todas las clases de la eloquencia, nos presenta en varios generos buenos exemplares tanto antiguos como modernos, en otros nos hace ver la falta de ellos, y en todos nos manifiesta que todavia queda lugar para no pocas mejoras. Algunos quieren que en la literatura moderna estén cerrados los campos para cultivar la eloquencia, que abiertos en los tiempos

antiguos sirvieron de teatro á la gloria de los Demostenes, de los Platonos, de los Tulios y de los otros hombres mas eloquentes de Grecia y de Roma. Pero talvez con igual razon podrá decirse al contrario, que las circunstancias de los tiempos modernos son mas favorables á la cultura de la eloquencia, y que hemos dilatado los confines, á que esta se veia cénida en la antigüedad. La eloquencia didascalica con el aumento de las ciencias, y con la mayor variedad de los conocimientos que tenemos al presente, ¡quanta mayor extension, y quanta mas clara luz no puede recibir de nuestros escritores! La teología y la religion dan á los modernos nuevos diseños y nuevos colores para formar, sobre las cosas divinas y sobre las humanas, quadros mas nobles y mas grandiosos, mas exâctos y mas delicados. Los progresos hechos en estos ultimos siglos en la matemática, en la fisica, en la astronomía y en la historia natural dan luces á los escritores de tales materias para pisar aquellos escabrosos campos con pie libre

Aumento  
de la elo-  
quencia di-  
dascalica.

venza, persuada y conmueva con la fuerza y con el peso de su autorizada dignidad. Otro estilo mas llano requieren las homilias; y ni de sermones episcopales, ni de homilias tenemos todavia buenos exemplares. Pero nos alargariamos sobrado si quisiésemos exponer nuestras ideas sobre estos y otros puntos de mejora en la oratoria sagrada; y es tiempo ya de concluir este libro de la eloquencia.

## CAPITULO VIII.

*Conclusion.*  
 La ligera mirada que hasta ahora hemos dado á todas las clases de la eloquencia, nos presenta en varios generos buenos exemplares tanto antiguos como modernos, en otros nos hace ver la falta de ellos, y en todos nos manifiesta que todavia queda lugar para no pocas mejoras. Algunos quieren que en la literatura moderna estén cerrados los campos para cultivar la eloquencia, que abiertos en los tiempos

antiguos sirvieron de teatro á la gloria de los Demostenes, de los Platonos, de los Tulios y de los otros hombres mas eloquentes de Grecia y de Roma. Pero talvez con igual razon podrá decirse al contrario, que las circunstancias de los tiempos modernos son mas favorables á la cultura de la eloquencia, y que hemos dilatado los confines, á que esta se veia cénida en la antigüedad. La eloquencia didascalica con el aumento de las ciencias, y con la mayor variedad de los conocimientos que tenemos al presente, ¡quanta mayor extension, y quanta mas clara luz no puede recibir de nuestros escritores! La teología y la religion dan á los modernos nuevos diseños y nuevos colores para formar, sobre las cosas divinas y sobre las humanas, quadros mas nobles y mas grandiosos, mas exâctos y mas delicados. Los progresos hechos en estos ultimos siglos en la matemática, en la fisica, en la astronomía y en la historia natural dan luces á los escritores de tales materias para pisar aquellos escabrosos campos con pie libre

Aumento  
de la elo-  
quencia di-  
dascalica.

y seguro, sin miedo de las espinas, sembrando en ellos las hermosas flores, que no podian hacerlos producir los antiguos sin peligro de la inexáctitud y de los errores.

Un curso teológico con la fuerza y magestad del estilo de Bossuet, una moral evangelica con la mocion y suavidad de Fenelon, una completa filosofia con la precision y claridad de d' Alembert, y tantas obras sobre todas las artes y sobre todas las ciencias, en la extension en que ahora se encuentran, con el esplendor y con la gallardía de Buffon y de Bailly, son obras de que todavía carecemos, y que harán inmortal la eloqüencia del que las escriba con felicidad, y podrán tambien ser muy utiles para el adelantamiento de las mismas ciencias, y para el provecho de los lectores. Reciben mayores luces las materias quando son tratadas con la correspondiente eloqüencia, y como dice Quintiliano (a), *plus ad formandas*

(a) Lib. II, c. XVI.

*mentes valent, quoties pulchritudinem rerum claritas orationis illuminat.* Ahora, que con el mayor adelantamiento de las ciencias se poseen mejor las materias, podrán tratarse con mas orden, pulidéz y ornato, y vestirse mejor con las gracias de la eloqüencia: los discursos didascalicos adquieren nuevos campos con la cultura de los estudios científicos; los tratados de una ciencia reciben ilustracion con las luces de las otras; con la magnitud de los objetos crece el fuego del escritor; se engrandecen sus ideas con la extension de los conocimientos; la imaginacion se inflama con la íntima penetracion de las materias, y por todas partes adquiere ventajas la eloqüencia con el mayor adelantamiento de las ciencias. Pero al mismo tiempo debe temerse, que el excesivo é inconsiderado uso de la eloqüencia en los escritos didascalicos perjudique á estos escritos, y á la misma eloqüencia. El sobrado adorno que muchos, con los atavios de la eloqüencia, quieren dar ahora á la austeridad de las materias científicas; el comu-

nicar sobrado el fuego oratorio á las discusiones didascalicas; el procurar transferir mutuamente las luces de las buenas artes á las ciencias, y aplicar las expresiones de una ciencia á la explicacion de otra, puede parecer una pueril y ridícula afectacion, y acarrear perjuicio á la precision, exâctitud y perspicuidad de la oracion, que son las dotes mas necesarias para la eloqüencia didascalica, y para la exâcta exposicion de las materias científicas, que debe ser el principal y unico objeto de tales escritos. La eloqüencia forense de nuestros tiempos puede decirse que está dividida en dos ramos; y quando antiguamente un mismo orador trataba las cosas publicas y las privadas, los negocios del estado y los pleytos de los particulares, ahora con la mutacion de los gobiernos son diversos los tribunales, y diversos los oradores para los unos y para los otros. Pero cabalmente por este motivo en los modernos teatros de la oratoria forense, podrán mejor fixarse los diversos estilos que corresponden á la eloqüen-

qüencia politica ó deliberativa, y á la didascalica ó judicial, que no era tan facil distinguirlos en los antigüos, acostumbrados á tratar la una y la otra. De otro modo deberá perorar en los parlamentos de Inglaterra un par del reyno, que un abogado en los de Francia; y otro deberá ser el estilo de un senador en el senado de Venecia, que el de un abogado en los tribunales. Y el dar perfectos exemplares en estas dos especies de oratoria forense podrá acarrear mucho honor á la eloqüencia moderna. Si algunas extrinsecas circunstancias de las arengas modernas, hechas con mas confianza y familiaridad, no sufren aquellos impetuosos y energicos movimientos, y aquel modo de gritar hasta echar los bofes, como dice Ciceron, que el concurso de los oyentes, la situacion de la tribuna y el uso comun inspiraban á los oradores antigüos, esto prueba, no que ahora no pueda hacerse uso de la eloqüencia, sino que se requiere una de gusto diverso. Y cabalmente el formar una oracion, que sin aquellos rasgos agi-

tados y vehementes, incompatibles con las actuales circunstancias, manifieste toda la fuerza y eficacia oratoria, es una gloria á que pueden aspirar nuestros oradores, para coronar de noble esplendor su eloqüencia. Pero la parte en que se presenta la eloqüencia con toda su pompa y magestad, es la oratoria sagrada. ¡Que mas grande objeto que el importante negocio de la salud de las almas, y el soberano interes de la religion! La religion ha inflamado en todos los tiempos y en todos los paises el ánimo de los hombres, y ha excitado las miras politicas y los espíritus marciales, ¡ quanto pues no deberá inflamar la facundia de los oradores! Mas noble y anchuroso teatro que los pulpitos y los templos no lo ha tenido jamas la eloqüencia: nobles y plebeyos, grandes y chicos, doctos é ignorantes, hombres y mugeres, todos se interesan en los sermones, todos toman parte en el discurso del predicador; lo que ciertamente deberá servir de dulce y fuerte incentivo á un orador sagrado, para no omitir medio algu-

no

no de manejar la fuerza de la eloqüencia. En el capitulo antecedente hemos hablado de esto bastante para hacer ver á nuestros oradores que dilatado oceano se les presenta á la vista, donde pueden desplegar las velas á todos los vientos de la eloqüencia. Las disertaciones academicas, aunque pertenezcan á la eloqüencia didascalica, habiendose de recitar en un noble concurso de doctos y eruditos oyentes, deben participar algun tanto del estilo oratorio, y formar una nueva especie de eloqüencia. Distinta cosa es escribir para hacerse entender y gustar en una quieta y solitaria lectura en el retiro de un gabinete, que para hablar á una culta y numerosa asamblea en la publicidad de una academia. Asi que una disertacion requirirá ciertas expresiones mas brillantes, ciertos rasgos mas populares, ciertas flores y ciertos adornos que parecerian mal en los tratados didascalicos; y deberá, si, el orador penetrar en lo íntimo de la materia; pero sin olvidarse del auditorio, y juntar á un mismo tiempo profundidad y claridad,

De las disertaciones academicas.

dad, popularidad y exáctitud, precisión y amenidad, para que puedan las disertaciones producir en los oyentes instrucción y placer. A la eloqüencia academica pertenecen ahora por lo comun los elogios, que antiguamente solian recitarse en las solemnidades panegiricas; y los elogios, como hemos dicho antes, son un ramo de eloqüencia que todavía no ha sido bien cultivado, sino en su genero por Fontenelle, pero que puede producir sabrosos frutos, y servir para texer una gloriosa corona á quien sepa manejarlo como corresponde. Mas ¿para que buscar campo á la moderna eloqüencia? *Bene dicere*, diremos con Ciceron (a), *quod est scienter, et perite, et ornate dicere non habet distinctam aliquam regionem, cujus terminis septa teneatur*. Qualquier cosa que quiera decirse, sobre qualquier materia que se quiera discurrir, de qualquier manera que se haya de hablar, para hacerlo con orden, con adorno, con

(a) De orat. I.

gusto, con mocion es preciso recurrir al auxilio de la eloqüencia.

Mejor será dirigir nuestra pluma <sup>Defectos de la eloqüencia moderna.</sup> contra los daños que acarrear á la verdadera eloqüencia las novedades que cada dia se van introduciendo en toda suerte de estilo. Causan enfado aquellos soberbios filósofos, aquellos pretendidos genios originales, aquellos decantados ingenios amenos, que esparcen con presuncion como sublimes y nuevas sentencias, las que muchas veces son triviales y vanas, y no pocas falsas é insubistentes, deciden sobre todo con arrogante libertad, é incurren comunmente en errores groseros é intolerables; y huecos y orgullosos, porque tienen algunas atrevidas metáforas, algunas alusiones sobrado remotas, algunas relaciones menos obvias, algunas frivolas antitesis, algunas sales de epigrama y pueriles, algunas enfáticas y huecas expresiones, porque por el deseo de una filosófica brevedad cargan de ideas accesorias, la idea principal, amontonan violentas sentencias, truncan las clausulas

las

las y restringen los periodos, porque en suma son duros, pesados y oscuros, se creen escritores originales, y maestros de una filosófica y nueva eloqüencia. Tal vez debe causar mas temor al buen gusto que á la religion esta decantada filosofia, este genio pensador, este vivaz y brillante ingenio, que ahora, mezclandose en toda suerte de escritos, corrompe é infecta todas las clases de la eloqüencia. Esta perjudicial secta de filosofia y de espíritu ha hecho sobrados progresos en todas las naciones, para no hacernos temer justamente una general ruina de la eloqüencia. No solo en Francia, de donde comunmente se cree provenir este mal, sino que tambien en Italia, en España, en Inglaterra y en Alemania son freqüentes los lamentos de los doctos y juiciosos criticos contra esta perniciosa casta de escritores filosóficos y de espíritu, sin que su autorizada voz baste para contener los desmedidos aplausos, con que millares de miserables pedantes la elevan hasta las estrellas. De este nuevo gusto de

es-

escribir creo que singularmente se originan dos daños. Gloriandose de buscar en los escritos las cosas y no las palabras, se abandona el estudio de la lengua, lo que ciertamente es un perjuicio para la verdadera eloqüencia: *Quid tam necessarium*, dice con razon Quintiliano (a), *quam recta locutio?* Los escritos condimentados con las gracias de la lengua tienen un sabor tan agradable, que se hacen leer con gusto, aun quando carecen de aquella copia de cosas, que justamente se desea en ellos; y mas contribuirá á la inmortalidad de las obras el gusto del lenguaje, que el deseado uso de filosofia y de espíritu. Sin entrar en las disputas, que en estos tiempos se han agitado, sobre el punto de aumentar las lenguas abrazando nuevas palabras, podremos decir, que un excesivo miedo á la novedad hace que las lenguas esten escasas y pobres; pero que al contrario la libre introduccion de voces y de frases nuevas, y de maneras

Tom. V. Ttt de

(a) Lib. I, c. VI.

de hablar extrangeras forma una inelegancia é incultura , que bien pronto las conduce á la barbarie ; y de uno y otro puede darnos claro exemplo la lengua latina. A mas de esto todos los partidos convienen en que alguna vez se pueden introducir nuevas palabras , y todos igualmente dicen , que se debe proceder en ello con mucha cautela ; pero como , y quando se haya de hacer , nadie hasta ahora lo ha decidido con la necesaria precision , ni en mi juicio se decidirá jamas , sino que siempre quedará la decision para la inteligencia y buen gusto del escritor. Encuentrese este profundamente versado en la materia que trata , y en la lengua en que escribe , y conocerá el mismo la falta de muchas voces y de muchas expresiones , que no se hallan comunmente en los otros escritos , y las sabrá encontrar en su íntimo conocimiento de la lengua , ó las formará de nuevo segun la indole de la misma , sin pensar en quanto quieran decir uno y otro partido ; quando al contrario , escri-

bien-

biendose sin el debido estudio de la lengua y de la materia , no habrá libertad ó cautela que baste para evitar una molesta peregrinidad , ó una hueca abundancia de cultas palabras. El otro daño que ocasiona esta nueva secta de eloquencia es el abandono de los antiguos y verdaderos exemplares , por el excesivo amor y veneracion á los nuevos. Se desea un estilo laconico y conciso , preñado de sentencias y de cosas , y se desprecian como rancios y huecos aquellos doctos y graves escritores , tanto antiguos como modernos , que han buscado en sus escritos el enlace y la conexi6n de las ideas , la armonía y rotundidad de los periodos , y la fluidez , dulzura y claridad de todo el discurso. De aqui proviene que se alaben , por ser moda , no por una íntima persuasion , los Griegos y los Romanos ; pero ya no se leen : y Bossuet , Fenelon y los buenos exemplares modernos de eloquencia se abandonan por tener siempre en las manos á Thomas , á Diderot , á de la Harpe y á otros escritores del nue-

Ttt 2

vo

vo gusto. Otro defecto de la eloquencia moderna se ve ya manifestado por de la Nauze (a) desde principios del siglo, y es el abuso que se hace de una pretendida claridad de estilo, quando se tratan materias literarias y cientificas. Por un excesivo amor á esta claridad procuran algunos adoptar importunamente el metodo geometrico en asuntos que no lo permiten; otros con estilo silogistico van siempre por principios, por consecuencias y por complicados racionios; otros no presentan mas que pensamientos sueltos, sin conexi6n y sin orden; otros enfadan con las divisiones y subdivisiones; y otros corrompen de otros modos la eloquencia. Pero nos alargariamos sobrado, si quisiessmos dar un desahogo á la pena que nos causa el desastro que ahora hacen de la eloquencia sus pretendidos reformadores, y el vano aplauso con que son recibidos aquellos defectos, que deberian desecharse con des-

(a) *Acad. des Inscript. tom. XX.*

desprecio; y tenemos todavia que tratar muchas materias para podernos detener en esta mas largamente. Asi que rogando á los escritores modernos que abandonen con desprecio los orgullosos maestros del nuevo estilo, y recomendando los seguros y bien probados exemplares de la antigüedad, y tambien los buenos modernos sus admiradores y sequeles, esperaremos ver en todos los ramos de la eloquencia mas y mas laudables adelantamientos, y pondremos fin á este libro de los progresos de la eloquencia.

Página.	Línea.	Dice.	Lease.
25	18	Halicarnaseo	Halicarnaso
25	19	Crispo	Crisipo
44	12	concisidad	concinidad
45	15	innoble	innoble
48	18	de las	de
51	21	Suplicio	Sulpicio
74	7	Casio, Severo	Casio Severo
114	3	Christiana	Cristina
218	14	tampoco	tan poco
233	2,3	manotonia	monotonía
239	12	de'Aguesseau	de d'Aguesseau
280	7	Meseno	Meneseno
282	10	El Cowite	El conoite
382	12	Castrioto, Scanderberg	Castrioto Scanderberg
440	13	Columbiere	Colombiere
448	4	bastantees timables	bastante estimables

## INDICE

## ALFABETICO

DE LAS COSAS MAS NOTABLES  
que contiene este tomo.

## A

- Addisson* Pag. 111. 267.  
*Aguesseau*: eloquencia forense 172, didascalica 239.  
*Alcifron*: cartas 333.  
*Alembert*: eloquencia didascalica 249. Elogios 391.  
*Alfonso X*: promovedor de la eloquencia española 220.  
*Algarotti*: eloquencia didascalica 217. Dialogos 314. Cartas 353.  
*Antonio*: orador 139.  
*Arabaca* 483.  
*Aristeneto*: cartas 335.  
*Aristoteles*: eloquencia 184.  
*Aschof* princesa, presidenta de la Academia de Petersburgo 117.  
*Augusto* 59.

## B

- Badoaro*: eloquencia forense 158.  
*Bailly* 260.  
*Balzac* 109.  
*Basilio (San)*: cartas 337. Eloquencia sagrada 408.  
*Bembo*: eloquencia latina 95, italiana 100, 212.  
*Bentivoglio*: cartas 351.

Ber-

*Bertran* 484.  
*Bettinelli* 218.  
*Blair* 459.  
*Bocanegra* 481.  
*Boccaccio* 99.  
*Bolingbroke*: eloquencia 266. Cartas 362.  
*Bossuet*: eloquencia didascalica 234, sagrada 436,

493.

*Bourdaloue* 432.*Bruto* 149, 198.*Buffon*: su juicio sobre Aristoteles 186, sobre Plinio 205. Su eloquencia 256.*Burnet*: 456.

## C

*Cadmo* primer escritor de historia 6.*Calvo* 55, 67.*Carli* 218.*Carneades* 49.*Cartas pastorales* 450, 484.*Casa*: eloquencia forense 157, didascalica 213.*Castiglione*: eloquencia didascalica 214. Dialogos 307.*Catalina* emperatriz de Rusia promovedora de la eloquencia 117.*Caton*: eloquencia didascalica 195.*Celso*: eloquencia didascalica 201.*Cenon*: autor de los dialogos 8, 270.*Cesarotti* 218.*Cheminais* 441.*Chrisostomo* (San Juan): eloquencia sagrada 408.*Ciceron*: su opinion sobre el corrompimiento de la eloquencia griega 26. Su eloquencia 52, 140, comparada con la de Demostenes 142, didascalica 198. Dialogos 288. Cartas 327. Elogios 373.*Clarke*: 457.

Cli-

*Climent* 484.*Cochin*: eloquencia forense 170.*Colombiere* 440.*Columela*: eloquencia didascalica 202.*Condillac* 248.*Crisipo* 25, 193.

## D

*Declamaciones*: corrompedoras de la eloquencia 62.*Demetrio Falereo* falsamente tenido por corrompedor de la eloquencia griega 26, 37. Su eloquencia didascalica 191.*Democrito* 178.*Demostenes* 128, comparado con Eschines 130, con Ciceron 142. Cartas 325. Elogios 369.*Denina* 218.*Dinarco* 40.*Dionisio Halicarnaseo* 50, 193.*Dorrrell* 458.

## E

*Eloquencia*: su origen 1, griega 17, 80 causas de su decadencia 21, sus corrompedores 43, romana 51, su corrompimiento 53, autores de él 55, arabiga 87. Restablecimiento de la eloquencia 92. Eloquencia vulgar 96, italiana 99, española 107, francesa 108, inglesa 110, alemana 111, sueca 113, rusa 115.*Episireos*: corrompedores de la eloquencia 25, 191.*Eschines* orador 128, comparado con Demostenes 130.*Eschines* dialogista 272. Cartas 323.*Estoyeos* corrompedores de la eloquencia 25, 192.*Enfranor* 190.

Tom. V.

Vvv

Eu-

522  
*Eusebio*: su elogio de Constantino 370.

## F

*Falaris*: cartas 319.  
*Feijoo* 229.  
*Fenelon*: eloquencia didascalica 237. Dialogos 308.  
Su opinion sobre la eloquencia sagrada 498.  
*Farecides* primer escritor de prosa 5, 177.  
*Filon* 194.  
*Flechier*: oraciones funebres 438.  
*Fontenelle*: eloquencia didascalica 239. Dialogos 309, 312. Elogios 386.  
*Fourcroy* 169.

## G

*Galeno* 81, 193  
*Galileo*: eloquencia 215. Dialogos 311. Cartas 351.  
*Gorgias* 14, 29. Sus elogios 367.  
*Gracian* 227.  
*Granada* (Fr. Luis de): eloquencia didascalica 223.  
*Guevara*: eloquencia 221. Cartas 347.

## H

*Hegesias* corrompedor de la eloquencia 43.  
*Herasmo*: dialogos 305.  
*Hortensio*: eloquencia 139.  
*Hume*: su juicio sobre la eloquencia inglesa 162.  
Su eloquencia didascalica 268.  
*Hyperides* 128.

## I

*Iseo* retorico alabado por Plinio, 80.  
*Isla* (Fr. Gerundio): 481.

*Iso-*

523  
*Isocrates* 31, 124. Sus cartas 321. Sus elogios 370.

## J

*Jerusalem*: eloquencia 112, sagrada 462.  
*Jovio*: elogios 381.  
*Justino* (San) 404.

## L

*Lecciones sagradas* 477.  
*Leon* (Fr. Luis): eloquencia didascalica 224.  
*Licurgo* 40.  
*Linguet*: eloquencia forense 174, didascalica 262.  
*Lisias* 31, 122.  
*Lobo*: eloquencia sagrada 422.  
*Lomonosof* 116.  
*Longino* 82, su juicio sobre la eloquencia de su siglo 85.  
*Luciano* 82. Juicio de la eloquencia de su tiempo 84. Dialogos 298.  
*Lytrelton*: dialogos 310.

## M

*Mably* 264.  
*Machiabelo*: su eloquencia 213.  
*Maitre* (le): eloquencia forense 168.  
*Malebranche* 231.  
*Marco Antonio*: su estilo 57.  
*Marmontel* 264.  
*Massillon* 441.  
*Mayans* 228.  
*Mela* (Pomponio): eloquencia didascalica 207.  
*Mesens*: su estilo 58.  
*Mexia*: dialogos 307.  
*Montesquieu* 245. Cartas persianas 359.  
*Motte* (la): eloquencia didascalica 243.

*Neu-*

## N

*Neuville* 448.

*Normand* 170.

## O

*Oliva* (Hernan Perez) 222.

## P

*Paladio* 207.

*Panigarola*: eloquencia sagrada 423.

*Pascal*: eloquencia 232.

*Patru*: eloquencia forense 169.

*Pericles*: orador eloquente 8, 120. Elogios 369.

*Petrarca*: su eloquencia. 92.

*Pitt*: eloquencia forense 165.

*Platon* 20: eloquencia didascalica 180. Dialogos

275. Cartas 322. Elogios 371.

*Plinio*: su eloquencia 205.

*Plinio* (el joven): eloquencia forense 153, 156,  
panegirica 377.

*Plutarco*: su eloquencia 194.

*Pontano*: dialogos 304.

*Pope*: cartas 363.

*Protogoras* 16.

## Q

*Quevedo* 226. Dialogos 307.

*Quintiliano*: eloquencia 208.

## R

*Rabener*: cartas 365.

*Rapsodistas* 9.

*Ribadeneyra* 224.

*Rousseau*: su juicio acerca de Demostenes y Ci-

ce-

525  
*cion* 147. Eloquencia didascalica 251. Cartas 361.

## S

*Saavedra* 226.

*Sarpi* 215.

*Seneca* el retorico falsamente tenido por corrompedor de la eloquencia 54, 69. Su historia de las declamaciones 64.

*Seneca* el filosofo 71. Su eloquencia 203.

*Señeri* 103. Eloquencia didascalica 215, oratoria 467.

*Sevigne*: cartas 355.

*Shaftsbury* 267.

*Sofistas* 13, 28, 86.

*Solon* autor de la oratoria 7, 13.

*Suecos*: su eloquencia 113.

*Swift* 265. Cartas 363.

## T

*Teofrasto*: su eloquencia 187.

*Terrasson*: eloquencia forense 170.

*Thomas*: elogios 393.

*Tillotson*: eloquencia sagrada 454.

*Tiraboschi* 219

*Toledo*: eloquencia sagrada 422.

*Trento* 474, 494.

## V

*Varron*: Su eloquencia 196.

*Venini* 472, 476.

*Vieira*: eloquencia sagrada 427.

*Vitruvio* 201.

*Vives*: dialogos 304.

*Voltaire*: eloquencia didascalica 253. Cartas 361.

Xa-

X

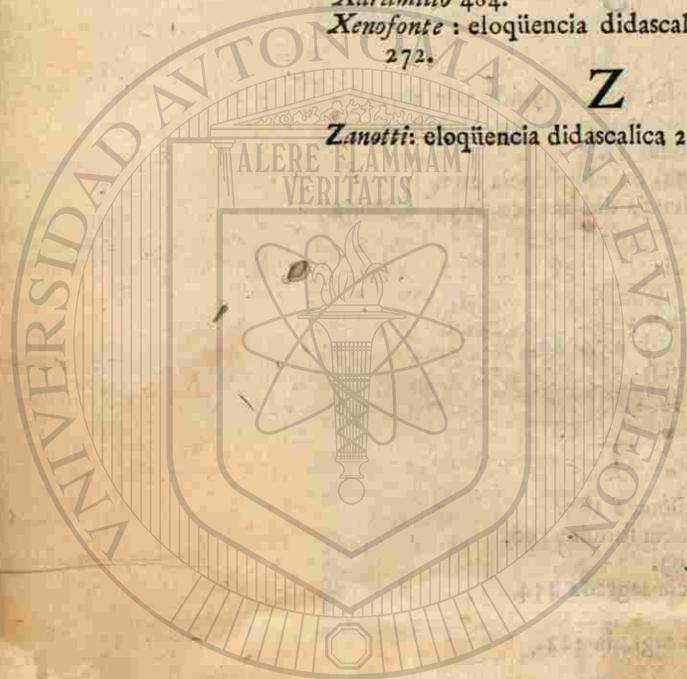
Xaramillo 484.

Xenofonte : eloquencia didascalica 179. Dialogos

272.

Z

Zanotti: eloquencia didascalica 217. Dialogos 314.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





